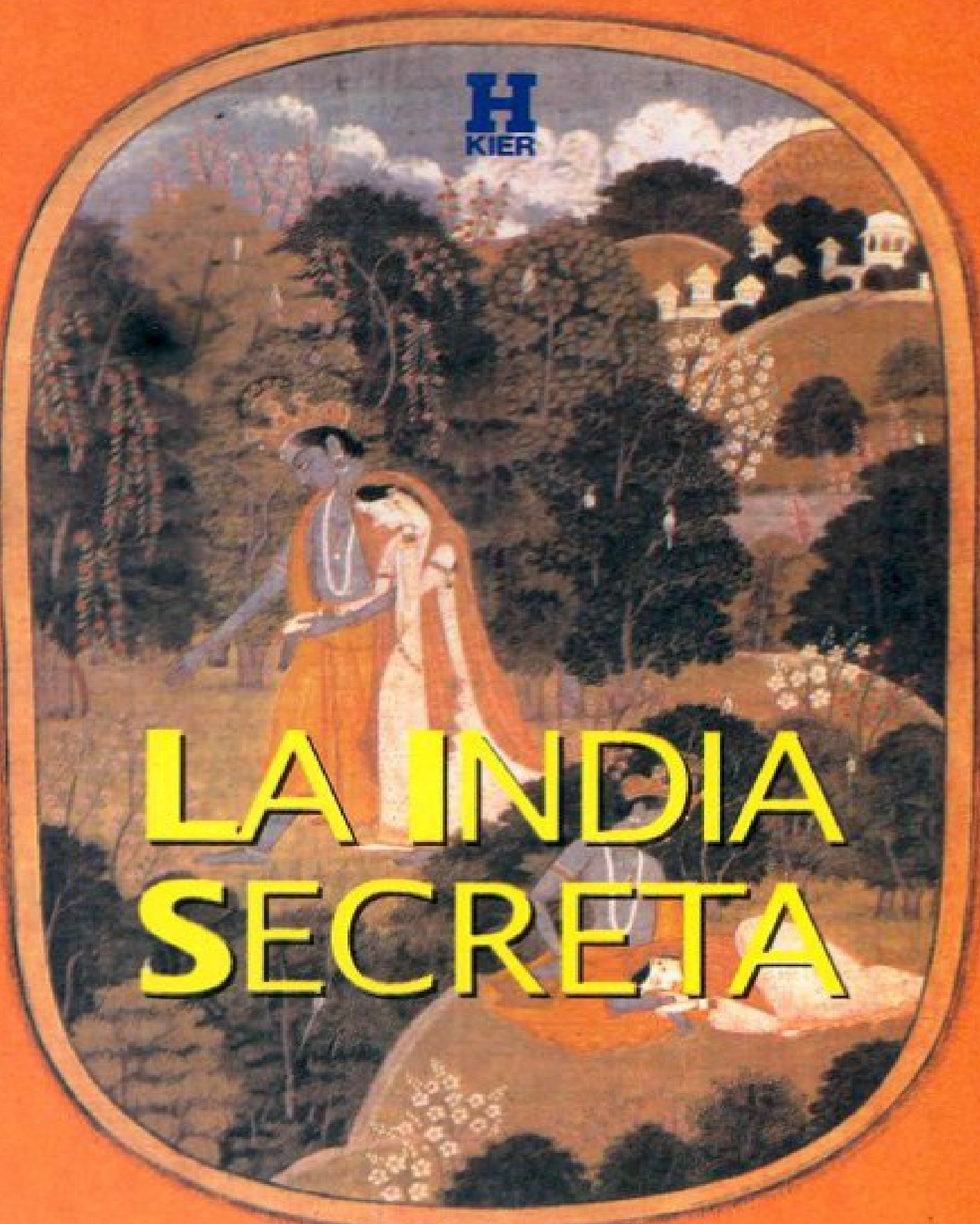




H
KIER



**LA INDIA
SECRETA**

Paul Brunton

La India secreta

Paul Brunton

Traducción de *José Novo Cerro*

EDITORIAL KIER S.A., 1969

Título del original en inglés: *A Search in Secret India*

Traducción de *José Novo Cerro*

Diseño de tapa: *Graciela Goldsmidt*

I.S.B.N.: 950-17-0040-2

PRÓLOGO

“La India sagrada” sería para este libro un título tan apropiado como el que lleva, pues se trata de una investigación sobre un aspecto de aquel país que es precisamente secreto por ser tan sagrado. No se exponen a la vida pública los más sagrados aspectos de la vida. El seguro instinto del alma induce a mantenerlos retirados en los más recónditos repliegues, accesibles únicamente para unos pocos, quizás para ninguno. Pero, ciertamente sólo para aquellos que buscan las cosas del espíritu.

Con un país ocurre lo mismo que con un individuo. Una nación mantiene en secreto lo más sagrado que posee. No sería fácil para un extranjero descubrir lo que Inglaterra considera más santo. Lo mismo pasa con la India, cuya parte más sagrada es la más oculta.

Ahora bien, las cosas recónditas requieren muchas investigaciones, pero los que buscan, y particularmente los que ponen en ello todo su corazón y su auténtica voluntad, encontrarán finalmente el secreto.

El autor de este libro ha tenido esa determinación y finalmente encontró lo que buscaba, aunque las dificultades fueran muy grandes... Pues, en la India, como en todas partes, existe mucha espiritualidad espúrea, a través de la cual hay que abrirse violentamente camino hasta encontrar la verdadera. Existe una infinita muchedumbre de acróbatas y de contorsionistas mentales que deberá apartar con los codos el que busca la auténtica espiritualidad. Esas personas han ejercitado sus cerebros y sus músculos hasta adquirir una eficacia extraordinaria en lo físico y una capacidad de concentración casi absoluta sobre sus mecanismos mentales. Muchos de ellos han desarrollado lo que llamamos poderes ocultos.

Todas esas personas son bastante interesantes a su modo y dignas de estudio por parte de los hombres de ciencia que se ocupan de fenómenos psíquicos. Pero no son lo que se desea encontrar. No son la fuente de la que fluye impetuosamente la espiritualidad.

No son la “India sagrada” que busca el autor de este libro. Los vió, los observó, los describe. Pero siguió adelante. Buscaba la espiritualidad en su expresión más pura y elevada. Y la encontró finalmente.

Lejos de las habitaciones de los hombres, en lo profundo de la jungla o en el Himalaya, a donde retornan siempre los más santos hombres de la India, el autor de este libro encontró la encarnación de todo lo que ella considera más sagrado. El Maharishee, el gran sabio, fué la persona que más le atrajo. No es el único de su clase. Por toda la India pueden encontrarse otros,

no muchos, sólo unos pocos. Representan la verdadera alma de aquél país; a través de ellos el poderoso Espíritu del Universo se manifiesta en forma peculiar.

En consecuencia, son, entre otras cosas, los objetos más dignos de nuestra investigación en la Tierra. En este libro se manifiestan los resultados de uno de esos estudios.

FRANCIS YOUNGHUSBAND.

Nota del autor

Desde la primera edición de este libro, han fallecido las siguientes personas citadas en él:

MAHABISHEE, el sabio de Arunachala.

VISHUDHANANDA, el mago de Benarés.

MAHASAYA, el maestro de Calcuta.

SAHABJI MAHARAJ, el jefe supremo de Dayalbagh.

SUDHEI Babu, el yogi y astrólogo de Benarés.

P. B.

Capítulo I

DONDE ME INCLINO ANTE EL LECTOR

Existe un oscuro pasaje en el amarillento libro de la vida de la India que he intentado dilucidar en provecho de los lectores occidentales. Los antiguos viajeros volvían a Europa con extraños relatos de los faquires del Hindostán; hasta los modernos turistas y exploradores a menudo traen historias similares.

¿Qué hay de verdad detrás de esas leyendas que llegan siempre a nuestros oídos y que se refieren a una misteriosa clase de hombres que algunos llaman yogis y otros faquires? ¿Qué hay de verdad detrás de las intermitentes alusiones que llegan hasta nosotros, según las cuales existe en la India una sabiduría que promete el más extraordinario desarrollo mental a los que la practican? Empecé un largo viaje para encontrar la verdad; las páginas que siguen son un resumen de mi informe.

Digo “resumen”, pues las inexorables exigencias del espacio y del tiempo me obligan a escribir sobre unos pocos yogis habiendo encontrado muchos. En consecuencia he elegido los que me interesaron más y que, en mi opinión, podrían despertar la curiosidad del mundo occidental. Se oye hablar tanto de pretendidos santos¹ que gozan de la reputación de haber alcanzado una profunda sabiduría y extraños poderes que, inducido por ello, se viaja durante días de calor abrasador y de noches sin sueño, para visitarlos, encontrando sólo esclavos de la letra de la ley, venerables ignorantes, prestidigitadores ansiosos de dinero y juglares que conocen unos pocos trucos. Clarecería de sentido para el lector que llenase estas páginas con mis observaciones sobre esa gente y sería, además, una tarea desagradable para mí. Por esa razón no hablaré del tiempo perdido con ellos.

Reconozco humildemente que he tenido el privilegio de observar una fase casi desconocida de la India, que rara vez se ve y que el viajero común entiende aún menos. Entre los residentes ingleses de aquel vasto país, sólo una parte insignificante se ha preocupado por estudiar este aspecto de la vida indígena; entre esos pocos, aun son menos los que examinaron sin prejuicios la cuestión y que publicaron algo sobre ello, pues debe conservarse siempre la dignidad oficial. Por consiguiente, los escritores ingleses que han tocado este tema se deciden por un escepticismo

profundo que, por su mismo carácter, impide que hablen con entera franqueza muchos naturales e inducen al hindú, que conoce realmente algo del asunto, a evitar cualquier discusión sobre el tema. En la mayoría de los casos, el hombre blanco tiene un conocimiento imperfecto de los yogis, si conoce alguno; ciertamente no conoce a los mejores. Estos últimos son ahora sólo un puñado en su mismo país de origen. Son extremadamente raros, les gusta ocultar al público sus verdaderos éxitos y prefieren pasar por ignorantes. En la India, en el Tibet, en China, se libran del viajero occidental, que los sorprende por casualidad en su retiro, manteniendo una actitud estudiada de insignificancia y de ignorancia. Tal vez encuentran algún sentido en la seca frase de Emerson: “Ser grande equivale a ser un incomprendido”. No sé si será así. De todas maneras, la gran mayoría son reclusos que no se preocupan por mezclarse con el resto de la humanidad. Aun después de una entrevista, es improbable que salgan de su reserva habitual, excepto pasado un cierto período. Por ello, se ha escrito muy poco en Occidente acerca de la extraña vida de los yogis, y lo que se ha publicado es bastante vago.

Pueden leerse algunos informes de escritores hindúes, pero deben utilizarse con mucho cuidado. Es una desdichada circunstancia que los orientales mezclen sin ninguna clase de discriminación los hechos con los rumores. En consecuencia esas publicaciones tienen muy poco valor como documentos. Al verificar eso mediante atormentadoras experiencias, agradecí al cielo la educación científica que me dió Occidente y la actitud de sentido común que me ha proporcionado la experiencia periodística. Existe un fundamento legítimo que sirve de base a una gran parte de las supersticiones orientales, pero se necesita una profunda observación para descubrirlo. Estuve obligado a mantener los ojos bien abiertos, pero sin hostilidad, en todas partes. No fueron pocos los que al saber que me interesaba por lo místico y milagroso, sin contar mis preocupaciones filosóficas, aplicaron liberalmente pintura y barniz a los pocos hechos que poseían. Pude haber perdido el tiempo tratando de enseñarles que la verdad es fuerte: puede sostenerse sobre sus propias piernas sin caer al suelo, pero tenía otras preocupaciones. Estoy satisfecho, sin embargo, de haber preferido buscar por mí mismo el conocimiento de las maravillas orientales; análogamente prefiero la sabiduría de Cristo a la ignorancia de sus comentaristas. Investigué una masa caótica de crasas supersticiones y de antiguas pretensiones buscando la verdad, lo que resiste al ácido de un estudio completo. Me enorgullezco de que nunca hubiera podido hacerlo, si mi completa naturaleza no contuviera elementos que en general se oponen mutuamente y que se encuentran en flagrante conflicto: el escepticismo científico y la sensibilidad espiritual.

Llamo a este libro “La India secreta”, pues hablo de algo en ese vasto país que, durante miles de años, ha permanecido oculto a los ojos curiosos; por haber procurado mantenerse lejos de los caminos del mundo, con lo cual sólo quedan rastros, a punto ya de desaparecer rápidamente. Podremos considerar egoísta que los yogis mantengan en tan estricto secreto sus conocimientos, en estos días de democracia, aunque contribuye a explicar su desaparición gradual del escenario visible de la historia. Viven en la India miles de ingleses y centenares la visitan cada año. Sin embargo muy pocos saben algo de lo que un día puede ser más valioso que todas las perlas y piedras preciosas que los barcos traen desde allí. Aun son menos los que se han tomado el trabajo de apartarse de su camino para encontrar los adeptos de la yoga; ni un inglés entre mil está dispuesto a postrarse delante de una figura de color oscuro y semidesnuda, en alguna cueva solitaria o en un cuarto lleno de discípulos. Tal es la barrera inevitable, impuesta por esta forma

de casta, que aun hombres de carácter generoso y amplia inteligencia, si abandonan repentinamente su barrio europeo, y se allegan a una de esas cuevas, encontrarían inaguantable la compañía de un yogi y absolutamente ininteligibles sus ideas.

Sin embargo, no ha de reprocharse al inglés que se encuentre en la India, soldado, funcionario del gobierno, comerciante o turista, que sea demasiado orgulloso para sentarse a lo sastre sobre la misma alfombra que el yogi. Dejando de lado el mantenimiento del prestigio británico, cosa sin duda necesaria e importante, es probable que la clase de santo que encuentre lo repela y no lo atraiga. Ciertamente no significa una pérdida evitar a esa persona. Sin embargo, es una lástima que, después de haber residido muchos años en la India, un inglés abandone el país ignorando en absoluto lo que se encuentra detrás de la frente de un sabio hindú, sin que se le pueda hacer un reproche por ello.

Recuerdo claramente una entrevista con un londinense, no de la mejor sociedad, bajo la sombra del gigantesco fuerte de Trichinopoly, excavado en la roca viva. Durante más de veinte años, había ocupado un puesto de responsabilidad en los ferrocarriles de la India. Era inevitable que le asaltara a preguntas acerca de su vida en aquella tierra quemada por el sol. Finalmente le planteé mi cuestión favorita:

—¿Ha encontrado usted algún yogi?

Me miró algo sorprendido y replicó:

—¿Yogi? ¿Qué es? ¿Algún animal?

Esa ignorancia hubiera sido perfectamente perdonable si se hubiera quedado en su casa, oyendo siempre las campanas de su parroquia; después de veintiséis años de residencia en el país era perfectamente feliz. Dejé que siguiera en ese estado.

Soy capaz de escribir este resumen por haber reprimido el orgullo al moverme entre los variados pueblos que habitan el Hindostán, por haber estado pronto a entenderlos y a simpatizar con ellos en lo intelectual, por carecer de prejuicios fastidiosos, por haber buscado el carácter sin fijarme en el color de la piel, por haber tratado de hallar la verdad toda la vida y por estar preparado para aceptar cualquier consecuencia que trajera consigo. Seguí mi camino a través de una muchedumbre de locos supersticiosos y de faquires que se habían concedido él título a sí mismos, para sentarme a los pies de verdaderos sabios,² aprendiendo allí, de primera mano, las verdaderas enseñanzas de la yoga. Me senté en el suelo en más de una ermita solitaria, rodeado de extrañas caras y oyendo idiomas desconocidos para mí.

Busqué esos hombres reservados y reclusos, los mejores yogis, y escuché sus instrucciones orales. Durante horas, hablé con los pundits brahmánicos de Benares, discutiendo antiquísimas cuestiones de filosofía y de fe que han atormentado la mente y angustiado el corazón del hombre, desde que empezó a pensar. Me detuve, de cuando en cuando, para divertirme con los taumaturgos, mientras encontraba extrañas cosas en mi camino.

Quería reunir los verdaderos hechos acerca de los yogis de hoy mediante el método de la investigación directa. Me enorgullezco al pensar que mi experiencia de periodista me capacitó para obtener gran parte de la información que buscaba, con una pérdida mínima de tiempo. Creo que aquellas horas sentado en el escritorio del editor, manejando hábilmente el lápiz azul, me han convertido en un duro crítico capaz de separar la paja del grano; el contacto con hombres y mujeres de todas las clases sociales, inevitable en esa profesión, méndigos vestidos de harapos, así como millonarios bien alimentados, me han ayudado a moverme un poco entre las abigarradas

masas de la India, en cuyas filas busqué esos extraños hombres, los yogis.

Por otra parte, había vivido una vida interior desligada totalmente de mis circunstancias externas. Pasaba gran parte de mi tiempo libre estudiando raros volúmenes y recorriendo atajos poco conocidos de la experimentación psicológica. Me ocupaba de materias que siempre han estado envueltas en nieblas hiperbóreas. A todo esto debe agregarse una atracción innata por todo lo oriental. Ya antes de mi primera visita, el Oriente había arrojado largos tentáculos que aprisionaron mi alma y que finalmente me llevaron a estudiar los libros sagrados de Asia, los eruditos comentarios de sus pundits y las ideas de sus sabios, cuando han llegado por escrito hasta nosotros, siempre que pudieran conseguirse traducciones al inglés.

Esta doble experiencia demostró ser de gran valor. Me enseñó a no permitir nunca que mi simpatía por los métodos orientales de sondear los misterios de la vida obscureciera mi deseo científico de encontrar los hechos crítica e imparcialmente. Sin esa simpatía, no hubiera podido entrar en lugares y frecuentar personas con las que el inglés medio que vive allí no se dignaría tratar o visitar. Sin esa estricta actitud científica, hubiera podido caer en esa impenetrable selva de supersticiones, dónde parecen haberse perdido tantos hindúes. No es fácil conciliar cualidades que se tienen generalmente por contradictorias, pero yo intenté sinceramente mantenerlas en un equilibrio sensato.

* * *

No me tomaré el trabajo de negar que el Occidente puede aprender muy poco de la India actual, pero no dudo en afirmar que los sabios hindúes del pasado y los pocos de hoy pueden enseñarnos mucho. El turista de raza blanca que recorre las principales ciudades y los más importantes monumentos históricos, alejándose después disgustado por el atrasado estado cultural de la India, tiene mucha razón. Sin embargo, aparecerá algún día un turista más avisado que buscará, no las decaídas ruinas de templos sin utilidad, no los palacios de mármol de disolutos reyes muertos hace ya mucho tiempo, sino los sabios vivientes que pueden revelar una sabiduría imposible de aprender en nuestras universidades.

¿Son estos hindúes simplemente ociosos que se tienden al ardiente sol tropical? ¿No han pensado o hecho nada que tenga algún valor para el resto del mundo? El viajero que puede ver tan solo su degeneración material y su flojedad mental no ha visto gran cosa. ¡Que cambie su desprecio por la consideración y se abrirán los labios sellados y las puertas ocultas!

Concedamos que la India ha dormido y aun roncado durante centurias, que allí todavía existen millones de aldeanos, nivelados por el mismo analfabetismo, que comparten el mismo punto de vista, mezcla de supersticiones pueriles y de una religión de jardín de infantes, semejante a la de los siervos ingleses del siglo XIV. Concedamos además que los pundits brahmánicos, en los centros hindúes de investigación pierden años inútiles buscando tres pies a gatos sacerdotales y elaborando sutilezas metafísicas, como lo hicieron nuestros escolásticos en la Edad Media. Sin embargo, queda un pequeño pero inapreciable residuo de cultura conocido con el nombre genérico de yoga, que promete a la humanidad beneficios tan valiosos, en su propio campo, como cualquiera que pueda dar la ciencia occidental. Puede hacer que nuestros cuerpos se aproximen a aquel estado de salud que la Naturaleza pretendió que poseyeran. Puede darnos una de las

necesidades más urgentes de la civilización moderna: la paz de espíritu. Puede abrir el camino hacia eternos tesoros espirituales para aquellos que quieran padecer por su conquista. Admito que esa gran sabiduría difícilmente pertenece al presente de la India, sino a su pasado, que ese conocimiento, celosamente guardado de la yoga, apenas florece hoy, mientras que antaño debe haber tenido valiosos maestros y fieles discípulos. Es posible que el secreto, con el que se la ocultó tan cuidadosamente, haya conseguido aniquilar cualquier tentativa de extensión de esta antigua ciencia; no lo sé.

Tal vez no sea equivocado pedir a los que comparten con el autor su occidentalismo que miren hacia Oriente, no en busca de una nueva fe, sino para conseguir unos pocos guijarros que agregar al montón que ya poseemos. Cuando los orientistas como Burnouf, Colebrooke y Max Müller³ aparecieron en el escenario de la erudición y nos dieron algunos de los tesoros literarios de la India, los sabios de Europa empezaron a comprender que los paganos habitantes de aquel país no eran tan estúpidos como habíamos presumido en nuestra ignorancia. Esas personas inteligentes, según las cuales la erudición asiática carece de toda idea utilizable para Occidente, demuestran con ello su propia vacuidad. La gente práctica que considera “estúpido” su estudio, sólo consigue que ese epíteto quede pegado a su propia estrechez de criterio. Si nuestras ideas acerca de la vida han de quedar enteramente determinadas por un simple accidente espacial, por la circunstancia fortuita de haber nacido en Bristol, en lugar de Bombay, no merecemos que se nos considere seres civilizados. Los que cierran su cerebro a todas las ideas orientales, lo cierran también a bellas lucubraciones, a profundas verdades y a un valioso conocimiento psicológico. Quienquiera que revuelva esta rancia acumulación de la ciencia oriental, esperando encontrar algunas gemas de extraños hechos y de una sabiduría aún más extraña, verá que su búsqueda no ha sido en vano.

* * *

Fui hacia Oriente, buscando los yogis y su sabiduría hermética. Aunque no era mi propósito principal, esperaba también encontrar una luz espiritual y una vida más divina. Durante esa búsqueda, visité las orillas de los ríos sagrados de la India: el Ganges tranquilo y verdegris, el ancho Jumna y el pintoresco Godavari. Recorrí todo el país. La India me apresó en su corazón y los pocos sabios que restan, a punto ya de desaparecer, abrieron más de una puerta para el occidental, poco familiarizado con aquella tierra.

No hace todavía mucho tiempo, me contaba entre los que consideran a Dios como una alucinación de la fantasía humana, la verdad espiritual como una simple nebulosidad y la justicia providencial como una creación arbitraria para idealistas infantiles. Yo también sentía una cierta impaciencia con los que construyen paraísos teologales y que descubren después el Universo, como si fueran los “agentes de tierras” de Dios. No tenía sino desprecio por los que parecían ser sólo esfuerzos fútiles y fanáticos de teorizantes sin espíritu crítico.

En consecuencia, si he empezado a pensar de una manera levemente distinta, esté seguro el lector que tengo buenas razones para ello. Sin embargo, no he llegado a rendir homenaje a ningún credo oriental; muchísimo tiempo antes, había estudiado intelectualmente entre ellos lo realmente importante. Pero llegué a una nueva aceptación de lo divino. Podría parecer que esto es algo insignificante y completamente personal, pero como hombre de nuestro tiempo, que se apoya en

los duros hechos y en la fría razón y que carece de entusiasmo por lo religioso, considero que es todo un éxito. Se restauró la fe de la única manera que puede hacerlo un escéptico, no por argumentaciones, sino viviendo una experiencia abrumadora. Fue un sabio de la jungla, un humilde ermitaño que había vivido anteriormente seis años en una cueva de las montañas quien produjo ese cambio vital en mi manera de pensar. Es muy posible que sea incapaz de pasar el examen de ingreso de una universidad, a pesar de lo cual no me avergüenzo de consignar en los últimos capítulos de este libro la profunda deuda que tengo con este hombre.

Basta para llamar la atención de los occidentales inteligentes que ese país produzca tales sabios. Todavía existe la vida espiritual de la India secreta, a pesar de las agitaciones políticas que la ocultan; he intentado dar un informe auténtico de más de un adepto que ha alcanzado esa energía y esa serenidad, que nosotros, pobres mortales, deseamos ansiosamente.

También he consignado en este libro mi testimonio acerca de otras cosas de misterio y de maravilla. Ahora, sentado frente a mi escritorio, mientras escribo a máquina, rodeado por el ambiente positivista del campo inglés, parecen increíbles y hasta me extraña mi temeridad al ponerlas por escrito para que las lea un mundo escéptico.

Los conceptos materialistas dominan actualmente el mundo, pero dudo que prevalezcan siempre; ya. pueden percibirse indicaciones proféticas de un cambio en las ideas. Sin embargo, hablando francamente no creo en milagros, pero sostengo la insuficiencia de nuestro conocimiento de las leyes naturales y cuando la vanguardia de hombres de ciencia que avanza por territorios inexplorados haya encontrado alguna más de estas leyes, seremos capaces de hacer cosas que equivaldrían a actos de taumaturgia.

Capítulo II

PRELUDIO DE UNA EXPLORACIÓN

El profesor de geografía toma un puntero, largo y más grueso por un extremo, y se dirige hacia un mapa grande y barnizado que cuelga delante de un grupo semiaburrado. Indica una mancha roja triangular que alcanza hasta el Ecuador e intenta estimular el interés decreciente de sus discípulos. Empieza a hablar con voz fina y arrastrada, con el aire de alguien que va hacer una revelación hierofántica.

—Se ha dicho que la India es la más bella joya de la corona británica...

Al instante un muchacho de nerviosas cejas, rodeado de ensueños, torna repentinamente a la realidad y hace volver su imaginación, que se encontraba muy lejos, a su escuela, al edificio de ladrillos rojos. El sonido de esa voz, INDIA, al caer en sus tímpanos, o su visión, captada por el nervio óptico, en una página impresa, lleva consigo las emocionantes y misteriosas connotaciones de lo desconocido. Alguna inexplicable comente de ideas las presenta siempre delante de él.

Cuando su profesor de matemáticas cree que su discípulo está trabajando laboriosamente en un problema de álgebra, no se da cuenta de que aquel joven sinvergüenza utiliza el banco de la escuela para propósitos ulteriores. Pues bajo la protección de libros hábilmente dispuestos, dibuja con rápidos trazos cabezas tocadas con turbantes, caras de color aceituna y barcos cargados de especias que reciben su preciosa carga de juncos de fondo plano.

Pasan los años juveniles pero su interés por el Hindostán permanece; más aún, se extiende hasta abarcar toda Asia en sus ansiosos tentáculos.

Siempre hace fantásticos proyectos para ir allí. Se escapará de casa y se meterá en un barco. Después de eso, será simplemente cuestión de un poco de audacia obtener una visión somera de la India. Aunque esos deseos siempre fracasan habla metafóricamente sobre dio con sus compañeros de escuela, harta que uno se convierte en una víctima fácil de su poco razonado entusiasmo.

Después, ambos empiezan a conspirar en silencio y proceden en secreto. Planean un viaje audaz a través de toda Europa, desde donde seguirán hasta el Asia Menor y Arabia, alcanzando finalmente el puerto de Adén. El lector se sonreirá al considerar la inocente audacia de esa larga caminata. Ellos creen posible encontrar en Adén algún amistoso capitán que resultará ser un hombre bondadoso y comprensivo. Los tomará a bordo de su barco y una semana más tarde empezarán a explorar la India.

Marchan agigantados los preparativos para esta excursión siempre diferida. Ahorran dinero con avaricia, comprando pieza por pieza lo que ellos, en su inocencia, se imaginan que necesita un explorador. Consultan cuidadosamente los mapas y las guías de viaje; las ilustraciones en colores y las atractivas fotografías sirven para dar carácter de fiebre a su ansia de la distancia. Finalmente, pueden fijar fecha, cuándo dejarán al destino con tres palmos de narices y abandonarán el país. ¿Quién sabe lo que hay a la vuelta de cada esquina?

Pudieron haber ahorrado algo de sus energías juveniles y conservado un poco de su primitivo optimismo. Pues un infortunado día, el tutor del segundo muchacho descubre los preparativos, arranca más detalles del proyecto y cae sobre ellos con mano de hierro. No es para contar lo que sufren al descubrirse sus intenciones. Abandonan la empresa de malísima gana.

El promotor de esa desdichada expedición nunca pierde el deseo de ver la India; sin embargo, la iniciación de la virilidad trae otros lazos, otros intereses, y ata sus pies con deberes que son cadenas. Es necesario postergar ese deseo, aunque mucho se lamente de ello.

El tiempo arranca hoja tras hoja del calendario hasta que, cuando meaos lo espera, encuentra un hombre que presta vida, pero de gran intensidad, a aquella vieja ambición. La cara del extranjero es de color obscuro, está cubierta su cabeza por un turbante y viene de Hindostán, de la tierra quemada por el sol.

* * *

Arrojo la más fina red de mi memoria por los años pasados para imaginarme visualmente el día en que entró en mi vida. Está por terminar el otoño, pues hay niebla y un intenso frío atraviesa mi traje. Los húmedos dedos de la depresión intentan apoderarse de mi corazón desfalleciente.

Me meto en un café brillantemente iluminado, buscando la venal comodidad de su calor. Una taza de té caliente, tan eficaz en otros momentos, no restablece mi serenidad. No puedo eliminar la pesada atmósfera que me rodea. La melancolía ha decidido que contribuya a sus oscuros fines. Negras cortinas cubren la entrada a mi corazón.

Aquella tranquilidad es difícil de soportar y me obliga finalmente a salir a la calle. Camino sin rumbo por calles que he recorrido muchas veces, hasta detenerme frente a una pequeña librería que conozco muy bien. Es un edificio muy viejo donde se guardan libros de la misma edad. El propietario¹ es un hombre chapado a la antigua, reliquia de un siglo anterior. Esta época de vida rápida no puede emplearlo casi en nada. Su comercio se limita a obras raras y primeras ediciones, especializándose en materias curiosas y recónditas. Posee notables conocimientos, en cuanto pueden adquirirse en los libros, de los atajos de la erudición y cuestiones extrañas. De cuando en cuando, me gusta visitar su librería y charlar con él...

Entro y le saludo. Durante algún tiempo, hojeo las amarillentas páginas de varios volúmenes encuadernados en pergamino o examino atentamente descoloridos folios. Un libro antiguo me llama la atención; parece ser algo interesante, por lo que lo examino con más cuidado. El librero, con loa lentes puestos, nota mi interés y como tiene por costumbre, inicia lo que él supone ser una discusión sobre el tema del libro: la metempsícosis.

El viejo sigue su método y mantiene la charla desde su propio punto de vista. Habla largo rato, pues al parecer conoce el pro y el contra de esa extraña doctrina mejor que el autor, tiene en la

punta de los dedos los autores clásicos que han tratado esa materia. Así me entero de muchas cosas curiosas.

De repente, en el otro extremo de la librería, oigo moverse una persona al darse vuelta. Observo un hombre de alta estatura que sale de entre las sombras de un cuartito interior donde se guardan los libros más valiosos.

Aquel hombre es hindú. Se acerca con un continente aristocrático y enfrenta al librero.

—Amigo mío —dice quedamente—, disculpe usted que intervenga. No pude menos de escuchar lo que usted decía: además el tema es de gran interés para mí. Usted cita los autores clásicos que son los primeros en mencionar esa idea de la continua reencarnación del hombre sobre la tierra. Coincido con usted en que los más profundos pensadores entre los filósofos griegos, los sabios alejandrinos y los primeros padres de la Iglesia entendieron muy bien esa doctrina. Pero, ¿dónde cree que se originó?

Se detiene un momento, pero no da tiempo a que le respondan.

—Permítame que se lo diga —continúa sonriendo—. Debe usted mirar hacia la India si busca la primera creencia general de la metempsícosis en el Mundo Antiguo. Era un artículo fundamental de fe entre las gentes de mi país, aun en la más remota antigüedad.

Me fascina la cara de mi interlocutor. Es un rostro poco común; sería una cara distinguida entre centenares de hindúes. Mi interpretación de su carácter es, que consiste esencialmente en una potencia mantenida en reserva. Entre una enumeración de sus rasgos deberán citarse sus ojos penetrantes, la fuerte mandíbula y la frente alta. El color de su piel es más oscuro que el del hindú medio. Lleva un magnífico turbante, cuya parte delantera está adornada con una joya centelleante. Por lo demás viste a la europea y se ve que da trabajo a un buen sastre.

Su afirmación, levemente didáctica, no atrae mucho al anciano caballero de pie detrás del mostrador; de hecho, ofrece una vigorosa oposición.

—¿Cómo puede ser eso —observa escépticamente— si las ciudades del Mediterráneo oriental eran florecientes centros de cultura y de civilización en la era precristiana? ¿No vivieron los más grandes intelectos de la humanidad en el área comprendida entre Atenas y Alejandría? Seguramente, sus ideas emigraron hacia el sur y hacia el este hasta alcanzar la India. —El hindú sonríe tolerantemente.

—De ninguna manera —responde en seguida—. Ocurrió realmente lo contrario de lo que usted afirma.

—¡Vaya! ¿Sugiere usted seriamente que el occidente progresista debía recibir su filosofía del oriente atrasado? ¡No, señor! —exclama el librero.

—¿Por qué no? Lea usted otra vez a Apuleyo y verá que Pitágoras fué a la India, donde le instruyeron los brahmanes. Advierta usted cómo empezó a enseñar la doctrina de la metempsícosis después de su vuelta a Europa. Pero esto es un caso aislado. Puedo encontrar otros. ¡Su observación sobre el Oriente atrasado me hace sonreír! Hace miles de años nuestros sabios reflexionaban sobre los más profundos problemas mientras los antepasados de usted ni siquiera sospechaban su existencia.

Se detiene secamente, nos observa con curiosidad y espera qué sus palabras se hundan en nuestros cerebros. Sospecho que el viejo librero está un poco perplejo. En ninguna otra ocasión le he visto reducido a un silencio tan profundo o tan impresionado por la autoridad intelectual de su interlocutor.

He escuchado en silencio las palabras del otro parroquiano, sin intentar mezclarme en la discusión. Se produce entonces una pausa en la conversación que todos parecemos reconocer y respetar. Pronto el hindú se retira bruscamente dirigiéndose al cuartito interior, para volver unos minutos más tarde con un valioso folio elegido entre los que se encuentran en los estantes. Paga el libro y se dispone a retirarse. Llega a la puerta, mientras observo admirado su figura, a punto de desaparecer.

Repentinamente, se da vuelta y se me acerca. Saca la cartera y elige una tarjeta de visita.

—¿Le interesaría a usted proseguir esta conversación conmigo? —me pregunta sonriendo a medias. Aunque me toma de sorpresa, acepto encantado. Me ofrece una tarjeta agregando una invitación para cenar.

* * *

Hacia la noche, me pongo a buscar la casa del extranjero, tarea que no deja de ser desagradable, pues me acompaña una molesta niebla que pesa densamente sobre las calles. Supongo que un artista encontrará algo estético y romántico en este fenómeno meteorológico que muchas veces se descuelga sobre la ciudad, oscureciendo sus luces. Sin embargo, mi interés está tan concentrado sobre la próxima entrevista que no observo ninguna belleza y no siento nada desagradable en el ambiente.

Me detengo finalmente delante de una entrada casi ciclópea; se planta delante de mí a la vaga luz que atraviesa la niebla.

Piezas de hierro, en forma de brazos, sostienen dos grandes lámparas que parecen un saludo de bienvenida. A mi entrada en la casa sigue una agradable sorpresa. Pues el hindú no me ha dicho una palabra de su decorado interior único, sobre el que ha prodigado el buen gusto y una bolsa bien provista.

Baste decir que me encuentro en una amplia habitación, que según mis conocimientos podría ser parte de algún palacio asiático, tan exótico es su mobiliario y tan rico el colorido de su espléndida decoración. Al cerrarse la puerta de la calle, dejo detrás de mí el gris y plomizo mundo occidental. Se ha decorado el cuarto en una extraña combinación de estilo hindú y chino. Los colores predominantes son el rojo, el negro y el gualda. Brillantes tapices chinos, en los que aparecen dragones extendidos en el suelo, cubren los muros. Desde todos los rincones miran fija y fieramente esculpidas cabezas de esos mismos animales míticos soportando repisas donde descansan costosas piezas de artesanía. Dos mantos de seda para mandarín adornan ambos lados de la puerta. Alfombras indias de extraños dibujos descansan sobre el parquet; los pies se hundan deliciosamente en su espesa suavidad. Frente al fuego, en el suelo, se extiende la piel de un gigantesco tigre.

Mis ojos se detienen en una mesita laqueada que se encuentra en un rincón. Sobre ella descansa un armarito de ébano con puertas doradas plegables. Dentro de él observo la figura de algún dios hindú. Probablemente es un Buda, pues el rostro refleja la calma, y los ojos, que miran sin pestañear, se fijan en la nariz.

Mi huésped me saluda cordialmente. Está vestido impecablemente con traje de etiqueta. Este hombre tendría una apariencia distinguida en cualquier sociedad del mundo, pienso yo. Unos

minutos más tarde nos sentamos a cenar. Se sirven algunos platos deliciosos; allí me inicio en los placeres del curry, adquiriendo así un gusto que no ha de abandonarme nunca. El sirviente que nos atiende da la nota pintoresca, pues lleva chaqueta y pantalón blancos, una faja de color oro y un immaculado turbante.

Durante la comida, la conversación es superficial y relativa a temas generales; sin embargo, cualquier cosa que diga mi huésped, cualquier asunto que toque, sus palabras tienen invariablemente un tono de cosa definitiva. Sus frases están construidas *de tal manera que dejan pocas oportunidades de argumentar*; su acento es tan seguro que parece ser la última palabra sobre la materia. No puedo menos de sentirme impresionado por su tranquila seguridad.

Mientras tomamos café, me cuenta algo de su vida. Me entero que ha viajado mucho y que posee medios de vida. Relata pintorescas impresiones de China, donde ha residido un año; del Japón, cuyo asombroso futuro predice en unas pocas palabras; de los Estados Unidos, de Europa y, lo que es más extraño, de su vida en un monasterio cristiano en Siria, donde pasó un período de reclusión.

Cuando encendemos los cigarrillos, aborda nuevamente el tópico que se planteó en la librería. Pero es evidente que desea conversar de otras cosas, pues pronto habla de temas más amplios, encarando la cuestión de la antigua sabiduría hindú.

—Algunas de las doctrinas de nuestros sabios han llegado ya hasta Occidente —nota con tono solemne— pero en la mayoría de los casos se han interpretado incorrectamente las verdaderas enseñanzas; en unos pocos, se ha producido una falsificación. Sin embargo, no soy el indicado para quejarme. ¿Qué es hoy la India? Ya no representa la elevada cultura del pasado. Ha perdido su grandeza. Es triste, muy triste. Las masas se aterran a unos pocos ideales a costa de enredarse en un laberinto de detalles, de trabas seudoreligiosas y de costumbres insensatas.

Le pregunto cuál es la causa de esa situación.

—¡Ay, amigo mío! En un tiempo, hubo grandes videntes en mi tierra, hombres que penetraron los misterios de la vida. Reyes y pecheros buscaban sus consejos. Bajo su inspiración, la cultura hindú alcanzó su cenit. ¿Dónde se encontrarán hoy? Pueden quedar dos o tres, desconocidos, ignorados, lejos de la corriente principal de la vida moderna. Cuando esos grandes sabios, rishees, como nosotros los llamamos, empezaron a retirarse de la sociedad, se inició nuestra decadencia.

Hunde la cabeza hasta que su pecho sostiene la barbilla. Con la última frase, aparece una nota de pesadumbre en su voz. Por un momento parece haberse apartado de mí, abismada su alma en sombría lamentación.

Otra vez su personalidad me impresiona por parecerme provocativamente interesante y decididamente atractiva. Los ojos, negros y centelleantes, revelan una aguda inteligencia; la voz, suave y simpática, es el reflejo de un corazón bondadoso. Siento nuevamente que es persona de mi agrado.

Sin hacer ruido, entra el sirviente y se acerca a la mesa laqueada. Enciende una varilla perfumada: un humo azul se levanta hacia el techo. El extraño perfume de alguna clase de incienso del Extremo Oriente se propaga por el cuarto. No es desagradable.

Repentinamente mi huésped levanta la cabeza y me mira.

—¿Le dije a usted que quedaban todavía dos o tres de ellos? —me pregunta extrañamente—. ¡Sí! Se lo dije. Conocí a un gran sabio. Fué un privilegio acerca del cual rara vez hablo ahora con

otras personas. Fué mi padre, mi guía, mi maestro y mi amigo. Poseía la sabiduría de un dios. Le amaba como si fuera realmente su propio hijo. En los afortunados intervalos, durante los cuales permanecía con él, comprendía que la vida es buena en el fondo. Tal era el efecto de la maravillosa atmósfera que le rodeaba. Yo, que he hecho del arte mi pasión y de la belleza mi ideal, aprendí de él a ver la divina perfección estética en los leprosos, en los que carecen de todo o en los seres deformes, de los que antes me apartaba con horror. Vivía en una ermita, en la selva, lejos de las ciudades. Al parecer por casualidad caí por allí. Desde aquel día, le visité varias veces, permaneciendo con él todo el tiempo que me era posible. Me enseñó muchas cosas. Sí, un hombre de esa clase podría prestar grandeza a cualquier país.

—¿Por qué no apareció públicamente y sirvió a la India? —le pregunto abiertamente.

El hindú sacude la cabeza.

—Es bastante difícil para nosotros comprender los motivos de un hombre tan extraordinario. Para usted, como occidental, sería doblemente ininteligible. El respondería probablemente que se puede servir en secreto mediante el poder telepático, que puede influirse a distancia de una manera invisible, pero no menos potante. Diría también probablemente que una sociedad degenerada debe sufrir su suerte hasta que llegue la hora de la liberación determinada por el destino.

—Confieso que me intriga esa respuesta.

—Ciertamente, amigo mío, así lo esperaba yo —observa mi interlocutor.

Después de aquella noche memorable, visité mucho al hindú, atraído por la seducción de sus extraordinarios conocimientos, así como por el atractivo de su exótica personalidad. Mueve algunos tensos resortes de mi ambición y hace que sea urgente mi deseo de sondear el sentido de la vida. Me estimula, no tanto a satisfacer una curiosidad intelectual, sino a obtener una valiosa felicidad.

Una noche, nuestra conversación toma un rumbo que está destinado a tener importantes resultados para mí. A veces describe extrañas costumbres y las peculiares tradiciones de los hindúes; otras pinta en unas pocas palabras algunos tipos que pueblan su asombrosa patria. Aquella noche deja caer una observación acerca de un extraño tipo, el yogi. Tengo una idea vaga e incoherente de lo que significa esa palabra. La he notado unas pocas veces durante mis lecturas, pero en cada caso la reducción a cosas conocidas es tan distinta que el resultado natural es confundirme. Así, pues, cuando oigo a mi amigo usar esa palabra, le detengo y le pido que me lo explique.

—Con mucho gusto —responde—, pero es muy difícil decirle en pocas palabras lo que es un yogi. Indudablemente, una docena de hindúes dará doce explicaciones diferentes. Por ejemplo, hay millares de mendigos errantes que usan ese nombre. Pasan en rebaños por las aldeas y aparecen en bandadas durante las ferias religiosas periódicas. Muchos son vagabundos haraganes, dañinos otros, la mayoría son completamente analfabetos, que no tienen la menor idea de la historia y de las doctrinas de la yoga, con cuyo nombre se disfrazan.

Se detiene para sacudir la ceniza de su cigarrillo.

—Sin embargo, vaya usted a algún lugar como Rishikesh, sobre el cual el Himalaya mantiene una guardia eterna. Allí encontrará una dase enteramente distinta de hombres. Viven en humildes casuchas o en cuevas, comen muy poco y ruegan a Dios constantemente. La religión es su pan; ocupa su imaginación día y noche. En su gran mayoría son hombres buenos que estudian libros,

sagrados y cantan himnos. Sin embargo, también se llaman yogis. Pero, ¿qué tienen de común con los mendigos que explotan a las masas ignorantes? Ya ve usted cuán elástica es la palabra. Entre esas dos clases hay otras que participan de la naturaleza de las citadas.

—Y sin embargo parece que se habla mucho de los misteriosos poderes que poseen los yogis —observo.

—¡Ah! Ahora deberá escuchar usted otra definición —me replica riendo—. Hay individuos extraños que viven en retiros solitarios, lejos de las grandes ciudades, reclusos en la jungla o en las cuevas de las montañas y que dedican toda su vida a prácticas que, según ellos, han de darles poderes maravillosos. Algunos evitan el uso de la palabra religión y la desprecian; sin embargo, otros son muy religiosos, pero todos están unidos en la lucha para arrancar a la naturaleza el dominio sobre fuerzas invisibles e intangibles. Ya ve usted, la India nunca ha carecido de la tradición de lo misterioso, de lo oculto; se cuentan muchas historias de los adeptos que pueden hacer cosas maravillosas. También esos hombres se llaman yogis.

—¿Ha encontrado usted hombres de esa clase? ¿Cree usted en esas tradiciones? —pregunto con afectada indiferencia.

Mi interlocutor guarda silencio. Parece cavilar sobre la manera de formular su respuesta.

Vuelvo la mirada hacia el armarito que se encuentra sobre la mesa laqueada. A la suave luz que llena la habitación, me imagino que el Buda me sonríe benigneamente, desde su trono de madera dorada, en forma de loto. Durante medio minuto me inclino a creer que hay algo irreal en la atmósfera. Entonces, la clara voz del hindú irrumpe en mis ideas y obliga a detenerse a mi errante fantasía.

—¡Mire usted! —dice suavemente, manteniendo algo en la mano para que yo lo observe y que ha sacado de debajo de su cuello—. Soy un brahmán. Este es mi cordón sagrado.² Millares de años de estricta separación han conducido a que ciertos rasgos de carácter sean instintivos en mi casta. La educación occidental o los viajes por Europa nunca podrán suprimirlos. La fe en un poder superior, la creencia en la existencia de fuerzas sobrenaturales, el reconocimiento de una evolución espiritual entre los hombres... esas cosas nacieron conmigo por ser brahmán. No podría destruirlas aunque quisiera; dominan mi razón, en cuanto se opone a ellas. Así, pues, aunque simpatizo con los principios y los métodos de la ciencia moderna, ¿qué otra respuesta puedo darle sino que creo?

Me observa intensamente durante un momento. Luego prosigue:

—Sí, he encontrado hombres de esa clase. Una, dos, tres-veces. Es difícil dar con ellos. Creo que en otros tiempos era más fácil, pero hoy casi han desaparecido.

—Supongo que todavía existen.

—Probablemente, amigo mío, pero encontrarlos es algo enteramente distinto. Se necesitaría para ello una búsqueda intensa y prolongada.

—¿Era su maestro uno de ellos? •

—No, pertenecía a un orden más elevado. ¿No le dije a usted que era un rishee?

La palabra necesita algunas explicaciones antes que mi cerebro pueda digerirla y así se lo digo.

—Los rishee se encuentran en una etapa más alta que los yogis —me responde—. Transfiera usted la teoría darwiniana al campo del carácter humano, acepte usted la enseñanza brahmánica de que existe una evolución espiritual que corre paralelamente a la física, considere esos rishee

como si fueran hombres que hubieran alcanzado el pináculo de esa ascensión, así podrá formarse un grosero concepto de su grandeza.

—¿Lleva a cabo un rishee milagros de los que se oye hablar?

—Ciertamente, pero no los valora en sí mismos, mientras que muchos de los taumaturgos yogis así lo hacen. Esos poderes se producen en él naturalmente, por el gran desarrollo de su voluntad y de la concentración. No son su propósito principal, hasta puede despreciarlos y utilizarlos poco. Verá usted, su principal objetivo es convertirse interiormente en algo emparentado con esos seres divinos de los que son ejemplo Buda en Oriente y Cristo en Occidente.

—¿Pero Cristo hizo milagros!

—Los hizo. Pero ¿cree usted que los llevó a cabo por vanagloria? De ninguna manera, deseaba ganar las almas sencillas captando así su fe.

—Con seguridad que si existieran en la India hombres como esos rishee las multitudes correrían para seguirlos —me permito conjeturar.

—Indudablemente, pero sería necesario primero que apare— cieran en público y que se dieran a conocer. Sólo en casos extremadamente excepcionales, se sabe que los rishees han hecho eso. Prefieren vivir apartados del mundo. Los que desean hacer algo de utilidad general, aparecen por un tiempo limitado y desaparecen otra vez.

Sugiero que esos hombres difícilmente pueden ser útiles a sus semejantes si se ocultan en lugares inaccesibles.

El hindú sonríe tolerante.

—Eso es cosa que cae bajo su proverbio occidental: las apariencias engañan. Sin un conocimiento íntimo de esas personas, el mundo no puede juzgarlas correctamente, permíname que se lo diga. Le he concretado que los rishees vivieron algunas veces en las ciudades y actuaron en la sociedad de los hombres. En la antigüedad, cuando eso ocurría con más frecuencia, su sabiduría, su capacidad y sus éxitos eran evidentes para el público; se reconocía abiertamente su influencia. Ni siquiera los maharajaes creían rebajar su dignidad al rendir un reverente homenaje a aquellos grandes sabios y pedir sus consejos en cuestiones políticas. Pero, ciertamente, es seguro que los rishees prefieren ejercer su influencia de manera silenciosa e ignorada.

—Bien, me gustaría encontrarme con ellos, lo mismo que con algunos verdaderos yogis.

—Sin duda, le sucederá algún día —me asegura.

—¿Cómo lo sabe usted? —pregunto algo asombrado.

Lo supe el primer día que nos encontramos —es su asombrosa respuesta—. Llegó hasta mí como el conocimiento que nos da la intuición. ¿Qué importa el nombre? Llegó como un mensaje, profundamente sentido, pero inexplicable de acuerdo con las circunstancias externas. Mi maestro me enseñó a ejercitar y desarrollar ese sentimiento. Ahora he aprendido a fiarme implícitamente de él.

—¿Un Sócrates moderno guiado por su *daimon*! —exclamo entre bromas y veras—. Pero, dígame usted, ¿cuándo cree que se realizará su profecía?

Se encoge de hombros.

—No soy profeta. Por ello siento que no pueda indicarle una fecha.

No insisto, aunque sospecho que podría decir mucho más si quisiera. Reflexiono sobre el asunto y ofrezco una sugestión.

—Supongo que algún día volverá usted a su patria. Si estoy dispuesto en ese momento, ¿no

podríamos viajar juntos? ¿No me ayudaría usted a encontrar algunos de esos hombres acerca de los cuales hemos estado hablando?

—No, amigo mío; vaya usted solo. Será mejor que usted los encuentre por sí mismo.

—Será muy difícil para un extranjero —digo quejumbrosamente.

—Sí... muy difícil. Pero vaya usted solo; algún día comprenderá que tengo razón.

* * *

Desde aquel momento, siento intensamente que llegará un día decisivo en el cual me encontraré en el asoleado Oriente. Supongo que si la India tuvo en el pasado hombres tan sabios como los rishees y que, si como cree mi amigo, quedan unos pocos, el trabajo de encontrarlos será ampliamente compensado por la sabiduría que puedan proporcionar. Tal vez pueda obtener la comprensión y el contenido que la vida me ha negado hasta ahora. Si fracaso en mi investigación, el viaje no habrá sido en vano, pues esos extraños hombres, los yogis, con su magia, sus misteriosas prácticas y su extraño modo de vida, excitan mi curiosidad y despiertan mi interés. La rutina periodística ha agudizado hasta un estado anormal mi preocupación por lo extraordinario. Me fascina la posibilidad de explorar esos senderos poco conocidos. Decido realizar mis sueños en toda su extensión y tomar el primer barco para la India, en cuanto se presente la oportunidad.

Durante varios meses sigo visitando la casa de mi amigo oriental, que convirtió así en definitiva mi decisión de dirigirme hacia el sol naciente. Me ayuda a encontrar mi posición en el océano de la vida, lleno de remolinos, aunque siempre se niega a servir de piloto a través de aquellas aguas, de las que no existen mapas y que se extienden delante de mí. Sin embargo, para un hombre joven, tiene un valor indudable descubrir su propia posición, adquirir conciencia de las posibilidades latentes y aclarar sus propias ideas. No me parece que esté fuera de lugar si pago ahora mi deuda de gratitud con él, uno de mis primeros benefactores. Pues un aciago día, cuando la rueda de la suerte giró una vez más, debimos separarnos. A los pocos años, al parecer accidentalmente, me enteré de su muerte.

Ni la época ni las circunstancias son propicias para mi viaje.

La ambición y el deseo atraen a un hombre llevándolo a posiciones de responsabilidad de las que no es fácil liberarse. No puedo hacer mucho más que resignarme a la vida que me encierra, vigilando y esperando.

Nunca pierdo la fe en la profecía de mi amigo hindú. Un día, una inesperada confirmación la refuerza.

Mi actividad profesional me conduce a trabajar varios meses con un hombre por quien siento la consideración más amistosa y el más profundo respeto. Es extremadamente sagaz y conoce todo el alfabeto de la naturaleza humana. Muchos años antes era profesor de Psicología, pero la vida universitaria no era de su agrado. Desertó para dirigirse a otros campos de actividad donde podría hacer un uso más práctico de la amplitud de sus conocimientos. Durante un tiempo, actuó como consejero de los magnates del mundo de los negocios. ¡Cuán frecuentemente se jactaba de obtener grandes honorarios de los jefes de grandes empresas!

Nació con el notable don de inspirar a otros para dar lo mejor de sí. Cualquiera persona que encuentre, desde el cadete de la oficina hasta el magnate que posee millones, halla una ayuda

efectiva y se entusiasma con su contacto; a menudo obtiene valiosísimos consejos. Me he acostumbrado a tomar nota por escrito de cualquiera que me dé, pues su visión, tanto en lo que afecta al presente como al futuro próximo, se ha confirmado de notabilísima manera, en los negocios así como en asuntos personales. Me agrada muchísimo su compañía, pues ha conseguido aunar en su propia naturaleza la introspección y la extrospección, con tal resultado que puede hablar del más profundo tema filosófico y en el próximo minuto discutir un informe comercial. Además nunca es aburrido, siempre es ingenioso y posee un buen humor radiante.

Me admite en el círculo de sus amigos íntimos; a veces pasamos varias horas juntos en una mezcla de trabajo y diversión. Nunca me canso de escuchar su conversación, pues me fascina la amplitud de sus conocimientos. Muchas veces me admiro que una cabeza pueda contener todo lo que él sabe.

Una noche vamos a cenar juntos en un pequeño restaurante frecuentado por artistas, donde se aúnan las luces discretamente veladas y la comida bien preparada. Después de la cena encontramos que en el cielo brilla la luna llena y tentados por su embrujo decidimos regresar a pie a casa.

Durante la mayor parte de la noche la conversación ha sido algo ligera y frívola, pero al caminar por las calles más tranquilas de la ciudad, nos metemos en profundidades filosóficas. Al terminar nuestra peregrinación nocturna, discutimos cosas tan abstrusas que algunos de los clientes de mi amigo se asustarían sólo de oír los nombres. Al llegar a la puerta de su casa, se vuelve y me tiende la mano. Al estrechar la mía me habla en un tono grave y me dice lentamente:

—Usted nunca debió ingresar en esta profesión. En realidad, es un filósofo atrapado en este negocio de escribir que le está manchando lentamente los dedos. ¿Por qué no se hizo Usted profesor universitario y se pasa la vida en la investigación retirada? Le gusta ponerse sus pantuflas y dar vueltas en tomo de su cerebro. Intenta llegar a la misma fuente del alma. Un día visitará los yogis de la India o los lamas del Tibet o los monjes zen del Japón. Entonces escribirá usted extraños relatos. ¡Buenas noches!

—¿Qué piensa usted de los yogis?

Mi interlocutor inclina su cabeza hacia mí y murmura al oído:

—Amigo mío, ellos saben, *¡dios saben!*

Me alejo sumamente admirado. Este viaje mío al Oriente no ocurrirá en un plazo breve. Me pierdo cada vez más profundamente en un laberinto de actividades, aumentando la dificultad de escapar de ellas. Por un tiempo, se apodera de mí el pesimismo. ¿No me condenará el destino a quedar aprisionado en este embrollo de lazos privados y de ambiciones personales?

Sin embargo, mi suposición acerca de lo que está escrito con caracteres invisibles es equivocada. El destino da sus órdenes todos los días, y aunque no tenemos los conocimientos suficientes para leerlas, nos movemos inconscientemente obedeciéndolas. No ha transcurrido un año y desembarco en el Dock Alexandra en Bombay, mezclándome con la abigarrada vida de aquella ciudad oriental, escuchando la extraña mezcla de lenguas asiáticas que contribuye a su algarabía.

Capítulo III

UN MAGO EGIPCIO

Es un hecho singular y tal vez significativo que antes de probar mi suerte en esta extraña búsqueda la misma fortuna sale a mi encuentro. Ni siquiera he tenido tiempo de gozar del privilegio de todo turista: ver los monumentos o lugares notables de Bombay. Todo lo que conozco de la ciudad podría escribirse en una postal. Mis baúles, excepto uno, permanecen en un estado de tranquilidad que nadie perturba. Mi única actividad consiste en intentar familiarizarme con lo que me rodea en el Hotel Majestic; una de las amistades que he trabado a bordo, afirma, que es uno de los más cómodos de la ciudad. Mediante él, hago un sorprendente descubrimiento. En la misma casa se hospeda un miembro de la fraternidad de los magos, un urdidor de extraños encantamientos; en una palabra, un taumaturgo en carne y hueso.

Observe el lector que no se trata de uno de esos juglares que hacen su fortuna y la de los empresarios de teatro asombrando a un auditorio displicente y cansado. No es un hombre inteligente que trata de emular las hazañas de Maskelyne y Devant en un ambiente menos prosaico que el de Regent Street. ¡No! Este pertenece a la clase de los brujos medievales. Está en diaria relación con seres misteriosos, invisibles para los ojos humanos normales, pero bastante evidentes para los suyos. Por lo menos, esa es la reputación peculiar que se ha creado. Los empleados del hotel lo observan con ojos medrosos y hablan de él conteniendo el aliento. Cuando pasa, los otros huéspedes interrumpen la conversación y aparece en sus ojos una mirada inquisitiva y de extrañeza. El mago no intenta establecer relaciones con ellos y generalmente insiste en comer solo.

Su nacionalidad aumenta a nuestros ojos el interés que despierta, pues no es ni europeo ni hindú; viene del país del Nilo, a decir verdad, es egipcio.

Para mí no es fácil reconciliar el aspecto de Mahmoud Bey con los siniestros poderes que se le acreditan. En lugar del severo rostro y el cuerpo magro que espero, observo una cara agradable y sonriente, un cuerpo bien proporcionado, hombros grandes y el paso ágil de un hombre de acción. En lugar de la vestimenta blanca o la voluminosa capa, viste un traje moderno y bien cortado. Parece más bien un elegante francés, tal como los que pueden verse cualquier noche en los mejores restaurantes de París.

Durante el resto del día rumio la cuestión. Al día siguiente me levanto con una decisión

definitiva. Es necesario hablar con Mahmoud Bey. Conseguiré una entrevista, como dicen los escribas de la prensa.

Escribo unas pocas líneas, expresando mi deseo, sobre el reverso de una tarjeta de visita; en el ángulo derecho, con caracteres muy pequeños, dibujo un cierto símbolo que indica mi familiaridad con el lado tradicional de su misterioso arte y que, así lo espero, podrá servir para que me conceda la entrevista. Pongo la tarjeta en las manos de un sirviente que se desliza suavemente, agrego una rupia de plata y lo envío a las habitaciones del mago.

Cinco minutos más tarde llega la respuesta.

—Mahmoud Bey le recibirá inmediatamente, señor. Está a punto de desayunarse y le invita a acompañarlo.

Me envalentona este primer éxito. El sirviente me conduce hacia uno de los pisos superiores. Mahmoud Bey está sentado a la mesa, donde se encuentra una tetera, pan tostado, mantequilla y mermelada. El egipcio no se levanta para saludarme. En lugar de ello, indica una silla frente a él y dice con voz clara y resonante:

—Siéntese, por favor. Disculpe usted, nunca doy la mano.

Lleva una bata amplia y gris. Su cabeza está cubierta por una melena leonina de pelo castaño. Sobre su frente cae un rizo. Muestra sus blancos dientes al sonreír amablemente, mientras pregunta:

—Usted compartirá mi desayuno, ¿verdad?

Sé lo agradezco. Mientras tanto, le cuento la reputación terrible de que goza en el hotel y la prolongada meditación que me ha costado decidirme a tener la temeridad de llegar hasta él. Se ríe de todo corazón; hace el ademán de levantar la mano en el aire, como para indicar que no puedo hacer nada contra ello; pero no dice una palabra.

Después de una pausa me pregunta si represento a algún periódico.

—No, he venido a la India por motivos particulares para estudiar algunas cosas extraordinarias y, si es posible, tomar algunas notas para un libro.

—¿Permanecerá usted aquí mucho tiempo?

—Eso depende de las circunstancias. No tengo plazo determinado —respondo, pues me asalta un extraño sentimiento: en vez de hacer yo las preguntas, soy el interrogado. Pero sus próximas palabras me tranquilizan:

—Yo también me encuentro aquí por un tiempo largo. Probablemente iré al Lejano Oriente. Me gustaría ver el mundo y volver después a Egipto, si Alá quiere.

Entra el sirviente y levanta la mesa; después que hemos terminado de desayunarnos, siento que ha llegado la hora de bucear en aguas más profundas.

—¿Es cierto que posee usted esos poderes mágicos? —le pregunto directamente.

Calmosamente, con confianza, exclama:

—¡Sí! Alá, el Todopoderoso, me los ha concedido.

Dudo. Sus oscuros ojos están fijos en mí.

—¿Quisiera usted que se los demostrase? —pregunta repentinamente.

Ha adivinado mis deseos. Inclino la cabeza en señal de asentimiento.

—Muy bien, ¿tiene usted un lápiz y un pedazo de papel?

Busco febrilmente en el bolsillo mi libreta de notas, arranco una página y saco además un lápiz.

—¡Bien! —dice—. Ahora escriba usted alguna pregunta.

Después de decir eso se retira y se sienta frente a una mesita en el profundo hueco del balcón, vuelve a medias la cabeza y mira hacia la calle que queda debajo. Nos separan ahora algunos metros de distancia.

—¿Qué clase de pregunta? —quiero saber yo.

—Cualquiera, la que usted desee —replica prontamente.

Mi cerebro juega con varias ideas. Finalmente escribo una corta pregunta: “¿Dónde estaba yo hace cuatro años?”

—Ahora doble usted el papel repetidamente hasta que quede reducido a un cuadrado lo más pequeño posible —aconseja.

Le obedezco. Entonces vuelve con la silla hasta mi mesa y me enfrenta otra vez.

—Ponga usted el pedazo de papel junto con el lápiz en el cuenco de la mano derecha y apriete usted el puño. —El egipcio cierra los ojos. Parece haber caído en una profunda meditación. Después se abren otra vez los pesados párpados; sus ojos oscuros me miran fijamente y dice con suavidad:

—La pregunta que usted escribió... es: ¿dónde estaba yo hace cuatro años?

—¡Exacto! —exclamo asombrado. Es un caso extraordinario de telepatía.

—Ahora desenvuelva el pedazo de papel que tiene en el puño —dice su voz interrumpiendo mi admiración.

Coloco el pedazo de papel encima de la mesa y lentamente voy deshaciendo los pliegues hasta que yace sobre la mesa en su tamaño original.

—¡Examínelo! —ordena mi interlocutor. Así lo hago y descubro algo sorprendente. Pues una mano invisible ha escrito en el papel el nombre de la ciudad donde viví hace cuatro años. La respuesta se encuentra inmediatamente debajo de la pregunta.

Mahmoud Bey sonríe triunfalmente.

—Ahí está la respuesta. ¿Es correcta? —me pregunta.

Asiento admirado, pues me domina el más profundo asombro. Ciertamente el hecho apenas parece creíble. Como verificación, le ruego que repitamos la experiencia. Consiente de buena gana y se aleja hacia la ventana, mientras escribo otra, pregunta. Así se evita cualquier acusación posible de leer lo que escribo por estar demasiado cerca. Además, le vigilo cuidadosamente observando que su mirada está fija en la escena pintoresca que se desarrolla allá abajo, en la calle.

Otra vez doblo el papel y lo encierro enérgicamente junto al lápiz en el puño. Vuelve a la mesa y se hunde en una profunda concentración, manteniendo los ojos casi cerrados. Entonces dice:

—Su segunda pregunta: “¿Qué periódico editaba yo hace cuatro años?”

Ha acertado plenamente. Supongo que se trata de lectura mental.

Otra vez he de desenvolver el pequeño pedazo de papel que tengo en mi mano derecha. Lo extiendo sobre la mesa donde revela ante mi asombrada vista el nombre del periódico, escrito a lápiz con bastante mala letra.

¿Será un truco de circo? Rechazo esa sugestión por ser absurda. Saqué el papel y el lápiz de mis propios bolsillos, las preguntas no fueron premeditadas y además Mahmoud Bey se mantuvo escrupulosamente a varios metros, de distancia de mí, cada vez que escribía. Por otra parte, todo ha ocurrido a plena luz del día.

¿Hipnotismo? He estudiado esta materia y sé bien cuándo se efectúa una tentativa de influir indebidamente. Sé también cómo protegerme de ello. Las respuestas, agregadas de manera tan misteriosa, permanecen en el papel.¹

Nuevamente me siento profundamente asombrado. Por tercera vez, pido al egipcio que consienta en repetir el experimento. También en este caso tiene pleno éxito.

No pueden refutarse los hechos. Creo que ha leído mis pensamientos de alguna manera; por un acto inexplicable de magia, ha conseguido que aparezcan ciertas palabras, escritas por una mano invisible, en un papel que yo mantenía estrechamente cerrado en mi mano; además constituyen una respuesta correcta a mis preguntas.

¿Qué extraño procedimiento usa?

Mientras reflexiono sobre el asunto, siento la presencia de fuerzas supersensibles. Para un cerebro normal, la cosa es increíble. Es algo extraño y fuera de lo corriente. Mi corazón casi se detiene por aquel sentido de lo mágico.

—¿Hay hombres en Inglaterra que puedan hacer eso? —me pregunta casi con un tono de jactancia.

Me veo obligado a admitir que no conozco a nadie que pueda hacerlo en condiciones similares, aunque varios magos profesionales podrían tener éxito en ello, si se les permitiera usar sus propios adminículos.

—¿Podría usted explicarme sus métodos? —pregunto tímidamente, creyendo que pedirle la revelación de sus secretos es lo mismo que desear la luna.

Encoge sus anchos hombros.

—Me han ofrecido grandes sumas de dinero si entrego mis secretos, pero no me propongo hacerlo por ahora.

—¿Se da usted cuenta de que no ignoro totalmente el aspecto psíquico de las cosas? —me aventuro a preguntar.

—Ciertamente. Si alguna vez voy a Europa, lo que es muy probable, usted podrá serme muy útil en ciertos casos. Le prometo que le enseñaré entonces mis métodos, para que usted pueda hacer lo mismo si lo desea.

—¿Cuánto tiempo dura la enseñanza?

—Eso varía según las personas. Si usted trabaja intensamente y dedica todo su tiempo a ello, tres meses bastarían para adquirir la comprensión del *modus operandi*, pero después de eso se requieren años de práctica.

—¿No puede usted explicar los fundamentos más amplios de sus actos, sólo la parte teórica, sin dilucidar sus secretos? —insisto. Mahmoud Bey reflexiona por un tiempo, sobre mi pregunta.

—Sí, estoy dispuesto a hacer eso por usted —responde suavemente.

Busco mi libreta de taquigrafía, la saco de uno de mis bolsillos y empuño el lápiz, preparado para tomar notas.

—¡No!, por favor, ¡ahora no! —protesta sonriendo—. Estoy ocupado, usted debe disculparme. Vuelva mañana a las once. Entonces continuaremos nuestra charla.

* * *

Exactamente a la hora señalada estoy sentado en las habitaciones de Mahmoud Bey. Sobre la mesa se encuentra una caja con cigarrillos egipcios que empuja hacia mí. Saco uno y mientras me da fuego, dice:

—Son de mi patria. Son muy buenos.

Nos apoyamos hacia atrás en nuestras sillas arrojando las primeras bocanadas de humo que es fragante y aromático; ciertamente estos cigarrillos son excelentes.

—Bueno, ahora tengo que describirle mis teorías, como las llamarían sus compatriotas, los ingleses. Para mí es una certidumbre.—Mahmoud Bey ríe bonachonamente—. Tal vez se sorprenderá usted cuando se entere de que soy un experto en métodos agrícolas científicos; poseo varios diplomas de esa especialidad —agrega sin darle mucha importancia.

“Eso no parece coincidir con mi... digamos interés por la magia. Lo sé —continuó diciendo. Levanto la vista del cuaderno y observo una sonrisa en sus labios. Devuelve mi mirada. Se me ocurre que hay una excelente nota periodística en este hombre.”

—Pero usted es periodista, probablemente le interesa saber cómo llegué a ser mago, ¿eh? — me pregunta.

Expreso mi ansioso interés.

—¡Bien! Nací en una de las provincias del interior, pero me eduqué en El Cairo. Permítame que le diga que fui un muchacho normal, que me interesé por todas las cosas que puedan atraer a un chico de esa edad. Tenía deseos de hacer de la agricultura mi profesión, por lo que asistía a las clases del Instituto Nacional de Agronomía. Trabajaba intensamente y proseguía mis estudios con el mayor entusiasmo.

“Un día un viejo se mudó a la casa donde yo vivía. Era judío, tenía espesas cejas, una larga barba gris, siempre seria y grave la expresión del rostro. Parecía vivir en otro siglo, pues vestía de manara muy anticuada. Sus modales eran tan reservados que mantenían a distancia a los otros habitantes de la casa. Es muy singular que esa extraña reserva, en vez de tener el mismo efecto en mí, despertara mi interés. Como era joven, completamente desprovisto de modestia y tenía la manía de querer salirme con la mía, insistí tercamente en trabar amistad. Al principio me rechazó, pero ello sólo sirvió para agregar más combustible al fuego de mi curiosidad. Eventualmente cedió a mis constantes tentativas de entablar conversación. Me abrió las puertas de su casa y me permitió entrar en su intimidad. Así pude enterarme de que había pasado gran parte de su vida en extraños estudios y prácticas. En pocas palabras, me confesó que investigaba el lado sobrenatural de las cosas.

“¡Imagínese usted! Hasta entonces me había concretado a los estudios juveniles y a los sanos deportes. Me vi obligado a enfrentar improvisadamente una clase totalmente distinta de vida. ¡Y me atraía! La idea de lo sobrenatural no me asustaba, lo que sin duda hubiera ocurrido con otros muchachos. En realidad, me entusiasmaba, pues veía las grandes posibilidades que se me ofrecían. Rogué al viejo judío que me enseñara algo acerca de ello y cedió a mis deseos. De esa manera entré en un círculo de nuevos intereses y amigos. Me llevó consigo a una sociedad de El Cairo cuyo fin era efectuar investigaciones, prácticas de magia, espiritismo, teosofía y lo oculto en general. A menudo él pronunciaba conferencias allí. Aquella entidad se componía de personas de la buena sociedad, de hombres de ciencia, de funcionarios del gobierno y otras personas de las clases elevadas.

“Aunque apenas había llegado a la virilidad, se me permitió acompañar al viejo a todas las

reuniones. Siempre escuchaba atentamente, mis oídos absorbían todas las palabras que se pronunciaban a mi alrededor; mis ojos, agudamente fascinados, vigilaban los *extraños* experimentos que se hacían frecuentemente allí; naturalmente, era muy lógico que descuidara mis estudios universitarios, para tener más tiempo y dedicarlo a las investigaciones de asuntos sobrenaturales. Sin embargo, poseo un talento natural para mis primeros estudios y pasé sin grandes dificultades los exámenes necesarios para obtener mi diploma.

“Estudié los viejos y mohosos libros que el judío me prestaba, practiqué los ritos mágicos y otros ejercicios que me enseñó. Hice tan rápidos progresos que empecé a descubrir cosas desconocidas para él. Finalmente, se me reconoció como un experto en esas artes. Di conferencias y demostraciones en aquella sociedad de El Cairo, hasta que sus miembros me eligieron presidente. Fuí su jefe durante doce años. Entonces renuncié, pues quería salir de Egipto, viajar por algunos países y además ganar fortuna.”

Mahmoud Bey se detiene. Sus dedos cuidadosamente manicurados, cosa que no he dejado de observar, sacuden la ceniza de su cigarrillo.

—Es una tarea bastante difícil.

Sonríe.

—Para mí será bastante fácil. Sólo necesito unos pocos clientes entre la gente acaudalada que deseen hacer uso de mis poderes mágicos. Algunos ricos parsis e hindúes me conocen ya. Vienen aquí para consultarme acerca de sus problemas o dificultades, desean descubrir ciertas cosas que se les escapan, necesitan enterarse de algo que sólo puede obtenerse por medios ocultos. Naturalmente, me pagan altos honorarios. La cantidad mínima es cien rupias. Francamente, necesito conseguir mucho dinero, para después abandonar todo y retirarme a vivir en alguna tranquila provincia egipcia. Me compraré alguna extensa plantación de naranjos y reiniciaré mis estudios de agricultura.

—¿Ha llegado usted a la India directamente desde Egipto?

—No. Pasé algún tiempo en Siria y Palestina después de salir de El Cairo. La policía del primer país oyó hablar de mis facultades y algunas veces me pidió que la ayudara. En cuanto no sabía qué hacer en un caso criminal, utilizaba mis servicios como último recurso. Casi siempre conseguí encontrar a los criminales.

—¿Cómo podía hacerlo usted?

—El íntimo secreto de los crímenes me fué revelado por los espíritus, que están a mi servicio, creando ante mis ojos una visión del momento del crimen.

Mahmoud Bey cae otra vez, durante un minuto, en reminiscencias. Espero pacientemente sus próximas palabras.

—Sí, supongo que usted puede llamarme un espiritista practicante de una cierta clase, pues invoco la ayuda de los espíritus —continúa diciendo—. Pero soy también lo que usted podría llamar un mago en el verdadero sentido, no un juglar, sino como un lector del pensamiento, un telépata. No aseguro ser nada más que eso.

Sus afirmaciones son lo suficientemente sorprendentes como para no necesitar ningún comentario.

—Le ruego que me diga algo de sus servidores invisibles —le pido.

—¿Los espíritus? Bueno, necesité tres años de difícil práctica para obtener el grado actual de dominio que tengo sobre ellos. Verá usted, en el otro mundo que existe más allá de nuestros

sentidos corporales, hay buenos y malos espíritus; trato de utilizar sólo los primeros. Algunos son seres humanos que han pasado a través de lo que se llama la muerte, pero la mayoría de mis ayudantes son *jinn*s, es decir, nativos del mundo espiritual que nunca han poseído un cuerpo humano. Algunos son como animales, otros tan astutos como los hombres. Hay también *jinn*s malos. En Egipto los llamamos así y no conozco ninguna palabra inglesa adecuada para ellos; los usan los magos de la más baja clase, especialmente los brujos africanos. Por mi parte me niego a tener algo que ver con ellos. Son servidores peligrosos, que a menudo se vuelven traicioneramente contra el hombre que los utiliza, hasta matarlo.

—¿Quiénes son esos espíritus humanos que usted utiliza?

—Puedo decirle que uno de ellos es mi propio hermano. “Murió” hace algunos años. Pero recuerde usted que no soy un médium, pues ningún espíritu entra en mi cuerpo o le permite que me posea en modo alguno. Mi hermano se comunica conmigo produciendo en mi cerebro cualquier idea que desee, una visión ante los ojos de mi espíritu. Así me enteré de las preguntas que usted me hizo ayer.

—¿Y los *jinn*s?

—Tengo como treinta bajo mis órdenes. Aun después de obtener el dominio sobre ellos, tuve que enseñarles a ejecutar mis órdenes, exactamente como se enseña a un niño a bailar. Tengo que conocer el nombre de cada uno, pues no es posible que acudan o utilicen sus servicios sin saberlo. Algunos los aprendí en los mohosos libros que me prestó el viejo judío.

Mahmoud Bey me ofrece nuevamente cigarrillos de la caja que está sobre la mesa y continúa en seguida:

—He asignado a cada espíritu un deber particular; cada uno se ejercita en hacer algo especial. Así, los *jinn*s que produjeron ayer la escritura a lápiz en su pedazo de papel serían completamente incapaces de ayudarme a descubrir la naturaleza de sus preguntas.

—¿Cómo entra usted en relación con ellos? —es mi próxima pregunta.

—Puedo llamarlos muy rápidamente concentrando mi mente, pero en la práctica, generalmente escribo en caracteres árabes el nombre del espíritu requerido; eso basta para que acuda casi al instante.

El egipcio mira la hora, se levanta y dice:

—Amigo mío, lamento tener que decir que no puedo darle más explicaciones sobre mis métodos. Tal vez comprenda usted ahora por qué he de mantenerlos secretos. Si Alá quiere, podremos encontrarnos otra vez. ¡Adiós!

Brillan sus dientes al sonreír mientras se inclina cortésmente en señal de despedida. La entrevista ha terminado.

* * *

Es de noche en Bombay. Me acuesto tarde aunque no para dormir. El aire pesado me sofoca; parece que careciera de oxígeno, y el calor es intolerable. Las girantes paletas del ventilador que cuelga del techo no producen sino pequeño alivio; ciertamente, no el suficiente para que se cierren mis cansados ojos. Encuentro que el simple hecho de respirar es un verdadero trabajo. El aire está lo bastante caliente para herir mis pulmones —que no están acostumbrados a ello—, cada vez que

se dilatan. Mi miserable cuerpo pierde toda su energía y arroja un río continuo de sudor que absorbe el pijama. Lo que es peor, mi cerebro atormentado no encuentra descanso. Aparece en mi vida el demonio del insomnio que ha de perseguirme hasta que mis zapatos pisen por última vez suelo hindú. He empezado a pagar el inevitable precio de la aclimatación al mundo tropical.

Un mosquitero cuelga alrededor de mi cama como si fuera un blanco sudario. A través de una alta ventana que se abre a la terraza, la luz de la luna entra a chorros y produce fantásticas sombras en el pálido cielorraso.

Reflexiono sobre la conversación mantenida con Mahmoud Bey durante la mañana y los asombrados fenómenos del día anterior. Busco alguna explicación distinta de la que él me dió, pero no puedo encontrarla. Si existen realmente sus treinta o más misteriosos servidores, entonces nos encontraremos otra vez en plena Edad Media, suponiendo que la leyenda no mienta siempre, cuando en cada ciudad de Europa florecían los magos, aunque la Iglesia y el Estado coartaran a menudo sus obscuras labores.

Cuanto más intensamente busco una explicación, más grande es mi extrañeza.

¿Por qué me ordenó Mahmoud Bey mantener el lápiz junto con el pedazo de papel? ¿Sacarían los espíritus algunos átomos de la mina para poder escribir las respuestas?

Reviso mis recuerdos para encontrar casos similares. ¿No cuenta Marco Polo, el viajero veneciano, en alguna parte de su libro, que encontró en China, Tartaria y el Tibet, varios magos que podían escribir con un lápiz sin tener contacto con él? ¿No le informaron que aquel extraño arte era conocido y practicado por sus pueblos desde muchos siglos antes?

Recuerdo también que Helena Petrovna Blavatsky, la enigmática rusa que fundó la Sociedad Teosófica, produjo fenómenos similares hace unos cincuenta años. Ciertos miembros de esa sociedad fueron favorecidos con mensajes bastante largos, escritos por su intermedio. Se proponían cuestiones filosóficas en pedazos de papel y las respuestas se precipitaban, como decía ella, con bastante mala letra sobre el mismo papel de cartas en el que se habían escrito las preguntas. Es curioso que la señora Blavatsky asegurara conocer muy bien Tartaria y el Tibet, en una palabra, los países donde Marco Polo observó los mismos fenómenos. Sin embargo, no aseveró dominar ningún espíritu, como dice Mahmoud Bey. Ella afirmaba que la misteriosa escritura provenía de sus maestros tibetanos que vivían en la carne como nosotros y, que siendo los inspiradores de su cenáculo, la vigilaban en la invisibilidad. Al parecer, eran más hábiles que el egipcio, pues producían esos escritos encontrándose a miles de kilómetros de distancia, en el Tibet. En aquel tiempo, se discutió mucho si los fenómenos que producía aquella señora rusa eran realmente genuinos y si existían verdaderamente sus maestros tibetanos. Pero eso no me preocupa, pues hace mucho tiempo que aquella brillante mujer se fué al otro mundo con el cual pareció estar familiarizada mientras vivió aquí. Sé lo que he visto y aquello de lo que mis propios ojos fueron testigos. Debo aceptar la validez de los hechos, aunque me reserve la explicación.

Sí, Mahmoud Bey es un mago, un brujo del siglo veinte. Que lo haya descubierto en seguida de haber llegado a la India parece ser un heraldo, adecuado y profético, de otros descubrimientos aún más extraños. Hablando metafóricamente, he hecho la primera marca en la varilla de mis experiencias hindúes. De hecho, he escrito la primera nota en las vírgenes páginas blancas de mi cuaderno de apuntes.

Capítulo IV

ENCUENTRO UN MESÍAS

—Encantado de conocerlo —es el saludo algo convencional con el que me recibe Meher Baba. Hubiera debido prever que está destinado a pasar como un meteorito a través del cielo de Occidente y a despertar la curiosidad de millones de personas en Europa y América. Además, como un meteorito caerá ignominiosamente a tierra. Soy el primer periodista de Occidente al que concede una entrevista; le sigo hasta su refugio en la India, cuando es casi desconocido, pues su fama no rebasa los límites locales.

He trabado amistad con uno de sus discípulos; después de un intercambio de cartas, me pregunto qué clase de hombre es éste que se ha unido a la fraternidad de los que se nombran a sí mismos salvadores de la humanidad. Vienen a Bombay dos de sus acólitos parsis para acompañarme. Antes de salir de la ciudad, me informan que es necesario hacer un regalo de frutas y flores elegidas a su maestro. Así, pues, nos dirigimos al bazar donde a mi costa reúnen un canasto de todas esas cosas.

Nuestro tren llega a Ahmednagar al día siguiente, después de viajar toda la noche. Me acuerdo que. es un lugar histórico donde el cruel emperador Aurungzeeb,¹ preservador de la Fe y Ornamento del Trono mogol, acarició su barba por última vez, pues la muerte le sorprendió allí en su tienda.

Un viejo Ford, de la primera guerra mundial, bastante deteriorado, que satisface las necesidades de Meher Baba, en cuanto al transporte, nos espera en la estación. El camino de doce kilómetros, que nos separa de nuestro punto de destino, atraviesa una tierra llana. Una avenida de árboles crece a ambos lados, en parte del camino. Pasamos por una aldea; los pardos techos de sos casas muy próximos los unos a los otros se destacaban sobre el complicado y pequeño chapitel del templo local. Veo entonces un arroyuelo cuyas orillas están cubiertas de flores rojas y amarillas y en cuyas barrosas aguas descansan beatíficamente los búfalos.

Llegamos a la curiosa colonia de Meher Baba, que comprende numerosos edificios separados. Las construcciones de piedra de raro aspecto se encuentran en un campo; más tarde me entero de su verdadera naturaleza; es un desmantelado campamento militar o lo que resta de él. Tres sencillos bungalows de madera se yerguen en otro terreno adyacente. A medio kilómetro hay una aldehuela cuyo nombre, por lo que me dicen, es Arangaon. Todo el lugar presenta un aspecto

desnudo y parece semidesierto. Mis acompañantes parsis se toman el trabajo de informarme que éstas son las oficinas provinciales y que su centro principal se encuentra cerca de la ciudad de Nasik, donde reside la mayoría de sus discípulos y donde generalmente se recibe a los visitantes.

Al pasar nosotros, salen unos pocos hombres de los bungalows. Permanecen en la terraza, sonrían, gesticulan y parecen alegrarse de la presencia de un europeo entre dios. Atravesamos un campo y llegamos a una construcción de extraño aspecto, que no es nada más que una cueva artificial. Está construida con piedras y cascajos unidos con cemento y tiene una profundidad aproximada de dos metros y medio. Está orientada hacia el sur, por lo que recibe la brillante luz del sol matinal en su interior. Observando en torno, veo los ondulantes campos que se extienden en las inmediaciones, el arco de colinas que limita el horizonte por Oriente y allá en un bajo, la aldea sombreada de árboles. Este santo parsi es indudablemente un gran amante de la Naturaleza, pues ha elegido su retiro en un escenario de paz solitaria que nada perturba. Yo mismo estoy muy satisfecho de encontrar un remanso tan tranquilo después del remolino de la vida de Bombay. Dos hombres permanecen de pie a la entrada de la cueva, como si fueran centinelas. Al acercarnos se meten en ella para consultar a su maestro.

—Apague su cigarrillo —murmura uno de los que me escoltan—. A Baba no le gusta el tabaco.

Arrojo el ofensivo cigarrillo. Un minuto más tarde se me conduce a la augusta presencia del que ha dado en llamarse “nuevo mesías”.

Está sentado a lo sastre en el extremo más alejado de la cueva; todo el suelo está cubierto con una alfombra persa de muy bello dibujo. Resulta ser algo distinto de lo que me he imaginado. Sus ojos no son penetrantes, la expresión del rostro carece de energía y, aunque observo algo ascético, alejado del mundo y delicado en su atmósfera, me pregunto por qué no me siento emocionado, como se debería razonablemente esperar que ocurriera ante la presencia de alguien cuya intención es obtener la fidelidad de millones de seres humanos.

Lleva un vestido largo, inmaculadamente blanco; por ridículo que parezca, tiene una asombrosa semejanza con un camisón. Su rostro amable y bondadoso está enmarcado por un pelo de color castaño que cae en largos rizos hasta el cuello. Me asombra la contextura suave y sedosa de su cabellera, que se parece muchísimo a la de una mujer. Su nariz se levanta hasta una prominencia arqueada y cae luego en una profundidad aquilina. Los ojos son oscuros, de tamaño mediano y límpidos, pero encuentro que son inexpresivos. El color oliva claro de su piel traiciona su origen persa, pues su padre emigró desde el país de los shahs. Es joven, aparentemente tiene alrededor de treinta años. El último rasgo que quedaba grabado en mi memoria es su frente. Es tan baja que parece tener menor altura que la del valor medio común y tan inclinada hacia atrás que provoca mi extrañeza. ¿Tienen las áreas cerebrales un significado cualitativo? ¿Indica la frente de un hombre su capacidad intelectual? Pero, claro está, ¡un mesías está por encima de esas limitaciones físicas!

—Encantado de verlo —nota él; observe el lector que no utiliza el vehículo común humano: el habla. Sobre las rodillas tiene una plancha en la cual aparecen las letras del alfabeto indicando rápidamente ésta o aquélla. Mientras deletrea las palabras de está pantomima, su secretario las pronuncia en alta voz para mí.

Desde el 10 de julio de 1925 el santo no ha pronunciado una sola palabra. Su hermano más joven me dice que cuando el nuevo mesías rompa a hablar, su mensaje asombrará al mundo.

Mientras tanto, adopta una actitud de absoluto silencio.

Con el dedo sobre el alfabeto, Meher Baba hace algunas bondadosas preguntas acerca de mi salud y de mi vida y expresa su satisfacción por mi interés en la India. Tiene un excelente conocimiento del inglés, por lo que no es necesario traducir mis palabras. Pospone hasta las últimas horas de la tarde la larga entrevista que pido.

—El alimento y el descanso son sus más inmediatas necesidades —me dice, o mejor dicho, me comunica.

Me retiro a una de las construcciones de piedra. El interior es oscuro y está pobremente amueblado, aunque contiene una cama vieja, sin sábanas ni mantas, una mesa temblorosa y una silla que pudo haber sido de alguna utilidad durante la rebelión de los cipayos en 1857.² Esta será mi habitación durante casi una semana. Miro a través de las ventanas que carecen de vidrios y el premio de mi acción consiste en ver unos campos pobres, incultos, que se extienden a lo lejos hasta desaparecer en matorrales, entre los que se destacan aquí y allí algunos cactus.

Pasan lentamente cuatro horas de guardia. Otra vez vuelvo a sentarme sobre la alfombra persa, frente a Meher Baba, con el propósito de investigar su colosal pretensión, según la cual está destinado a dar luz espiritual y una dirección práctica a toda la humanidad.

Pone esa afirmación en la primera frase que salta de su alfabeto.

—¡Cambiaré la historia del mundo entero!

Sin embargo le molesta que tome notas.

—¿No puede usted hacer eso después que sálga de aquí?

Accedo a ello y desde aquel momento en adelante inscribo sus palabras en las páginas de mi memoria.

—Así como Jesús vino para dar espiritualidad a una edad materialista, vengo yo a proporcionar un impulso semejante a la humanidad actual. Existe siempre un tiempo fijado para esas obras divinas; cuando llegue la hora, revelaré mi verdadera naturaleza a todo el mundo. Las doctrinas de los grandes fundadores de religiones, Jesús, Buda, Mahoma, Zoroastro, no difieren en lo esencial: todos esos profetas vienen de Dios. Los principales mandamientos se destacan en todas sus enseñanzas como una línea directriz. Esas personalidades divinas aparecieron en público cuando su presencia era más necesaria, cuando la espiritualidad había llegado a su punto más bajo y al parecer el materialismo triunfaba en todas partes. Nos acercamos rápidamente a una época parecida. Todo el mundo está enredado actualmente en los deseos sensuales, el egoísmo y la adoración del oro. Dios ha sido olvidado. Se insulta a la verdadera religión; el hombre busca algo vital y los sacerdotes le dan una piedra. En consecuencia, Dios ha de mandar otra vez a su profeta entre los hombres para establecer el verdadero culto y despertar a la gente de su sopor materialista. Yo no hago otra cosa sino seguir la línea de los primitivos profetas; ésa es mi misión. Dios me ha dado una orden.

Escucho en silencio, mientras el secretario expresa en voz alta estas asombrosas afirmaciones. Tengo una mente abierta, sin intención crítica y no ofrezco ninguna resistencia a sus ideas. Sin embargo, eso no quiere decir que las acepte, sino que me doy cuenta de la necesidad de saber escuchar entre estos orientales. De otro modo, un occidental sacará muy poco en limpio de su trabajo, aun cuando exista algo digno de ser aceptado. La verdad puede resistir una investigación implacable, pero los métodos occidentales han de cambiar para adaptarse a la atmósfera intelectual del Oriente.

Meher Baba me sonríe jovialmente y prosigue:

—Los profetas establecieron ciertos mandamientos y reglas para ayudar a las masas a vivir una vida mejor y para inclinarlas hacia Dios. Gradualmente se convierten en el credo de una fe organizada, pero despu es de su muerte desaparece poco a poco el espíritu idealista y la fuerza motriz que prevalecieron en vida de su fundador. Por ello, las organizaciones no pueden acercarnos a la verdad espiritual, pues la auténtica religión es siempre un problema personal. Las sociedades dedicadas a las cosas del espíritu se convierten en museos arqueológicos que pretenden resucitar el pasado. Por lo mismo, no intentar  establecer un nuevo credo, un nuevo culto o una nueva entidad. Pero rejuvenecerá el pensamiento religioso de todos los pueblos, introduciendo en ellos una comprensión más alta de la vida. Los dogmas, inventados generalmente siglos despu es de la muerte del fundador, difieren de manera asombrosa de las ideas primitivas, pero los fundamentos de toda religión son realmente análogos, puesto que todos provienen de la misma fuente: Dios. En consecuencia, cuando aparezca en público, no destruir  ningún credo actual, pero tampoco mantendrá ninguno en especial. Quiero que la mente de los hombres se aparte de las diferencias de sectas, para que coincidan en las verdades esenciales. Note usted, sin embargo, que cada profeta considera su época, las circunstancias y la mentalidad que prevalece en la gente antes de manifestarse públicamente. Por esa razón predica aquellas doctrinas que se entienden mejor y son más adecuadas a esas circunstancias.

Meher Baba se detiene un momento, dando tiempo a que esas ideas exaltadas empapen mi cerebro; despu es sus palabras toman un rumbo distinto.

— Ha notado usted cómo durante esta época moderna todas las naciones han llegado a tener rápidas comunicaciones mutuas?  No ve usted cómo los ferrocarriles, los barcos, el teléfono, el telégrafo, la radiotelefonía y los periódicos han conducido a que el mundo se unifique, estableciendo estrechos lazos entre sus diferentes partes? Un pueblo sabe lo que ocurre en otro a diez mil kilómetros de distancia a lo más con un día de diferencia. Como resultado de ello, un hombre que desee enunciar una doctrina importante encontrará que casi toda la humanidad escuchar  su mensaje. Para todo hay muy buenas razones. Pronto llegará la hora de dar a toda la humanidad una fe universal en el espíritu, que servirá a todas las razas y a todos los países. En otras palabras, se está preparando el camino que me permitirá dar a conocer un mensaje de amplitud mundial.

Este anuncio, que quita el aliento, indica con suficiente claridad que Meher Baba posee una fe ilimitada en su propio futuro; toda su actitud lo indica así. En su propia estimación, sus acciones estarán un día por encima de la par.

—Pero,  cu ndo entregará su mensaje al mundo? —pregunto yo.

—Sólo romper  mi silencio y enunciar  mi mensaje cuando exista el caos y la confusión por todas partes, pues entonces será más necesario; cuando el mundo se sacuda en levantamientos, terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas, cuando Oriente y Occidente ardan en el fuego de la guerra. En verdad, todo el mundo debe sufrir, pues todo él ha de ser redimido.

— Conoce usted la fecha de esa guerra?

—S . No est  lejos. Pero no deseo revelar la fecha.³

— Es una terrible profecía! —exclamo yo.

Meher Baba extiende sus magros y puntiagudos dedos como pidiendo disculpas.

—Lo es. Por su misma naturaleza será terrible, pues el ingenio científico la convertirá en algo

más intenso que la última. Sin embargo durará muy poco tiempo, unos pocos meses, y en el momento peor me daré a conocer públicamente y declararé mi misión a todo el mundo. Rápidamente produciré un fin súbito del conflicto armado, restableciendo la paz entre todas las naciones. Sin embargo, al mismo tiempo, grandes cambios naturales se producirán en nuestro planeta. En diferentes partes del mundo se experimentarán pérdidas de vidas y haciendas. Si hago el papel de mesías, es por requerirlo las condiciones del mundo. Tenga usted la seguridad de que no dejaré sin cumplir mi tarea espiritual.

Su secretario, un hombre de poca estatura, la cara de color oscuro, que lleva la gorra redonda y negra de los que pertenecen a la gente mahratta, me mira como esperando que delate mi asombro, después de haber pronunciado la última palabra. La expresión de su cara parece decir:

—¡Vea usted! ¿Qué le parece? ¡Observe usted las cosas importantes que sabemos aquí!

Los dedos de su maestro empiezan a moverse otra vez sobre el alfabeto, apresurándose a hacer constar lo que más interesa.

—Después de la guerra vendrá una larga era de paz excepcional, un tiempo de tranquilidad mundial. Entonces el desarme ya no será cuestión de conversaciones, sino un verdadero hecho. Cesarán las discusiones entre razas y clases; terminará el odio sectario entre las organizaciones religiosas. Viajaré mucho por el mundo y las naciones estarán ansiosas por verme. Mi mensaje espiritual llegará a todos los países, a todas las ciudades, a todas las aldeas. Promoveré la fraternidad universal, la paz entre los hombres, la simpatía por los pobres y los oprimidos y el amor de Dios.

—¿Qué será de la India, su propia patria?

—No descansaré hasta que se haya abolido y destruido el sistema de castas. Este país descendió en el concierto de las naciones cuando se estableció esa diferenciación. El día que se deve a los parias y a las castas inferiores, la India encontrará que es uno de los países influyentes del mundo.

—¿Qué será en lo futuro?

—A pesar de todos sus errores, la India es todavía el país más espiritual del mundo. En el futuro será el líder moral de todas las naciones. En Oriente nacieron todos los grandes fundadores de religiones; hacia Oriente deberán seguir mirando los hombres para encontrar la luz espiritual.

Intento imaginarme a los grandes pueblos de Occidente sentados a los pies de estos humildes seres de color oscuro, pero no puedo conseguirlo. Tal vez aquella figura que se encuentra, delante de mí, sentada a lo sastre y llevando un vestido blanco, comprende mi dificultad, pues *agrega*:

—Lo que ha dado en llamarse la sujeción de la India no es un sometimiento. Es algo corpóreo y en consecuencia temporal. El alma del país es grande e inmortal, aun cuando en lo externo la nación ha perdido su poder.

Esta explicación sutil se me escapa de alguna manera. Vuelvo a nuestro tema anterior.

—Nosotros los occidentales hemos oído de otras fuentes la mayor parte de su mensaje. ¿No tiene usted nada nuevo que decirnos?

—Mis palabras sólo pueden ser un eco de las viejas verdades espirituales, pero mi poder místico será un nuevo elemento en el mundo.

Al llegar a este punto trato de dar un poco de descanso a mi mente. Por un tiempo reina el silencio. No planteo más cuestiones. Vuelvo la cabeza y recorro con la mirada la región que queda

fuera de la cueva. Allá, muy lejos, pasando los tranquilos campos, se eleva una línea de colinas. En el cielo, un sol implacable quema por igual a la tierra, a los hombres y a las bestias. Pasan los minutos. En la reclusión de aquel recinto subterráneo, en el calor sin fin, rodeado de mentes absorbentes, es fácil tejer esquemas grandiosos de reforma mundial, ser poseído por extravagantes ideas religiosas. Pero allá afuera, en el mundo de la realidad, en la dura vida de las ciudades materializadas, esas cosas se disiparán muy pronto como la niebla ante el sol matinal.

—Europa es dura, escéptica —hago notar volviendo la cabeza y mirando al nuevo mesías—, ¿cómo convencemos de que usted habla con una verdadera autoridad divina? ¿Cómo podrá usted convertir pueblos extraños a su particular credo espiritual? El occidental medio le dirá que es imposible y probablemente se reirá de sus esfuerzos.

—¡Ah! ¡Usted no comprende cómo habrán cambiado los tiempos!

Meher Baba restriega sus finas manos pálidas. Agrega después algunas afirmaciones asombrosas que suenan fantásticamente en oídos occidentales aunque por su manera de expresarse parece hablar de hechos concretos.

—Cuando yo anuncie públicamente que soy el mesías, nada será capaz de resistir mi poder. Al mismo tiempo, para demostrar mi misión haré milagros abiertamente. Será un juego de niños para mí, devolver la vista a los ciegos, sanar los enfermos, los lisiados y los paralíticos, hasta resucitar a los muertos. Haré esos milagros puesto que por ellos la gente en todas partes del mundo estará obligada a creer en mí y en mi mensaje. No se harán para satisfacer la curiosidad tonta, sino para convencer a los escépticos.

Retengo el aliento. La entrevista ha llegado a los límites del sentido común. Mi cabeza empieza a vacilar. Entramos en la región de la fantasía oriental.

—No me interprete usted mal— continúa el mesías parsi—. Advierto a mis discípulos, que se harán esos milagros para la masa, no para ellos. No me importa hacerlos, pues sé que así conquistaré las almas sencillas. Si asombro a la gente del mundo con esos hechos, será porque deseo espiritualizarla.

—Baba ha hecho ya cosas maravillosas —interrumpe el secretario.

Estoy en guardia.

—¿Por ejemplo...? —pregunto rápidamente.

El maestro sonrío como si no diera importancia a todo ello.

—Cuéntaselo en otra, oportunidad, Vishnu —comunica a través del alfabeto—. Puedo hacer cualquier milagro que sea necesario. Es fácil para el que ha alcanzado mi estado divino.

Me propongo sonsacar al secretario al día siguiente y obtener algunos detalles de esas pretendidas maravillas. Serán una parte interesante de mi investigación. Aparezco allí como un inquisidor circunspecto y cualquier clase de hecho es agua para mi molino.

Se produce otro intervalo de silencio. Pido al santo que me dé algunas informaciones acerca de su vida.

—Díselo también, Vishnu —contesta él enviándome otra vez a su secretario—. Usted tendrá muchas oportunidades para hablar con mis discípulos, puesto que permanecerá un tiempo entre nosotros. Podrán informar a usted acerca del pasado.

La conversación deriva por senderos generales. Pronto la entrevista llega a su fin. Lo primero que hago al volver a mi habitación es encender un cigarrillo, como compensación por el que se me prohibió; después observo el humo fragante que se eleva sin dirección fija.

En las primeras horas de la noche observo un espectáculo curioso. Han empezado a brillar débilmente las estrellas, todavía no ha fenecido el día, y en aquella extraña media luz unas pocas lámparas de aceite brillan pálidamente. Meher sigue sentado en su cueva, mientras una abigarrada multitud, compuesta, de discípulos, visitantes y gente de la aldea vecina de Arangaon se sientan en forma de herradura alrededor de la entrada.

Va a llevarse a cabo una ceremonia que se celebra a esa hora, siempre que Meher se encuentre allí. Uno de los devotos mantiene en lo alto una vasija de metal que sirve de lámpara, estando la mecha sumergida en aceite, intensamente perfumado con sándalo. Lo balancea siete veces alrededor de la santa cabeza de su maestro. En seguida, los presentes inician un vigoroso coro de cantos y oraciones. A pesar de expresarse en el dialecto mahratti, distingo varias veces el nombre de Baba. Es evidente que los cantos son hipérbolos de adulación a su maestro. Todos lo miran con ojos de adoración. El hermano más joven de Meher está sentado delante de un pequeño armonio portátil, en el que ejecuta una música de aire triste que acompaña a los cantantes.

Durante esa ceremonia, cada devoto entra por turno en la cueva, se prosterna delante del maestro y besa sus pies desnudos. Algunos están tan excitados por la emoción religiosa que prolongan el ósculo durante todo un minuto.

Según me cuentan, entre otros se considera ese acto extremadamente beneficioso desde el punto de vista espiritual, pues hace recaer las bendiciones de Meher sobre el devoto, limpiándolo automáticamente de algunos de sus pecados.

Vuelvo a mi habitación, preguntándome lo que me traerá la mañana. En alguna parte aulla un chacal cuyo aullido llega a través de los campos, quebrando el silencio de la noche.

Al día siguiente, fuera de uno de los bungalows de madera reúno al secretario y algunos de los discípulos que hablan inglés. Nos sentamos formando un semicírculo. Los que no entienden mi idioma materno se colocan a una cierta distancia y nos observan con caras sonrientes y ojos en los que brilla el interés. Me pongo a extraer de esa mente colectiva y de sus recuerdos comunes los hechos acerca de la vida de Meher Baba que todavía no conozco.

Su nombre es Meher, pero él mismo se hace llamar Sadguru Meher Baba. La primera voz significa “maestro perfecto”, mientras que Baba es un apelativo cariñoso de uso común entre los pueblos de la India; sus discípulos se dirigen a él utilizando exclusivamente el último.

El padre de Meher Baba es persa,⁴ pertenece al credo de Zoroastro; emigró a la India siendo muy joven y pobre. Meher es su primogénito: nació en Poona en 1894. El niño inició sus estudios a los cinco años de edad; resultó ser aplicado y pasó su examen de ingreso a los diez y siete. Ingresó en seguida en la Escuela Superior de Deccan en su ciudad natal, y durante dos años, recibió una buena educación moderna.

Entonces empezó la fase incomprensible y tortuosa de su vida. Una tarde, al salir de la escuela en bicicleta debió pasar por el lugar donde vivía una mujer faquir mahometana muy conocida. Se llamaba Hazrat Baba Jan y se afirmaba que tenía más de un siglo. Estaba reclinada en un largo sofá, en la terraza con baranda de su humilde casa que constaba de una sola habitación. Cuando pasó delante de la anciana, ésta se levantó y llamó al joven. Él descendió de la bicicleta y se acercó a ella, que le tomó las manos, le abrazó y le besó en la frente.

Lo que ocurrió después no es muy claro. Saqué en limpio que el muchacho llegó a su casa en un estado de confusión mental; durante los ocho meses siguientes, sus facultades intelectuales se debilitaron hasta el punto de llegar a ser incapaz de estudiar adecuadamente. Finalmente debió

decidirse a abandonar para siempre la escuela, pues ya no podía seguir las clases.

Más tarde, el joven Meher cayó en un estado de semiidiotez, al punto de no poder casi valerse por sí mismo. Sus ojos perdieron el brillo y la vitalidad; carecía de la inteligencia necesaria para efectuar las más imprescindibles necesidades de un ser humano, como nutrirse, lavarse o evacuar. Cuando su padre le ordenaba alimentarse, el muchacho lo hacía de manera automática; de lo contrario no entendía para qué se le ponía la comida delante. En pocas palabras, se convirtió en un autómatas humano.

Un joven de veinte años, al que sus padres tienen que cuidar como si tuviera tres, parece un caso de regresión; su desesperado progenitor creyó que era consecuencia del exceso de trabajo, mientras se llenaba la cabeza para unos exámenes. Varios médicos trataron a Meher; diagnosticaron un colapso mental y le recetaron algunas inyecciones. A los nueve meses se inició una mejoría en su lamentable estado, que aumentó gradualmente hasta recobrar la capacidad de entender el medio circundante y actuar de manera más normal.

Después de recuperar su salud, se vio que su carácter había cambiado. Habían desaparecido sus ambiciones de estudiante, su deseo de triunfar en el mundo, su interés por los juegos y los deportes. Una intensa sed por la vida religiosa y un continuo deseo de espiritualizarse reemplazaron todo eso.

Como creía que todos esos cambios provenían del beso que le había dado la mujer faquir mahometana, Meher visitó a la anciana para pedir que le aconsejara acerca de su futuro. Ella le sugirió que buscara un maestro espiritual. El preguntó dónde había de obtener esa bendición, y ella, por toda respuesta, movió la mano vagamente sin indicar ninguna dirección especial.

Meher visitó varias personas de la localidad que tenían fama de santos. Extendió su búsqueda por las aldeas adyacentes hasta una distancia de 150 kilómetros alrededor de su ciudad natal, Poona. Un día entró en un templo construido de piedra, cerca de Sakori. Era una pobre y humilde ermita, pero se refugiaba en ella un hombre muy santo, o por lo menos aseguraban que lo era los habitantes de la aldea. Cuando Meher se encontró frente a frente con Upasani Maharaj, sintió que había encontrado su maestro.

El joven aspirante a santo hacía excursiones periódicamente desde su casa hasta Sakori. Generalmente, pasaba unos días cada vez con su maestro, pero en una ocasión se quedó cuatro meses. Meher asegura que se perfeccionó, que se preparó para su misión durante ese período. Una tarde reunió a treinta de sus antiguos condiscípulos y amigos de la infancia, les hizo misteriosas indicaciones acerca de una importante reunión y los condujo al pequeño templo de Sakori. Las puertas estaban cerradas y Upasani Maharaj, el santo de aspecto severo, que vivía allí, se levantó y echó un discurso a la reunión. Les habló de religión, les dijo que buscaran la virtud, les informó que había hecho a Meher el heredero espiritual de sus propios poderes y conocimientos místicos y finalmente anunció a aquellos asombrados jóvenes que su compañero había alcanzado el estado divino. Insistió mucho en que se convirtieran en discípulos de su amigo parsi, de lo que sacarían grandes beneficios espirituales, tanto en esta vida como en la próxima.

Algunos de sus oyentes aceptaron sus consejos, otros siguieron siendo escépticos. Un año más tarde, cuando Meher tenía 27 años, el joven parsi anunció a su pequeño rebaño que tenía conciencia de una misión divina confiada por Dios y que había de cumplir por ser de excepcional importancia para la humanidad. No reveló directamente su naturaleza exacta, pero dejó que el secreto se hiciera público en unos pocos años. ¡Estaba destinado a convertirse en mesías!

En 1924, Meher salió de la India por primera vez. Empezó un viaje a Persia, acompañado por media docena de discípulos, a los que dijo que quería recorrer la tierra de sus antepasados. Cuando llegó al puerto de Bushire, cambió repentinamente de idea, saliendo de allí con el próximo barco destinado a la India. Tres meses más tarde, fuerzas rebeldes tomaron Teherán, la capital persa, y depusieron al antiguo régimen. Ascendió al trono un nuevo shah.

Entonces Meher Baba, volviéndose hacia sus discípulos, dijo:

—¡Ahora ven ustedes el resultado de mis trabajos místicos durante mi visita a la tierra de mis padres!

Sus discípulos me contaron que Persia era una tierra más feliz bajo su nuevo gobernante y que los mahometanos, los creyentes en Zoroastro, los judíos y los cristianos vivían juntos en paz, mientras que bajo el antiguo régimen se producían luchas continuas y crueles ultrajes entre ellos.

Algunos años después de esta misteriosa excursión, Meher Baba fundó una curiosa institución educativa. Por indicación de él, un discípulo compró el lugar donde actualmente se asienta la colonia, cerca de la aldea de Arangaon. Se construyeron varios bungalows rústicos y algunas chozas de techo de paja. Se anunció que estaba abierta una escuela con internado, reclutándose los maestros entre los discípulos educados del parsi y los alumnos de la escuela entre las familias devotas o sus amigos. No se pedía nada por la enseñanza, el pupilaje o la habitación. Además de las materias escolares usuales, el mismo Meher daba instrucción especial en religión sin referirse a ninguna en especial.

En esas condiciones tan atractivas, fué fácil juntar casi unos cien muchachos, de los cuales una docena llegó desde la Persia distante. Se enseñaban las ideas morales que, en mayor o menor medida, son comunes a gran parte de las religiones, desarrollando ante ellos las vidas de los grandes profetas. La clase de religión se convirtió en el centro de todo el programa de estudios y Meher Baba condujo a los discípulos de más edad a un misticismo devocional que parece haber sido de una naturaleza bastante superficial. Se les enseñaba a considerarlo como una persona sagrada, hasta a adorarlo. Más tarde algunos muchachos empezaron a manifestar síntomas de histeria religiosa. Cada pocos días ocurrían entre ellos extrañas escenas.

Un rasgo notable de esta rara escuela consistía en que sus discípulos pertenecían a las más variadas castas, razas y credos. Se confundían libremente los que practicaban el hinduismo, los mahometanos, los cristianos de origen hindú y los creyentes de Zoroastro, pero Meher Baba necesitaba mayor amplitud. Mandó su primer discípulo a Inglaterra con la misión de traer algunos alumnos europeos. Sin embargo, su emisario encontró muchas dificultades, pues los padres blancos no querían confiar sus hijos a un extraño que deseaba llevarlos a una escuela situada en el Asia lejana. Además la idea de un establecimiento educativo que reuniera todas las religiones no significaba gran cosa para ellos. Existen numerosos colegios en Inglaterra donde de manera espontánea y natural se reúnen alumnos de diferentes creencias, sin darle al hecho la trascendencia que tiene en la India, país infestado de diferentes credos.

Un día el emisario de Meher Baba encontró un inglés que se convirtió en seguida aceptando sus doctrinas después de una o dos entrevistas. Aquel hombre tenía un temperamento entusiasta y, como había recorrido rápidamente todos los cultos que pululan en Londres, muy pronto estuvo dispuesto a aceptar lo que parecía ser el sublime mensaje del mesías parsi. Por consiguiente contribuyó a buscar muchachos europeos y encontró tres cuyos padres, pobres de solemnidad, estaban dispuestos a aligerar su propia carga, al precio de separarse de ellos. En aquel momento

entró en actividad la Oficina de la India, estudió el asunto, sacudió su cabeza oficial y prohibió la realización del proyecto. Los jóvenes blancos no salieron para Oriente. El representante volvió a su patria, acompañado por el inglés, su esposa y su cuñada. Cinco o seis meses después de su llegada, Meher Baba los envió de vuelta a Inglaterra a costa de su discípulo principal.

Meher me dijo que su propósito al fundar esa escuela era doble. En primer lugar, quería romper las barreras religiosas y raciales entre los alumnos; en segundo lugar, quiso educar un número selecto de ellos que fueran futuros embajadores de su causa espiritual. Cuando los años los hubieran madurado lo suficiente y hubiera llegado la hora de anunciar públicamente su propia misión, los enviaría a las cinco partes del mundo para que actuaran como apóstoles y ayudantes de la obra que se le había destinado: espiritualizar la humanidad.

Además de la escuela, se inició otra actividad. Se abrió un hospital primitivo; ardientes discípulos salieron para recoger a los ciegos, los baldados y los impedidos de la localidad. Se les daba alimento, habitación y tratamiento médico, todo completamente gratis, mientras el santo parsi les proveía de consuelos espirituales. Un entusiasta devoto afirma que cinco leprosos fueron curados por su simple contacto. Desgraciadamente soy un poco escéptico, pues nadie sabe quiénes son, dónde están ahora o cómo encontrarlos. Mucho me temo que eso sea un ejemplo de las exageraciones orientales. Claro está que por lo menos uno de los leprosos, por pura gratitud, se habría agregado a la cohorte de discípulos de Meher Baba y que la noticia se hubiera extendido como el fuego por la India, infestada de lepra, y todos los enfermos del país hubieran acudido al hospital cerca de Arangaon.

Aquello aumentó hasta convertirse en una muchedumbre que poblaba el campamento, compuesta de devotos, visitantes y agregados de las aldeas vecinas. La población de esta colonia tan fuera de lo común llegó a varios centenares; un intenso fervor religioso prevalecía en todo el lugar; naturalmente, Meher Baba era el centro de toda la escena.

Un año y medio después de la fundación de la colonia, se cerró repentinamente, abandonándose todas las actividades. Los muchachos fueron devueltos a sus padres y los enfermos a sus aldeas. Meher Baba no se dignó dar una explicación de esta decisión suya.

Me enteré que los impulsos repentinos e inexplicables de esta clase son un rasgo permanente de su carácter.

En la primavera de 1929, envió su primer discípulo y misionero, un hombre llamado Sadhu Leik, a recorrer la India. Al partir se le dijo como advertencia final:

—Tiene usted la ventaja de que trabaja para un mesías. Sea cosmopolita y no critique ninguna religión. Sabré todo lo que haga. ¡Esté seguro de ello! No se deje desanimar por las observaciones de otros. Yo le conduciré. No siga a otro sino a mí.

De los informes que pude recoger era evidente que aquel pobre hombre era incapaz de aguantar una vida errante. Consiguió un pequeño cenáculo en Madrás, pero pronto enfermó durante el camino y volvió para morir.

Esto es una descripción a vuelo de pájaro de la vida del santo parsi.

* * *

He tenido varias entrevistas con Meher Baba, en las que hemos charlado superficialmente,

pero yo quiero algo más concreto acerca de esta misión, para la cual se ha nombrado a sí mismo. Así busco y obtengo mi entrevista con él.

Lleva hoy una bufanda azul; el tablero alfabético descansa sobre sus rodillas, pronto para la conversación. Los discípulos presentes forman un auditorio lleno de admiración y constituyen el fondo necesario. Cada uno sonrío a todos los demás, hasta que yo disparo una cuestión repentina a través del silencio.

—¿Cómo sabe usted que es un mesías?

Los discípulos parecen aterrorizados por mi temeridad. El maestro mueve sus espesas cejas. Pero no se desconcierta, pues sonrío al inquisidor occidental y responde rápidamente:

—¡Lo sé, lo sé tan bien! Usted sabe que es un ser humano, así sé yo también que soy un mesías. Ello es toda mi vida. Mis bendiciones nunca terminan. Usted jamás cree, ser otra persona distinta; por ello, yo no puedo equivocarme respecto a mi personalidad. Tengo una obra divina que cumplir y la llevaré a cabo.

—¿Qué pasó realmente cuando le besó la mujer faquir mahometana? ¿Puede usted acordarse?

—Sí. Hasta entonces estaba entregado a las cosas del mundo como los otros muchachos. Hazrat Babajan me franqueó la puerta. Su beso fué el momento decisivo. Sentí como si el universo se disolviera en el espacio y me quedara enteramente solo. Sí... estaba solo con Dios. Durante meses no pude dormir. Y sin embargo, no me debilitaba sino que seguía siendo tan fuerte como antes. Mi padre no me entendía: creía que me estaba volviendo loco. Llamó primero a un médico y después a otro. Me dieron medicamentos e inyecciones, pero estaban completamente equivocados. Yo estaba poseído por Dios y no había nada que curar. Sólo había perdido el contacto con la existencia normal y necesité mucho tiempo para volver. ¿Lo entiende usted?

—Perfectamente. Ahora que usted ha vuelto, ¿cuándo lo hará saber al mundo?

—Me manifestaré en un futuro próximo, pero no puedo darle la fecha exacta.

—Entonces...

—Mi labor en este mundo durará treinta y tres años. Después moriré de una muerte trágica. Mi pueblo, los parsis, serán responsables de mi violento fin. Pero otros continuarán mi obra.

—Supongo que serán sus discípulos.

—Mi círculo de doce discípulos, de los cuales uno se convertirá en maestro a su debido tiempo. Es por ellos que ayuno frecuentemente y guardo silencio, pues eso borra sus pecados y les permitirá convertirse en espiritualmente perfectos. Todos han estado conmigo en anteriores reencarnaciones y estoy obligado a ayudarlos. Existirá también un círculo externo con cuarenta y cuatro miembros. Serán hombres y mujeres de un grado espiritual menor; su deber consistirá en ayudar a los doce discípulos, cuando éstos hayan alcanzado la perfección.

—¿Existen otras personas que pretenden ser mesías?

Meher se ríe despectivamente de esas gentes absurdas.

—Sí, está Krishnamurti, el protegido de la señora Besant. Los teósofos se engañan a sí mismos. Suponen que sus impulsores se encuentran en el Himalaya y en el Tíbet. Usted no encontrará más que polvo y piedras en el lugar donde se dice que viven. Además ningún verdadero guía espiritual necesitó nunca el cuerpo de otro con el objeto de prepararlo y ejercitarlo para su uso. ¡Eso es ridículo!

En esta última conversación aparecen otras afirmaciones extrañas, un curioso y confuso montón que viene a través de los finos dedos que saltan de letra en letra...

Los Estados Unidos tienen un gran futuro y se convertirán en una nación consciente de lo espiritual... Conozco a todos los que ponen su fe en mí y los ayudo siempre... No intente interpretar mis actos, son insondables para usted... Si yo visito un lugar y permanezco allí, por corto que sea el plazo, su atmósfera espiritual mejora enormemente... El contenido espiritual que daré al mundo resolverá muy pronto todas las cuestiones materiales: económicas, políticas, sexuales, sociales... pues desaparecerá el egoísmo y lo reemplazará la fraternidad... Shivaji,⁵ el jefe que edificó el imperio mahratta en el siglo XVII está también aquí (se indica a sí mismo, queriendo decir que él es una reencarnación de Shivaji)... Algunos de los planetas están habitados; se parecen al nuestro en la cultura y en el progreso material, pero espiritualmente la Tierra está avanzadísima...

Se observará que Meher no sufre de modestia al exponer sus afirmaciones. Sin embargo, me asombro cuando al fin de esta entrevista me da una orden.

—¡Vaya usted a Occidente como mi representante! ¡Dé usted a conocer mi nombre como el del futuro mensajero divino! Trabaje usted por mí y por mi influjo y obrará en beneficio de la humanidad.

—El mundo me tendrá por loco —respondo dificultosamente, pues esa tarea sobrepasa mi imaginación.

Meher no está conforme.

Le respondo que nada, excepto una serie de milagros, convencerá a Occidente de que es un superhombre espiritual, y muchísimo menos un mesías; puesto que no puedo hacer milagros, es imposible para mí emprender la tarea de ser su heraldo.

—¡Entonces usted los hará! —es sil tranquilizadora respuesta.

No respondo. Meher interpreta mal mi silencio.

—Quédese usted conmigo y le proporcionaré grandes poderes —insiste—. Usted es sumamente afortunado. Le ayudaré a obtener una capacidad extraordinaria para que usted pueda prestarme servicios en Occidente.

* * *

No es necesario describir la parte final de esta asombrosa entrevista. Ciertos hombres nacen grandes, algunos alcanzan grandeza, otros nombran un agente de prensa. Meher parece elegir este último recurso.

Al día siguiente me preparo para abandonar la colonia. Me he empapado lo suficiente de piadosa sabiduría y presentimientos proféticos y me bastan por ahora. No me he dirigido a esa lejana parte del mundo para oír profesiones de fe y declaraciones grandilocuentes. Necesito hechos, aunque sean de naturaleza poco común, y demostraciones en las que pueda confiar; mejor aún, algo personal, de lo que pueda dar testimonio a mi propia satisfacción.

He terminado de hacer mis valijas y me dispongo a partir. Voy a visitar a Meher y me despido cortésmente de él. Me informa que dentro de unos pocos meses residirá en sus oficinas centrales, cerca de la ciudad de Nasik. Sugiere que le haga una visita y que me quede un mes.

—Hágalo. Vaya cuando pueda. Le proporcionaré maravillosas experiencias espirituales y le capacitaré para comprender la verdad real acerca de mí. Le mostraré mis poderes internos.

Después de eso, no tendrá ya más dudas. Será capaz de demostrar por su propia experiencia personal lo que afirmo. Entonces podrá volver a Occidente y ganar las almas de muchas personas para mí.

Decido volver cuando me convenga y pasar un mes con él. A pesar del carácter teatral del santo parsi y la naturaleza fantástica de su misión, creo necesario investigar todo el asunto sin prejuicios.

* * *

Vuelvo por corto tiempo a la ciudad de Bombay con su agitada vida, después de lo cual me dirijo a Poona. Van a empezar mis peregrinaciones por esta vieja tierra.

La santa anciana mahometana, cuya repentina intervención hizo que Meher Baba escapara por la tangente, excita mi interés. Me parece que no será enteramente inútil visitarla por corto tiempo. En Bombay, he hecho algunas investigaciones preliminares acerca de ella; el juez Khandalawalla, que ya no ejerce por haberse jubilado, la conoce desde hace cuatro décadas; estima que su edad es realmente de unos 95 años. Recuerdo que los discípulos de Meher me aseguraron que tenía 130, pero atribuyo generosamente esa exageración a la intensidad de su entusiasmo.

El juez me cuenta brevemente su historia. Nació en el Beluchis— tán, territorio de imprecisos límites, situado entre el Afganistán y la India, habiendo escapado de su casa en edad muy temprana. Después de largas y peligrosas peregrinaciones llegó a Poona alrededor, de 1900. Al principio vivió bajo un neem, insistiendo en permanecer allí durante todo el año. Pronto se extendió entre la población musulmana de los alrededores su reputación de santidad y de extraños poderes, hasta que los mismos hindúes llegaron a tratarla con la debida reverencia. Eventualmente, algunos mahometanos, como se negaba a vivir en una verdadera Casa, bajo el mismo árbol le construyeron un refugio que tiene la apariencia de un hogar y asegura cierta protección contra las inclemencias de la estación de los monzones.

Pido al juez su opinión personal. Me responde, sin dejar lugar a dudas, que Hazrat Babajan es un verdadero faquir. Como el juez es también parsi, le hago prolijas preguntas acerca de Meher Baba, a quien conoce muy bien. Me entera de algunas cosas que probablemente no van a contribuir a mejorar mi opinión del mesías parsi. Finalmente le pregunto acerca de Upasani Maharaj, el actual inspirador de Meher Baba. Mi informante, un anciano de fino discernimiento en estas cosas así como en los negocios temporales, inicia una larga exposición de sus desdichadas relaciones con ese hombre. Doy dos ejemplos:

—Upasani ha cometido errores espantosos. Una vez me indujo a ir a Benares, donde él residía en aquella época. Después de un tiempo tuve la premonición del fallecimiento de un pariente y decidí volver a Poona, donde se encontraba mi familia. Upasani me impidió que lo hiciera, profetizando insistentemente que todo saldría bien. Sin embargo, dos días más tarde recibo un telegrama en el que se me comunica que la esposa de mi hijo ha fallecido pocos minutos después de dar a luz. Otro caso: mi yerno pensaba especular en la bolsa de Bombay. Upasani le profetiza grandes beneficios. Siguiendo ese consejo, se metió en negocios bursátiles y casi se arruina completamente.

Me impresiona el juez Khandalawalla por su independencia de criterio. Deshace la fama de

Upasani Maharaj que Meher Baba me describió como “una de las más grandes personalidades espirituales de nuestra época”; sin embargo no duda en admitir la honradez del mismo Meher que cree sinceramente en su perfección espiritual, aunque sus éxitos están por verse todavía.

Llego a Poona, me meto en el hotel que se encuentra en el acantonamiento⁶ y tomo un vehículo que me lleva directamente al refugio de Hazrat Babajan. Me acompaña un guía que la conoce personalmente y que *me* ayudará, pues no hablo mucho hindustani.

La encontramos en una estrecha callejuela que está iluminada por un sistema extrañamente mixto: alegres y pequeñas lámparas de aceite y globos eléctricos. Está echada sobre un diván bajo, a la vista de todo el que pasa. La separa de la calle una terraza con baranda. Por encima del refugio de madera se levanta la graciosa copa del neem cuyas blancas flores perfuman levemente el aire.

—¡Quítese los zapatos! —me advierte el guía—. Se considera una falta de respeto entrar con ellos puestos—. Le obedezco y un minuto más tarde nos encontramos en su presencia.

La anciana señora está echada de espaldas. Apoyada su cabeza en varias almohadas. La resplandeciente blancura de su sedoso cabello ofrece un triste contraste con la cara surcada de profundas arrugas y los marcados pliegues de su frente.

Dirijo una frase a la anciana a guisa de autopresentación, utilizando mi pobre vocabulario de hindustani que he adquirido recientemente. Vuelve la cabeza, extiende un brazo flaco y huesudo y toma mi mano entre las suyas. La cierra fuertemente, mientras me observa, fija la mirada, con ojos que no son de este mundo.

Aquellas pupilas me intrigan. Parecen carecer de toda comprensión, estar enteramente vacías. Cierra en silencio mi mano durante tres o cuatro minutos y continúa mirando vacuamente en mis ojos. Tengo la impresión de que su mirada me traspasa. Es una sensación extraña. No sé qué hacer...

Finalmente retira la mano y se la pasa varias veces por la frente. Se vuelve hacia mi guía y le dice algo, que no puedo entender, pues habla el idioma local.

El traduce en un murmullo:

—Ha sido llamado a la India y muy pronto comprenderá.

Se produce una pausa y después grazna otra frase que será mejor guardar en la memoria y no ponerla por escrito.

Su voz es extremadamente débil; las palabras salen lentamente y con mucha dificultad. ¿Es posible que este cuerpo mortal viejo y decrepito, esta figura fatigada y encogida por la edad contenga el alma de un auténtico faquir de maravillosos poderes? ¿Quién podría decirlo? No es siempre fácil colegir el sentido de las páginas del alma por las letras del cuerpo.

Pero esta mujer se aproxima a los cien. Se me ha advertido que no se permite una prolongada conversación con ella debido a su estado de debilidad. Me preparo para retirarme silenciosamente, impresionado en sumo grado por la idea. Creo que la vacuidad de su mirada es un signo de que se encuentra muy cerca de las puertas de la muerte. El alma está a punto de separarse del cuerpo gastado, pero de cuando en cuando se arrastra para prestar una débil atención a este mundo a través de ojos extraños.⁷

En el hotel hago un resumen de mis impresiones. Estoy seguro de que en las profundidades de su ser reside realmente una notable victoria psicológica. Dentro de mí se produce, sin que yo lo provoqué, un profundo respeto. Encuentro que esa entrevista ha desviado las corrientes normales

de mis ideas y producido un sentimiento inexplicable de la presencia de aquel elemento de misterio, que rodea nuestras vidas terrenales, a pesar de todos los descubrimientos y especulaciones de los hombres de ciencia. Con inesperada claridad veo que esos escritores científicos, que aseguran revelar los secretos fundamentales del gran enigma del universo, convierten en una profesión lo que no es más que escarbar la superficie. Pero no puedo entender por qué esa breve entrevista con la faquir ha de atacar por su base las seguridades mentales en las que confío.

Vuelvo a recordar su enigmática profecía. Soy incapaz de entender su significado. Nadie me ha llamado a la India. Sólo ahora mientras escribo estas líneas, mucho tiempo después de los hechos, creo que empiezo a comprender débilmente. ¡Qué extraño mundo es este, maestro mío!

Capítulo V

EL ANACORETA DEL RIO ADYAR

Las manecillas del reloj corren, pasan semanas a través de mi calendario, mientras prosigo laboriosamente hacia el sur, cruzando la alta meseta del Deccan. Visito algunos lugares notables pero encuentro pocos hombres dignos de mención. Alguna inescrutable fuerza propulsora, que no puedo discernir, pero a la que obedezco ciegamente, apura mi paso de tal modo que avanzo frenéticamente, como si fuera un turista.

Finalmente me encuentro en el tren que me conducirá a Madrás, donde me propongo detenerme algún tiempo. Durante el largo viaje nocturno, cuando es difícil conciliar el sueño, cuento las ganancias invisibles que he cosechado durante mis viajes por el occidente de la India.

Me veo obligado a confesar que hasta ahora no he encontrado ningún yogi, por lo menos ninguno cuyo encuentro me autorizara a sentirme entusiasmado; la esperanza de dar con un rishee es una idea que se ha refugiado ahora en los más recónditos recesos de mi cerebro. Por otra parte, he visto lo suficiente de las groseras supersticiones y de las asfixiantes costumbres de la somnolienta India para comprender que el escepticismo y las advertencias de algunos amigos casuales de Bombay estaban perfectamente justificados. Me doy cuenta también que la tarea que me he impuesto es muy difícil de realizar. Se encuentran hombres piadosos en infinita variedad, pero no encierran suficiente atracción para mí. Paso delante de templos, cuyo misterioso interior parece prometer mucho. Atravieso los sagrados límites y me detengo en el umbral. Echo una mirada adentro y observo aquellos fantásticos adoradores que sacuden una campana, mientras rezan, para que sus oraciones no escapen a los oídos de la divinidad elegida por ellos.

Me alegro de llegar finalmente a Madrás, cuyo aspecto pintoresco e irregular atrae; tomo habitaciones en un suburbio encantador, que se encuentra a unos tres kilómetros fuera de la ciudad, para estar en más fácil contacto con el elemento indígena que con el europeo. Mi casa se encuentra en la calle de los Brahmanes, ahogada bajo una espesa capa de arena en la que se hundan fácilmente mis zapatos. La acera es de tierra apisonada; todo está libre del sello progresista del siglo XX. Las casas, blanqueadas de cal, tienen porches sostenidos por columnas y terrazas abiertas. En la mía hay un patio interior cubierto de baldosas, alrededor del cual se encuentra una galería cubierta. Sacamos el agua de una vieja fuente mediante un balde.

La escena tropical, que se desarrolla en cuanto uno sale de las dos o tres calles que componen

el suburbio, me deleita siempre. Muy pronto descubro que el río Adyar se encuentra a menos de un kilómetro de distancia. Existen varios umbrosos bosques de palmeras cerca del ancho río que me atraen. Paso mi tiempo libre paseando entre ellas o camino unos cuantos kilómetros a lo largo de las lánguidas aguas.

El río Adyar corre hacia abajo, hacia Madrás, de cuya ciudad forma el límite sur, uniéndose al océano entre el incesante ascenso y descenso de las rompientes de la costa de Coromandel. Una mañana paseo lentamente a lo largo de este bello río acompañado por un brahmán amigo mío al tanto de las cosas que me interesan. Después de algún tiempo de caminata toma repentinamente mi brazo.

—¡Mire usted! —exclama—. ¿Ve aquel hombre joven que se aproxima a nosotros? Tiene fama de ser yogi. Le interesaría a usted, pero desgraciadamente nunca habla con nosotros.

—¿Por qué no lo hace?

—Es el hombre más reservado de todo el distrito. Sé dónde vive.

En ese momento el desconocido está casi a nuestro lado. Posee una figura atlética y supongo que debe tener unos 35 años. Es un poco más alto que el término medio. Sin embargo lo que más me llama la atención son los rasgos negroides de su cara. La piel es oscura hasta poseer un tono negro pronunciado. La nariz, chata y amplia, los gruesos labios y el cuerpo musculoso son todos indicios de una sangre no aria. Su cabello largo, limpiamente trenzado, se reúne alrededor de la coronilla formando una especie de moño. Usa unos pendientes grandes de clase particular. Alrededor del cuerpo se arrolla un lienzo blanco que después arroja por encima del hombro. Lleva las piernas desnudas y no usa calzado.

Nos ignora por completo y prosigue lentamente. Tiene los ojos bajos como si intentara estudiar el suelo. Da la impresión de que el cerebro, detrás de esos ojos, está pensando en alguna cosa. Me pregunto cuál será el tema de sus meditaciones mientras camina.

Provoca y despierta mi curiosidad. Se apodera de mí repentinamente el intenso deseo de romper las barreras que nos separan.

—¡Quiero hablar con él! —sugiero a mi acompañante.

El brahmán protesta firmemente.

—Es inútil.

—Por lo menos puedo intentarlo —respondo.

Nuevamente trata el brahmán de disuadirme.

—Ese hombre es tan inaccesible que casi no sabemos nada de él. Se mantiene completamente aparte de sus vecinos. No podemos meternos con él.

Pero ya avanzo en la dirección del que tiene fama de ser yogi, por lo que mi compañero está obligado a seguirme.

Muy pronto nos encontramos detrás de él, sin que dé señales de haber notado nuestra presencia, pues continúa caminando despacio. Seguimos paralelamente el mismo camino.

—Por favor, pregúntele si puedo hablar con él —digo a mi compañero que duda y sacude la cabeza.

—No... no me atrevo —declara débilmente.

La desagradable posibilidad de perder una entrevista interesante me induce a intentar un esfuerzo más. No me queda otro recurso que dirigirle yo mismo la palabra. Prescindo de todas las convenciones, tanto hindúes como europeas, me coloco directamente en su camino y frente a él.

Intento pronunciar una frase en hindustani, con mis escasos conocimientos de esa lengua. Levanta la vista, alrededor de su boca hay una semisonrisa, pero hace un gesto negativo con la cabeza.

Entonces conocía sólo una palabra de tamil, el idioma que se habla en Madrás; sin duda el yogi conoce aún menos inglés. Pocas personas hablan hindustani en el sur, pero entonces yo no lo sabía. Afortunadamente, el brahmán empieza a darse cuenta de que no puede dejarme abandonado en esa situación y se adelanta para rescatarme.

Con voz temblorosa que pide disculpa dice algo en tamil.

El yogi no responde. Se endurece la expresión de su rostro, los ojos adquieren un tono frío y enemistoso.

El brahmán me mira confundido. Sigue una pausa prolongada. Ninguno de nosotros sabe qué hacer. Comprendo aunque lo lamento que es una tarea difícil ayudar a un ermitaño a encontrar su lengua. No les gustan las entrevistas y no desean conversar con extraños acerca de sus experiencias íntimas. En particular, les molesta cualquier pedido de interrumpir su silencio crónico para satisfacer la curiosidad de un hombre blanco, con un casco tropical de corcho; ese aspecto induce a pensar tácitamente que no comprende ni simpatiza con las sutilezas de la yoga.

A este sentimiento sucede otro. Tengo extraña conciencia de una penetrante inspección por parte del yogi. De alguna manera siento que está buceando mentalmente en mis más íntimos pensamientos. Sin embargo, externamente sigue siendo indiferente y lejano. ¿Me equivoco?

Pero no puedo eludir esa extraña sensación de que me he convertido en un objeto de examen microscópico.

El brahmán se pone muy nervioso y me toca con el codo para indicarme que debemos irnos. Un minuto más y cederé a su importuno y silencioso gesto, retirándome derrotado.

El yogi hace un signo repentino con la mano conduciéndonos hacia una alta palmera que se encuentra cerca y en silencio nos ordena sentarnos al pie de ella. Después lo hace él mismo.

Se dirige en tamil al brahmán. Noto que su voz posee una resonancia particular y un tono que es casi musical.

—El yogi dice que está dispuesto a conversar con usted —traduce mi compañero y luego agrega que aquel hombre ha peregrinado por una parte poco frecuentada del río durante algunos años.

Lo primero que hago es preguntar el nombre de mi interlocutor, en respuesta a lo cual oigo una cadena tan larga de apelativos que decido bautizarlo de nuevo. Parece que su primer nombre es “Bramasugananda” y que posee otros cuatro, tanto o más largos, por lo que la única cosa sensata que se puede hacer es llamarle Brama. Si lo designara por sus cinco nombres, las palabras ocuparían todo el ancho de esta página, tantas letras contiene cada nombre. Me asusta y me oprime la longitud del patronímico de aquel hombre. En consecuencia es mejor mantener un discreto silencio y facilitar las cosas para el lector que todavía no se ha aclimatado, llamándole desde ahora Brama, el nombre más corto que le doy durante la conversación.

—Hágame el favor de decirle que me intereso por la yoga y deseo conocer algo acerca de esa materia —digo yo.

El yogi inclina la cabeza al escuchar la traducción.

—Sí, ya lo veo —replica sonriendo—. Que el sahib pregunte.

—¿Qué clase de yoga practica usted?

—La mía es la del dominio del cuerpo. Es la más difícil de todas. Debe lucharse contra el

cuerpo y la respiración como si fueran tercas mulas, siendo necesario conquistarlos. Después es más fácil dominar los nervios y el alma.

—¿Qué beneficios obtiene usted de ello?

Brama mira a través del río.

—Salud corporal, fuerza de voluntad, longevidad... esos son unos pocos de los beneficios —dice—. El yogi que ha llegado a ser maestro en la yoga que yo practico, da a su carne la resistencia del acero. El dolor no lo conmueve. Conozco uno que se sometió a una operación, practicada por un cirujano, sin que fuera necesario utilizar ningún anestésico. Pasó por ella sin un ay. Esas personas pueden exponerse al frío más intenso sin sufrir absolutamente nada.

Saco mi libro de notas, pues me doy cuenta que nuestra conversación va a ser más interesante de lo que suponía. Brama sonrío nuevamente por mi taquigrafía pero no se opone.

—Cuénteme algo más acerca de su sistema —le ruego.

—Mi maestro vivió en las montañas del Himalaya rodeado por el hielo y la nieve, vestido exclusivamente con un trapo de color canela, su única concesión a la comodidad. Puede permanecer sentado varias horas cada vez en un lugar tan frío que el agua se hiela instantáneamente, sin sentir la menor molestia. Tal es el poder de nuestra yoga.

—Entonces, ¿es usted un discípulo?

—Sí, todavía me quedan muchas cumbres por escalar. He dado doce años de esfuerzos ininterrumpidos a la práctica de nuestros ejercicios, día por día.

—¿Y ha alcanzado usted algunos poderes extraordinarios?...

Brama inclina la cabeza pero mantiene completo silencio.

Éste extraño joven me intriga cada vez más.

—¿Está permitido preguntarle cómo llegó usted a ser yogi? —inquiero con un sentimiento de inseguridad.

Al principio no responde. Continuamos sentados los tres bajo la frondosa palmera. Oigo los roncros graznidos de los cuervos entre los grupos de cocoteros en la orilla opuesta del río. Mezclado con ese ruido nos llega a ratos el parloteo de algunos monos que exploran las copas de los árboles. Desde las orillas se eleva el tranquilo chapoteo de las aguas.

—De muy buena gana —exclama repentinamente Brama. Parece comprender el sentido profundo de mis preguntas que sobrepasan el interés puramente científico. Oculta la mano detrás del chal, fija la mirada sobre alguna cosa que se encuentra del otro lado del río y empieza a hablar:

—Fui un niño tranquilo y solitario; no encontraba ningún placer en los juegos habituales de los chicos. No me gustaba jugar con ellos sino que me entretenía paseando solo por los jardines o los campos. Pocas personas entienden a un niño meditabundo y no puedo decir que estaba contento de la vida. Cuando tenía unos doce años, por casualidad oí la conversación de algunas personas mayores; en sus palabras descubrí por primera vez la existencia de la yoga. Aquello despertó en mí el deseo de conocer esa materia. Empecé a hacer preguntas a diferentes personas; así pude conseguir algunos pocos libros en tamil que me revelaron muchas cosas interesantes acerca de los yogis. Como un caballo que atraviesa un desierto desea el agua, así mi alma sufría de sed por conocer más acerca de ello. Pero llegué a un punto, por el que parecía imposible seguir adelante. Un día, releendo uno de aquellos libros, como si fuera por casualidad, topé con una frase que decía: “Para tener éxito en el sendero de la yoga, se ha de tener un maestro personal”. Aquellas

palabras hicieron una tremenda impresión en mí. Creí que sólo saliendo de mi casa y recorriendo el país podría encontrar un maestro adecuado. Mis padres no querían darme permiso. Como no sabía qué hacer, empecé a practicar en secreto algunos ejercicios de respiración, acerca de los cuales había reunido ciertos informes aquí y allá. No me sirvieron de nada, por el contrario me perjudicaron. No sabía entonces que sin la ayuda de un experto maestro nadie puede practicarlos sin peligro. Pero la intensidad de mi deseo era tan grande que no podía esperar a encontrarlos. A los pocos años aparecieron los efectos de esos ejercicios respiratorios. Se produjo una ruptura¹ en la coronilla; parecía como si el cráneo se hubiera roto por su parte más débil. Como quiera que fuese, la sangre fluía de mi herida, descendió la temperatura del cuerpo y disminuyó intensamente la sensibilidad. Creí que me moría. Dos horas más tarde una extraña visión apareció ante los ojos de mi alma. Vi la figura de un venerable yogi que se dirigía a mí diciendo: “Ya ves en qué peligrosa condición te has puesto ejercitando esas prácticas prohibidas. Que eso te sirva de lección”. La figura desapareció, y lo que es muy singular, desde aquel momento mejoró mi estado y me recuperé completamente. Pero todavía queda una señal.

Brama inclina la cabeza para mostrarnos la coronilla. En ella se observa una pequeña cicatriz redonda.

—Después de esa desdichada experiencia, dejé de repetir esos ejercicios respiratorios y esperé algunos años hasta que cejaron los lazos familiares —continúa diciendo—. Cuando llegó la oportunidad de ser libre, dejé mi casa y emprendí la búsqueda de un maestro. Sabía que el mejor método para conocer si es bueno consiste en vivir varios meses con él. Encontré varios y pasé mi tiempo, en parte morando con ellos en parte retirado en mi casa, después de haberme desencantado. Algunos eran jefes de monasterios; otros comandaban instituciones de sabiduría espiritual; pero, por alguna razón, ninguno me satisfacía. Me daban mucha filosofía, pero muy poco de su propia experiencia. La mayoría de ellos sólo podía repetir lo que decían los libros, sin que fueran capaces de ofrecer ninguna guía práctica. Yo no quería teorías librescas, sino la experiencia de la yoga. Así visité no menos de diez, que no me parecieron ser verdaderos maestros. Sin embargo, no desespere. Mi energía juvenil ardía cada vez más intensamente, pues los fracasos aumentaban mi deseo de triunfar.

“Estaba entonces en las puertas de la virilidad. Decidí abandonar para siempre la casa de mis padres, renunciar a la vida mundana y buscar un verdadero maestro hasta la muerte. Empeñaba entonces mi oncenena salida o peregrinación. Erré hasta que llegué a una aldea grande en el distrito de Tanjore. Me dirigí a las orillas del río para tomar mi baño matutino y después caminé por la orilla. Pronto llegué a una ermita construida de piedra roja que más bien era un pequeño templo. Por curiosidad observé lo que ocurría adentro, viendo, para mi sorpresa, un grupo de hombres reunidos en círculo alrededor de otro que estaba desnudo, excepto por un lienzo sujeto alrededor de las caderas. Le observaban con muestras del mayor respeto. Había algo de venerable, digno y misterioso, en el rostro de la figura central. Me quedé en la entrada, abrumado por el asombro y la fascinación. Pronto comprendí que el pequeño grupo aprendía algo y tuve un fuerte presentimiento: el hombre en el centro del círculo era un verdadero yogi, un auténtico maestro y no un erudito lleno de sabiduría libresca. No puedo explicar por qué sentí eso.

“De repente el maestro volvió la cara hacia donde yo estaba, hacia la puerta, y nuestros ojos se encontraron. Obedecí entonces a una necesidad interior y entré en el templo. El maestro me saludó calurosamente y me permitió tomar asiento, afirmando que seis meses antes se le había

ordenado incluirme entre sus discípulos: «Finalmente has llegado.» Con una deliciosa sorpresa, recordé que exactamente en aquella época había abandonado mi casa para emprender mi oncenaria peregrinación. Sin embargo así encontré a mi maestro. Después le acompañé a todas partes. Algunas veces se dirigía a las ciudades, otras se retiraba a los bosques apartados o a las junglas solitarias. Con su ayuda, empecé a hacer progresos en la yoga, y finalmente quedé satisfecho. Mi maestro era un yogi de gran experiencia; seguía el sendero del dominio corporal. Existen varios sistemas que difieren por sus métodos y ejercicios; el que me enseñó es el único que empieza por el cuerpo en lugar del espíritu. Aprendí también a dominar la respiración. En una ocasión hube de ayunar cuarenta días para obtener uno de los poderes propios de los yogis.

“Usted puede imaginarse lo sorprendido que estaría yo cuando un día me mandó llamar mi maestro para decir: «No es todavía para ti la vida de renunciamiento absoluto. Vuelve a tu familia y lleva una vida normal. Te casarás y tendrás un hijo, y después serás libre para retirarte nuevamente del mundo. Entonces irás a los bosques y practicarás la meditación solitaria hasta alcanzar la meta que busca todo yogi. Te esperaré hasta entonces y podrás volver otra vez a mí.»

“Obedecí sus órdenes y volví a mi ciudad natal. A su debido tiempo me casé con una mujer fiel y consagrada a mí, que me dió un hijo como lo había predicho mi maestro. Pero poco tiempo después mi esposa murió. Mis padres tampoco vivían ya, por lo que abandoné nuevamente mi ciudad natal y vine a quedarme aquí, en la casa de una anciana viuda del mismo lugar y que me conoció cuando era niño. Ella se encarga de mis asuntos domésticos y además, por la discreción propia de sus años, me permite llevar la vida recluida que imponen las reglas de nuestra escuela.”

Brama deja de hablar; estoy tan impresionado por su narración que hasta mi inquisitiva lengua permanece callada. Siguen tres o cuatro minutos de silencio, entonces el yogi se levanta, se dirige hacia su casa y empieza a andar lentamente. Le seguimos el brahmán y yo.

Nuestro camino atraviesa bellos bosquecillos de palmeras y deliciosos grupos de casuarinas. Brilla el río a la clara luz del sol, pasa alrededor de una hora caminando agradablemente a lo largo de la orilla. Poco tiempo después empezamos a encontrar las habitaciones de los hombres. Los pescadores se internan en el agua para ejercitar su profesión a la antigua manera. Pues no pescan desde la costa o en botes sino metiéndose hasta la cintura en la corriente, manteniendo en las manos sus redes y canastos.

Acrescentan la belleza de la escena los pájaros de brillante plumaje que revolotean río abajo. Perfuma suavemente el aire una brisa que nos da agradablemente en la cara y que proviene del mar. Llegamos a un camino donde lamento tener que dejar el río. Pasa a nuestro lado una piara de gruñidores cerdos. Están al cuidado de una mujer de pelo gris y de casta inferior que golpea con una vara de bambú a los que quieren alejarse mucho.

Al fin Brama se da vuelta para decirnos adiós. Expreso la esperanza de tener la oportunidad de verlo otra vez, a lo que accede. Entonces me aventuro a preguntar si tendré el honor de que me visite. Con gran sorpresa de mi amigo brahmán, el yogi consiente en ir a mi casa aquella misma tarde.

* * *

Al hacerse la obscuridad, espero con una cierta impaciencia la llegada de Brama. Varias

preguntas dan vueltas en mi cabeza. Su corta autobiografía me ha intrigado y me asombra su extraño carácter.

Cuando el sirviente anuncia su llegada, bajo los pocos peldaños que empiezan en la terraza y mantengo mis manos en alto tocándose las palmas para indicar que me agrada su visita. El sentido de ese acto simbólico, común en la India, podrá parecer raro a los occidentales. Pues el gesto quiere significar: ¡Mi alma y la tuya son una sola!” Encanta a los hindúes recibir ese saludo de un europeo, lo que revela cuán raro es ese hecho, aunque no es nada más que un sustituto hindú del acto común entre nosotros de dar la mano. Quiero que se me acepte como un hombre con intenciones amistosas, por lo que trato de respetar las costumbres y las convenciones del país en cuanto las conozco. Eso no significa que quiero convertirme en nativo, sino que creo en la necesidad de tratar a otros como quisiera que me trataran a mí.

Brama me acompaña hasta entrar en un cuarto grande e inmediatamente se sienta en el suelo cruzando las piernas.

—¿No quiere usted sentarse en el diván? —le pregunto por intermedio del intérprete—. Está bien almohadillado y es sumamente confortable. —Pero él prefiere el duro suelo, que en la India no es de madera sino de baldosas.

Expreso mi agradecimiento por su visita y le ofrezco algún alimento que acepta comiendo en silencio.

Después siento que debo decirle algo acerca de mí, algo que explique mi súbita intrusión en su vida. Así, pues, empiezo a exponer brevemente las fuerzas que me han conducido a la India. Cuando he terminado, Brama sale de la fortaleza de su frialdad, detrás de la cual se ha ocultado hasta ahora y pone su mano sobre mi hombro con un gesto amistoso.

—Agrada saber que existen tales hombres en Occidente. Su viaje no será en vano, pues usted aprenderá muchas cosas. Afortunado fué para mí el día en que el destino condujo nuestros pies al mismo lugar. Pregúnteme usted cualquier cosa que desee saber, pues en cuanto me lo permitan mis votos, tendré mucho placer en explicárselo.

Esto parece ser buena suerte. Le pregunto acerca de la naturaleza, la historia y los propósitos de su sistema de yoga.

—¿Quién se atreverá a decir la antigüedad del sistema de dominio corporal que he estudiado? Nuestros libros secretos declaran que fué revelado por el dios Shiva al sabio Gheranda. De sus labios lo aprendió Marteyanda, que lo transmitió a otros, y así pasó una cadena continua de millares de años, pero cuántos son no lo sabemos, ni nos preocupamos por averiguarlo, aunque la tenemos por la última de las ciencias de la yoga nacidas en la antigüedad. Era tal la declinación del hombre en esos tiempos que los dioses debieron darle un camino de salvación espiritual, conducirlo a su meta exclusivamente a través del cuerpo. Excepto los adeptos que dominan esa técnica, muy pocos entienden la yoga del dominio corporal; el común de la gente tiene las más falsas nociones acerca de nuestra venerable ciencia. Puesto que hoy desgraciadamente esos adeptos se encuentran ¡ay! tan rara vez, las más locas y deformadas prácticas pasan sin inconvenientes entre el vulgo por ser nuestro sistema. Vaya a Benarés y verá un hombre que está sentado todo el día y duerme de noche sobre un lecho de agudas puntas; en otro lugar encontrará otro que mantiene inmóvil un brazo en el aire hasta que se paraliza por carencia de ejercicio y las uñas alcanzan una longitud de varios centímetros. Le dirán que practican nuestro sistema de yoga, pero no es así. Más bien ellos nos desacreditan. Nuestra meta no consiste en torturar el cuerpo, de

tonta manera, para que nos admiren los necios; esos ascéticos que se someten a tales suplicios son ignorantes que practican lo que han oído, lo que les ha dicho algún amigo, ejecutando unos pocos ejercicios de contorsiones forzadas del cuerpo. Pero como no saben cuáles son nuestros propósitos, desfiguran esas prácticas y las prolongan más allá de lo natural. Sin embargo, el vulgo venera a esos tontos y les regala alimentos y dinero.

—¿Podría reprochárseles lo que hacen? Si los verdaderos yogis son tan raros y mantienen un secreto tan hermético sobre sus métodos, es natural que se produzcan esas confusiones —objeto yo.

Brama se encoge de hombros y una expresión de desprecio pasa por su boca.

—¿Expone un rajá sus joyas en la vía pública para que las observe el vulgo? —me pregunta—. No, las oculta en las cámaras del tesoro, que están en lo más profundo de las cuevas de su palacio. El conocimiento de nuestra ciencia es uno de los más grandes bienes que un hombre puede poseer. ¿Habría de ofrecerse en los bazares a cualquiera? Quien desee poseerlo que lo busque. Nuestros libros ordenan una y otra vez el secreto; nuestros maestros revelan las enseñanzas más importantes solo a discípulos probados que han sido fieles durante varios años. La nuestra es la más secreta de todas las yogas; está llena de graves peligros, no sólo para el discípulo mismo, sino para otros. ¿Cree usted que estoy autorizado para revelar algo que no sea la doctrina más elemental y aun eso con la mayor discreción?

—Lo comprendo.

—Pero existe una rama de nuestra ciencia acerca de la cual puedo hablar más libremente. Es aquella con cuya práctica fortalecemos la voluntad y mejoramos la salud de los principiantes, pues sólo así serán capaces de intentar las difíciles experiencias de la verdadera yoga.

—Eso sería muy interesante para el Occidente.

—Tenemos casi unos veinte ejercicios que fortalecen los diferentes órganos y partes del cuerpo y suprimen o impiden ciertas enfermedades. Algunos de ellos son posturas mediante las cuales se ejerce presión sobre ciertos centros nerviosos especiales; a su vez ellos influyen sobre determinados órganos que no funcionan adecuadamente, contribuyendo a su mejoramiento.

—¿Usa usted medicinas?

—Ciertas hierbas que se recogen durante la luna creciente; pero se usan sólo si es necesario. Tenemos cuatro clases de ejercicios o métodos para llevar a cabo este trabajo previo de poner en buen orden la salud corporal. Primero, aprendemos el arte del reposo para que puedan descansar los nervios. Para eso, hay cuatro ejercicios indicados. Entonces aprendemos las “extensiones”, que son ejercicios copiados de la manera en que se “echan” los animales sanos. En tercer lugar, purificamos el cuerpo mediante métodos variados que podrán parecerle muy curiosos pero que, sin embargo, tienen efectos excelentes. Finalmente estudiamos el arte de respirar y el dominio de los órganos correspondientes.

Expreso el deseo de obtener una demostración de algunos ejercicios.

—No hay ningún obscuro secreto en lo que voy a mostrarle ahora —dice Brama sonriendo—. Empecemos por el arte de reposar. El gato no: enseña algo acerca de esto. Nuestro maestro coloca uno en el centro del círculo formado por los discípulos y hace notar cuán graciosa es la postura que adopta al descansar. Enseña a observarlo cuidadosamente cuando el calor del mediodía le induce a dormir. Ordena seguir sus movimientos cuando se agazapa delante del nido de un ratón. Explica que ese felino nos da un ejemplo perfecto de verdadero reposo y que sabe guardar y

conservar todas sus energías. Usted cree conocer la manera de descansar, pero en realidad la ignora. Está sentado en esa silla, después corre de un lado para otro, luego se mueve espasmódicamente de cuando en cuando, finalmente extiende las piernas. Aunque usted no se levante del asiento y exteriormente parezca reposar, una idea tras otra pasa como un relámpago a través de su cerebro. ¿Puede usted decir que descansa? ¿No es eso otra manera de proseguir su actividad?

—Ese es un punto de vista que nunca se me había ocurrido —digo yo.

—Los animales saben descansar, pero son muy pocos los hombres que poseen ese conocimiento. Ello proviene de que los irracionales se guían por el instinto, que es la voz de la naturaleza, mientras que el hombre se deja conducir por sus ideas. Y puesto que la mayoría de los seres humanos carece de todo dominio sobre su cerebro, resultan afectados sus nervios y su cuerpo; en realidad gozan de muy poco reposo.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Lo primero que debe aprender es la manera oriental de sentarse. Es posible que las sillas sean útiles en las frías habitaciones de los países del Norte, pero tiene usted que aprender a prescindir de ellas durante la ejecución de los ejercicios que le preparan para la yoga. Nuestro modo de sentarnos proporciona un verdadero reposo. Después de trabajar o caminar, da descanso a todo el cuerpo. La manera más fácil para que usted lo aprenda es colocar una pequeña alfombra o una estera ante la pared de su habitación; siéntese sobre ella tan cómodamente como pueda y use el muro como respaldo. También puede usted colocar la estera en el centro de la habitación y utilizar una silla o la cama para apoyarse. Después de eso doble las piernas para adentro a la altura de las rodillas y cruce los pies. No debe existir ninguna sensación de tirantez y usted no debe poner rígidos los músculos. Así, pues, su primer ejercicio consistirá en sentarse de esa manera y mantener quieto su cuerpo, excepto en lo que respecta a los movimientos respiratorios, que serán suaves. Después de colocarse en esa posición, usted se propondrá dejar de pensar en las cargas y negocios del mundo; descanse usted su mente en algún objeto bello, un cuadro o una flor.

Dejo mi cómoda silla y me tiro al suelo, frente a Brama, adoptando la postura que acaba de describirme. Es la posición que adopta un viejo sastre para trabajar.

—Sí, usted lo hace fácilmente —observa Brama— aunque otros europeos podrían encontrar que no es tan cómoda, pues no están acostumbrados a ella. Usted comete un error. Mantenga erguida la espina dorsal, no encorvada. Voy a mostrarle otro de nuestros ejercicios.

Brama procede a levantar sus rodillas hasta el mentón. Esta posición aleja un poco sus pies del tronco. Une las manos delante de sus rodillas.

—Esta posición proporciona un gran reposo, después de haber estado en pie mucho tiempo. Tenga cuidado de no arrojar la mayor parte del peso del cuerpo sobre las nalgas. Usted puede practicar esta posición durante algunos minutos cuando se sienta muy cansado, pues calma importantes centros nerviosos.

—De todas maneras es extremadamente simple.

—No se necesita nada complicado para aprender el arte de descansar; de hecho, nuestros ejercicios más fáciles proporcionan excelentes resultados. Échese sobre la espalda, extendiendo las piernas juntas. Vuelva hacia afuera los pies. Extienda las manos y déjelas que descansen a lo largo del cuerpo. Relaje todos los músculos. Cierre los ojos. Deje que el suelo absorba todo su

peso. Este ejercicio no puede hacerse bien en la cama, pues es necesario que la espina dorsal esté perfectamente plana. Utilice una alfombra colocada sobre el suelo. En esa postura, las fuerzas curativas de la naturaleza le proporcionarán el reposo. La llamamos la posición del cadáver. Mediante la práctica, aprenderá a descansar en cualquiera de ellas, durante una hora, si lo desea. Relajan los músculos y calman los nervios. El descanso muscular precede al mental.

—En realidad sus ejercicios no parecen consistir en otra cosa que estar sentado sin moverse en una postura u otra.

—¿No es nada eso? Ustedes los occidentales desean ser activos, ¿pero ha de despreciarse el descanso por ello? ¿No tiene sentido poseer calmos nervios? El reposo es la iniciación de toda yoga, pero no es nuestra necesidad exclusiva; es también lo que necesita el mundo.

Las palabras de Brama no carecen de justificación.

—Esos ejercicios son suficientes para el día de hoy. Debo irme.

Le agradezco lo que me ha dicho y le pido que me dé más explicaciones.

—Mañana por la mañana usted me encontrará a la orilla del río —replica—. Ahora tengo que irme —agrega.

Recogiendo su blanco chal alrededor de los hombros, une las palmas de su manos en señal de despedida y se va. Me quedo solo rumiando la interesante conversación que acaba de terminar tan bruscamente.

* * *

Me encuentro muchas otras veces con el yogi. A pedido de él nos reunimos durante sus paseos matinales, pero cuando logro inducirle a que me visite pasa las tardes conmigo. Esas sesiones en mi habitación resultan extremadamente útiles para mí y mis investigaciones, pues a la luz de la luna despliega un mayor conocimiento oculto que cuando luce el sol.

Una pregunta me permite resolver un punto que me ha preocupado durante algún tiempo. Tengo la impresión de que los hindúes son una raza de color. ¿Por qué es oscura hasta el punto de parecer negra la piel de Brama?

La respuesta es que pertenece a la población indígena, cuyos integrantes parecen ser los más primitivos habitantes de la India. Cuando los arios, los primeros invasores del país, irrumpieron a través de las montañas del noroeste, hace varios miles de años, y descendieron hacia las llanuras, encontraron esta raza autóctona, dravídica, y la arrojaron hacia el sur. Hasta el día de hoy esos drávidas siguen siendo un pueblo aparte, excepto que han adoptado la religión de sus conquistadores. El fiero sol tropical ha pigmentado su piel hasta hacerla casi negra, lo que, junto con otras particularidades, induce a ciertos etnógrafos a pensar que provienen originalmente de algún tronco africano. Como en aquellos primitivos días de su dominio absoluto sobre todo el país, los drávidas todavía llevan el pelo largo y unido en un moño detrás de la cabeza; todavía hablan sus primitivas lenguas, medio cantarinas, entre las cuales la más importante es el tamil.

Brama asegura que los invasores tomaron de su raza el conocimiento de la yoga, así como aceptaron además otras cosas. Pero los eruditos hindúes a quienes expongo esta afirmación la niegan por creerla absurda. En consecuencia, dejo que la cuestión menos importante del origen se decida por sí misma.

Como no intento escribir una tesis sobre la cultura física de la yoga, no me propongo describir más que dos o tres ejercicios del arte de adoptar y mantener posturas fijas, lo que parece ser uno de los rasgos esenciales de la yoga del dominio corporal. Las veinte o más posturas que Brama me demuestra, sea en un bosque de palmeras o en mi propia casa más prosaica, implican extrañas contorsiones y, por lo menos a los ojos de un occidental, deben parecer ridículas, imposibles, o ambas cosas a la vez. Algunas de ellas exigen mantenerse en equilibrio sobre las rodillas dirigiendo los pies hacia arriba o sostener todo el peso del cuerpo sobre las puntas de los dedos; en otras, se colocan los brazos detrás de la espalda y de alguna manera sacan las manos, la derecha por el lado izquierdo, e inversamente, sobre el pecho; en otras todos los miembros quedan unidos en un complicado nudo; hay todavía algunas, en las cuales las piernas quedan alrededor del cuello o por encima de los hombros a la manera de un acróbata, mientras que un quinto grupo consiste en doblar lateralmente el tronco y torcerlo de la manera más rara imaginable. Mientras observo cómo Brama ejecuta algunos de ellos, comprendo lo difícil que ha de ser este arte.

—¿Cuántos de esos ejercicios comprende su sistema? —inquiero.

—Existen en la yoga 84 posturas del dominio corporal —responde Brama— aunque no conozco por ahora más que 64. —Mientras habla practica una de ellas y está sentado tan confortablemente como yo en una silla. Es más, me dice que es su postura favorita. Es difícil pero no parece ser incómoda. Su pie izquierdo está apoyado en la ingle y el talón del otro pie se encuentra debajo de la base del cuerpo, estando doblada la pierna derecha para soportar la mayor parte del peso.

—¿Qué utilidad tiene esa postura? —pregunto nuevamente.

—Si un yogi la adopta y al mismo tiempo practica un determinado ejercicio respiratorio, se rejuvenecerá.

—¿Y ese ejercicio respiratorio?

—No me está permitido revelárselo.

—Entonces, ¿cuál es el objeto de todas esas posturas?

—El simple hecho de estar sentado o de pie durante períodos regulares en ciertas posturas preestablecidas puede tener muy poca importancia a sus ojos. Pero la concentración y la fuerza de voluntad sobre la postura elegida es tan intensa, si se ha de tener éxito, que se revelan en el yogi fuerzas dormidas. Ellas pertenecen a los reinos secretos de la naturaleza; en consecuencia, rara vez salen enteramente de su sueño, a menos que se practiquen también nuestros métodos, pues la respiración revela profundos poderes. Aunque nuestro verdadero objetivo consiste en despertar esas fuerzas, no menos de veinte de nuestros ejercicios son necesarios para mejorar la salud o suprimir ciertas enfermedades; mientras que otros eliminan impurezas del cuerpo. ¿No es esto muy útil? Otras posturas tienen por objeto ayudarnos en nuestros esfuerzos por dominar el alma y el cerebro, pues es cierto que el cuerpo influye sobre las ideas y éstas sobre aquél. En las etapas superiores de la yoga, cuando nos sumergimos durante horas en la meditación la postura adecuada del cuerpo no sólo permite que al alma no sienta ninguna molestia en sus esfuerzos, sino que, además, realmente contribuye a ello. Agregue a todas esas cosas la tremenda riqueza en fuerza de voluntad que adquiere el hombre que persevera en estos difíciles ejercicios y verá usted la virtud de nuestros métodos.

—Pero, ¿para qué todas esas contorsiones y retorcimientos?

—Existen numerosos centros nerviosos repartidos en el cuerpo, afectando cada postura uno distinto. A través de los nervios podemos influir sobre los órganos corporales y las ideas del cerebro. Esas contorsiones nos permiten llegar a centros que de otra manera serían inalcanzables.

—Comprendo —empiezan a tomar forma más claramente en mi cerebro los fundamentos de esa cultura física de la yoga. Es interesante averiguar lo que resulta de compararlos con las bases de nuestros sistemas europeos y americanos. Hablo a Brama de la existencia de estos últimos.

—No conozco sus sistemas occidentales, pero he visto los ejercicios de los soldados blancos en el gran campamento cerca de Madrás. Observándolos he comprendido lo que deseaban alcanzar sus instructores. El fortalecimiento de los músculos parece ser su primer objetivo, pues ustedes los occidentales encuentran sus más altas virtudes en la actividad corporal. En consecuencia, hacen un uso muy enérgico de sus miembros, repitiendo esos movimientos muchísimas veces. Ustedes gastan su energía vigorosamente, para construir sus músculos y obtener en cambio una fuerza mayor. Sin duda es una cosa buena en los países del norte.

—En su opinión, ¿cuál es la diferencia esencial entre ambos métodos?

—Nuestros ejercicios de la yoga son realmente posturas que no requieren ningún otro movimiento después que se ha llegado a ellos. En lugar de buscar más vigor para desarrollar actividad, intentamos aumentar el poder de resistencia. ¿Comprende usted? Creemos que aunque puede ser importante el desarrollo muscular, la potencia que se encuentra oculta es de muchísimo más valor. Si le digo que sosteniéndose sobre los hombros de una manera particular, la sangre lava el cerebro, aplaca los nervios y elimina ciertas debilidades, usted, como buen occidental, hará el ejercicio durante un momento y lo repetirá velozmente varias veces, pero obtendrá muy pocos de los beneficios que consigue un yogi practicándolo a su modo.

—¿De qué manera?

—Él lo hará lentamente, con deliberación, manteniendo la posición deseada tan firmemente como pueda durante varios minutos. Voy a mostrarle esta postura de “todo el cuerpo” como la llamamos nosotros.

Brama yace en el suelo sobre la espalda!, los brazos a lo largo del cuerpo, las piernas juntas. Levanta las extremidades inferiores en el aire, manteniendo enteramente rectas las rodillas, hasta que forman un ángulo de casi 60 grados con el suelo. Soporta la espalda con las manos, descansando los codos sobre el suelo. El cuerpo queda entonces inclinado hacia arriba adquiriendo una posición vertical el tronco y las caderas. El pecho avanza hasta tocar la barbilla. Las manos forman un soporte que aguanta el tronco. Mantienen el peso del cuerpo los hombros, la parte dorsal del cuello y la cabeza.

Después de mantener esta posición invertida durante cerca de cinco minutos, el yogi se levanta y explica su valor.

—Esta postura envía la sangre hacia la cabeza por su propio peso, durante algunos minutos. En la posición corriente, la sangre llega hasta arriba por la acción de bombeo del corazón. La diferencia entre los dos está demostrada por el efecto de la postura sobre el cerebro y los nervios. Para la gente que trabaja intelectualmente, y para los pensadores y los estudiantes, la práctica tranquila de esta postura de todo el cuerpo produce un alivio inmediato cuando la mente está cansada. Esta no es su única virtud. Fortalece los órganos sexuales. Pero esos beneficios se producen si el ejercicio se efectúa a nuestro modo y no a la apresurada manera occidental.

—Si no estoy equivocado, usted quiere decir que esas posturas de la yoga mantienen el cuerpo

fijo en un estado de reposo equilibrado, mientras que nuestra gimnasia occidental lo agita violentamente.

—Exactamente —coincide el yogi conmigo.

Entre los ejercicios de Brama elijo uno de su repertorio por ser más factible para los miembros de un occidental y por resultar más fácil su aprendizaje con paciencia y práctica. En esta postura, el yogi está sentado con las piernas extendidas; levanta entonces los brazos por encima de la cabeza y une los dedos Índices con los pulgares de cada mano. Inclina el tronco hacia adelante, expirando el aire mientras tanto, y el dedo gordo del pie derecho queda aprisionado entre el índice de su mano derecha, etc. Entonces inclina lentamente la cabeza hacia adelante hasta que la frente yace contra sus muslos. Mantiene esta curiosa posición durante un corto tiempo, volviendo gradualmente a su postura normal.

—No intente usted hacerlos todos de una vez —me advierte—. Trate de acercar poco a poco la cabeza a las piernas; aunque le cueste algunas semanas hasta conseguir esta postura, cuando usted la haya dominado, la sabrá para toda la vida.

Me entero de que este ejercicio fortalece la espina dorsal, elimina malestares nerviosos causados por su debilidad y produce verdaderos milagros en la circulación de la sangre.

En la próxima postura, Brama está sentado en el suelo, dobla las rodillas, con lo que las plantas de los pies quedan debajo de la base del cuerpo. Deja caer el tronco hacia atrás hasta que sus hombros tocan el suelo. Cruza los brazos por debajo de la base de la cabeza que queda apoyada en ellos como sobre almohadones. Entonces cada mano agarra la articulación del hombro contrario. Permanece en esa posición, que no carece de cierta gracia, durante varios minutos. Al abandonarla, explica que este ejercicio tiene una influencia favorable sobre los centros nerviosos situados en el cuello y en los hombros, así como en las piernas, y que hasta al pecho beneficia.

El inglés medio tiende a creer que el hindú común es un ser débil, enervado por el calor tropical y la falta de alimentación, por lo que uno se sorprende al enterarse de que en la India, desde la antigüedad, ha existido un sistema de cultura física tan bien estudiado. Si nuestros métodos occidentales poseen una utilidad, cuyo valor nadie soñaría en negar actualmente, no puede pretenderse tampoco que son consecuentes y completos y que se ha dicho la última palabra en lo que respecta al desarrollo corporal, la conservación de la salud y la supresión de las enfermedades. Tal vez, si el Occidente, con sus métodos exhaustivos de investigación científica dirigida, eligiera algunas prácticas antiquísimas de las enseñanzas de la yoga, podríamos obtener un conocimiento más completo de nuestro cuerpo y un régimen más adecuado para llevar una vida sana.

Sin embargo sé que tal vez una docena, no más, de las posturas de la yoga son lo suficientemente fáciles como para que puedan ensayarse. Las sesenta y tantas posturas que componen el resto del sistema son tan difíciles que sólo los más entusiastas podrán realizarlas, y eso únicamente si son lo bastante jóvenes como para tener miembros flexibles y cuerpos elásticos.

El mismo Brama lo admite:

—He practicado todos los días durante 12 años; sólo así puedo dominar las 64 posturas que conozco. Además fui afortunado al empezar muy joven; un hombre de edad no podría intentarlo sin sentir intensos dolores. Los huesos, los músculos, la carne se asientan en posiciones rígidas en un hombre maduro y sólo con dificultad y muchas molestias es posible cambiarlas. Sin embargo, aun en esos casos es notable ver cómo pueden dominarse esas posturas mediante continuos esfuerzos.

No pongo en duda la afirmación de Brama, según la cual todos pueden dominar esos ejercicios mediante prácticas constantes aunque el largo proceso de llevar los miembros, las articulaciones y los músculos a esas nuevas posiciones debe durar necesariamente años. Él tiene la ventaja de haber empezado cuando todavía no había llegado a los veinte, siendo imposible subestimar el valor de esa temprana iniciación. Exactamente como los acróbatas de fama, que son los que han empezado desde muy jóvenes, el yogi de éxito y que pertenece a la escuela del dominio corporal debe haber iniciado su aprendizaje antes de terminar la época del crecimiento, es decir, antes de los 25 años. Ciertamente no sé cómo un europeo adulto puede intentar los veinte o cuarenta ejercicios que forman la mayor parte del sistema, sin romperse uno o dos huesos. Cuando discuto este punto con Brama, sostiene tercamente que eso es verdad en parte y que los esfuerzos continuos conducirán al éxito en muchos casos, aunque no en todos. Pero concede que los europeos tienen ante sí una tarea más difícil.

—Nosotros los orientales tenemos la ventaja de haber aprendido en la niñez a sentarnos con las piernas cruzadas. ¿Puede un europeo doblar las piernas y estar sentado así, sin interrupción, durante dos horas sin experimentar dolores? Pues cruzar las piernas con los talones entrelazados es el principio de varias de nuestras posturas. La consideramos como una de las mejores. ¿Quiere que se la muestre?

Entonces Brama adopta la postura que es ya familiar al mundo occidental por numerosas representaciones e imágenes de Buda. Se sienta perfectamente recto, dobla la pierna derecha hasta colocar el pie en la ingle izquierda. Entonces dobla la otra pierna colocándola a través del muslo derecho, tocando su pie el ángulo inferior del abdomen. Las plantas de los pies están dirigidas hacia arriba. Es una postura artística y equilibrada; se me ocurre que vale la pena intentar una posición tan atractiva.

Pretendo imitarlo y el único premio de mis trabajos consiste en agudos dolores en los talones. Me quejo de la imposibilidad de realizar esa posición ni siquiera por un momento. ¡Qué pintorescamente exótica me parecía antes esa postura de Buda, en alguna atractiva estatuilla de bronce de una tienda de antigüedades! Pero ¡qué artificial me parece ahora ese retorcimiento de las extremidades inferiores, cuando trato de hacerlo en persona! La sonrisa de Brama, que pretende alentarme en mis tentativas, fracasa completamente. Le digo que debo posponer mis esfuerzos.

—Sus articulaciones están rígidas —observa él—. Frótese los talones y las rodillas con un poco de aceite antes de empezar otra vez. Usted está acostumbrado a sentarse en sillas y esa postura pone en tensión todos sus miembros. Un poco de práctica, todos los días, eliminará esa dificultad lentamente.

—Dudo que pueda llegar a hacerlo alguna vez.

—No diga que es imposible. Le exigirá mucho tiempo pero usted llegará a dominarla. El éxito le sorprenderá un día; vendrá de repente.

—Es tan doloroso que parece una nueva tortura.

—Pero el dolor disminuye poco a poco y algún día no lo sentirá ya aunque para eso sea necesario más tiempo que para tener éxito.²

—Pero, ¿vale la pena intentarlo?³

—Ciertamente. La postura del loto, como la llamamos nosotros, es tan importante que no se permite a ninguno de nuestros novicios prescindir de ella, aunque se le conceda el derecho a dejar

de practicar muchas otras. Es la actitud principal en la que los yogis superiores practican sus meditaciones. Una de las razones es que proporciona una base sólida al cuerpo, pues con ella es muy difícil caerse aun cuando el yogi entre en un trance profundo, lo que ocurre inesperadamente, aunque los adeptos pasan a ese estado por su propia voluntad. Usted comprende, la postura del loto cierra los pies proporcionando una posición inmóvil y firme. Un cuerpo irritado y que no está, quieto molesta la mente; pero en la del loto uno se siente equilibrado, dominándolo. Así es más fácil obtener la concentración mental, tan altamente estimada entre nosotros. Finalmente, practicamos nuestros ejercicios respiratorios cuando estamos sentados en esta postura, pues la combinación de ambos despierta el fuego espiritual que duerme en el cuerpo. Cuando se aviva esa llama invisible, se redistribuye nuevamente toda la sangre por el cuerpo, mientras se envía la fuerza nerviosa con gran intensidad a ciertos centros importantes.

Quedo satisfecho con esta explicación y doy por terminada nuestra conversación sobre las posturas. Brama ha efectuado un número considerable de terribles contorsiones y convulsivos ejercicios para mi edificación, para demostrarme su dominio sobre la carne y los huesos. ¿Qué occidental tendrá la paciencia necesaria para hacerlos todos y dominarlos? ¿Qué occidental tiene tiempo para ello?

Capítulo VI

LA YOGA QUE CONQUISTA LA MUERTE

Brama desea que lo visite en su casa. Me cuenta que en realidad no permanece allí, sino que ha construido una amplia choza en el fondo del jardín, para conservar su libertad y asegurarse su independencia.

De acuerdo con esto, y, debo confesarlo, con alguna curiosidad, le visito una tarde. El edificio se encuentra en una polvorienta callejuela que tiene un aspecto desolado y descuidado. Me detengo un momento delante del viejo edificio blanqueado de cal y examino el balcón de madera del piso superior que, sobresaliendo del frente, recuerda tan intensamente nuestras casas europeas del Medioevo. Abro la vieja y pesada puerta que se encuentra frente a mí, lo que produce un eco resonante a través de todos los cuartos y corredores.

Muy poco después aparece una anciana cuya sonrisa maternal se extiende casi por toda la cara, haciendo repetidas reverencias. Me conduce a través de un largo y oscuro corredor, hasta que, pasando por una cocina, llegamos al jardín posterior.

Lo primero que noto es un peepul de amplia copa. Bajo la sombra protectora de sus ramas, se encuentra una vieja fuente. La mujer me conduce a una choza al otro lado de ella, que se encuentra lo suficientemente cerca como para recibir parte de la sombra del árbol. Está construida ligeramente con ramas de bambú, vigas de madera y techo de paja.

La anciana, cuyo rostro es tan oscuro como el de Brama, se excita visiblemente y estalla en una serie de trémulas frases en tamil, que al parecer dirige a la choza. Desde adentro le responde una voz musical, se abre lentamente la puerta, aparece el yogi que me hace entrar cariñosamente en su simple ermita. No cierra la puerta. La viuda permanece algunos minutos en la entrada, fijos sus ojos en mí, expresando su cara una felicidad indescriptible.

Me encuentro en un cuarto muy sencillo. Un diván bajo, sin almohadas, está adosado al muro frente a la puerta; llena un rincón un banco de madera groseramente hecho, cubierto enteramente de papeles. Un pesado recipiente de bronce cincelado para el agua, cuelga de una de las vigas. Cubre el suelo una alfombra grande.

—Siéntese —dice Brama indicando el suelo con la mano—. No tenemos sillas para ofrecerle.

Lo siento.

Nos sentamos todos sobre la alfombra: Brama, yo y un joven maestro que prosigue sus estudios; se ha puesto a mi servicio y actúa de intérprete. A los pocos minutos se va la viuda, para volver en seguida con una tetera que coloca sobre la alfombra, que sustituye a la mesa. Se va otra vez para reaparecer nuevamente con bizcochos, naranjas y bananas que coloca en platos de bronce.

Antes de empezar a consumir esos agradables refrescos, Brama trae una guirnalda de caléndulas que pone alrededor de mi cuello. Estoy asombrado y protesto enérgicamente contra ello, pues sé que esa costumbre hindú se reserva exclusivamente para las personas distinguidas y nunca he creído pertenecer a esa sublime categoría.

—Pero, hermano... —ruega sonriendo—. Usted es el primer europeo que visita mi refugio y el primero que ha llegado a ser amigo mío. Debo expresar mi satisfacción por ello, así como la de esta señora, honrándolo de esa manera.

Mis ulteriores protestas carecen en absoluto de efecto. Estoy obligado a sentarme en el suelo con una guirnalda de flores colocada ceremoniosamente sobre mi chaqueta. Me alegro de estar tan lejos de Europa como para que ninguno de mis amigos pueda observar este extraño espectáculo y reírse de mí.

Tomamos té, comemos frutas y charlamos agradablemente durante algún tiempo. Brama me cuenta que él mismo construyó la choza e hizo los rudos muebles que la adornan. Despiertan mi curiosidad los papeles esparcidos sobre la mesita de la esquina y pido una explicación de su razón de ser. Son todos de color rosa y están escritos con tinta verde. Brama recoge un montón; noto que están cubiertos de extraños caracteres, fáciles de reconocer: pertenecen a la escritura tamílica. El estudiante los examina y encuentra que son difíciles de leer y aun más de entender. Me explica que están redactados en una forma anticuada de tamil, expresión literaria de otros siglos; muy pocas personas lo entienden actualmente. Los grandes clásicos de su literatura y de su filosofía, agrega, están escritos desgraciadamente en esa forma arcaica, llamada alto tamil; presenta más dificultades para los familiarizados con el idioma actual que el inglés medieval para una persona que sólo conoce el de nuestros días.

—Generalmente escribo esos papeles de noche —explica Brama—. Algunos relatan en verso mis experiencias de la yoga; otros son largos poemas donde mi corazón expresa sus sentimientos religiosos. Algunos jóvenes, que se llaman mis discípulos, vienen por aquí a menudo para leerlos en voz alta.

Brama elige un documento de aspecto muy artístico y que consiste en algunas páginas de papel rosado, escritas con tinta roja y verde, unidas mediante una cinta de este último color, y sonriendo me lo presenta.

—He escrito éste especialmente para usted —agrega.

El joven intérprete encuentra que es un poema de 84 líneas. Empieza y termina mencionando mi nombre, pero el traductor no puede pasar mucho más lejos de ahí. Descifra unas cuantas palabras y me dice que evidentemente contiene algún mensaje personal, pero está escrito en alto tamil, tan antiguo que no es capaz de traducirlo adecuadamente. Sin embargo, me siento extremadamente satisfecho de recibir aquel regalo inesperado, particularmente por ser una expresión de la buena voluntad del yogi.

Cuando terminamos de celebrar mi visita, la anciana se retira y nos disponemos a hablar

seriamente. Menciono otra vez la respiración, que parece desempeñar un papel tan importante en la yoga, rodeado de tanto misterio. Brama lamenta ser incapaz de mostrarme por ahora ningún otro ejercicio, pero está dispuesto a decirme algo más de sus teorías.

—La naturaleza ha concedido al hombre para cada día 21.600 movimientos respiratorios. La respiración tumultosa, rápida o ruidosa excede esa medida y en consecuencia acorta la vida. La lenta, profunda y tranquila, economiza la cantidad prefijada y en consecuencia la alarga. Toda ex o inspiración que se ahorra forma una gran reserva, de la cual el hombre puede obtener años extraordinarios de vida. Los yogis no respiran al mismo ritmo que los demás hombres; tampoco necesitan hacerlo, pues, pero ¡ay!... ¿Cómo podría decir más sin romper mis votos de silencio?

La reserva del yogi es para mí como el suplicio de Tántalo. ¿No habrá muchas cosas valiosas en esos conocimientos que se toma tanto trabajo en ocultar? Si es así, se comprende por qué estos extraños hombres borran sus huellas y ocultan los tesoros de sus enseñanzas para alejar a los curiosos superficiales, a los que no están preparados mentalmente y tal vez a los que no son dignos en lo espiritual. ¿Estaré incluido yo mismo dentro de una de esas últimas clasificaciones y saldré eventualmente de este país sin más premio que mis trabajos?

Pero Brama habla otra vez:

—¿No poseen nuestros maestros la clave del poder de la respiración? Ellos saben cuán estrecho es el lazo que existe entre día y la sangre; entienden el mecanismo mediante el cual también la mente sigue el mismo camino; poseen el secreto de despertar la conciencia anímica, obrando sobre la respiración y el pensamiento. ¿Diré que el metabolismo del oxígeno y del anhídrido Carbónico es sólo la expresión en este mundo de una fuerza más sutil que mantiene realmente la vida? Reside en los órganos vitales aunque es invisible. Cuando abandona el cuerpo, se detiene la respiración y adviene la muerte. Pero dominándola es posible, en una cierta medida, prevalecer sobre la corriente que no ven nuestros ojos. Aunque dominemos completamente nuestro cuerpo, ¿es de creer que nuestros antiguos sabios hayan pensado exclusivamente en él y en su potencia cuando enseñaron nuestro sistema por primera vez?

Lo que pienso acerca de los antiguos sabios y de sus propósitos carece de importancia ante la intensa curiosidad que se despierta instantáneamente en mí.

—¿Puede usted dominar el funcionamiento de su corazón? —exclamo sorprendido.

—He colocado en una cierta relación de obediencia los órganos que dependen del gran simpático —responde tranquilamente, sin el menor tono de jactancia.

—¿Cómo lo consigue usted?

—Se obtiene practicando ciertas combinaciones de postura, respiración y ejercicio de la voluntad. Naturalmente, se enseñan en los grados superiores de la yoga. Son tan difíciles que pocas personas pueden llegar a hacerlos, Por esas prácticas he llegado a un cierto dominio de los músculos que regulan el funcionamiento del corazón, y mediante estos últimos he podido proseguir adelante y conquistar los otros órganos.

—¿Eso es realmente extraordinario!

—¿Lo cree usted así? Coloque su mano sobre mi pecho, exactamente sobre el corazón, y manténgala ahí. —Después de decir eso, Brama cambia de postura, adopta una curiosa posición y cierra los ojos.

Obedezco sus órdenes y espero pacientemente para ver lo que va a ocurrir. Durante algunos minutos: permanece tan firme e inmovible como una roca. Después empiezan a disminuir

gradualmente los latidos de su corazón. Me asombra comprobar que disminuye el ritmo cardíaco. Por mis nervios pasa un viento de locura cuando compruebo que su corazón ha dejado de latir completamente. La pausa dura unos siete ansiosos segundos.

Intento hacerme creer a mí mismo que sufro una alucinación, pero mi nerviosidad es tal que comprendo la inutilidad de esa tentativa. Cuando el órgano vuelve a la vida desde su muerte aparente, me siento profundamente aliviado. Los latidos son cada vez más apresurados, llegando finalmente al ritmo normal.

El yogi no sale de su provocado abismamiento hasta algunos minutos más tarde. Abre lentamente los ojos y pregunta:

—¿Sintió usted cómo se detenía el corazón?

—Sí, muy claramente. —Estoy seguro de que no existió ninguna alucinación. Me pregunto qué otros extraños trucos de la yoga puede efectuar Brama con sus órganos.

Como si respondiera a esa pregunta que no he formulado en voz alta, el yogi dice:

—Esto no es nada comparado con lo que hace mi maestro. Se corta una de las arterias y regula el flujo sanguíneo; hasta es capaz de detenerlo completamente. Yo también he adquirido un cierto dominio sobre mi sangre, pero no puedo hacer eso.

—¿Quiere usted mostrármelo?

Me pide que agarre su muñeca, donde sienta la circulación a través de la arteria. Así lo hago.

A los dos o tres minutos, advierto que está disminuyendo el curioso ritmo del flujo que siento en mi pulgar. Pronto se para definitivamente. Brama ha detenido el pulso.

Ansiosamente espero que se reinicie la circulación en su arteria. Pasa un minuto sin que ocurra nada. Mi reloj marca otro, cada uno de los segundos de este nuevo minuto se imprime agudamente en mi conciencia. El tercero es igualmente inútil. Sólo a mediados del cuarto percibo la vuelta lenta de la actividad arterial. Se alivia la tensión. No tarda mucho en aparecer otra vez el pulso normal.

—¡Qué extraño! —exclamo involuntariamente.

—Eso no es nada —replica modestamente.

Este parece ser un día de raras hazañas. ¿Habrá algo más?

Brama duda.

—Sólo una más —dice finalmente— que deberá bastar.

Mira pensativamente el suelo y después anuncia:

—Detendré la respiración.

—Pero entonces usted seguramente morirá —exclamo nerviosamente.

Se ríe ignorando mi observación.

—Coloque usted ahora el dorso de la mano debajo de mi nariz.

Le obedezco dudando si debo cumplir sus órdenes. La cálida caricia del aire exhalado toca y vuelve a tocar la piel de mi mano. Brama cierra los ojos; por su inmovilidad el cuerpo parece convertido en una estatua y da la impresión de haber caído en una especie de trance. Espero, mientras mantengo el dorso de mi mano inmediatamente debajo de su nariz. Permanece tan quieto, tanta es su indiferencia respecto a lo que nos rodea, que semeja una imagen de piedra o de metal. Lentamente, con gran uniformidad, empieza a disminuir el ritmo de su respiración, hasta que finalmente cesa por completo.

Vigilo sus orificios nasales y sus labios; examino los hombros y el pecho; pero en ningún caso

puedo descubrir alguna señal externa de respiración. Sé que eso no es definitivo, por lo que deseo hacer una prueba concluyente, pero, ¿cómo? Mi cerebro trabaja rápidamente.

No hay ningún espejo de mano en la habitación pero encuentro un plato de bronce pulimentado que puede ser un excelente sustituto. Lo pongo debajo de su nariz durante un momento y frente a los labios. Su superficie brillante no se empaña ni pierde su lustre por la menor humedad.

Parece imposible creer que en esta casa tranquila, una de tantas cerca de una ciudad cualquiera, haya observado algo significativo, algo que la ciencia de Occidente deberá sentirse forzada a reconocer algún día contra su voluntad. Pero el hecho está ahí y es indudable. La yoga es realmente algo más que un mito sin valor.

Cuando finalmente Brama sale de su condición, que tiene todo el aspecto de un trance, parece estar algo cansado.

—¿Está usted satisfecho? —pregunta con una sonrisa cansina.

—¡Estoy más que satisfecho! Pero no entiendo de qué manera lo hace usted.

—Me está prohibido explicarlo. Contener la respiración es parte de la yoga superior. Un hombre blanco lo tendrá por una bobería, creará que es ingenuo tratar de conseguirlo; para nosotros es de mucha importancia.

—Pero se nos ha enseñado siempre que el hombre no puede vivir sin respirar. Ciertamente, ¿no es esa una idea tonta?

—No lo es, pero no es cierta. Si lo deseo, puedo contener la respiración durante dos horas, lo he hecho muchas veces y todavía no estoy muerto, como usted ve —dice Brama sonriendo.

—Estoy profundamente asombrado. Si no le está permitido explicarlo, tal vez pueda usted arrojar cierta luz sobre la teoría en la que se basan esas prácticas.

—Muy bien. Hay una lección que podemos tomar de los animales, el método favorito de enseñanza de mi maestro. Un elefante respira mucho más lentamente que un mono y sin embargo vive más tiempo. Algunas de las grandes serpientes respiran más lentamente que un perro y sin embargo son más longevas. Así, pues, existen criaturas que demuestran la posibilidad de prolongar la vida por la lentitud de su respiración. Si usted me ha seguido hasta aquí, la próxima etapa será aún más fácil de entender. En el Himalaya hay murciélagos que hibernan. Cuelgan del techo de las cavernas durante semanas sin respirar lo más mínimo hasta que se despiertan. También los osos de esa misma región en algunas ocasiones duermen durante toda la estación fría, quedando sus cuerpos como si carecieran en absoluto de vida. En profundas madrigueras del norte de la India, donde no pueden encontrar alimento durante el invierno, hay erizos que pasan algunos meses en ese estado durante el cual no funcionan sus pulmones. Si esos animales dejan de respirar durante un tiempo y sin embargo viven, ¿por qué los seres humanos no pueden hacer lo mismo?

Su acumulación de hechos curiosos es interesante, pero no tan convincente como su demostración práctica. No puede arrojarse por la borda, después de algunos minutos de conversación, la creencia común según la cual la respiración es una función esencial de cualquier vivo.

—Los occidentales encontraremos siempre muy difícil entender que la vida puede continuar a menos que la función respiratoria prosiga también.

La vida continúa siempre —es su enigmática respuesta—. La muerte es sólo un hábito del cuerpo.

—Ciertamente usted no quiere darme a entender que es posible conquistar la muerte —

pregunto incrédulamente.

Brama me mira de extraña manera.

—¿Por qué no? —Se produce una tensa pausa. Sus ojos me escrutan, pero lo hacen de una manera amable.

—Como existen en usted ciertas posibilidades, le diré uno de nuestros viejos secretos. Pero primero debo pedirle que convenga en una condición.

—¿Cuál es?

—Usted no intentará practicar ningún ejercicio respiratorio como experimento, excepto los que yo le enseñe más tarde.

—Estoy conforme.

—Entonces mantenga su palabra. Usted ha creído hasta ahora que la detención Completa de la respiración conduce inevitablemente a la muerte. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿No es razonable creer también que el mantenimiento completo de la respiración dentro del propio cuerpo sostiene la vida, por lo menos mientras se conserva dentro de él?

—Bien, y...

—No pretendemos nada más que eso. Decimos que un adepto, al practicar el dominio de la respiración, reteniéndola completamente a voluntad, mantiene así su corriente vital. ¿Comprende usted eso?

—Creo que sí...

—Imagínese usted ahora un adepto de la yoga que pueda retener la respiración encerrada, no sólo por unos minutos, como curiosidad, sino durante semanas, durante meses, hasta años. Como usted admite que donde hay respiración hay vida, ¿no comprende que se abre la perspectiva de prolongar la vida del hombre?

Callo. ¿Cómo podría rechazar su afirmación por disparatada? Sin embargo, ¿cómo podría aceptarla? ¿No nos trae a la memoria los sueños de nuestros alquimistas europeos del Medioevo, que buscaban el elixir de la larga vida y que sucumbieron uno por uno a la guadaña de la muerte? Pero como Brama no se engaña a sí mismo, ¿por qué habría de intentar engañarme a mí? No busqué mi compañía y no hace ningún esfuerzo por conseguir discípulos.

Aparece en mi cerebro un terror extraño. ¿No estará loco, simplemente?... No, parece ser muy sensato y lógico en otras cosas. ¿No sería mejor creer que está equivocado? Sin embargo, algo en mí duda de esa misma conclusión. No sé qué pensar.

—¿No será capaz de convencerle? —dice reanudando la conversación—. ¿No ha oído usted la historia del faquir que Ranjeet Singh enterró en una bóveda en Lahore? El hecho ocurrió en presencia de oficiales ingleses y del último de los reyes de la dinastía Singh. Una guardia compuesta de varios soldados vigiló la tumba viviente durante seis semanas, y al cabo de ellas, salió el faquir sano y salvo. Investigue usted esa historia, pues recuerdo que se consigna en las publicaciones del gobierno inglés. Aquel faquir había llegado a dominar por completo la respiración, pudiendo detenerla a voluntad, sin peligro de muerte. Y sin embargo, ni siquiera era un adepto de la yoga, pues un anciano que lo conoció me habló de su mal carácter. Se llamaba Haridas y vivía en el norte. Si ese hombre podía vivir en un recinto carente de aire por tanto tiempo, sin respirar, ¿cuánto más no podrán hacer nuestros verdaderos maestros de la yoga que lo practican en secreto y no lo hacen por dinero?¹

Un silencio embarazoso sigue a estas palabras.

—Existen otros extraños poderes que pueden adquirirse mediante nuestra yoga, pero en estos días de degeneración, ¿quién pagará el alto precio necesario para conseguirlo?

Se produce Otra pausa.

—Nosotros los que vivimos y trabajamos en el mundo de todos los días tenemos bastante que hacer sin buscar esos poderes —me aventuro a decir en defensa de mi época.

—Sí —dice Brama coincidiendo conmigo—. Este camino del dominio del cuerpo es para unos pocos. Es por ello que los maestros de nuestra ciencia la han guardado en secreto a través de los siglos. No buscan discípulos, éstos deben buscarlos a ellos.

* * *

La próxima vez que nos encontramos, Brama me visita. Es de tarde y muy pronto hacemos una pausa para cenar. Después de comer y descansar un rato salimos a la galería, iluminada por la luz de la luna, donde me siento en una silla tijera, mientras el yogi encuentra más cómoda una alfombra extendida sobre el suelo.

Durante varios minutos gozamos en silencio de la brillante radiación lunar.

Como no he olvidado los asombrosos fenómenos de nuestra última entrevista, no pasa mucho tiempo antes de que lleve la conversación nuevamente hacia el tema de aquellos hombres que se burlan de la muerte.

—¿Por qué no? —dice Brama repitiendo su pregunta favorita—. Hay un adepto de nuestra escuela de la yoga del dominio corporal que se oculta entre las colinas de Neilgherry, aquí mismo en el sur de la India. Nunca sale de su retiro. En el norte hay otro cuya habitación es una cueva en el Himalaya. Usted no puede encontrar a esos hombres, pues desprecian este mundo; sin embargo, entre nosotros su existencia es una tradición y se nos dice que han extendido sus vidas hasta centenares de años.

—¿Cree usted realmente eso? —exclamo sin querer, por cortesía, expresar abiertamente mi asombro,.

—No tengo la menor duda. ¿No es por ventura un ejemplo viviente mi propio maestro?

Se plantea nuevamente una cuestión que me ha preocupado durante varios días. Hasta ahora he vacilado en expresarla, pero como nuestra amistad ha progresado bastante en los últimos tiempos, decido abrir la válvula de escape. Miro seriamente al yogi y le pregunto.

—Brama, ¿quién es su maestro?

Durante un tiempo devuelve mi mirada sin responder. Me observa dudando.

Por último, cuando habla su voz es lenta y grave: —Sus discípulos del sur le conocen por Yerumbu Swami, que significa el maestro Hormiga.

—¿Qué nombre más curioso! —exclamo involuntariamente.

—Mi maestro lleva siempre una bolsita con harina de arroz para alimentar a las hormigas donde quiera que se encuentre. Pero en el norte y en las aldeas del Himalaya, donde reside algunas veces, se le conoce por otro nombre.

—¿Sabe perfectamente su yoga del dominio corporal?

—Ciertamente.

—Y usted cree que él ha vivido...

—Creo que tiene más de 400 años... —dice Brama tranquilamente, terminando la frase por mí. Se produce una tensa pausa.

Le observo fija y profundamente, asombrado.

—Muchas veces me ha contado lo que ocurrió durante el reinado de los emperadores mogoles —sigue explicando el yogi—. Y me ha relatado varios hechos que ocurrieron cuando llegó por primera vez la Compañía Inglesa de la India.

Los escépticos oídos de un occidental son incapaces de aceptar esas afirmaciones.

Cualquier criatura que haya leído un libro de historia puede contarle a usted esas cosas —replico yo.

Brama no hace caso de mi observación. Sigue diciendo:

—Mi maestro recuerda claramente la primera batalla de Panipat² y no ha olvidado la época de la de Plassy. Recuerdo que una vez habló de un condiscípulo, Beshudananda, que tenía ochenta años, diciendo que era un niño.

A la clara luz de la luna, observo que la cara oscura de Brama, con su nariz de ancha base, permanece particularmente inmóvil, mientras pronuncia esas extrañas palabras. ¿Cómo puede mi cerebro, educado en los estrictos métodos de investigación que ha producido la ciencia moderna, aceptar semejantes asertos? Después de todo, Brama es un hindú que debe poseer la credulidad propia de su raza para aceptar leyendas. Es inútil discutir con él; me callaré.

El yogi continúa:

—Durante más de doce años mi maestro fué consejero espiritual de uno de los antiguos maharajás del Nepal, el estado que se encuentra entre la India y el Tibet. Allí lo conocen y lo aman muchas gentes de las aldeas que viven entre las montañas del Himalaya. Lo reverencian como a un dios, cuando los visita; sin embargo, él les habla bondadosamente como un padre a sus hijos. No se preocupa de las leyes de casta y no come carne ni pescado.

—¿Cómo puede un hombre vivir tanto tiempo? —Involuntariamente mis ideas se han expresado en voz alta. Brama mira a lo lejos pareciendo haber olvidado mi presencia.

—Hay tres caminos que lo hacen posible. El primero consiste en practicar todas las posturas, todos los ejercicios respiratorios y todas las maniobras secretas que comprenden nuestro sistema del dominio corporal. Debe ejercitarse el adepto hasta adquirir la perfección en ello, lo que sólo puede hacerse bajo la dirección de un experto maestro, que muestre en su propio cuerpo lo que enseña. El segundo camino consiste en la administración de algunas raras yerbas que sólo conocen los adeptos que han estudiado esa parte. Ellos las ocultan o las esconden entre sus ropas durante los viajes. Cuando llega la hora de la desaparición final, el adepto selecciona un discípulo meritorio, le da a conocer el secreto y le regala las yerbas. No se las entrega a nadie más. El tercer camino no es fácil de explicar —dice Brama deteniéndose repentinamente.

—¿Por qué no lo intenta? —insisto yo.

—Es posible que usted se ría de mis palabras.

Le aseguro que, por el contrario, consideraré sus explicaciones con el debido respeto.

—Muy bien. Existe un pequeño orificio dentro del cerebro del hombre.³ En él se encuentra el alma. Hay también una especie de válvula que lo cierra. En el fondo de la espina dorsal se produce la corriente vital invisible de la que le he hablado tantas veces. La pérdida constante de esa corriente produce a la larga la senectud, pero su recuperación llena la carne con nueva vida y

la perpetúa. Cuando un hombre se ha conquistado a sí mismo, puede empezar a dominarla mediante ciertas prácticas que sólo conocen los yogis superiores de nuestra escuela. Cuando ha aprendido a extraer esa corriente de su espina, intenta concentrarla en aquella parte del cerebro. Pero si no encuentra un maestro que le ayude a abrir la válvula, no puede tener éxito. Si halla uno que esté dispuesto a hacerlo, la corriente invisible entra en el orificio y se convierte en el néctar de la longevidad, como lo llamamos nosotros. No es una empresa fácil, pues la desgracia espera oculta al hombre que la intenta solo. Pero el que tiene éxito, puede producir una condición similar a la de un cadáver cada vez que lo quiera, obteniendo así una victoria cuando la verdadera muerte va a su encuentro. De hecho puede elegir el momento exacto de su fallecimiento, cuando lo desee; al más severo examen parecerá haber fenecido naturalmente. El que posee los tres métodos puede vivir varios centenares de años. Eso es lo que se me ha enseñado. Hasta cuando muere, los gusanos se abstienen de devorar su cuerpo. Un siglo más tarde, su carne estará libre de putrefacción.

Agradezco a Brama su explicación, pero me extraña profundamente todo eso. Estoy sumamente interesado, pero no convencido. La anatomía no conoce esa corriente de que él habla y ciertamente jamás ha visto su néctar. ¿No serán esas historias de milagros fisiológicos simples equivocaciones supersticiosas? Con ellas se vuelve a la edad de las fábulas, a aquellos días de la antigüedad, con sus longevos brujos y sus magos que poseían el elixir de larga vida. Sin embargo las demostraciones de Brama del dominio de la respiración y la circulación de la sangre, inducen a suponer que los poderes de los yogis no son simples quimeras; a ellos deben atribuirse hechos maravillosos al parecer. Más allá me parece muy difícil seguirle.⁴

Mantengo un respetuoso silencio, cuidando que mi lucha intelectual no se traicione por la expresión de mi cara.

—Los hombres que se aproximan a la tumba desearían intensamente esos poderes —dice Brama en resumen—. Pero no olvide que el sendero está lleno de peligros. ¿Puede usted extrañarse de lo que nuestros maestros dicen de estos ejercicios: “ocúltalos como lo harías con una caja llena de diamantes”?

—Por consiguiente, es improbable que usted me los revele.

—Los que desean llegar a ser adeptos han de aprender a caminar antes de echar a correr. ¿No es cierto? —dice Brama con una leve sonrisa.

—Quisiera hacer la última pregunta, Brama.

El yogi asiente con la cabeza.

—¿Dónde vive ahora su maestro?

—Ha entrado en el retiro de un templo en las montañas de Nepal, al otro lado de la selva de Terai.

—¿Es probable que vuelva por las llanuras?

—¿Quién podría prever sus movimientos? Puede permanecer en Nepal por muchos años o emprender nuevas peregrinaciones. Le gusta más ese país que cualquier otro, pues allí florece nuestra escuela de yoga mejor que en la India. ¿Ve usted? Hasta la enseñanza del dominio del cuerpo es distinta según la escuela. La nuestra es la tántrica, que se entiende mejor en la atmósfera de Nepal que entre los hindúes.

Brama vuelve a callarse. Sospecho que se entretiene en devotas reflexiones sobre la enigmática figura de su maestro. ¡Ah!, si las cosas que he oído hoy son más reales que legendarias,

se obtiene una visión de lo que puede traer el futuro: el hombre inmortal no sujeto al tiempo.

* * *

Si no apuro mi pluma, este capítulo no termina nunca. En consecuencia, voy a tratar de fijar la última memorable escena de mi asociación con el yogi de los cinco nombres.

La noche hindú llega muy rápidamente, pisando los talones a la tarde; no hay largos crepúsculos como en Europa. Cuando la obscuridad, rápidamente creciente, empieza a descender sobre la choza del jardín, Brama enciende una lámpara de aceite que cuelga del techo mediante una cuerda. Nos sentamos otra vez.

La anciana viuda desaparece discretamente y me deja solo con el yogi y el estudiante que traduce nuestras conversaciones. El perfume del incienso da al ambiente una atmósfera mística.

Las tristes ideas de la partida me asaltan aquella tarde. Trato de desecharlas, pero no lo consigo. No puedo decir claramente a este hombre, a través de la irritante barrera de una tercera persona, lo que hay en mi corazón. Me siento muy poco capaz de dilucidar hasta qué punto son correctos los nuevos hechos y las extrañas teorías que me ha mostrado; pero aprecio su amabilidad al dejarme entrar en su solitaria existencia. Varias veces he sentido que nuestros corazones se han acercado, movidos por recíproca simpatía. Ahora comprendo cuánto le ha costado romper su habitual reserva.

Esa noche hago una última tentativa, bajo la sombra de la inminente partida, para inducirle a que me revele sus más profundos secretos.

—¿Está usted dispuesto a abandonar la vida en las ciudades para retirarse en algún lugar solitario, en las colinas o en la selva por algunos años? —me pregunta inquisitivamente.

—Primero tendría que pensarlo, Brama.

—¿Está usted pronto a abandonar toda actividad, su trabajo, renunciar a sus placeres y dedicar todo su tiempo al ejercicio de nuestro sistema... no sólo por unos pocos meses, sino por varios años?

—No lo creo. No... no estoy preparado para eso. Algún día, tal vez...

—Entonces no puedo conducirlo más lejos. Esta yoga del dominio corporal es algo demasiado serio como para convertirla en el simple deporte de las horas de ocio de un hombre.

Veó que mis posibilidades de convertirme en yogi se esfuman rápidamente. Con gran pesar de mi parte, comprendo que todo el sistema, con sus numerosos años de difíciles entrenamientos, su disciplina a la vea rigurosa y austera, no es para mí. Pero hay algo más cercano a mi corazón que esos extraños poderes de la carne. Se lo confío al anacoreta.

—Brama, esos poderes... son fascinantes en un grado maravilloso. Algún día quisiera sumergirme más profundamente en sus métodos de entrenamiento, pero, después de todo, ¿cuánta felicidad permanente pueden dar? ¿No existe algo mejor que la yoga? Quizá no me explico bien.

Brama inclina la cabeza en señal de asentimiento y dice:

—Lo comprendo perfectamente.

Ambos sonreímos.

—Nuestros textos dicen que el sabio emprenderá la yoga del dominio mental junto con la del cuerpo —observa Brama lentamente—. Puede decirse que la segunda prepara el camino de la

primera. Cuando nuestros antiguos maestros recibieron los principios del sistema del dios Shiva, se les advirtió que el fin principal no había de ser exclusivamente corporal. Ellos entendieron que la conquista del cuerpo había de considerarse como un paso hacia la de la mente, y esto mismo como un camino para convertirse en espiritualmente perfecto. Por esto comprenderá usted que nuestro sistema trata de cosas que atañen directamente a lo físico, pero como un medio indirecto de penetrar hasta el espíritu. En consecuencia, mi maestro me advirtió que primero debería seguir el curso del dominio del cuerpo y aprender después la reina de las ciencias, la de la maestría sobre la mente. Sólo unos pocos pueden proceder directamente a dominar las ideas. Pero si un hombre se siente profundamente atraído hacia el dominio del espíritu, no tratamos de disuadirlo, pues para él ése es el sendero.

—¿Es ésa una yoga puramente mental?

—Exactamente. Es un método para convertir la mente en una luz continua y fija que arde en el ámbito del espíritu.

—¿Cómo puede iniciarse ese método?

—Para eso también es necesario encontrar un maestro.

—¿Dónde?

Brama se encoge de hombros.

—Hermano, la gente que tiene hambre busca diligentemente comida; los que se están muriendo de hambre lo hacen como locos. Cuando usted necesite un maestro, tanto como el alimento un hombre que desfallece de inanición, encontrará uno. Los que tratan con sinceridad de hallarlo serán conducidos seguramente hacia él a la hora señalada.

—¿Cree usted que eso es el destino?

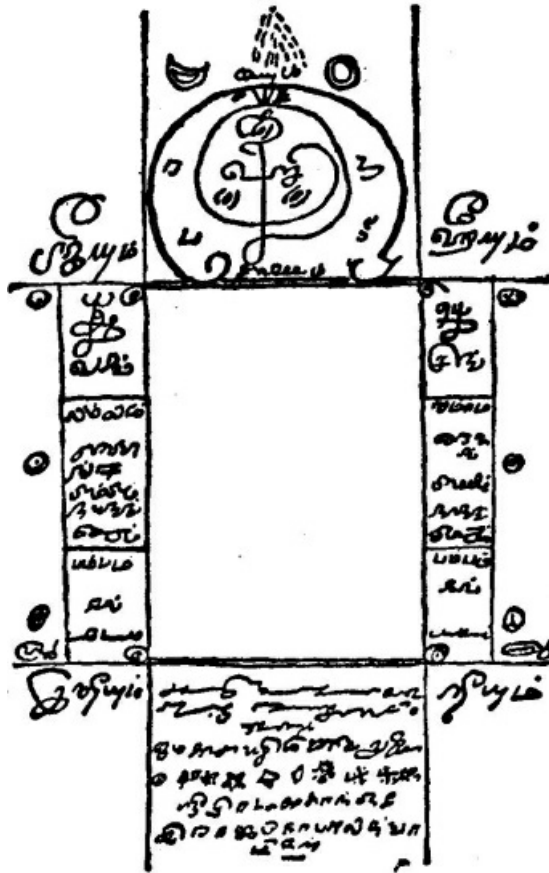
—Lo que usted dice es correcto.

—He visto algunos libros...

El yogi sacude la cabeza.

—Sin un maestro, sus libros son simples montones de papel. Llamamos *guru* al maestro, voz que significa: el que disipa la obscuridad. El hombre a quien sus esfuerzos ayudan lo suficiente para encontrar un verdadero maestro, entra rápidamente en un estado de iluminación, pues éste usa sus propias y elevadas dotes para beneficiar al discípulo.

Brama se acerca a su mesa, cubierta de papeles, volviendo con un gran documento que me entrega. Está cubierto de peculiares símbolos cabalísticos y de caracteres tamílicos, dispuestos ordenadamente y dibujados con tinta roja, verde y negra. La parte superior del pliego está adornada con grandes signos jeroglíficos en forma de espiral. Reconozco en ellos representaciones del sol, la luna y los ojos humanos. Todo el dibujo y la escritura están trazados alrededor de un espacio en blanco.



EL DIAGRAMA MÁGICO DEL YOGI

“Pegue una fotografía mía en el centro. Aunque nos separen ocho mil kilómetros, concentre sus pensamientos en este papel y nuestros espíritus se encontrarán en la noche.”

—Anoche pasé algunas horas preparándolo —dice Brama—. Cuando usted vuelva a su país pegue una fotografía mía en el centro.

Me dice que si concentro mis pensamientos sobre este documento, extraño aunque no inartístico, durante cinco minutos antes de irme a dormir, soñaré clara y vividamente con él.

—Aunque nuestros cuerpos estén separados por una distancia de ocho mil kilómetros, concentre sus pensamientos sobre este papel y nuestros espíritus se encontrarán en la noche —me dice plenamente seguro de su afirmación. Me explica que esas entrevistas serán tan reales como las que hemos sostenido hasta ahora.

Eso me induce a mencionar que ya he preparado mi equipaje y que muy pronto partiré. No sé cuándo y dónde nos volveremos a ver.

Me responde que no duda de que sea lo que sea lo que el destino nos depare, se cumplirá. Después me confía:

—Saldré de aquí en la primavera, dirigiéndome al distrito de Tanjore, donde me aguardan dos estudiantes. Nadie puede decir lo que ocurrirá después; como usted sabe, sigo esperando el llamado del maestro.

Se produce un largo silencio que interrumpe finalmente Brama dirigiéndose a mí en una voz que de tan baja es sólo un murmullo. Me vuelvo hacia el estudiante, preparándome para recibir alguna nueva revelación.

—Anoche se me apareció mi maestro y me habló de usted. Me dijo: “tu amigo, el sahib, tiene

sed de verdad. En su última encarnación se encontraba entre nosotros. Seguía las prácticas de la yoga, aunque no eran las de nuestra escuela. Ahora ha vuelto al Hindostán, pero con la piel blanca. Ha olvidado lo que sabía entonces, pero lo ha perdido por corto tiempo. Hasta que un guía no le imparta sus dones, no podrá recuperar sus anteriores conocimientos. Se necesita la mano del maestro para ayudarlo a reconquistar aquel conocimiento de su cuerpo. Dile que pronto encontrará quien le conduzca. Entonces la luz se hará por sí misma para él. Eso es seguro. Advértele que deje de preocuparse. No saldrá de nuestro país hasta que eso ocurra. Ha escrito el destino, que no se irá de nuestra tierra con las manos vacías”.

Retrocedo asombrado.

La lámpara arroja sus rayos luminosos sobre aquella pequeña asamblea. La cara de mi joven intérprete expresa el espanto a su luz amarillenta.

—¿No me dijo usted que su maestro se encuentra en el lejano Nepal? —pregunto con un tono de reproche.

—¡Claro! Todavía está allí.

—¿Cómo ha podido entonces recorrer dos mil kilómetros en una sola noche?

Brama sonrío misteriosamente.

—Mi maestro es omnipresente para mí, aunque toda la India se encontrara entre nuestros cuerpos. Recibo sus noticias sin carta ni mensajero. Sus pensamientos cruzan velozmente los aires. Me alcanzan y yo entiendo.

—¿Telepatía?

—Si usted quiere llamarlo así...

Me levanto, pues es hora de marchar. Salimos para dar juntos nuestro último paseo bajo los rayos de Selene; pasamos frente a los antiguos muros del templo que se encuentra bastante cerca de la casa de Brama. La luz de la luna forma filigranas al caer a través de los árboles de numerosas ramas; nos detenemos en un bonito grupo de palmas que crecen al borde del camino.

—Usted sabe que son muy pocas mis posesiones materiales. Esto es lo que aprecio más. Tómelo.

Agarra el cuarto dedo de su mano izquierda y tira de él. Extiende la palma derecha. Veo brillar en el centro de ella, a los rayos de la luna, un anillo de oro. Ocho graciosas garras sujetan una piedra verde redonda, cuyas facetas están marcadas por señales de color rojoamarillento. Brama me lo pone en la mano al estrecharla en señal de despedida. Intento devolver aquel regalo inesperado, pero él responde a mi rechazo apretándolo más enérgicamente.

—Uno que posee mucha sabiduría de la yoga me lo dió. En aquel tiempo viajaba por todas partes buscando el camino recto. Ahora... le ruego que lo lleve puesto.

Se lo agradezco y le pregunto en un tono semijocoso:

—¿Me dará suerte?

—No, no puede hacer eso. Pero la piedra posee un poderoso encantamiento que le ayudará a ingresar en la compañía de los que conocen las cosas secretas y contribuirá a despertar sus propios poderes místicos. Usted comprenderá eso por experiencia.

Póngaselo cuando necesite esas cosas.

Nos despedimos amistosamente por última vez y cada uno sigue su camino.

Me alejo andando lentamente, llena mi cabeza de una abigarrada colección de ideas. Reflexiono superficialmente sobre el extraño mensaje del lejano maestro de Brama. Es demasiado

asombroso para discutirlo. No puedo abrir juicio sobre él mientras la fe y el escepticismo luchan enconadamente en mi corazón.

Observo el anillo de oro y me pregunto cómo puede un objeto tan simple poseer una eficacia cualquiera en esas cuestiones. No entiendo cómo o por qué puede influir sobre mi o sobre otros, mental o espiritualmente. Todo ello tiene un regusto de superstición. Sin embargo Brama parece tener mucha confianza en la realidad de sus fantásticas propiedades. ¿Es posible? Casi me siento obligado a responder que en esta extraña tierra todo puede ser posible. Pero el intelecto se precipita a rescatarme, colocando una barricada de signos de interrogación.

Caigo en una especie de ataque de fantástica abstracción hasta que me aparto sorprendido, cuando choco con algo, golpeándome la frente. Al levantar la mirada observo la poética silueta de una palmera, entre cuyas ramas danzan las luciérnagas, miríadas de puntos luminosos.

El cielo nocturno es profundamente azul. Venus, punto de intensa luminosidad, parece encontrarse muy cerca de nuestro planeta. Sobre el camino se extiende una infinita paz. Una misteriosa tranquilidad me inmoviliza. Hasta los grandes murciélagos que de cuando en cuando aparecen y revolotean sobre mi cabeza, mueven silenciosamente sus alas. La escena me fascina de tal modo que me detengo un momento. La luz de la luna convierte a un hombre que se aproxima en un fugitivo espectro.

Cuando llego a mi casa, encuentro que el insomnio ha de permanecer largo tiempo conmigo esa noche. Cerca de la aurora llega finalmente el sueño que ahoga en el olvido el remolino de mis pensamientos.

Capítulo VII

EL SABIO QUE NUNCA HABLA

Tengo que prescindir del carácter cronológico de esta narración y volver a los sucesos que ocurrieron una semana antes, si he de exponer un encuentro que no carece de interés.

Durante mi estadía en los suburbios de Madrás, no dejé de investigar diligentemente en los círculos hindúes en cuanto a la existencia de figuras notables de la clase que me interesaba por el momento. Hablé con jueces, abogados, maestros; hombres de negocios, y hasta con una o dos personas notables por su piedad. Entrevisté a los hombres de mi propio oficio. Descubrí al asistente de un editor que me confesó en confianza haber estudiado intensamente yoga en su juventud. Se sentó entonces a los pies de un maestro; supone que era indudablemente un adepto de la ciencia del dominio mental, pero murió hace diez años.

Este ex discípulo es un hindú encantador y sumamente inteligente, aunque desgraciadamente no sabe dónde pueden encontrarse ahora verdaderos maestros de la yoga.

Fuera de esto, no aparecen más que vagos relatos, locas leyendas o decididos rechazos. Es cierto que di con un santo cuya cara, por su parecido con la de Cristo, y cuya vestimenta, hubieran causado sensación en Piccadilly, pero me confesó que él también recorría el país en busca de una vida superior. Renunció a sus tierras de labrantío, recibidas en herencia, para convertirse en un vagabundo, en un santo mendigo. Me ofrece sus propiedades con tal que me asiente en ellas y ayude a los hindúes sufrientes e ignorantes. ¡Ay! yo también soy un mortal sufriente e ignorante. Su magnífica oferta irá a parar a otras manos.

Un día me avisan de la existencia de un yogi muy afamado. Reside a un kilómetro de Madrás, en los suburbios, pero como desalienta a los visitantes, muy pocos saben que vive allí. Mi curiosidad se despierta rápidamente y decido pedirle una entrevista.

La casa se encuentra oculta detrás de una alta empalizada de bambú que cierra un terreno cuadrado y está completamente aislada en el centro de un campo.

Mi compañero señala hacia el conjunto.

—Me han dicho que el yogi se pasa la mayor parte del día en trance. Es improbable que nos oiga aunque golpeemos la puerta o gritemos su nombre. Por otra parte, si lo hiciéramos, se nos tomaría por groseros.

Una tosca puerta permite pasar detrás de la empalizada, pero como está provista de un fuerte

candado, empiezo a preguntarme cómo podremos entrar. La escena está sumergida en completo silencio. Damos vuelta por el campo, atravesamos una parte de tierra abandonada, y encontramos finalmente a un muchacho que sabe donde reside el ayudante del yogi. Un recorrido bastante complicado nos conduce a aquel lugar.

El hombre resulta ser un sirviente pagado. Salen su mujer y sus hijos que le siguen pisándole los talones. Le decimos lo que deseamos pero se niega a ayudarnos. Declara firmemente que el Sabio Que Nunca Habla no está en exposición para visitantes desconocidos, sino que permanece en estricta reclusión. Pasa sus días en profundos trances y se sentiría profundamente ofendido si cualquiera pudiera irrumpir en su soledad.

Ruego al sirviente que haga una excepción en mi favor, pero no hay manera de ablandarlo. Es necesario que mi amigo amenace con la intervención del gobierno, si no somos recibidos inmediatamente, lo que naturalmente es un procedimiento injustificable y que refuerzo ilegalmente, pues nos guiñamos mutuamente el ojo. Se produce una animada discusión. Complemento nuestras amenazas con la promesa de una propina liberal; no pasa mucho tiempo sin que el sirviente ceda de mala gana y aparezcan las llaves. Mi compañero me informa que es evidente la carencia de toda verdadera relación de maestro a discípulo: ese hombre es un sirviente pagado, de lo contrario no hubiera hecho eso, no hubieran podido conmoveerlo ni las amenazas ni el dinero.

Volvemos a la puerta en la empalizada; abrimos un pesado candado de hierro. El sirviente nos informa que los objetos pertenecientes al sabio son tan pocos que ni siquiera incluyen una llave. Está encerrado en el recinto desde afuera y no tiene ninguna otra salida, hasta que lo visita el sirviente dos veces cada veinticuatro horas. Nos enteramos además de que el sabio está en trance durante el día, que de noche come fruta y dulces, y bebe un vaso de leche. Sin embargo muchas veces no toca la comida. Cuando ha obscurecido, el recluso abandona algunas noches su habitación, aunque su único ejercicio consiste en un paseo por la propiedad.

Atravesamos el campo y llegamos a un chalet moderno. Está sólidamente construido de losa y poste de madera pintada. El sirviente saca otra llave y abre una pesada puerta. Expreso mi sorpresa por todas estas precauciones, pues según el sirviente las posesiones del sabio son ínfimas. Entonces aquel hombre nos cuenta una historia que lo explica todo.

Algunos años antes vivía en el chalet sin la protección de candados o cerraduras. Pero un desdichado día llegó un borracho intoxicado con licor de toddy que se aprovechó de su estado indefenso para atacarlo. Le tiró de la barba, le golpeó con un bastón y le endilgó epítetos oprobiosos.

La suerte intervino al pasar por allí algunos jóvenes que iban a jugar a la pelota en el campo. El ruido que hacía el borracho llamó su atención. Entraron en el chalet y rescataron a la víctima de aquellos ataques, mientras uno de ellos corría por las casas de la vecindad para informar a todo el mundo. Antes de que pasara mucho tiempo, se había reunido un grupo de personas exaltadas a la manera hindú, y empezaron a golpear a aquel rufián borracho que se había atrevido a atacar a un hombre santo reverenciado por todos. Es muy probable que le hubieran linchado.

Durante todo el episodio el recluso había mantenido su calma estoica así como su paciencia. Intervino entonces y escribió el siguiente mensaje:

—Si golpeáis a este hombre será lo mismo que si me golpeáis a mí.

Puesto que su palabra era ley no escrita, su pedido fué atendido aunque de mala gana y se dejó libre al delincuente.

* * *

El sirviente echa una mirada al cuarto y nos ordena el más absoluto silencio, pues el sabio está sumido en trance. Me suelto los cordones de los zapatos y los dejo detrás en la galería, de acuerdo con los inexorables dictados de la costumbre hindú. Al inclinar la cabeza, noto una piedra llana y pequeña empotrada en el muro. Sobre ella una inscripción dice en caracteres tamílicos: “El Refugio del Sabio Que Nunca Habla”.

Entramos en el chalet, compuesto de una sola habitación alta, bien techada, y escrupulosamente limpia. Un estrado de mármol de unos 30 centímetros de altura ocupa el centro. Su superficie está cubierta con una alfombra persa de rico dibujo. Sobre ella se encuentra en trance el Sabio Que Nunca Habla.

Imagine el lector un hombre bello, cuya piel brilla con un color pardo anaranjado tirando a negro, de actitud atlética y erguida; está sentado en una postura que reconozco inmediatamente: es una de las que me enseñó Brama, una de las de la yoga. La pierna izquierda está doblada de tal modo que el pie queda debajo de la base del cuerpo y la derecha cae sobre el muslo izquierdo. La espalda, el cuello y la cabeza del Sabio forman una recta perfecta. Su pelo cae en largos mechones de color azabache casi hasta los hombros y cuelga espesamente alrededor de la cabeza. En su cara florece una fuerte barba negra. Las manos se apoyan en las rodillas. Noto que el tronco está muy desarrollado, y que es muy musculoso; evidentemente el Sabio goza de excelente salud. Está vestido exclusivamente con un trozo de lienzo alrededor de las caderas.

Su cara queda inmediatamente impresa en mi memoria como la de un hombre que sonrío triunfalmente sobre la vida, como la de un ser que ha superada todas las flaquezas, que nosotros, débiles mortales, experimentamos de buena o de mala gana. La boca está un poco distendida como si fuera a sonreír. La nariz es corta y recta, de un tipo casi griego. Los ojos, inmóviles y que no pestañean, están enormemente abiertos y miran fijamente hacia adelante. El cuerpo carece de todo movimiento como una figura de piedra labrada.

Mi informante me dijo antes que el Sabio Que Nunca Habla está sumergido sin duda en un trance durante el cual la parte humana de su naturaleza parece quedar suspendida temporalmente, careciendo en absoluto de sensibilidad a lo que le rodea. Observo al Sabio sin dejar de prestarle atención durante un minuto y no dudo que se encuentra en un trance cataléptico. Los minutos se convierten en horas, pero él sigue inmóvil.

Lo que más me impresiona es que durante todo ese tiempo no mueve los ojos. Hasta ahora no he podido encontrar ningún ser humano que sea capaz de estar sentado durante dos horas sin mover los párpados. Me siento obligado a reconocer que si el recluso mantiene todavía los ojos abiertos es porque no ve con ellos. Si su mente está despierta, no será para las cosas sublunares. Los sentidos corporales parecen haber quedado dormidos. A veces una lágrima se desprende de sus ojos. Es evidente que la inmovilidad de las pestañas impide que efectúen su función los conductos lagrimales.

Un verde lagarto desciende del techo, se arrastra por la alfombra y por una de las piernas del Sabio y se va por el estrado de mármol. Pero si se hubiera deslizado por un muro de piedra no hubiera encontrado una superficie más inmóvil que la de aquel miembro. De cuando en cuando, las moscas se posan en su cara y recorren su negra piel, sin que pueda observarse ninguna reacción

muscular. Se habría producido el mismo efecto si se hubieran asentado sobre la superficie de una estatua de bronce.

Observo que su respiración es extremadamente tranquila, casi imperceptible, enteramente silenciosa, pero sumamente regular. Es la única indicación de que aquel cuerpo no carece de vida.

Mientras esperamos, decido tomar una fotografía o dos de aquella figura impresionante. Saco la cámara de su caja de cuero, la enfoco desde mi asiento en el suelo. La iluminación del cuarto no es buena, por lo que decido aumentar el tiempo de exposición.

Miro mi reloj. Han pasado dos horas. El yogi no da todavía señales de emerger de su largo trance. Es notable la rigidez escultural de su cuerpo.

Estoy dispuesto a quedarme aquí todo el día para conseguir lo que deseo, para entrevistar a este hombre extraño. Pero se aproxima el sirviente y me dice al oído que es inútil esperar más tiempo. No sacaremos nada en limpio. Si volvemos dentro de un día o dos, podremos tener más suerte, aunque él no puede prometer nada.

Abandonamos el recinto temporalmente derrotados y nos dirigimos hacia la ciudad. Mi interés no ha disminuido; por el contrario ha aumentado.

Durante los dos días siguientes trato de reunir algunos informes sobre el Sabio Que Nunca Habla. Esta tentativa implica variadas y extensas investigaciones que van desde un largo interrogatorio de su sirviente hasta una entrevista con un inspector de policía. Así puedo reunir por lo menos un fragmento de la biografía del Sabio.

Llegó al distrito de Madras ocho años antes. Nadie sabía quién era, qué era o de dónde venía. Se estableció en el baldío que limita con el campo donde se encuentra el chalet. Los curiosos que le dirigían la palabra no obtenían ninguna respuesta de él. No habla con nadie, no se preocupa por los sonidos o las personas y no era posible entablar con él la más trivial conversación. A veces pedía que se le diera un poco de alimento poniéndole delante un recipiente hecho con media cáscara de coco.

Día tras día insistió en sentarse a la manera de los sastres en aquel lugar poco atractivo, expuesto a los implacables rayos del ardiente sol y a los diluvios de la estación de los monzones, al polvo y a los molestos insectos. Nunca intentó buscar refugio; por el contrario, siempre permanecía sereno como si no notara las circunstancias externas. No protegía su cabeza, y su cuerpo estaba cubierto simplemente por un trozo de lienzo alrededor de las caderas.

Nunca cambió la postura yoga en la que se colocó el primer día. Pero los suburbios de una ciudad como Madrás son muy poco adecuados para un ermitaño que se sienta públicamente al aire libre y a la vista de todo el mundo para sumergirse en abstractas meditaciones durante largos periodos de tiempo. Esa conducta le hubiera proporcionado grandes honores en la antigua India, pero un yogi moderno puede encontrar condiciones favorables para sus prácticas místicas sólo en las espaciadas junglas, en las selvas, en las cavernas de las montañas o en la reclusión de su propio cuarto.

¿Por qué, entonces, este extraño eremita eligió un lugar tan inapropiado para sus meditaciones? Un desagradable suceso proporcionó la curiosa explicación.

Un día una banda de jóvenes groseros e ignorantes encontró por casualidad al yogi y empezó a atormentarlo. Salían de la ciudad, con puntualidad digna de mejor causa, para dedicarse a una campaña diaria en la que le arrojaban piedras, le tiraban barro y se burlaban de él insultándolo. El eremita seguía tranquilamente sentado, aguantando pacientemente la prueba, aunque tenía

suficiente energía como para haberlos azotado. Pero sus labios permanecieron cerrados y ni siquiera les hizo un reproche, pues estaba atado por un voto de silencio.

Nada detuvo empero a aquellos brutos, hasta que un día pasó un hombre, cuando más ocupados estaban en molestar al yogi. Se escandalizó al ver cómo se maltrataba a aquel santo. Volvió a Madrás e informó a la policía, a la que exigió protección para el yogi que no podía hablar. Intervino la autoridad y se dispersó aquella banda con severas advertencias para cada uno de sus componentes.

Después de esto, un funcionario de la policía decidió hacer algunas averiguaciones acerca del eremita, pero no encontró una sola persona que pudiera dar informes de él. Se vió obligado a preguntar al mismo yogi, lo que hizo con toda la autoridad de que disponía. Después de dudar mucho, el yogi escribió una corta declaración sobre una pizarra en la que decía lo siguiente:

“Soy un discípulo de Marakayar. Mi maestro me ordenó que cruzara las llanuras y me dirigiera hacia el sur, a Madrás. Me describió este terreno y me explicó cómo podría encontrarlo. Me dijo que me estableciera aquí y que continuara en la práctica ininterrumpida de la yoga hasta perfeccionarme en ella. He abandonado la vida del mundo y sólo deseo que se me deje solo. No me intereso por los asuntos de la ciudad de Madrás y no busco más que seguir mi sendero espiritual”.

El funcionario comprendió que se encontraba ante un auténtico faquir de tipo superior y se retiró después de prometer una protección adecuada contra la insolente turba. Había oído el nombre de Marakayar, un famoso faquir mahometano fallecido poco tiempo antes.

Un viejo proverbio dice que de lo malo sale lo bueno. El resultado de este desagradable incidente fué que se enterara de la presencia del recluso un piadoso y rico ciudadano de Madrás. Trató de tentar al eremita prometiéndole una bella casa en la ciudad, pero el yogi no podía desobedecer las órdenes de su maestro. Finalmente, su novísimo protector le construyó un chalet de madera y piedra cerca del terreno que el yogi se negaba a abandonar. Consintió en ocuparlo y como tenía un buen techo, quedó desde entonces protegido contra las inclemencias del tiempo.

Su protector dispuso que un sirviente atendiera a sus necesidades. Ya no era necesario que mendigara la comida, pues el sirviente le llevaba todo lo que necesitaba. No se sabe si su maestro Marakayar previó ese término feliz de una desagradable experiencia; lo esencial es que la condición actual de su discípulo es mucho mejor que la primitiva.

Me entero de que el Sabio Que Nunca Habla no tiene ni siquiera un discípulo. Ni los busca ni los acepta. Es uno de esos solitarios que prefieren vivir aislados para alcanzar su propia “liberación espiritual”. Si esto tiene algún valor, su actitud es egoísta, juzgándola de acuerdo con nuestras normas occidentales. Sin embargo, si se recuerda la profunda consideración del Sabio por el borracho y su negativa a hacer castigar a aquellos bárbaros jóvenes, uno se pregunta si podrá acusársele de egoísmo con algún fundamento.

* * *

Me acompañan dos personas cuando hago la segunda tentativa para entrevistar al Sabio Que Nunca Habla. Uno es mi intérprete, mientras que el segundo es el yogi que me ha enseñado tantas cosas, Brama, “el anacoreta del río Adyar”, como he dado en llamarle cariñosamente. Jamás se

preocupa por ir a la ciudad, pero cuando le explico el objeto de mi visita y mi deseo de que me acompañe, consiente sin la menor vacilación.

En la entrada encontramos otro visitante que ha dejado en el camino un automóvil grande y que atraviesa a pie el campo con el mismo propósito. También desea ver al sabio silencioso. Durante una breve conversación me dice que es hermano de la reina de Gadwal, un pequeño estado tributario del Nizam de Hyderabad. Me asegura que es Uno de los protectores del Sabio, pues insiste en contribuir regularmente a su mantenimiento. Ha venido a Madrás por una breve visita, pero no saldrá de la ciudad sin presentarle sus respetos y quizá recibir su bendición. Me entero de lo que puede valer ella por una historia que narra el visitante.

Una dama de la corte de Gadwal tiene un hijo que sufría de una terrible enfermedad. Por una rara coincidencia, se entera de la existencia del Sabio Que Nunca Habla. Su ansiedad es tan intensa que se dirige a Madrás, ruega al eremita que bendiga a su hijo y lo cure. El yogi bendice al niño que desde aquel momento empieza a recobrase maravillosamente. El incidente llega a oídos de la reina; también ella visita al eremita para regalarle una bolsa con 600 rupias, que el yogi se niega a aceptar. Insiste la alta señora hasta que el recluso escribe un mensaje, según el cual el dinero podría utilizarse en la construcción de una cerca alrededor del predio para gozar mejor de su soledad. La reina ordena que así se haga y de esa manera se levantó la empalizada de bambú.

Nuevamente nos admite el sirviente en el chalet; encontramos al recluso sumergido en aquel mismo estado parecido al trance que mantuvo durante nuestra primera visita.

Nos sentamos a lo sastre en el suelo y esperamos pacientemente delante de aquella figura mayestática y barbada sobre el estrado de mármol. Durante la segunda hora, percibimos los primeros signos del retorno a la actividad en el cuerpo del sabio. Su respiración es más profunda y más tarde aumenta el ruido. Se mueven las pestañas, sus pupilas giran peligrosamente hacia arriba hasta brillar el blanco de los ojos, volviendo después a lo normal. En el tronco se percibe un leve temblor.

Cinco minutos más tarde cambia la expresión de los ojos y comprendemos que tiene conciencia del medio que le rodea. Mira atentamente al intérprete, gira la cabeza y observa a Brama y después al otro visitante; finalmente se vuelve hacia mí.

Aprovecho la oportunidad y pongo un lápiz y un pedazo de papel a sus pies. Duda un momento, luego toma el lápiz y escribe con grandes caracteres tamílicos rasgados la siguiente pregunta:

—¿Quién estuvo aquí el otro día e intentó tomar fotografías?

Estoy obligado a admitir que fui yo. De hecho, el esfuerzo fué inútil pues el tiempo de exposición fué insuficiente.

Escribe otra vez:

—Cuando usted visite a un yogi que se encuentre en un trance profundo, nunca lo moleste con esas actividades. No intente interrumpir bruscamente sus meditaciones. En mi caso particular, no tuvo importancia, pero se lo advierto para que sepa a qué atenerse cuando usted trate de ver a otros. Esa interrupción puede ser peligrosa para ellos y atraer una maldición sobre usted.

Evidentemente se considera como una especie de sacrilegio menor penetrar en la soledad de estos hombres, por lo que presento mis disculpas.

Después, el hermano de la reina de Gadwal expresa su devoción al sabio. Cuando ha terminado, me aventuro a presentarme como un hombre profundamente interesado en la antigua

sabiduría de la India. A través de los mares han llegado a mis oídos noticias de la existencia, en el Hindostán, de unos pocos hombres que han alcanzado notables éxitos en la yoga y deseo conocerlos. ¿Me dará el Sabio las luces que considere más convenientes?

El eremita sigue impassible como una estatua. Su cara no traiciona ningún cambio de expresión que corresponda a mi pregunta. Durante diez minutos no da señales de haberla oído. Empiezo a temer que he hecho un viaje en balde, pues considera a un occidental demasiado materialista, incapaz del más mínimo grado de iluminación. Probablemente le repele mi grosería con la cámara fotográfica. ¿No espero demasiado al pretender que este reservado miembro de una especie tan retraída interrumpa su trance por un infiel de raza extraña a la suya? Se produce en mí un sentimiento de tristeza.

Mi desencanto es prematuro. El Sabio toma el lápiz y garrapatea algo en el papel. Cuando ha terminado, me inclino sobre lo escrito y se lo paso al intérprete.

—¿Qué es lo que ha de entenderse? —traduce lentamente. La escritura es muy difícil de descifrar.

—El universo está lleno de problemas —respondo desconcertado.

Me parece que una sonrisa algo burlona empieza a jugar ahora en los labios del Sabio.

—Puesto que usted ni siquiera entiende su propio yo —pregunta— ¿cómo pretende entender el universo?

Me mira fijamente en los ojos. Siento detrás de su mirada, que no se aparta de su objeto, un conocimiento profundo, un conjunto de secretos, celosamente guardados, sin cesar un instante. No puedo explicarme esa extraña impresión.

—Sin embargo, estoy profundamente conmovido —es lo único que atino a decir en respuesta.

—¿Por qué anda usted de aquí para allá como una abeja que liba simples gotas de la miel del conocimiento, cuando toda la masa de miel pura está esperándole?

Esta respuesta aumenta mis deseos de saber. Sin duda es enteramente suficiente para un oriental. Su vaguedad mística me encanta como si fuera una poesía, pero me confunde, pues busco una contribución útil que resuelva algunos de los problemas de la vida.

—Pero, ¿dónde debo buscar?

—Busque dentro de usted mismo y encontrará la Verdad que ahí está oculta —es la respuesta.

—Pero encuentro únicamente el desierto de la ignorancia —insisto.

—La ignorancia existe sólo en su pensamiento —es la breve réplica.

—Perdón, maestro, pero su respuesta me sumerge en una perplejidad mayor.

El sabio sonrío realmente por mi temeridad. Duda un momento, enarca las cejas y después escribe:

—Sus propios pensamientos le han conducido a su presente estado de ignorancia; deje ahora que lo lleven a la sabiduría. Son como un carro de bueyes que condujera al hombre a la obscuridad de un túnel en la montaña. Invierta usted el sentido de la marcha y le conducirá otra vez a la luz.

Rumio esas palabras que todavía me extrañan un poco. Al comprenderlo, el Sabio hace señas reclamando el papel, mantiene el lápiz un momento en el aire y explica:

—Esa inversión del sentido del pensamiento es la alta yoga. ¿Comprende usted ahora?

Empiezo a percibir un débil rayo de luz. Siento que si tuviera tiempo suficiente para meditar sobre ello, podríamos entendernos mutuamente; en consecuencia decido no insistir sobre ese

punto.

Estoy tan preocupado contemplándolo, que no he notado la llegada de un nuevo visitante, el cual aprovecha la puerta abierta para entrar y unirse a nosotros. Me doy cuenta de su presencia cuando murmura una extraña observación en mi oído, pues está sentado inmediatamente detrás de mí. Mientras reflexiono sobre una de las respuestas del Sabio, sintiendo un poco de desencanto por su carácter enigmático, llega a mis oídos un misterioso murmullo, palabras en excelente inglés.

—Mi maestro puede darle las respuestas que usted busca.

Vuelvo la cabeza y me fijo entonces en el desconocido.

Es un hombre que no tiene más de 40 años de edad, vestido con el manto de color amarillo de los yogis errantes. La piel de su cara brilla como bronce pulido. Tiene un cuerpo atlético y anchos hombros: es una figura poderosa. La nariz es fina, prominente y parecida a la de un loro. Sus ojos son pequeños y la piel, alrededor de ellos, parece contraerse en continua risa, que mantiene abiertamente cuando se encuentran nuestras miradas, mientras seguimos sentados.

Pero no puedo cometer la grosería de ponerme a hablar durante unos minutos con ese desconocido dejando de lado al Sabio. Giro la cabeza y fijo mi atención nuevamente en este último.

Aparece otra cuestión en la avanzada de mis pensamientos. Probablemente es demasiado audaz o demasiado impertinente.

—Maestro, el mundo necesita ayuda. ¿Está bien que los sabios como usted se pierdan en estos retiros solitarios?

Una expresión enigmática cruza el calmo rostro del eremita.

—Hijo mío —replica—. Si no se conoce usted mismo, ¿cómo puede soñar en entenderme a mí? No es de mucho provecho discutir las cosas del espíritu. Trate de entrar en su yo interior por la práctica de la yoga. Debe trabajar duramente en este sendero. Entonces sus problemas se resolverán por sí mismos.

Hago una última tentativa para persuadirle.

—El mundo necesita una luz más intensa que la que posee. Quisiera encontrarla y compartirla. ¿Qué debo hacer?

—Cuando usted conozca la Verdad, sabrá exactamente qué debe hacer para servir mejor a la humanidad, así como tampoco carecerá del poder de llevarlo a cabo. Si una flor posee la miel, ya la encontrará la abeja. Si un hombre posee la sabiduría y la fuerza espiritual, no hace falta que vaya en busca de la gente; ella irá a él, sin que lo pida. Cultive su yo interior hasta conocerlo completamente. No es necesaria ninguna otra instrucción. Es lo único que se puede hacer.

Después nos informa que desea terminar la entrevista para volver al trance.

Le pido un mensaje de despedida.

El Sabio silencioso mira por encima de mi cabeza. Un minuto más tarde escribe una respuesta y me alarga el papel. Leemos:

—Me agrada mucho que haya venido usted aquí. Acepte usted esto como mi iniciación.

Apenas he terminado de enterarme del sentido de la respuesta, cuando siento una extraña fuerza que entra en mi cuerpo. Atraviesa la espina dorsal, pone rígido el cuello y me hace levantar la cabeza. El poder de la voluntad parece haber alcanzado una intensidad máxima. Tengo conciencia de una necesidad dinámica de conquistarme a mí mismo, haciendo que el cuerpo

obedezca la voluntad de realizar mis más profundos ideales. Siento intuitivamente que ellos son voces de la mejor parte de mi yo, lo único que puede ofrecerme una felicidad duradera.

Tengo la extraña impresión de que el Sabio proyecta sobre mí alguna invisible corriente telepática. ¿No será que quiere transmitirme de ese modo una parte de lo por él logrado?

Los ojos del recluso adquieren otra vez la fijeza anterior, nuevamente aparece en ellos aquella mirada proyectada a la lejos. El cuerpo se pone rígido al volver más firmemente a su postura primitiva. Percibo claramente que retira su atención hacia profundidades probablemente más abismales que el pensamiento, e inmerge su conciencia en remotos recesos, amados por él, sobre todas las cosas de este mundo.

¿Es un verdadero yogi? ¿Está empeñado en misteriosas exploraciones que, como empiezo a sospecharlo, tienen un sentido para la humanidad? ¿Quién sabe?

Cuando salimos del campo, Brama, el anacoreta del Adyar, se da vuelta hacia mí y me dice con voz queda:

—Este yogi ha alcanzado una etapa muy alta, aunque no la final. Posee dotes ocultas, pero se empeña más en perfeccionar su espiritualidad. Atribuyo su excelente condición física a su larga práctica de la yoga del dominio corporal, aunque percibo que ha progresado también en el dominio de la mente. Lo conocí hace algún tiempo.

—¿Cuándo?

—Lo descubrí hace unos años cerca de aquí, cuando vivía a la intemperie y no existía el chalet. Comprendí lo que era: uno que practicaba la yoga, siguiendo mi mismo sendero. Le diré también que me contó, naturalmente por escrito, que al principio de su vida había sido cipayo. Cuando terminó su período de servicio, se cansó de la vida mundana y abrazó la soledad. Entonces encontró al afamado faquir Marakayar y se constituyó en discípulo de él.

Atravesamos silenciosamente los campos, llegando finalmente al polvoriento camino. No cuento a nadie la experiencia inexplicable e inesperada que experimenté en el chalet. Necesito reflexionar con calma sobre ello mientras sus ecos resuenan todavía dentro de mí.

Nunca más vuelvo a ver al Sabio. No quiere que irrumpa en su vida de recluso y debo respetar sus deseos. Le dejo entregado a sus solitarias meditaciones, envuelto en el manto de su impenetrabilidad. No tiene el propósito de fundar una escuela o de reunir adeptos; su ambición no parece consistir más que en pasa: inadvertido por la vida. No tiene nada que agregar a lo dicho. No convierte la conversación en un arte en sí, como hacemos en Occidente.

Capítulo VIII

CON EL JEFE ESPIRITUAL DE LA INDIA DEL SUR

Alguien se me acerca antes de llegar al fin del camino que conduce hacia Madrás. Vuelvo la cabeza. El yogi del manto amarillo, pues es él, me premia con una sonrisa mayestática. La boca se extiende casi de oreja a oreja; sus ojos sonríen convirtiéndose en estrechas troneras.

—¿Desea usted hablarme? —le pregunto.

—Sí, señor —replica rápidamente con una buena pronunciación inglesa—. ¿Me permite preguntarle qué hace usted en nuestro país?

Su curiosidad me hace dudar, por lo que decido dar una respuesta vaga.

—Paseando, nada más.

—Creo que usted está interesado en nuestros santos.

—Sí... algo.

—Señor, soy yogi —me informa.

Es el yogi al parecer más pesado que hasta ahora he visto.

—¿Cuánto tiempo hace que practica usted?

—Tres años, señor.

—Pues no parece haberle sentado mal, si usted me permite que se lo diga.

Se recoge en sí mismo y adopta la posición que corresponde a la orden militar de atención. Como está descalzo, mi imaginación suple el golpeteo de los tacones.

—Durante siete años fui soldado al servicio del Rey y Emperador¹ —exclama.

—¡Ah, sí!

—Sí, señor. Serví como soldado raso en el Ejército hindú durante la campaña de Mesopotamia. Después de la guerra, pasé al Departamento Militar de Contabilidad debido a mi inteligencia superior.

Me veo obligado a sonreír por ese testimonio sobre sí mismo que nadie le ha pedido.

—Dejé el servicio por problemas de familia, pasando después por un período de grandes dificultades, lo que me indujo a seguir el sendero espiritual y convertirme en yogi.

Le entrego mi tarjeta y le pido que me diga su nombre.

—Mi nombre personal es Subramanya y el de mi casta es Aiyar —me dice en seguida.

—Bien, señor Subramanya, espero una explicación de las palabras que usted murmuró en la casa del Sabio Que Nunca Habla.

—Pues yo he esperado todo este tiempo para dársela. Plantee usted sus cuestiones a mi maestro, pues es el hombre más sabio de la India, más sabio que los yogis.

—¡Vaya! ¿Ha viajado usted por todo el país? ¿Ha conocido usted a todos los grandes yogis para poder afirmar eso?

—He encontrado varios de ellos; conozco el país desde el cabo Comorín hasta el Himalaya.

—¡Ah, sí!

—Señor, nunca he encontrado a nadie como él. Es un alma grande. Quiero que usted lo conozca.

—¿Por qué?

—Porque él me ha conducido a usted. Su poder atrae a usted a la India.

Esta afirmación exagerada resulta excesiva, por lo que empiezo a apartarme de aquel hombre. Temo siempre las exageraciones retóricas de los emotivos, y es evidente que el yogi del manto amarillo es hombre de intensa emotividad. Su voz, sus gestos, su apariencia, la atmósfera que lo rodea, lo revelan claramente.

—No le entiendo —respondo fríamente.

—Lo conocí hace ocho meses; durante cinco se me permitió permanecer junto a él; después se me envió nuevamente en peregrinación. No me parece probable que usted encuentre otro igual. Sus dotes espirituales son tan grandes que responderá a pensamientos no expresados. Sólo es necesario que usted permanezca un corto tiempo con él para comprender su grandeza espiritual.

—¿Está usted seguro de que le agradecerá mi visita?

—¡Oh, señor, ciertamente! Es él quien me ha guiado hasta usted.

—¿Dónde vive?

—En Arunachala, la colina del Fuego Sagrado.

—¿Dónde queda eso?

—En el territorio de Arcot del Norte. Seré su guía. Permítame usted que le conduzca allí. Mi maestro resolverá sus dudas y eliminará sus problemas, pues conoce la más alta verdad.

—Eso parece ser muy interesante —admito algo a mi pesar—. Pero lamento que por ahora esa visita sea imposible. Mis valijas están prontas y dentro de muy poco me iré hacia el noreste. Tengo dos importantes compromisos.

—¡Pero esto es más importante!

—Lo siento. Nos hemos encontrado demasiado tarde. He terminado mis preparativos y no es fácil modificarlos ahora. Probablemente vuelva al sur, pero actualmente no puedo efectuar ese viaje.

El yogi está evidentemente contrariado.

—Usted desperdicia una oportunidad, señor...

Preveo una discusión inútil, por lo que decido terminar de una vez...

—Tengo que dejarle. Gracias, de todas maneras.

—Me niego a aceptar esa imposibilidad —asegura obstinadamente—. Mañana por la tarde le visitaré y espero oírle decir entonces que ha cambiado de opinión.

Nuestra conversación termina bruscamente. Observo su robusta figura, bien formada, vestida

de amarillo, mientras emprende su camino por la carretera.

Cuando llego a casa empiezo a creer que quizás he juzgado mal. Si el maestro vale sólo la mitad de lo que dice su discípulo, entonces valdría la pena también un viaje hasta el extremo sur de la península. Pero algunos hechos me inducen a desconfiar de los devotos demasiado entusiastas. Cantan himnos de alabanza a sus maestros que, en el curso de una investigación, resultan ser lamentablemente pobres, según las normas más críticas de Occidente. Además, las noches sin sueño y los días de calor pegajoso han disminuído la fortaleza de mis nervios, por lo que lo más probable es que el viaje pueda resultar una casa infructuosa.

Pero la argumentación no puede deshacer el sentimiento. Una extraña corazonada me advierte que la fogosa insistencia del yogi sobre las cualidades que distinguen a su maestro puede tener una base real. Es imposible reprimir la idea de que me he equivocado en mi perjuicio.

* * *

Cerca de la hora del tiffin, esto es, el té con galletitas, el sirviente anuncia un visitante que resulta ser otro hermano de la fraternidad de los dedos manchados de tinta, es decir, el escritor Venkataramani.

Varias cartas de presentación se encuentran todavía donde las arrojé: en el fondo de mi baúl. No tengo ningún deseo de utilizarlas. Se debe esto a una curiosa ocurrencia mía, según la cual será mejor dejar que los dioses lo hagan, bien o mal, como puedan. Sin embargo, utilicé una en Bombay al preparar mi investigación y otra en Madrás, por haberseme encargado entregar personalmente con ella un mensaje. Es esta segunda carta la que conduce a Venkataramani hasta mis puertas.

Pertenece al Senado de la Universidad de Madrás, pero es más conocido como autor de inteligentes ensayos y cuentos sobre la vida aldeana. Es el primer escritor hindú de la Presidencia de Madrás que usa el inglés y al que se ha honrado entregándole públicamente una placa de marfil con una inscripción por sus servicios a la literatura. Él escribe con un estilo delicado de tales méritos que ha merecido elogios de Rabindranath Tagore en la India y del difunto Lord Haldane en Inglaterra. Su prosa rebosa de bellas metáforas y sus cuentos relatan la melancólica vida de las aldeas abandonadas.

Cuando entra en mi habitación observo su figura alta y delgada, su pequeña cabeza, con el minúsculo mechón de pelo; la barbilla pequeña y sus ojos provistos de lentes, que son los de un pensador, un idealista y un poeta, todo en una pieza. Sin embargo, el iris expresa la profunda preocupación por los sufrimientos de los aldeanos.

Muy pronto encontramos varios puntos de contacto. Después de haber comparado notas acerca de la mayoría de las cosas, después de haber analizado la política y agitado los incensarios de la adoración ante nuestros escritores favoritos, me siento repentinamente decidido a revelarle la razón de mi visita a la India. Le explico con toda franqueza mi verdadero objeto; le pregunto si conoce la residencia de algún auténtico yogi que haya logrado algo extraordinario y le advierto con claridad que no me interesa especialmente encontrar ascetas cubiertos de suciedad o faquires semejantes a juglares.

Inclina la cabeza en señal de asentimiento y luego la sacude negativamente.

—La India ya no es el país de esos hombres. Por una parte, con el creciente materialismo de nuestra patria, y su profunda degeneración, por otra, con el impacto de la descreída cultura occidental, los hombres que usted busca, los grandes maestros casi han desaparecido del todo. Creo firmemente, sin embargo, que existen algunos reclusos, tal vez en bosques solitarios, pero a menos que usted dedique toda una vida a buscarlos, los encontrará con muchas dificultades. Cuando uno de mis compatriotas emprende hoy esa investigación, tiene que recorrer grandes distancias. ¡Cuánto más difícil no será para un europeo!

—Entonces, ¿tiene usted muy pocas esperanzas? —pregunto yo.

—Bueno, no se puede decir; quizá tenga usted suerte.

Algo me induce a plantear repentinamente una pregunta.

—¿Ha oído usted hablar de un maestro que vive en las montañas de Arcot del Norte?

Sacude negativamente la cabeza.

Nuestra conversación vuelve a los temas literarios.

Le ofrezco un cigarrillo, pero se disculpa. Enciendo uno para mí y mientras inhalo el perfumado humo de la yerba turca, Venkataramani derrama su corazón alabando apasionadamente los ideales de la antigua cultura hindú, que desaparecen rápidamente. Se refiere a ideas como la simplicidad de la vida, el servicio de la comunidad, la existencia con amplio tiempo libre y los fines espirituales. Quiere suprimir algunas estupideces parásitas que crecen en la sociedad de su patria. Sin embargo, la idea más grandiosa es su pretensión de salvar el medio millón de aldeas hindúes, para evitar que se conviertan en centros de reclutamiento de los barrios proletarios de las grandes ciudades. Aunque esta amenaza es más remota que real, su visión profética y su conocimiento de la historia industrial de Occidente, le inducen a creer que eso será un resultado seguro de las tendencias actuales. Venkataramani me cuenta que su familia posee propiedades cerca de una de las más antiguas aldeas del sur de la India; lamenta profundamente la decadencia cultural y la pobreza material en las que ha caído la vida aldeana. Le gusta hacer proyectos para mejorar la suerte de la simple gente campesina y se niega a ser feliz mientras ellos sean desdichados.

Escucho en silencio, tratando de entender su punto de vista. Finalmente, se levanta para irse y observo cómo desaparece su alta y delgada figura alejándose por el camino.

Temprano, a la mañana siguiente, me sorprende recibir su inesperada visita. Su coche llega apresuradamente a la puerta, pues teme que me haya ido.

—Anoche, ya muy tarde, recibí un mensaje, en el cual se me advierte que uno de mis más importantes protectores permanecerá un día en Chingleput —estalla.

Después de haber recobrado el aliento, continúa diciendo:

—Su Santidad Shri Shankara Acharya de Kumbakonam es el jefe espiritual de la India del Sur. Millones de personas le tienen por uno de los maestros de Dios. Se toma mucho interés por mí y me ha alentado en mi carrera literaria; naturalmente, es una de las personas a quienes acudo cuando necesito consejos espirituales. Puedo decirle ahora lo que me abstuve de mencionar ayer. Vemos en él un maestro que ha alcanzado las más altas cumbres espirituales. Pero no es yogi. Es el más alto dignatario del hinduismo del sur de la India, un verdadero santo y un gran entendido en cuestiones filosóficas y teológicas. Como observa atentamente la mayoría de las corrientes religiosas de nuestra época y por sus propios éxitos en lo espiritual, posee probablemente un conocimiento poco común de los verdaderos yogis. Recorre frecuentemente las aldeas y las

ciudades, por lo que está particularmente bien informado de esas cuestiones. A cualquier parte que vaya, los santos se presentan a rendirle homenaje. Es posible que pueda darle algún buen consejo. ¿Le gustaría visitarle?

—Eso es muy bondadoso de su parte. Me gustaría mucho ir. ¿A qué distancia queda Chingleput?

—Sólo a 56 kilómetros. Pero espere...

—Diga usted.

—Empiezo a dudar que Su Santidad le conceda una audiencia. Naturalmente, haré todo lo que esté en mi mano. Pero...

—¡Soy europeo! —digo terminando la frase por él—. Entiendo.

—¿Está usted dispuesto a correr el riesgo de una negativa? —pregunta con un poco de ansiedad.

—¡Claro que sí! ¡Vamos!

Después de una comida ligera iniciamos el viaje. Abrumo a preguntas a mi compañero acerca de ese hombre a quien espero ver hoy. Me entero de que Shri Shankara lleva una vida de sencillez casi ascética, en lo que respecta al alimento y al vestido, pero la dignidad de su alto cargo le obliga a viajar en un tren real. Le sigue un cortejo de elefantes, camellos, pundits, discípulos, heraldos y en general gente que se une a su séquito. A cualquier parte que vaya se convierte en el centro de atracción de muchedumbres de visitantes de las localidades vecinas. Llegan pidiendo ayuda espiritual, mental, física y financiera. Los ricos ponen a sus pies todos los días millares de rupias, pero como ha hecho voto de pobreza, ese dinero se emplea en buenos fines. Ayuda a los necesitados, contribuye a la educación, repara templos en ruinas y mejora el estado de los estanques artificiales alimentados por las lluvias, tan útiles en los campos sin corrientes de agua del sur de la India. Sin embargo, primordialmente su misión es espiritual. En cada lugar, dondequiera se detenga, trata de producir en el pueblo una comprensión más profunda de su herencia hindú, así como de elevar sus corazones y sus almas. Generalmente pronuncia un discurso en el templo local y responde, después, privadamente a la multitud de solicitantes que acuden a él.

Me entero de que Shri Shankara es la sexagésima sexta persona que lleva ese título en sucesión directa desde el Shankara² original. Para tener una idea clara de su dignidad y de sus derechos me veo obligado a hacer varias preguntas a Venkataramani, acerca del fundador de la dinastía. Según parece, el primer Shankara floreció hace unos mil años, y fué uno de los más grandes sabios brahmánicos que consigna la historia. En las crónicas figura como un místico racional y un filósofo de primer orden. Encontró el hinduismo de su época en un estado desordenado y decrepito; su vitalidad espiritual decrecía rápidamente. Al parecer nació con una misión. Desde los 18 años recorrió la India a pie, discutiendo con los intelectuales y los sacerdotes de todos los distritos situados en su camino, enseñando sus propias doctrinas, adquiriendo un número considerable de partidarios. Su inteligencia era tan aguda que, generalmente, estaba por encima de sus adversarios. Tuvo la suerte de ser aceptado y honrado como un profeta durante su propia vida y no después de habersele escapado ésta por la boca.

Era un hombre de muchos propósitos. Aunque fué el campeón de la religión de su país, condenaba enérgicamente las perniciosas costumbres que habían florecido bajo su manto. Intentó llevar a la gente por el camino de la virtud y criticó la futilidad de limitarse a complicados ritos

sin esfuerzo personal. Rompió las reglas que regulan las relaciones entre las castas, dirigiendo los funerales de su propia madre, por lo cual fué excomulgado. Aquel joven sin miedo fué un digno sucesor de Buda, el primer enemigo famoso de ese sistema de estratificación social. En oposición a los sacerdotes, enseñó que todo ser humano, sin tener en cuenta la casta o el color, puede alcanzar la gracia divina y conocer la más alta verdad. No fundó ningún credo especial, pero mantuvo que toda religión conduce a Dios, si se cree sinceramente en ella y se la sigue hasta su intimidad mística. Elaboró un sistema filosófico, muy completo y sutil, para demostrar sus afirmaciones. Dejó una gran colección de escritos que se tienen en alta estima en todo lugar de erudición sagrada de la India. Los pundits aprecian mucho su legado religioso y filosófico, aunque, naturalmente, discuten su significado y juegan con sus palabras.

Shankara recorrió la India con un manto de color amarillo y un bastón de peregrino. Fué notable acto de estrategia fundar grandes institutos en los cuatro puntos cardinales. Había uno en Badrín, en el norte; en Puri, en el este, etcétera. En el sur, donde inició su obra, se encontraba el centro de su organización junto con su templo y un monasterio. Cuando terminaba la estación de las lluvias, de esas instituciones salían bandas de adoctrinados monjes que recorrían el país llevando el mensaje de Shankara. Este hombre notable murió a los 32 años, aunque según una leyenda simplemente desapareció.

El valor de estas informaciones me parece evidente, cuando me entero de que su sucesor, a quien veré hoy, lleva a cabo la misma labor y enseña las mismas ideas. A este respecto, existe una extraña tradición. El primer Shankara prometió a sus discípulos que permanecería con ellos en espíritu y que lo haría por el misterioso procedimiento de influir espiritualmente sobre sus sucesores. Se atribuye algo similar a la dignidad del Gran Lama del Tibet. Durante sus últimos momentos de agonía, el Shankara nombra al que es digno de seguirlo. Generalmente la persona elegida es un muchacho de pocos años, de quien se encargan los mejores maestros disponibles; se le da una educación completa para hacerle capaz de desempeñar su alta dignidad. Sus estudios no son sólo religiosos e intelectuales, sino que comprenden también la yoga superior y la práctica de la meditación. A esa educación sigue una vida de gran actividad al servicio de su pueblo. Es un hecho singular que, a través de los siglos desde su fundación, ni uno solo de los mantenedores de esa dignidad haya carecido del más puro y generoso carácter.

Venkataramani adorna su relato con anécdotas acerca de las notables dotes que posee el sexagésimosexto Shri Shankara. Me cuenta la maravillosa curación de su propio primo, que ha debido permanecer en la cama durante muchos años, paralizado por el reumatismo. Shri Shankara le visita, toca su cuerpo y a las tres horas el enfermo se encuentra tan bien que puede abandonar el lecho y muy pronto está completamente curado.

Se asegura también que su santidad puede leer los pensamientos de otras personas; como quiera que sea, Venkataramani cree firmemente en ello.

* * *

Entramos en Chingleput por una carretera, a cuyos lados crecen palmas, encontrando un amontonamiento de edificios blanqueados de cal y dispuestos desordenadamente, con rojos techos montados los unos sobre los otros, separados por estrechas callejuelas. Descendemos del auto y

caminamos hasta el centro de la ciudad, donde se encuentra una gran muchedumbre. Se me conduce a una casa, en la que un grupo de secretarios está sumamente ocupado con la extensa correspondencia que sigue a su Santidad, desde sus oficinas centrales, en Kumbakonam. Espero en una antesala que carece de sillas, mientras Venkataramani envía a uno de los secretarios con un mensaje para Shri Shankara. Pasa más de media hora antes de que vuelva diciendo que la audiencia no puede concederse. Su Santidad no entiende por qué ha de recibir a un europeo, habiendo más de doscientas personas que esperan. Muchas de ellas esperan desde la noche anterior para estar seguras de lograr una entrevista. El secretario se deshace en disculpas. ^

Acepto filosóficamente la situación, pero Venkataramani dice que en su calidad de amigo privilegiado tratará de hablar personalmente con su Santidad e insistir en mi nombre. Varias personas que forman parte de la muchedumbre murmuran desagradablemente cuando comprenden su intención de entrar fuera de turno. Después de muchas explicaciones y largos parlamentos, pude pasar. Vuelve sonriente y victorioso.

—Su Santidad hará una excepción en su caso. Nos recibirá dentro de una hora aproximadamente.

Paso el tiempo recorriendo lentamente las pintorescas callejuelas que conducen al templo principal. Me encuentro con algunos servidores que conducen a una manada de elefantes grises y grandes camellos pardos a un bebedero. Alguien, me señala el magnífico animal que conduce al jefe espiritual de la India del sur, durante sus viajes. Los efectúa de manera principesca, solo, en un opulento howdah, sobre el lomo de un alto elefante. Está ricamente cubierto de complicadas gualdrapas y preciosos tejidos bordados en oro. Observo al viejo y digno animal, mientras avanza por la calle. Levanta la trompa arrollándola y la deja caer otra vez cuando pasa.

Al recordar la antigua costumbre que requiere llevar frutas, flores o algunos dulces, cuando se visita a un personaje espiritual, me procuro un presente para colocarlo ante mi augusto huésped. Lo único que encuentro son naranjas y flores, comprando de ambas cosas todo lo que puedo llevar cómodamente.

Entre la muchedumbre que se apretuja ante la residencia temporaria de su Santidad, olvido otra importante costumbre hindú.

—¡Quítese los zapatos! —me recuerda apresuradamente Venkataramani. Me los quito y los dejo afuera en la calle. ¡Espero encontrarlos cuando salga!

Pasamos por una pequeña puerta y entramos en una desnuda antesala. En el extremo más lejano hay un recinto, débilmente iluminado, donde observo una figura pequeña, de pie entre las sombras. Me aproximo, deposito mi ofrenda y me inclino profundamente. Hay un valor artístico en esa ceremonia que me atrae, aparte de su necesidad como expresión de respeto y de cortesía, que no perjudica a nadie. Sé muy bien que Shri Shankara no es el papa, pues no existe un pontífice en el hinduismo, pero es el maestro y el inspirador de un enorme rebaño religioso. Toda la India del Sur acepta su tutela je.

* * *

Lo observo en silencio. Aquel hombre pequeño está vestido con el ropaje color amarillo de un monje y se apoya en un bastón de peregrino. Según me cuenta, todavía no tiene 40 años, por lo que

me sorprende ver en su cabeza numerosos mechones blancos.

Su noble rostro, moreno grisáceo, ocupa un sitio de honor en la gran galería de retratos de mi memoria. En su cara aparece ese elusivo elemento, que los franceses designan adecuadamente con la palabra *spirituel*. Su expresión es modesta y suave, siendo extraordinariamente tranquilos y bellos sus grandes ojos negros. La nariz es pequeña, recta y clásicamente regular. Crece una barba corta y áspera debajo del labio inferior; se advierte en seguida la gravedad de su boca. Esa cara pudo haber pertenecido a uno de los santos que enriquecieron con la gracia la Iglesia de Cristo, durante la Edad Media, excepto que ésta tiene una cualidad más: la intelectualidad. Nosotros los occidentales, gente práctica, diríamos que sus ojos son los de un soñador. Algo me advierte que hay algo más que meros sueños detrás de esos pesados párpados.

Su Santidad ha sido muy bondadoso al recibirme —digo a modo de introducción.

Se vuelve hacia mi compañero, el escritor, y dice algo en su propio idioma. Adivino correctamente lo que quiere expresar.

—Su Santidad entiende cuando usted habla inglés, pero teme que no corresponda el suyo, por lo cual prefiere que yo traduzca —dice Venkataramani.

Pasaré velozmente por las primeras frases de esta entrevista, pues se refieren más particularmente a mí mismo que a este primado hindú. Me interroga acerca de mis observaciones y experiencias personales en el país; se interesa mucho por establecer la impresión exacta que la gente y las instituciones de la India producen en un extranjero. Le doy mis impresiones sin retoques, mezclando libre y francamente la alabanza y la crítica.

Pasa después la conversación a derroteros más amplios; me sorprende mucho al enterarme de que Su Santidad lee regularmente los periódicos ingleses y que está bien informado de los problemas actuales del mundo fuera de su círculo. No carece de noticias sobre el último rumor de Westminster y sabe también por qué dolorosas dificultades pasa actualmente en Europa la joven y atribulada democracia.

Recuerdo la inmovible creencia de Venkataramani, según la cual Shri Shankara posee visión profética. Mi fantasía me induce a sonsacarle alguna opinión acerca del futuro del mundo.

—¿Cuándo cree usted que en todas partes empezará a mejorar el estado político y económico?

—No es probable que se produzca dentro de poco tiempo una mejoría —responde—. Es un proceso que requiere cierto tiempo. ¿Cómo pueden mejorar las cosas cuando las naciones gastan cada año más y más en armamentos para la muerte?

—Sin embargo, se habla mucho del desarme. ¿Significa eso algo?

—Que ustedes dismantelen sus barcos de guerra y dejen que sus cañones se deshagan en herrumbre carece de importancia; con eso no se evitan los conflictos armados. Los hombres seguirán luchando aunque tengan que usar bastones.

—Pero, ¿qué puede hacerse para mejorar las cosas?

—Sólo el entendimiento espiritual entre las naciones, entre el rico y el pobre, producirá la buena voluntad, conduciendo así a la verdadera paz y prosperidad.

—Eso parece una posibilidad muy lejana. Nuestro futuro es poco halagüeño.

Su Santidad apoya su brazo algo más fuertemente en su bastón de peregrino.

—Todavía queda Dios —observa bondadosamente.

—Si existe, parece estar muy lejos —protesto yo audazmente.

—Dios no tiene sino amor para la humanidad —me responde blandamente.

—A juzgar por la infelicidad y la profunda miseria que aflige al mundo de hoy, Él no tiene sino indiferencia —estallo yo impulsivamente, incapaz de evitar la amarga fuerza de la ironía en mi voz. Su Santidad me observa de extraña manera. Inmediatamente lamento mis apresuradas palabras.

—Los ojos del hombre paciente ven mucho más allá. Dios usará a los hombres como instrumentos para ajustar las cosas a su debido tiempo. La lucha entre naciones, la maldad de la gente y los sufrimientos de millones de miserables conducirán a que, a modo de reacción, algún gran hombre con inspiración divina acuda a salvarnos. En este sentido, cada siglo tiene su propio salvador. El fenómeno ocurre como si obedeciera a una ley física. Cuanto mayor sea la maldad, causada por la ignorancia de las cosas del espíritu y por el materialismo, más grande será el hombre que se levantará para ayudar al mundo.

—¿Espera usted, entonces, que alguien haga eso también en nuestros tiempos?

—En nuestro siglo —me corrige—. Ciertamente. Las necesidades del mundo son tan grandes y la obscuridad espiritual tan completa que seguramente aparecerá un hombre inspirado por Dios.

—¿Opina usted, entonces, que aumenta la degradación del hombre? —inquiero.

—No, no creo eso —responde tolerantemente—. Existe en el hombre un alma divina que, a la larga, le conducirá de vuelta a Dios.

—Pero en nuestras ciudades de Occidente hay rufianes que se portan como si tuvieran demonios dentro —replico pensando en los modernos gansters.

—No culpe usted tanto a la gente como al ambiente en que nació. Su medio y las circunstancias los obligan a convertirse en algo peor de lo que son en realidad. Eso es cierto tanto en Oriente como en Occidente. Es necesario para la sociedad elevar el tono y compensar el materialismo con el idealismo; no existe otra cura real para las desgracias del mundo. Los males en los que se hunden las naciones son realmente las desgracias que obligarán al cambio a producirse, así como un fracaso es frecuentemente una indicación de la necesidad de cambiar de rumbo.

—¿Pretende usted que la gente introduzca principios espirituales en sus asuntos mundanos?

—Ciertamente. No es impracticable, pues es el único camino capaz de producir resultados satisfactorios para todos y que no desaparecerán rápidamente. Si existiera más gente que hubiera encontrado la luz, ésta se esparciría más pronto. En honor de la India debe decirse que mantiene y respeta sus santos, aunque menos que en tiempos anteriores. Si todo el mundo hiciera lo mismo y se dejara guiar por hombres de visión espiritual, cada uno hallaría muy pronto la paz y la prosperidad.

Prosigue nuestra conversación. Noto rápidamente que su Santidad no crítica al Occidente para exaltar al Oriente, como hacen tantos de sus compatriotas. Admiten que cada mitad del globo posee su propio conjunto de virtudes y vicios y que, en lo que a esto respecta, son aproximadamente iguales. Espera que una generación más sensata fundirá en un esquema social más alto y equilibrado las mejores cualidades de ambas civilizaciones: Europa y Asia.

Dejo el tema y pido permiso, que se me concede sin dificultad, para hacer algunas preguntas personales.

—¿Cuánto tiempo hace que su Santidad posee ese título?

—Desde 1907. Entonces sólo tenía doce años. En 1911, me retiré a una aldea en las orillas del Cauvery, donde me entregué a la meditación y al estudio hasta 1914. Después inicié mi

actividad pública.

—Supongo que usted permanece muy poco tiempo en su residencia, en Kumbakonam.

—La razón de ello es que en 1918 me invitó el Maharajá de Nepal como huésped durante un tiempo. Acepté y desde entonces he estado viajando lentamente hacia sus estados, que están muy lejos hacia el norte. Pero verá usted, durante todos estos años no he podido avanzar más que unos pocos centenares de kilómetros, pues por la tradición de mi cargo debo detenerme en toda aldea o ciudad por la que pase o se me invite, si no está muy alejada de mi ruta. He de predicar sobre asuntos espirituales en el templo local e impartir algunas enseñanzas a los habitantes.

Expongo la índole de mi investigación y su Santidad me interroga acerca de los diversos yogis o santos que he conocido. Después le digo francamente:

—Me gustaría conocer a alguien con amplios conocimientos prácticos de la yoga y capaz de darme alguna prueba o demostración de ello. Muchos de sus santos dan sólo conversación cuando se les pide eso. ¿Exijo demasiado?

La mirada de aquellos ojos tranquilos se encuentra con la de los míos.

Hay una pausa que dura todo un minuto. Su Santidad se acaricia la barba con los dedos.

—Si desea iniciarse en la verdadera yoga superior, usted no exige demasiado. La intensidad de su deseo le ayudará; percibo, además, cuán enérgica es su determinación; dentro de usted empieza a despertarse una luz que, sin duda, le guiará hasta su meta.

No estoy muy seguro de haber entendido bien.

—Hasta ahora he dependido de mí mismo para guiarme. Algunos de sus antiguos sabios dicen que no existe otro dios que el que está dentro de nosotros mismos —me aventuro a decir.

La respuesta llega rápidamente.

—Dios está en todas partes. ¿Cómo podríamos limitarlo al propio yo? El mantiene todo el Universo.

Siento que estoy perdiendo pie e inmediatamente aparto la conversación de ese tema semiteológico.

—¿Cuál es el método más práctico que debería seguir?

—Continúe sus viajes. Cuando haya terminado, recuerde los diversos yogis y santos que ha encontrado y elija el que más le atraiga. Vuelva y él lo iniciará seguramente.

Observo su *calmo* perfil y admiro su singular serenidad.

—Supongamos que ninguno de ellos me atrae lo suficiente. ¿Qué haré entonces?

—En ese caso, usted deberá proseguir solo hasta que Dios mismo lo inicie. Practique regularmente la meditación; contemple con amor las más altas cosas de su corazón; piense a menudo en el alma y eso lo conducirá a usted hacia lo que busca. La mejor hora para esas prácticas es la mañana, cuando se despierta, después le sigue la hora del crepúsculo. En esos momentos el mundo está más en calma y lo molestará menos en sus meditaciones.

Me mira con benevolencia. Empiezo a envidiar la santa paz que reside en su cara barbada. Creo que su corazón nunca ha conocido las terribles tempestades que han devastado el mío. Me siento inclinado a preguntar impulsivamente.

—Si fracaso, ¿puedo volver a solicitar nuevamente su ayuda?

Shri Shankara sacude bondadosamente la cabeza.

—Soy jefe de una institución pública, un hombre cuyo tiempo ya no le pertenece. Mis actividades exigen casi todo mi tiempo. Durante muchos años he dormido cada noche sólo tres

horas. ¿Cómo podría hacerme cargo de la enseñanza de discípulos? Usted debe encontrar un maestro que le dedique todo su tiempo.

—Pero me dicen que los verdaderos maestros son raros y es improbable que un europeo los encuentre.

Inclina la cabeza en señal de asentimiento y agrega:

—La verdad existe y puede encontrarse.

—¿No puede usted indicarme alguno que, en su opinión, sea capaz de darme pruebas del contenido real de la yoga superior?

Su Santidad no responde sino después de un intervalo de prolongado silencio.

—Sí. Conozco en la India dos maestros que podrían proporcionarle lo que usted busca. Uno vive en Benares, recluido en una casa grande, que se encuentra escondida en un espacioso bosque. Muy pocas personas tienen acceso a él; ciertamente, ningún europeo ha podido irrumpir hasta ahora en su soledad. Podría mandarle allí, pero temo que se niegue a admitir a un europeo.

—Y el otro... —pregunto yo excitado mi interés por lo que he oído.

—El otro vive en el interior, más lejos hacia el sur. Le visité una vez y sé que es un gran maestro. Le recomiendo que vaya.

—¿Quién es?

—Se le llama Maharishee. Vive en Arunachala, la colina del Fuego Sagrado, en el territorio de Arcot del Norte. ¿Debo darle instrucciones para que le encuentre?

Una imagen aparece de repente como un rayo ante los ojos de mi alma.

Veo al monje vestido de amarillo que intentó inútilmente que visitara a su maestro. Le oigo murmurar un nombre: “¡La colina del Fuego Sagrado!”

—Muchas gracias, su Santidad —respondo—, pero ya tengo un guía que viene precisamente de allí.

—Entonces, ¿irá usted?

Dudo en responder.

—He hecho todos los preparativos para salir mañana del sur de la India —murmuro inseguramente.

—En ese caso, tengo algo que pedirle.

—Lo haré con el mayor placer.

—Prométame usted que no abandonará nuestra región sin haber visitado al Maharishee.

Leo en sus ojos un sincero deseo de ayudarme, por lo que accedo.

Una benévola sonrisa pasa por su rostro.

—No se preocupe. Usted encontrará lo que busca.

Llega desde la calle penetrando en la casa el murmullo de la muchedumbre que la llena.

—He distraído a usted durante mucho de su valioso tiempo —digo disculpándome—. Lo siento.

Cede el gesto grave alrededor de la boca de Shri Shankara. Me acompaña hasta la antesala donde murmura algo al oído de Venkataramani, y oigo que pronuncia mi nombre.

Al llegar a la puerta me inclino en señal de despedida su Santidad me llama para darme un mensaje final:

—¡Usted se acordará siempre de mí y yo me acordaré siempre de usted!

Con esas palabras enigmáticas y extrañas, abandono, de malísima gana, la compañía de este

interesante hombre cuya vida entera, desde la infancia, está dedicada a Dios. Es un pontífice que no se preocupa por el poder temporal, pues ha renunciado y se ha resignado a todo. Cualquier cosa material que recibe la entrega en seguida a los que la necesitan. Su bella y amable personalidad seguramente perdurará mucho tiempo en mi memoria.

Recorro Chingleput hasta la tarde, explorando su perenne belleza artística, tratando finalmente de ver otra vez a su Santidad antes de volver al hotel.

Le encuentro en el templo más grande de la ciudad. La figura pequeña, vestida de amarillo, se dirige a una gran concurrencia de hombres, mujeres y niños. Reina completo silencio entre los presentes. No puedo entender lo que dice, pues habla su propio idioma, pero observo muy bien la profunda atención con que le escuchan, desde el intelectual brahmán hasta el campesino analfabeto. No lo sé, pero me aventuro a decir que habla de los más profundos temas de la manera más sencilla, pues tal es el carácter que leo en él.

Aunque aprecio su bella alma, envidio la fe simple de su vasto auditorio. Al parecer, la vida nunca les proporciona profundas tormentas de duda. Dios *existe* y con eso termina todo. No parecen saber lo que significa atravesar las negras noches del alma, cuando el mundo parece la terrible escena de una lucha como las de la jungla, cuando la misma existencia del hombre no parece ser más que un tránsito espasmódico a través de ese pequeño y efímero fragmento del Universo llamado Tierra.

Salimos en auto de Chingleput, bajo un cielo azul índigo, tachonado de estrellas. Oigo las palmas que majestuosamente mecen sus ramas sobre la orilla del agua, movidas por una inesperada brisa.

Mi compañero interrumpe bruscamente el silencio que reina entre nosotros.

—¡Realmente usted tiene suerte!

—¿Por qué?

—Esta es la primera entrevista que su Santidad ha concedido a un escritor europeo.

—Entonces...

—¡Con ello es usted partícipe de sus buenos augurios!

* * *

Es casi media noche cuando llego a casa. Echo una última mirada al cielo. Las estrellas brillan por miríadas en la vasta cúpula. En ninguna parte de Europa pueden observarse en número tan impresionante. Subo corriendo los escalones que conducen a la terraza, sirviéndome de mi lámpara de bolsillo.

De la obscuridad se levanta una figura que está agachada y me saluda.

—¡Subramanya! —exclamo asombrado—. ¿Qué hace usted aquí? —El yogi vestido de amarillo gasta otro de sus gestos de oreja a oreja que en él pasan por sonrisas.

—¿No prometí visitarlo, señor? —me dice con tono de reproche.

—¡Naturalmente!

En el cuarto grande le hago una pregunta a quemarropa.

—Su maestro... ¿se llama Maharishee?

Ahora le toca a él retroceder asombrado.

—¿Cómo lo sabe usted, señor? ¿Quién puede habérselo dicho?

—Eso no importa. Mañana saldremos a verlo. He cambiado mis planes.

—¡Esas, sí que son buenas noticias!

—Aunque no me quedará mucho tiempo; probablemente sólo un par de días.

Durante la próxima media hora le formulo rápidamente pregunta tras pregunta y después, profundamente cansado, me voy a la cama. Subramanya se contenta con dormir en una estera de palma, sobre el suelo. Arrolla alrededor del cuerpo una delgada tela de algodón, que le sirve al mismo tiempo de sábana y colchón, despreciando mi ofrecimiento de un lecho más cómodo.

La próxima cosa de la que tengo conciencia es la de despertarme súbitamente. El cuarto está completamente a oscuras. Siento mis nervios en un extraño estado de tensión. La atmósfera que me rodea parece aire electrificado. Saco el reloj de debajo de la almohada y por la fosforescencia de sus números y manecillas veo que son las tres menos cuarto. Entonces me doy cuenta de la existencia de algo luminoso al pie de la cama. Me siento al instante y lo observo con atención.

Mi asombrada mirada encuentra la cara y la figura de su Santidad Shri Shankara. Es claramente visible sin lugar a dudas. No es una forma etérea, sino un ser humano de carne y hueso. En torno a esa figura, separándola de la oscuridad que la rodea, hay una misteriosa luminosidad.

Pero ¡lo que veo no puede ser! ¿No lo he dejado en Chingleput? Cierro fuertemente los ojos en un esfuerzo para ponerlos a prueba. ¡No importa, sigo viéndolo claramente!

Baste decir que tengo la impresión de la presencia de algo benévolo y amistoso. Abro los ojos y observo la bondadosa figura en la suelta vestimenta de color amarillo.

El rostro se mueve, los labios sonrían y parecen decir:

—¡Sé humilde y entonces encontrarás lo que buscas!

¿Por qué siento que es un ser humano el que se dirige a mí de esa manera? ¿Por qué no considero, por lo menos, que es un espíritu?

La visión desaparece tan misteriosamente como ha llegado. Me deja en un estado de exaltación y de felicidad no enturbiado por su naturaleza sobrenatural: ¿Debo rechazarla como un sueño? ¿Qué importa aunque así fuera?

Ya no puedo dormir más. Estoy tendido en la cama, reflexionando sobre la memorable entrevista de aquel día con su Santidad Shri Shankara, de Kumbakonam, el representante de Dios para la gente sencilla del Sur de la India.

Capítulo IX

LA COLINA DEL FUEGO SAGRADO

En la estación terminal del ferrocarril del sur de la India, Subramanya y yo tomamos el tren que conduce a Ceilán combinando con un barco. Durante varias horas cruzamos los más variados paisajes. Las manchas verdes de los arrozales alternan con colinas rojas de poca altura, y a las umbrosas plantaciones de grandes cocoteros siguen de trecho en trecho aldeanos que trabajan en los campos semiinundados.

Mientras estoy sentado al lado de la ventanilla, el rápido crepúsculo hindú borra enteramente el paisaje, por lo que mi cabeza se dedica a pensar en otros temas. Empiezo a admirarme de las extrañas cosas acaecidas desde que llevo el anillo de oro, regalo de Brama. Pues el aspecto de mis proyectos ha cambiado; se ha producido una concatenación de circunstancias inesperadas que me lleva mucho más al sur, en lugar de ir hacia el Este como me lo proponía. Me pregunto si esas garras de oro que sujetan la piedra poseen realmente un poder misterioso, como aseguró el yogi. Aunque trato de evitar cualquier idea preconcebida, es difícil que un occidental, con una educación científica, crea eso. Rechazo esas especulaciones, a pesar de lo cual no logré eliminar la incertidumbre que acecha en lo más oculto de mis pensamientos. ¿Por qué siguen mis pasos el camino que conduce a la ermita de las montañas, hacia donde voy ahora? ¿Por qué dos hombres, vestidos con el ropaje amarillo, se han unido como agentes del destino hasta el extremo de obligar a mis ojos, a pesar de negarse a ello, a dirigir su mirada hacia el Maharishee? Digo destino sin tomar la voz en su sentido corriente, pues no se me ocurre otra mejor. La experiencia del pasado me ha enseñado muy claramente que hechos al parecer carentes de toda importancia desempeñan un papel inesperado en la composición del cuadro de la vida de cada uno.

Descendemos del tren, abandonando la línea principal, a 64 kilómetros de Pondichery, el patético y minúsculo resto de las posesiones francesas en la India. Pasamos a una tranquila línea secundaria, poco utilizada, que corre hacia el interior, esperando casi dos horas en la semiobscuridad de una sombría sala de espera. El santo se pasea por el andén, aún más triste; a la luz de las estrellas, su alta figura parece semirreal, semiespectral. Finalmente, el tren, de horario irregular, que resopla con escasa frecuencia por aquellas vías, nos saca de allí. Hay muy pocos pasajeros.

Me adormezco en un letargo espasmódico, interrumpido por los sueños, continuando así hasta

que mi compañero me despierta. Bajamos en una pequeña estación secundaria, mientras el tren desaparece aullando roncamente en la silenciosa obscuridad. La noche no ha terminado todavía, por lo que nos sentamos en una sala de espera desprovista de toda comodidad, teniendo que encender nosotros mismos la pequeña lámpara de petróleo.

Esperamos pacientemente mientras la obscuridad y la luz luchan por la supremacía. Cuando finalmente aparece una pálida aurora, metiéndose poco a poco por una pequeña ventana provista de barrotes, en la parte posterior de nuestro cuarto, examino aquella parte del paisaje que nos rodea, a medida que se va haciendo visible. De entre la niebla matinal se destaca la borrosa silueta de una colina solitaria, que al parecer dista algunos kilómetros. La base es de una extensión impresionante y toda ella sumamente ancha, pero no puede verse la cima por estar todavía oculta entre espesos girones de niebla matinal.

Mi guía se aventura a salir, descubriendo delante de la estación a un hombre que ronca en su pequeña carreta de bueyes. Un par de gritos le hacen volver a la existencia real, dándole a entender así que le espera un negocio. Cuando se entera de nuestro destino, parece entusiasmado por llevarnos. Observo dubitativo su pequeño vehículo: una caja de varillas de bambú que se equilibra sobre dos ruedas. De todas maneras nos metemos en él y el hombre amontona el equipaje detrás de nosotros. El santo consigue ocupar el espacio mínimo del carro, colgando las piernas por afuera; el carretero se sienta a lo sastre sobre la vara a cuyos costados tiran los animales, tocando casi las rodillas con el mentón; estando así resuelto el problema de la acomodación, de manera más o menos satisfactoria, le ordenamos que se ponga en marcha.

De nuestro avance pueden decirse muchas cosas, menos que sea rápido, a pesar de los mejores esfuerzos de un par de fuertes bueyes, pequeños y blancos. Estas pacientes criaturas son muy útiles en el interior de la India como animales de tiro, pues soportan el calor mejor que los caballos y son menos exigentes en lo que respecta al alimento. Las costumbres de las tranquilas aldeas y las pequeñas ciudades del interior no han cambiado mucho en las últimas centurias. El carro de bueyes que transportaba los viajeros, un siglo antes de Cristo, sigue haciéndolo todavía hoy, dos mil años más tarde.

Nuestro carretero, de rostro de color del bronce batido, está muy orgulloso de sus animales, cuyos largos cuernos, de bella forma curva, lucen bonitos ornamentos dorados; de sus delgadas patas cuelgan cascabeles que suenan al moverse. Los guía mediante una rienda que pasa por las ventanas de la nariz. Mientras saltan sus pies acompasadamente sobre el camino cubierto de polvo, observo cómo avanza la rápida aurora tropical.

A ambos lados adquiere forma un atractivo paisaje. No es una llanura, pues no faltan las colinas y las elevaciones hacia cualquier parte del horizonte que se dirija la vista. El camino pasa a través de una tierra roja, sobre la que se destacan algunos lugares donde crecen achaparrados arbustos espinosos y unos pocos campos pantanosos de color verde esmeralda.

Se nos adelanta un aldeano, cuya cara refleja una vida de trabajo. Sin duda se dirige al lugar de su actividad en el campo. Pronto pasamos a una mujer que lleva sobre la cabeza un ánfora de bronce llena de agua. Cubre su cuerpo un vestido de color bermellón, pero tiene los hombros desnudos. Un rubí color de sangre adorna una de las ventanas de su nariz, y a la pálida luz del sol matinal dos brazaletes de oro brillan en sus brazos. La negrura de su tez revela que es drávida, como lo son probablemente la mayoría de los habitantes de esta región, excepto los brahmanes y los mahometanos. Generalmente las mujeres de esta raza son de un natural alegre y feliz. Las

encuentro más expansivas que el resto de sus compatriotas; su voz es más musical.

Nos observa fijamente con sorpresa no disimulada, de donde deduzco que los europeos rara vez visitan esta parte del país.

Así prosigue nuestro viaje, hasta que llegamos a la pequeña ciudad. Sus casas tienen un aspecto próspero y están ordenadas por calles agrupadas a los dos lados de un enorme templo que, si no me equivoco, debe tener una longitud de 400 metros. Un poco más tarde, cuando llegamos a uno de sus espaciosos portones de acceso, me doy una idea ligeramente aproximada de su compacta arquitectura. Nos detenemos un minuto o dos para echar una mirada y retener alguna fugitiva impresión del lugar. Su carácter extraño impresiona tanto como sus dimensiones. Nunca he visto una estructura semejante. Un vasto cuadrilátero encierra el enorme interior que tiene todo el aspecto de un laberinto. Los cuatro altos muros circundantes han sido quemados y coloreados por el fiero sol tropical, al que han estado expuestos durante centenares de años. Cada uno de ellos está atravesado por un solo portón, sobre el cual se levanta una rara superestructura, consistente en una gigantesca pagoda con cierta semejanza con una pirámide adornada por esculturas. La parte inferior es de piedra, aunque la superior parece ser obra de ladrillería cubierta de una espesa capa de yeso. La pagoda se divide en muchos pisos, y toda la superficie está profusamente decorada con una gran variedad de figuras y esculturas. Además de estas cuatro entradas, cuento no menos de otras cinco en el interior del templo. ¡Qué curiosa es la impresión de semejanza con las pirámides de Egipto que despiertan en el observador!

Una última mirada descubre largos claustros, un gran número de cerradas filas de anchos pilares de piedra, un recinto interior grande, altares débilmente iluminados, oscuros corredores y muchos pequeños edificios. Me propongo explorar muy pronto este interesante lugar.

Los bueyes reinician su marcha y pronto nos encontramos otra vez en lugar abierto. Es muy bonito el paisaje que atravesamos. El camino está cubierto de polvo rojo; a cada lado se encuentran bajos arbustos y, a veces, grupos de altos árboles. Entre sus ramas se ocultan muchos pájaros, pues oigo su aleteo, así como las últimas notas de ese bello coro que es su canto matinal en cualquier parte del mundo.

Por el camino se encuentran, de cuando en cuando, encantadoras ermitas. Me sorprende la diferencia que se nota en su estilo arquitectónico por lo que deduzco que deben haberse construido en diversas épocas. Algunas están sumamente adornadas, sobrecargadas de complicadas esculturas a la manera del arte hindú, pero las mayores están sostenidas por pilares de superficie lisa, que no he visto en otra parte sino en el sur. Observo dos o tres, cuyas líneas, clásicamente severas, son casi griegas.

Calculo que habremos recorrido ya unos ocho o nueve kilómetros, cuando llegamos a las estribaciones más bajas de la colina, cuyos vagos rasgos distinguí desde la estación. A la clara luz solar de la mañana se yergue como un gigante pardo rojizo. Se ha alejado la niebla, dejando al descubierto el cielo en la cima. Es una meseta aislada, de suelo rojo y pardas piedras, estéril en su mayor parte, con grandes extensiones que casi carecen de árboles, con masas de rocas deshechas en grandes cantos rodados, amontonados desordenadamente.

—¡Arunachala! ¡La roja montaña sagrada! —exclama mi compañero, al notar la dirección de mi mirada. Por su rostro pasa una expresión ferviente de adoración. Parece embargado por un profundísimo sentimiento religioso, a la manera de un santo medieval.

—¿Significa algo ese nombre? —le pregunto.

—Acabo de decírselo —replica sonriendo—. Se compone de dos voces: *Aruna* y *achala*, que significan montaña roja, y, puesto que es además el nombre de la divinidad que preside el templo, su traducción completa debería ser: la roja montaña sagrada.

—Entonces, ¿qué significa lo del fuego?

—¡Ah! Una vez al año los sacerdotes celebran su fiesta principal. Mientras esa ceremonia se efectúa en el templo, se enciende una gran hoguera en la cima de la montaña, alimentándola con grandes cantidades de manteca y alcanfor. Arde durante muchos días y puede verse desde gran distancia. Quienquiera que la ve, se prosterna en el acto delante de ella. Significa que esta montaña es tierra sagrada sobre la que influye el espíritu de una gran deidad.

Ahora nos encontramos exactamente al pie de la colina. No carece de una cierta grandeza rústica este pico solitario, salpicado en parte de cantos rodados, rojos, pardos y grises, que eleva su cabeza chata hacia el cielo color perla. Sea que me hayan afectado las palabras del santo o por alguna otra causa inexplicable, encuentro que en mí se produce un extraño sentimiento de profundo respeto al meditar sobre la imagen de la montaña sagrada, mientras alzo la mirada admirativamente hasta la abrupta ladera de Arunachala.

—¿Sabe usted? —murmura mi compañero—. Se considera sagrada esta montaña y además las tradiciones locales llegan hasta a asegurar que los dioses la colocaron ahí para señalar el centro espiritual del mundo.

Esa leyenda me obliga a sonreír. ¡Qué ingenuidad!

Finalmente me entero de que nos acercamos a la ermita del Maharishee. Nos apartamos del camino y seguimos hacia abajo, por un áspero sendero que nos conduce a una espesa plantación de cocoteros y mangos. La atravesamos hasta que el camino termina abruptamente delante de una puerta sin cerradura. El carretero baja, la abre y nos introduce en un patio grande de tierra. Extiendo mis acalambrosos miembros, desciendo y echo una mirada alrededor.

El dominio estrictamente delimitado del Maharishee confina al frente con un conjunto muy denso de árboles y jardín, donde se amontonan estrechamente las plantas; hacia atrás y a los costados obstruyen la visión filas de arbustos y de cactus, mientras que a lo lejos, hacia occidente, se extiende la jungla de arbustos y lo que tiene el aspecto de ser un espeso bosque. Apartado y encerrado, parece ser un lugar para los que desean proseguir la meditación de profundos temas.

El lado izquierdo del patio está ocupado por dos pequeños edificios de techo de paja. Al lado de ellos se encuentra una estructura larga y moderna, cuyo techo de tejas rojas descende abruptamente hasta los colgantes canalones de desagüe. Una pequeña terraza se extiende por una parte del frente.

En el centro del patio observo a un muchacho desnudo hasta la cintura y de piel oscura, casi negra, mientras saca lentamente un balde de agua con ayuda de una chirriante polea de mano.

Al oírnos llegar acuden unos pocos hombres que salen al patio. Están vestidos de la más variada manera. Uno de ellos no tiene sino un harapiento lienzo alrededor de las caderas, pero otro, seguramente más próspero, está ataviado con un vestido de seda blanca. Nos miran fijamente como queriendo preguntar algo. Mi guía gasta otro de sus gestos de oreja a oreja que en él pasan por sonrisas; evidentemente goza por el asombro de los que se encuentran en el patio. Se les acerca y les dice algo en tamil. Cambia al instante la expresión de sus caras, sonrían al unísono y me miran con rostros radiantes. Me gustan tanto sus caras como su actitud.

—Ahora iremos a la sala del Maharishee —anuncia el santo del vestido amarillo,

indicándome que le siga. Me detengo delante de la terraza de piedra sin techo y me quito los zapatos. Tomo el pequeño montón de frutas que traigo como ofrenda y entro.

* * *

Veinte caras ponen sus ojos sobre nosotros. Cada uno de sus dueños está sentado en el suelo, a la manera de los sastres, formando un semicírculo, sobre el piso de baldosas. Se agrupan a una respetuosa distancia del ángulo más lejano, a mano derecha de la puerta. Al parecer todos miraban hacia allí antes de nuestra llegada. Durante un momento observo aquel rincón, percibiendo una figura sentada en un diván blanco, pero ese instante basta para decirme que es el Maharishee.

Mi guía se aproxima al diván, se arrodilla en el suelo y tapa sus ojos con las manos cruzadas.

El diván se encuentra a unos pocos pasos de una ventana alta y ancha, en el muro más alejado de la puerta. La luz cae de lleno sobre el Maharishee; puedo observar su perfil distintamente, pues está sentado y su mirada pasa a través de la ventana, en la misma dirección que seguimos nosotros esta mañana. No mueve la cabeza, por lo que, creyendo ponerme delante de sus ojos y saludarlo al ofrecer las frutas, me acerco suavemente a la ventana, coloco mi presente delante de él y me retiro un paso o dos.

Delante del diván se encuentra un pequeño brasero de bronce. Está lleno de carbón de madera en combustión y el agradable olor que despidе me advierte que se ha arrojado algún polvo aromático sobre el combustible. Muy cerca se encuentra un quemador de incienso lleno de varillas perfumadas. Hilos de un humo azul gris se levantan y flotan en el aire, pero el acre perfume es algo enteramente distinto.

Doblo una manta de algodón, no muy gruesa, la pongo en el suelo y me siento, observando la figura silenciosa de postura tan rígida que se encuentra en el diván. El Maharishee está casi desnudo, excepto por un lienzo alrededor de las caderas, estrecho y fino, muy común en esta parte del mundo. La piel tiene una leve coloración cobriza, pero es muy blanca, si se la compara con el término medio de la India del sur. Creo que debe ser alto; debe contar un poco más de los cincuenta años. Tiene una cabeza bien formada, cubierta de pelo gris, cortado casi al rape. La frente alta y ancha da una distinción intelectual a su personalidad. Sus rasgos son más europeos que hindúes. Esa es mi primera impresión.

El diván está cubierto con almohadones blancos y los pies del Maharishee descansan sobre una piel de tigre de magníficas manchas.

En toda la sala reina un silencio tal que podría oírse caer un alfiler. El sabio permanece perfectamente quieto, sin moverse, sin que nuestra llegada le disturbe. Un discípulo de piel oscura está sentado en el suelo, del otro lado del diván. Rompe la quietud empezando a tirar de una cuerda que hace funcionar un punkah, hecho de bambú y fijado a una viga de madera, situada inmediatamente sobre la cabeza del sabio. Escucho su respiración tan rítmica como el ronroneo de un gato mientras miro intensamente en los ojos de la figura sentada, esperando atraer su atención. Son pardo oscuros, de tamaño mediano y están muy abiertos.

Si percibe mi presencia no lo demuestra ni da señales de ello. Su cuerpo posee una quietud sobrenatural, una firmeza de estatua. Ni una vez advierte mi mirada, pues sus ojos siguen observando el espacio remoto, pareciendo como si estuviera infinitamente alejado de nosotros.

Me parece que esta escena me recuerda algo. Recorriendo las galerías de mi memoria encuentro la figura del Sabio Que Nunca Habla, aquel recluso que visité en su aislado chalet en las cercanías de Madrás, el hombre cuyo cuerpo parecía, por su inmovilidad, estar tallado en piedra. Existe una curiosa semejanza en esa quietud corporal nada común que ahora observo también en el Maharishee.

Es una idea que poseo desde hace mucho tiempo: se puede hacer el inventario del alma de un hombre por sus ojos. Pero ante los del Maharishee, dudo asombrado y extrañado.

Se arrastran los minutos con una lentitud inexpresable. Primero se acumulan hasta llegar a una media hora por el reloj de la ermita que cuelga de un muro; pasan y se convierten en toda una hora. Sin embargo nadie parece moverse; ciertamente nadie se atreve a hablar. Llego a tal punto de concentración visual que olvido la existencia de todo, excepto la de la figura silenciosa en el diván. Mi presente de fruta permanece en la mesita tallada, delante de él, sin que nadie lo haya mirado.

Mi guía no me ha advertido que su maestro me acogería como el Sabio Que Nunca Habla. Esta recepción, que se distingue por la completa indiferencia, cae sobre mí abruptamente. La primera cosa que se le ocurriría a un europeo es pensar que este hombre mantiene esa actitud exclusivamente para beneficio de sus devotos. Esa idea acude a mi mente pero pronto la rechazo. Ciertamente está en trance, aunque mi guía no me ha dicho que su maestro suela hacerlo. La próxima idea que se me ocurre es si ese estado de contemplación mística no será nada más que un vacío sin sentido. Esta cuestión me ocupa durante más tiempo, pero la abandono por la sencilla razón de que no puedo responder a ella.

Hay algo en este hombre que retiene mi atención, como un imán atrae las limaduras de hierro. No puedo apartar la vista de él. Mi turbación inicial, mi perplejidad, cuando me vi completamente ignorado, ceden lentamente, mientras esta extraña fascinación empieza a apoderarse de mí. Pero hacia la segunda hora de esa escena nada común, advierto un cambio silencioso, que se produce lentamente sin resistencia en mi alma. Se borran una a una las preguntas que preparé en el tren con minuciosa exactitud. Pues ahora parece carecer de importancia que las plantee o no, así como tampoco me interesa resolver los problemas que hasta entonces me habían inquietado. Sólo sé que un río continuo de paz parece fluir cerca de mí y que mi cerebro, atormentado por los pensamientos, empieza a encontrar un poco de descanso.

¡Qué pequeñas parecen esas cuestiones que me he planteado con tanta frecuencia! ¡Qué despreciable aparece ahora el panorama de los años perdidos! Con repentina claridad, percibo que el intelecto crea sus propios problemas y después se siente miserable al intentar resolverlos. Ciertamente, éste es un concepto novedoso en el cerebro de un hombre que hasta ahora daba tan alto valor al intelecto.

Me entrego a aquel sentido de quietud que se profundiza continuamente, hasta que pasan dos horas. El transcurso del tiempo no me irrita ya, pues siento que se rompen y se dispersan las cadenas de problemas creados por el intelecto. Después, poco a poco, una nueva cuestión ocupa el campo de la conciencia.

¿Emite este hombre, el Maharishee, el perfume de la paz espiritual, tal como la flor la fragancia de sus pétalos?

No me siento capaz de aprehender la espiritualidad, pero tengo una reacción personal frente a otros seres humanos. Esta naciente sospecha, según la cual la misteriosa paz que se ha producido

dentro de mí debe atribuirse a la situación geográfica en que me encuentro, es mi reacción ante la personalidad del Maharishee. Empiezo a preguntarme si por alguna radioactividad del alma, por algún procedimiento telepático, realmente proviene de él la tranquilidad que invade las turbulentas aguas de mi alma. Sin embargo permanece completamente impasible, al parecer, sin haberse dado la más mínima cuenta de mi presencia.

Aparece la primera oleada. Alguien se aproxima y me murmura al oído:

—¿No quería usted interrogar al Maharishee?

Puede haber perdido la paciencia ese hombre que fué mi guía hasta aquí. Probablemente se imagina que yo, inquieto europeo, he llegado al límite de mi resistencia. ¡Ay, inquisitivo amigo mío! Ciertamente vine para interrogar al maestro, pero ahora... Yo, que estoy en paz con todo el mundo y conmigo mismo, ¿he de ocuparme de enojosas cuestiones? Siento que la nave de mi alma empieza a levar anclas, pues la espera un maravilloso mar que he de cruzar, y sin embargo tú quieres que vuelva a ese ruidoso puerto del mundo en el preciso instante que va a comenzar mi gran aventura...

Pero se ha roto el encanto. Como si esta desdichada intrusión fuera una señal, los discípulos empiezan a levantarse y a moverse por la sala, llegan las voces hasta mis oídos y, ¡maravilla!, los ojos pardo oscuros del Maharishee parpadean corta e irregularmente una o dos veces. Vuelve entonces la cabeza y después, lentamente, muy lentamente la inclina hacia abajo. Unos pocos instantes más y quedo dentro de su ángulo de visión. Por primera vez la mirada misteriosa del sabio está dirigida hacia mí. Es evidente que ha despertado de su largo trance.

El intruso, creyendo tal vez que la carencia de respuesta de mi parte se debe a que no le he oído, repite su pregunta en voz alta. Pero en aquellos ojos lustrosos que me miran bondadosamente leo otra pregunta:

—¿Puede ser... es posible... que todavía te atormenten perturbadoras dudas cuando has visto la profunda paz mental que tú y todos los hombres pueden alcanzar?

Esa paz me abrumba. Me vuelvo al guía y le respondo:

—¡No! No hay nada que preguntar ahora. Otra vez...

Siento entonces que es necesario dar una explicación de mi visita; no la requiere el Maharishee, sino la pequeña muchedumbre que ha empezado a charlar animadamente. Por las explicaciones de mi guía sé que sólo un puñado de ellos son discípulos que residen allí; los otros son visitantes de los alrededores. Por extraño que parezca, en aquel momento se levanta mi yogi y hace las presentaciones requeridas. Habla enérgicamente en tamil, acompañando sus palabras con una rica mímica, explicando el asunto a la compañía. Temo que con su relato mezcle algo de fábula, pues sus palabras producen gritos de admiración.

* * *

Ha terminado la comida del mediodía. Inmisericorde, el sol eleva la temperatura de la tarde hasta un grado que no he experimentado nunca. Es cierto que no nos encontramos muy lejos del Ecuador. Por esta vez me alegro de que la India haya sido favorecida con un clima que no fomenta la actividad; la mayor parte de la gente ha desaparecido, refugiándose bajo los árboles para echar una siesta. En consecuencia, puedo acercarme al Maharishee como yo lo prefiero, sin despertar

curiosidad o causar molestias.

Entro en la amplia sala y me siento cerca de él. Está reclinado a medias sobre algunos almohadones blancos, colocados en el diván. Alguien tira continuamente de la cuerda del punkah cuyo suave ronroneo así como el gentil movimiento de la pantalla al agitarse a través del bochornoso aire resuenan agradablemente en mis oídos.

El Maharishee tiene un manuscrito doblado entre las manos y escribe algo con extrema lentitud. Pocos minutos después de entrar yo, lo deja a un lado y llama a un discípulo. Hablan algunas palabras en tamil, y el último me dice que su maestro lamenta muchísimo mi incapacidad de participar de su comida. Llevan una vida muy simple, explica, y como nunca han residido europeos allí, no saben lo que acostumbran a comer. Agradezco al Maharishee y agrego que estaré muy satisfecho de compartir sus platos sin especias; por lo demás, conseguiré algún alimento en la ciudad. La cuestión de la dieta, añado, es mucho menos importante que el motivo de mi viaje hasta allí.

El sabio escucha con profundo interés; la expresión de su rostro es calma, imperturbable, sin comprometerse.

—Es un buen propósito —comenta finalmente.

Esas palabras me animan a extenderme sobre el mismo tema.

—Maestro, he estudiado nuestras ciencias y nuestros sistemas filosóficos de Occidente, he vivido y trabajado entre los habitantes de nuestras populosas ciudades, he gustado sus placeres y me he dejado atrapar por sus ambiciones. Sin embargo, he entrado en lugares aislados y paseado por allí entre la soledad de los profundos pensamientos. He interrogado a los sabios de Occidente; vuelvo ahora mi rostro hacia Oriente, buscando más luz.

El Maharishee asiente con la cabeza como diciendo: —Sí, lo entiendo muy bien.

—He oído muchas opiniones y escuchado numerosas teorías. Estoy cansado de ellas, soy escéptico frente a todo lo que no se puede demostrar por la experiencia personal. Perdóneme que lo diga, pero no soy religioso. ¿Hay algo más allá de la existencia material del hombre? Si es así, ¿cómo podría comprenderlo por mí mismo?

Los tres o cuatro devotos que se encuentran alrededor de nosotros nos observan asombrados. ¿Habré ofendido las costumbres de la ermita hablando tan brusca y audazmente a su maestro? No lo sé; quizá tampoco me importa. El peso acumulado en muchos años de deseo ha escapado inesperadamente a mi dominio y ha salido por mis labios. Si el Maharishee es el hombre que busco, ciertamente me entenderá, y no ha de preocuparse por algún paso en falso durante la conversación.

No responde verbalmente pero parece haberse dejado arrastrar por alguna corriente del pensamiento. Como no hay otra cosa que hacer y como se me ha soltado la lengua, me dirijo a él por tercera vez:

—Los sabios de Occidente, los que llamamos hombres de ciencia, obtienen muchos honores por su habilidad. Sin embargo han confesado que no pueden arrojar sino muy poca luz sobre la verdad que se oculta detrás de la vida. Según me dicen, hay algunos hombres en este país capaces de dar aquello que nuestros hombres de ciencia occidentales no pueden revelar. ¿Es así?

¿Puede usted ayudarme a encontrar la iluminación? ¿O será este estudio una simple ilusión?

He alcanzado durante esta conversación la meta propuesta y decido esperar la respuesta del Maharishee. Continúa mirándome fija y pensativamente. Tal vez reflexiona sobre mis preguntas.

Pasan diez minutos en silencio.

Finalmente abre los labios y habla bondadosamente:

—Usted dice *yo, yo quiero saber*. Dígame, ¿quién es yo?

¿Qué quiere decir? Prescinde ahora de los servicios del intérprete y habla directamente conmigo en inglés. La confusión se apodera de mi cerebro.

—Temo no entender su pregunta —replico desconcertado.

—¿No es clara? ¡Piense otra vez!

Reflexiono nuevamente sobre sus palabras. Por mi cabeza pasa de repente una idea como un rayo. Indico mi pecho con el dedo y menciono mi nombre.

—¿Se conoce usted?

—¡Toda mi vida! —replico sonriendo.

—¡Pero eso es sólo su cuerpo! Le pregunto nuevamente, *¿quién es usted?*

No puedo encontrar una respuesta inmediata a esta extraordinaria pregunta.

El Maharishee continúa:

—Conozca usted primero a ese yo y entonces conocerá la verdad.

Mi cerebro queda otra vez envuelto en brumas. Mi confusión encuentra una expresión verbal. Pero el Maharishee ha llegado evidentemente a los límites de su inglés, pues se dirige al intérprete y éste traduce lentamente:

—Sólo hay una cosa que hacer. Mire usted dentro de usted mismo. Hágalo de manera correcta y usted encontrará la respuesta a todos sus problemas.

Es una extraña réplica. Sin embargo insisto:

—¿Qué se debe hacer? ¿Qué método debo seguir?

—Puede encontrarse la luz mediante profundas reflexiones sobre la naturaleza del yo y la meditación constante.

—Me he entregado frecuentemente a la meditación sobre la verdad, pero no veo pruebas de progreso.

—¿Cómo sabe usted que no ha hecho progresos? No es fácil percibir sus propios éxitos en el campo del espíritu.

—¿Es necesaria la ayuda de un maestro?

—Podría serlo.

—¿Puede un maestro ayudar a un hombre a observar su propio yo de la manera que usted sugiere?

—Puede dar a un hombre todo lo que necesita para esa investigación. Eso se percibe por la experiencia personal.

—Con la ayuda de un maestro, ¿cuánto tiempo sería necesario para obtener una cierta iluminación?

—Todo depende de la madurez mental del que busca. La pólvora prende con la menor chispa pero el carbón requiere mucho tiempo para empezar a arder.

Tengo el extraño presentimiento de que no es del agrado del sabio discutir el tema de los maestros y sus métodos. Sin embargo mi tenacidad es lo suficientemente intensa como para pasar por encima de ese sentimiento, por lo que le hago otra pregunta más sobre el mismo tema. Vuelve la cara, con una expresión de absoluta prescindencia hacia la ventana, dirige la mirada hacia el paisaje de colinas que se encuentra más allá y no responde. Comprendo la indirecta y abandono el

tema.

—¿Quisiera el Maharishee expresar su opinión sobre el futuro del mundo, pues vivimos tiempos críticos?

—¿Por qué ha de preocuparse usted acerca del futuro? —pregunta el sabio—. ¡Ni siquiera conoce usted adecuadamente el presente! ¡Preocúpese usted de eso, que el futuro se encargará por sí mismo!

¡Otra réplica sin respuesta posible! Pero en esto no cederé tan fácilmente, pues vengo de un mundo donde las tragedias de la vida Oprimen a la gente mucho más intensamente de lo que ocurre en este pacífico refugio de la jungla:

—¿Se iniciará pronto para el mundo una nueva era de paz y ayuda mutua o se hundirá en el caos y en la guerra? —insisto en saber.

El Maharishee no parece encantado ni mucho menos, pero sin embargo replica:

—Hay Uno que gobierna el cosmos y es Él quien se ocupa de eso. Quien ha dado vida al mundo sabe lo que ha de hacer con él. Él lleva el peso del universo, no usted.

—Sin embargo, si uno observa las cosas sin prejuicios, es difícil ver dónde se encuentra esa paternal vigilancia —objeto yo.

El sabio parece aún más disgustado. Sin embargo responde:

—Como usted es, así es el mundo. Sin entenderse a sí mismo, ¿qué utilidad puede haber en tratar de comprender el universo? El que busca la verdad, no necesita preocuparse por eso. La gente desperdicia sus energías en esas cuestiones. Primero, encuentre usted la verdad que está detrás de su propio yo; entonces estará usted en mejor posición para comprender lo que está detrás del cosmos, del cual usted mismo es parte.

Se produce de pronto una pausa. Alguien enciende otra varilla perfumada de incienso. El Maharishee observa el humo azul que se eleva en espirales y retoma entonces su manuscrito. Despliega las páginas y empieza a trabajar nuevamente en él, expulsándome así del campo de su atención.

Esta renovada indiferencia suya es algo como un chorro de agua fría sobre mi amor propio. Sigo sentado durante otro cuarto de hora, pero bien veo que no está de humor para responder a mis preguntas. Sintiendo que nuestra conversación ha terminado realmente, me levanto del suelo de baldosas, uno las palmas de las manos en señal de despedida y le abandono.

* * *

Envío a alguien a la ciudad con órdenes de conseguir un vehículo, pues deseo inspeccionar el templo. Insisto en que me encuentre un carruaje de caballos, si hay uno en el lugar, pues si bien una carreta de bueyes tiene un aspecto muy pintoresco para el observador, no es tan rápida y confortable como podría desearse.

Cuando llego al patio, encuentro un coche de dos ruedas tirado por ponies. No tiene asientos, pero esa cuestión ya no me preocupa. El conductor es un hombre de aspecto bastante feroz, que lleva un turbante sucio en la cabeza. La otra pieza de vestimenta, la única prescindiendo de la que lleva en lugar de sombrero, es un tejido largo sin blanquear, uno de cuyos extremos pasa entre los muslos, mientras que el otro se mete en la cintura.

Después de un largo recorrido a través del polvoriento camino, la gran entrada al templo nos da la bienvenida con sus hileras de estatuas superpuestas. Desciendo del vehículo e inicio una ligera exploración.

—No sé los años que tendrá el templo de Arunachala —observa mi compañero en respuesta a una pregunta mía—; pero, como usted puede ver, su antigüedad debe ser de varios siglos.

Alrededor de las puertas y en la proximidad de ellas hay algunas pequeñas tiendas y ostentosos puestos de venta bajo las palmeras. Al lado de ellas se sientan vendedores humildemente vestidos que expenden imágenes de santos y pequeñas figuras de bronce de Shiva y otros dioses. Me asombra la preponderancia de las representaciones de la primera deidad, pues en otros lugares Krishna y Rama parecen ser los más favorecidos. Mi guía ofrece una explicación.

—De acuerdo con nuestras leyendas sagradas, el dios Shiva apareció una vez en la llama de un fuego que ardía en la roja montaña sagrada. En consecuencia, los sacerdotes del templo encienden anualmente una gran hoguera en memoria de ese hecho. Supongo que el templo fué construido para celebrarlo, ya que Shiva es aún la divinidad protectora de la montaña.¹

Unos pocos peregrinos recorren perezosamente las tiendas donde se puede comprar no sólo esas pequeñas imágenes de bronce, sino además pomposas cromolitografías en las que se representa algún hecho de las leyendas sagradas, libros de carácter religioso, borrosamente impresos en tamil o telegu, así como pintura de colores para dibujar en la frente el símbolo adecuado según la casta o la secta.

Se me acerca dubitativamente un mendigo leproso. Está desapareciendo a pedazos la carne de sus miembros. ¡Pobre hombre! Al parecer no está muy seguro de si lo alejaré de mí o si despertará compasión. La cara tiene una terrible rigidez, consecuencia de su enfermedad. Me avergüenzo cuando coloco algunas monedas en el suelo, sin atreverme a tocarlo.

Después atrae mi atención la entrada en forma de troncada pirámide egipcia cubierta de esculturas. Ese es el aspecto que tiene el pórtico grande, de altas torres. Junto con sus otros tres compañeros, domina el paisaje. Se ven a kilómetros de distancia antes de acercarse a ellos.

La fachada del templo está profusamente cubierta de esculturas y pequeñas estatuas raras. Se han tomado los temas de las leyendas y los mitos sagrados. Son una curiosísima mezcla. Se observa la solitaria representación de las divinidades hindúes entregadas a la devota meditación, o se ven sus formas entrelazadas en un amoroso abrazo, y uno se pregunta su sentido. Esto recuerda al observador que en el hinduismo hay algo para cada gusto, tal es la naturaleza de este credo que lo incluye todo.

Atravieso el recinto del templo encontrándome en una parte del enorme cuadrilátero. Aquella vasta estructura encierra un laberinto de columnatas, claustros, galerías, altares, habitaciones, corredores, espacios cubiertos y descubiertos. No es éste un edificio de piedra, cuya belleza columnaria embarga la emoción del viajero durante unos pocos minutos de muda admiración, como los patios de las divinidades cerca de Atenas; éste es un santuario tenebroso de oscuros misterios. Aquellos vastos ambientes me impresionan con su frío aire de soledad. El lugar es un laberinto, pero el paso de mi compañero es seguro. Desde afuera, los templos tienen un aspecto atractivo por el color rojizo de sus piedras, pero por dentro la sillería es de un gris ceniciento.

Atravesamos un claustro de espesos muros y anchos pilares esculpidos que sostienen los techos. Cruzamos corredores débilmente iluminados y oscuras cámaras, llegando finalmente a un vasto pórtico que se encuentra en el patio exterior del antiguo templo.

—¡El patio de las mil columnas! —anuncia mi guía mientras observo admirado aquella construcción, en la que el tiempo ha impreso sus huellas. Ante mí se extiende una fila cerrada de columnas de piedra, lisas o talladas, gigantescas. No hay un alma; el recinto está solitario y desierto; sus monstruosos pilares se destacan vaga y misteriosamente en la semipenumbra. Me acerco más para estudiar las viejas esculturas que adornan varias de sus caras, cada columna es una pieza monolítica; hasta el techo que soportan se compone de grandes losas planas. Nuevamente observo cómo se divierten los dioses y las diosas con ayuda del arte escultórico; otra vez me miran fijamente las caras esculpidas de animales conocidos y de otros que me son extraños.

Pisando las losas de aquellas galerías de columnas, cruzamos oscuros corredores, iluminados aquí y allá por pequeñas lámparas cuyas mechas están empapadas en aceite de ricino, llegando así a un recinto cerrado central. Sorprende agradablemente salir otra vez a la clara luz del sol. Ahora pueden observarse los cinco templos más bajos que adornan el interior del santuario. Están contruidos exactamente como las torres piramidales que señalan los portales de entrada, en el cuadrilátero de altos muros que encierra aquella construcción. Examinó la más próxima y deduzco que está contruida de ladrillos; la superficie decorada no está esculpida realmente en la piedra, es un modelado de barro cocido o alguna materia durable como el yeso. Algunas de las figuras estuvieron pintadas, pero los colores casi han desaparecido ya.

Entramos en el recinto cerrado, y después de cruzar algunos corredores oscuros y más largos en aquel estupendo templo, el guía me advierte que nos acercamos al sancta sanctorum central, que no pueden hollar pies europeos. Pero aunque ese recinto está prohibido a los infieles, se permite a estos últimos echar una mirada desde un oscuro corredor que conduce al umbral. Como para confirmar su advertencia, oigo ruidos de tambores y de gongs, así como el zumbido de los himnos de los sacerdotes, confundiéndose todo en un ritmo monótono que suena extrañamente en la obscuridad del antiguo templo.

Miro con expectativa. Entre las sombras se distingue una llama dorada que danza ante un ídolo; dos o tres débiles luces, iluminan los altares, y algunos pocos devotos durante la celebración de algún rito. No puedo distinguir las figuras de los sacerdotes que ejecutan la música, pero oigo la trompeta de caracol y el címbalo, que agregan sus notas ásperas y melancólicas a la música.

Mi acompañante murmura que será mejor abandonar el lugar, pues mi presencia es decididamente desagradable para los oficiantes. Nos retiramos a la somnolienta santidad de las partes exteriores del templo. Ha terminado mi exploración.

Cuando llegamos a los portones de entrada debo desviarme, pues un brahmán anciano está sentado en el suelo, en medio del camino, teniendo al lado un pequeño recipiente de bronce. Se pinta una ostentosa marca de su casta en la frente, mientras mantiene un pedazo de espejo roto delante de él. El tridente rojo y blanco que aparece entonces sobre su frente, signo del hindú ortodoxo del sur de la India, le da a los ojos de un occidental la grotesca apariencia de un payaso. Un apergaminado viejo, sentado en un tenducho delante de las puertas del templo, vende imágenes del divino Shiva y levanta los ojos para encontrarse con los míos; me detengo a comprar algo ante su mudo ofrecimiento.

En alguna parte, en el otro extremo de la ciudad, observo la brillante blancura de un minarete de mármol, por lo que dejo el templo y me dirijo a la mezquita local.

Siempre experimento una rara emoción ante los graciosos arcos de una mezquita y la delicada belleza de sus cúpulas. Otra vez me quito los zapatos y entro en el encantador templo blanco. ¡Qué bien ha sido planeado, pues su abovedada altura inevitablemente eleva el espíritu! Hay pocos devotos en aquel momento; están sentados, arrodillados o se prosternan sobre sus pequeñas y pintorescas alfombras de oración. Aquí no hay misteriosos santuarios, ni ostentosas imágenes, pues el Profeta ha escrito que nada debe interponerse entre el creyente y Dios, ni siquiera un sacerdote. Todos los devotos son iguales ante Alá. No hay oficiantes ni pundits, ni ninguna jerarquía de seres superiores que se introduzcan en las ideas de un hombre cuando vuelve su cara hacia la Meca.

Cuando regresamos por la calle principal observo las tiendas de los que cambian dinero, los lugares de expendio de dulces, los establecimientos de venta de tejidos, y los vendedores de granos de arroz. Todos viven de los peregrinos que acuden al antiguo santuario, al que se debe la fundación del lugar.

Tengo mucho interés ahora en volver a ver al Maharishee; el conductor urge a su pony a cubrir al trote la distancia que nos separa. Vuelvo la cabeza y echo una última mirada al templo de Arunachala. Las nueve torres cubiertas de esculturas se levantan al aire como si fueran pilares. Me relatan el paciente trabajo, en nombre de Dios, que se ha necesitado para construir el viejo templo, pues indudablemente se ha requerido la vida de más de un hombre para levantarlo. Nuevamente penetra hasta mi cerebro aquella extraña reminiscencia de Egipto. Hasta la arquitectura de las casas recuerda la tierra del Nilo, por sus techos bajos y sus espesos muros.

¿Llegará el día en que estos templos queden abandonados, silenciosos y desiertos, para convertirse lentamente en el polvo gris y rojo del cual provienen? ¿O encontrará el hombre nuevos dioses y construirá nuevos templos para adorarlos?

Mientras nuestro pony galopa por el camino hacia la ermita que se encuentra en una de las laderas de aquella colina cubierta de piedras, advierto, no sin auténtica sorpresa, que la Naturaleza muestra un verdadero desfile de la belleza ante nuestros ojos. ¡Con cuánta frecuencia, en Oriente, he esperado esta hora en que el sol, lleno de esplendor, va a acostarse en el lecho de la noche! Un atardecer oriental aprisiona el corazón con su amoroso despliegue de vívidos colores. Y sin embargo, todo ello pasa tan rápidamente que apenas dura media hora.

Son casi desconocidas aquí las prolongadas tardes otoñales de Europa. Allí por el oeste, una gran bola de fuego llameante hace su recorrido en descenso para hundirse en la jungla. Adopta un marcadísimo tono naranja como preludio de su rápida desaparición de la bóveda celeste. A su alrededor, el cielo toma todos los colores del espectro, regalando nuestros ojos con un festín que ningún pintor podrá producir jamás. Los campos y los bosques que nos rodean han entrado en una tranquilidad de éxtasis. Ya no se oyen los gorjeos de los pajarillos. La charla de los monos salvajes ha cesado. El gigantesco círculo de rojo fuego desaparece rápidamente en otra dimensión. La cortina del crepúsculo cae aún más espesamente y muy pronto el panorama de serpeantes lenguas de fuego y de colores extendidos se hunde en la oscuridad.

La calma penetra en mis pensamientos, la belleza de todo me llega al alma. ¿Cómo pueden olvidarse estos tranquilos minutos que el destino nos ha asignado, pues nos inducen a jugar con la idea de que probablemente se oculta un Poder benevolente y bello detrás del aspecto cruel de la vida? Esos minutos avergüenzan nuestros horas de todos los días. Salen del oscuro vacío como un meteoro para iluminar un fugitivo sendero de esperanza y desaparecen en seguida de nuestra

conciencia.

* * *

Las luciérnagas giran alrededor del jardín de la ermita, dibujando extrañas formas luminosas sobre el telón de fondo de la oscuridad. Cuando entro en la amplia sala y me dejo caer en el suelo para sentarme, un sublime silencio parece haber invadido el lugar e impregnar el mismo aire.

Las personas reunidas están sentadas a lo sastre, pero entre ellos no se habla, ni se produce el menor ruido. En el diván del rincón está sentado el Maharishee con las piernas dobladas y los pies debajo de su cuerpo; sus manos descansan sobre las rodillas sin apoyarse en ellas. Su figura me llama nuevamente la atención por su simplicidad y modestia, aunque también es digna e impresionante. La cabeza está noblemente equilibrada como la de un sabio homérico. Sus ojos miran inmóviles hacia el otro extremo de la sala. Aquella extraña fijeza de la mirada es tan apasionante como siempre. ¿Habría estado observando por la ventana el último rayo de luz que desaparece en el cielo o estará sumergido en alguna abstracción, parecida al sueño, como para no ver nada de este mundo material?

La consabida nube de incienso flota entre las vigas de maderas del techo. Me siento y trato de fijar la mirada en el Maharishee, pero después de un tiempo experimento como un deseo de cerrar los ojos. No tardo mucho en caer en un estado de semivigilia, adormecido por la paz intangible que, en la proximidad del sabio, empieza a apoderarse más profundamente de mí. Finalmente se produce una brecha en mi conciencia y tengo un vivido sueño.

Parece que me he convertido en un chico de cinco años. Me encuentro en un áspero sendero que asciende dando vueltas alrededor de la montaña sagrada de Arunachala y tengo entre las mías la mano del Maharishee; pero éste es una figura alta como una torre, pues parece haber adquirido la estatura de un gigante. Me conduce alejándome de la ermita y, a pesar de la impenetrable oscuridad de la noche, me guía por aquel sendero que recorreremos juntos lentamente. Después de un tiempo, la luna y las estrellas conspiran para arrojar una débil luz sobre lo que nos rodea. Noto que el Maharishee me guía cuidadosamente evitando las fisuras de aquel suelo rocoso y por entre monstruosos cantos rodados en equilibrio inestable. La pendiente es abrupta y nuestro ascenso lento. Aparecen pequeñas ermitas y cuevas ocultas entre hendiduras de la roca y los cantos rodados o refugiadas bajo amontonamientos de arbustos. Cuando pasamos, los habitantes salen para saludarnos y, aunque a la luz de las estrellas sus figuras tienen una apariencia espectral, reconozco que son yogis de varias clases. Nunca interrumpimos nuestra marcha sino que seguimos el ascenso hasta alcanzar la cima. Nos detenemos al fin, mientras mi corazón late fuertemente, con el extraño presagio de que un hecho de la mayor importancia ha de ocurrirme.

Se vuelve el Maharishee y mira hacia abajo, hacia mi cara; yo, a mi vez, le observo como esperando algo. Tengo conciencia de un cambio misterioso que se produce rápidamente en mi corazón y en mi alma. Empiezan a huir de mí los viejos incentivos que antes me atraían. Los apremiantes deseos que han movido mis pies de aquí para allá desaparecen con increíble rapidez. Las preferencias injustificadas, los malentendidos, la frialdad y el egoísmo que han distinguido mis relaciones con algunos de mis semejantes, se hunden en el abismo de la nada. Una indecible

paz cae sobre mí, ahora sé que no tengo nada más que pedir a la vida.

De repente el Maharishee me ordena que mire hacia el pie de la colina. Le obedezco y con gran asombro de mi parte descubro que allá abajo, muy lejos, se extiende el hemisferio occidental de nuestro planeta. Está lleno hasta los topes por millones de personas; puedo discernirlos vagamente como apretadas formas, pero la obscuridad de la noche los envuelve como un sudario.

Llega entonces a mis oídos la voz del sabio que pronuncia lentamente sus palabras:

—Cuando vuelvas allá poseerás esta paz de que ahora gozas. Pero su precio consiste en que de hoy en adelante deseches la idea según la cual eres este cuerpo o este cerebro. ¡Cuando esa paz fluya en ti, deberás olvidar tu propio yo, pues tendrás que volver tu vida hacia ESTO!

Y el Maharishee coloca en mi mano el extremo de un hilo de plata.

Despierto de aquel sueño extraordinariamente vivido sintiendo su penetrante sublimidad. Inmediatamente los ojos del Maharishee se encuentran con los míos. Tiene el rostro vuelto hacia mí y me mira fijamente en los ojos.

¿Qué significa ese sueño? Pues los deseos y la amargura de la vida desaparecen en el olvido por un momento. Este estado de elevada indiferencia por el yo y de profunda piedad por mis semejantes, que ha producido la visión, no me abandona aunque ya estoy despierto. Es una extraña experiencia. Pero si ella tiene algún contenido real no durará; eso no es todavía para mí.

¿Cuánto tiempo he estado sumergido en el sueño? Todos empiezan a levantarse y se preparan para acostarse. Por fuerza he de seguir su ejemplo.

El aire de aquella larga sala, muy poco ventilada, es demasiado opresivo para poder conciliar el sueño, por lo que prefiero el patio. Un discípulo alto y de barba gris me trae una lámpara y me aconseja que la deje encendida toda la noche. Existe la posibilidad de visitantes indeseables como serpientes y aun cheetahs, pero todos ellos retroceden ante la luz.

La tierra es dura y, como no dispongo de una manta, no puedo dormirme hasta que han pasado varias horas. Pero eso no importa, tengo materia suficiente para reflexionar, pues creo que en el Maharishee he encontrado la más misteriosa personalidad, puesta hasta ahora por la vida en la órbita de mi experiencia.

El sabio parece poseer algo de gran importancia para mí, aunque no puedo determinar fácilmente su naturaleza exacta. Es intangible, imponderable y tal vez espiritual. Cada vez que pienso en él esa noche, en cuanto recuerdo aquel vivido sueño, me siento atravesado por una sensación peculiar que hace palpitar mi corazón con elevadas, aunque vagas esperanzas.

Durante los días siguientes trato de llegar a un contacto más estrecho con el Maharishee, pero no tengo éxito. Hay tres razones para ese fracaso. La primera proviene, naturalmente, de su propio carácter reservado, su evidente repugnancia por las discusiones, su absoluta indiferencia ante las opiniones o las creencias de los demás. Es claro como la luz del día que el sabio no desea convertir a nadie a sus propias ideas, cualesquiera que sean, y agregar una persona más a su cortejo de discípulos.

La segunda causa es ciertamente extraña, pero existe. Desde aquel sueño peculiar siento un profundo temor respetuoso cada vez que me encuentro en su presencia. Se callan las preguntas que de otra manera hubieran acudido locuazmente a mis labios, pues parece casi sacrilego considerarlo como una persona con la que se puede charlar y argumentar en un plano de igualdad, por lo menos en lo que respecta al común de la humanidad.

La tercera razón de mi fracaso es bastante simple. Casi siempre hay otras personas en la sala y

no me siento inclinado a exponer públicamente mis ideas particulares en su presencia. Después de todo soy un extraño para ellos, extranjero por añadidura. Para algunos discípulos carece de importancia mi lengua materna diferente, pero sí la tiene mi visión cínica y escéptica de las cosas, que no está frenada por la emoción religiosa cuando intento expresarme. No tengo ningún deseo de herir su susceptibilidad piadosa, pero tampoco quiero discutir este asunto desde un punto de vista que no me atrae. Así, en una cierta medida, esto me ata la lengua.

No es fácil encontrar un camino libre de obstáculos a través de estas tres barreras; varias veces estoy a punto de plantear una cuestión al Maharishee, pero interviene uno de los tres factores para provocar mi fracaso.

Pasa rápidamente mi proyectado fin de semana y lo extiende a ocho días. Probablemente la primera conversación que tuve con el Maharishee será también la última. Fuera de uno o dos cambios de ideas completamente superficiales y convencionales, me siento incapaz de atraer la atención de ese hombre.

Pasa la semana y la extiendo a una quincena. Cada día siento más la bella paz de la atmósfera mental del sabio y la serenidad que impregna el mismo aire que le rodea.

Llega el último día de mi visita sin haber podido acercarme. Mi estadía ha sido una mezcla, como el suplicio de Tántalo, de sublimes estados de espíritu y de descorazonadores fracasos para conseguir algún contacto personal digno de ese nombre con el Maharishee. Echo una mirada por la sala y siento un leve desaliento. La mayoría de estos hombres hablan un idioma distinto del mío, tanto en lo espiritual como en lo lingüístico; ¿cómo puedo esperar acercarme a ellos? Miro al mismo sabio. Está sentado allí en una altura olímpica y observa el panorama de la vida como si no formara parte de ella. Hay una misteriosa cualidad en este hombre que lo distingue de todos los que hasta ahora he conocido. De alguna manera comprendo que no nos pertenece, que tiene menos de la raza humana que de la naturaleza del pico solitario que se eleva bruscamente detrás de la ermita, del áspero sendero de la jungla que se extiende a los lejos, hacia los bosques distantes, y del cielo impenetrable que llena todo el espacio.

Algo de lo pétreo e inmóvil del solitario Arunachala parece haber entrado a formar parte del Maharishee. Me he enterado de que vive en la colina desde hace 30 años, y que se niega a abandonarla aún para un corto viaje. Una asociación tan estrecha debe producir inevitablemente su influjo sobre el carácter de un hombre. Sé que ama esta colina, pues alguien me ha traducido algunas pocas líneas de un poema encantador aunque patético, escrito por el sabio para expresar su amor. Exactamente como esta aislada cumbre se levanta al borde de la jungla y alza su achatada testa hacia los cielos, así levanta el Maharishee, este hombre extraño, su propia cabeza solitaria, casi única por su grandeza, en la jungla de la humanidad común; así como Arunachala se levanta apartada de la cadena irregular de colinas que rodea todo el paisaje, así el Maharishee permanece misteriosamente aislado, aun cuando le rodean sus propios devotos, hombres que le aman y han convivido con él durante años. Esa propiedad impersonal, impenetrable de toda la naturaleza, tan peculiarmente perceptible en esta montaña sagrada, es parte suya ahora, A veces me sorprende deseando que fuera un poco más humano, un poco más susceptible a lo que parece normal en nosotros, pero que resultan ser debilidades del común de la gente cuando se encuentra en su presencia. Sin embargo, si ha alcanzado realmente alguna altura sublime, más allá de la medianía, ¿cómo puedo esperar que lo haga sin sobrepasar al hombre, sin dejar atrás para siempre nuestra perezosa especie? ¿Por qué bajo su extraña mirada experimento invariablemente un sentimiento

peculiar de esperanza como si muy pronto debiera hacerse alguna importante revelación?

Sin embargo, más allá de los momentos de palpable serenidad y del sueño que brilla como una estrella en el cielo de mi memoria, no he recibido ninguna revelación verbal o de otra clase. Me siento algo desesperado por la presión del tiempo. ¡He perdido casi una quincena y sólo he tenido una conversación de alguna importancia! Hablando metafóricamente, hasta la rudeza de la voz del sabio ha contribuido a mantenerme alejado. Esta recepción desacostumbrada es algo inesperado para mí, pues no he olvidado las brillantes promesas con las que me tentó el santo ataviado de amarillo. Lo que equivale al suplicio de Tántalo es mi deseo de que el sabio, entre todos los hombres, suelte la lengua en mi beneficio, pues una idea única ha tomado posesión de mi cabeza. No se produce por ningún raciocinio; llega sin que se lo pida, enteramente por su propia fuerza.

—Este hombre se ha liberado de todos los problemas y ningún mal puede alcanzarle.

Tal es el sentido de esta idea que me domina.

Resuelvo hacer otra tentativa para expresar mis preguntas en voz alta e inducir al Maharishee a responderlas. Visito a uno de sus antiguos discípulos, que está trabajando en el chalet de al lado y que ha sido extramadamente bondadoso conmigo, y le hablo seriamente de mi deseo de tener una conversación final con su maestro. Confieso mi timidez para emprender esa tarea, solo. El discípulo sonrío compasivamente. Se va y vuelve muy pronto para anunciarme que el sabio tendrá el mayor placer en concederme una entrevista.

Me apresuro a ir a la sala donde me siento convenientemente cerca del diván. El Maharishee vuelve inmediatamente su cara hacia mí, mientras su boca pierde rigidez al sonreír. En seguida me siento tranquilo y empiezo a preguntar.

—Los yogis dicen que uno debe renunciar al mundo y retirarse a las montañas o a la solitaria jungla si se desea encontrar la verdad. Difícilmente puede hacerse eso en Occidente; nuestros métodos de vida son muy distintos. ¿Coincide usted con su opinión?

El Maharishee se vuelve hacia un discípulo brahmán de aire cortés que traduce su respuesta.

—No es necesario renunciar a la vida de acción. Usted puede cumplir sus obligaciones, si medita una o dos horas cada día. Si lo hace como se debe, la corriente mental inducida continuará fluyendo aún durante su trabajo. Es como si existieran dos modos de expresar la misma idea; la misma línea que usted siga en sus meditaciones se expresará en su actividad.

—¿Qué resultado dará eso?

—Al proseguir, usted experimentará un cambio gradual en su actitud respecto a las personas, los hechos y los objetos; las acciones tenderán a seguir, por su propia cuenta, sus meditaciones.

—Entonces, ¿no coincide usted con los yoguis? —digo tratando de acorralarlo.

Pero el Maharishee evita una respuesta directa.

—Un hombre debe renunciar al egoísmo que une su personalidad a este mundo; prescindir del falso yo es la verdadera renunciación.

—¿Cómo es posible prescindir del egoísmo llevando una vida activa en el mundo?

—No existe ninguna oposición entre el trabajo y la sabiduría.

—¿Quiere usted decir que se pueden continuar las actividades de la antigua profesión y al mismo tiempo progresar por el sendero espiritual?

—¿Por qué no? Pero en ese caso uno no pensará que hace el trabajo la antigua personalidad, pues la propia conciencia trasladará su punto de apoyo hasta estar centrada en Aquello más allá del insignificante yo.

—Si una persona se encarga de un trabajo le quedará muy poco tiempo para meditar.

El Masharishee no parece amedrentarse por mis difíciles cuestiones.

—Establecer una hora de meditación es sólo para los novicios —replica—. Un hombre que progresa empezará a gozar de una beatitud más profunda, trabaje o no. Mientras sus manos crean en colaboración con otros, mantiene serena su cabeza en la soledad.

—Entonces, ¿no enseña usted el sendero de la yoga?

—El yogi trata de conducir su alma hacia la meta como un mozo de establo lleva a un toro con un palo, pero en este camino el que busca tienta al vacuno manteniendo delante de él un puñado de hierba.

—¿Cómo se hace eso?

—Debe preguntarse: *¿quién soy yo?* Esa investigación le conducirá finalmente al descubrimiento de algo en usted que está más allá del alma. Resuelva ese gran problema y habrá resuelto todos los otros.

Hay una pausa durante la cual trato de digerir esa respuesta. A través de aquel desnudo y enrejado agujero de forma cuadrada que hace de ventana, como en tantos otros edificios hindúes, veo las estribaciones inferiores de la colina sagrada. Su extraño aspecto está bañado en la luz del sol matinal.

El Maharishee se dirige a mí otra vez:

—¿Será más claro si lo expreso de otra manera? Todos los seres humanos desean una felicidad interminable, que no esté manchada por la tristeza. Ese instinto es natural. Pero, ¿no le ha llamado profundamente la atención que amen su propio yo por encima de todas las cosas?

—Bien... ¿y?

—Relacione usted ahora ese hecho con el continuo deseo de la gente de alcanzarlo por un medio u otro: el alcohol o la religión, y tendrá “usted una clave de la verdadera naturaleza del hombre.

—No puedo entender...

La voz sube de tono.

—La auténtica naturaleza del hombre es la felicidad. La felicidad es innata en el yo. La búsqueda de la felicidad es la búsqueda inconsciente del yo. El yo es imperecedero; en consecuencia, cuando un hombre lo encuentra, halla una felicidad sin término.

—Pero, ¡hay tanta desdicha en el mundo!

—Sí, pero proviene de que la gente ignora su verdadero yo. Todos los hombres, sin excepción, consciente o inconscientemente, lo buscan.

—¿Aun los malvados, los brutos y los criminales? —pregunto yo.

—Pecan, tratando de encontrar la felicidad del yo en toda transgresión que cometen. Esa tendencia es instintiva en el hombre, aunque no saben que buscan su verdadero ego, por lo que se meten primero en esos malvados caminos como si fueran senderos hacia la felicidad. Naturalmente, son rutas equivocadas, pues los actos del hombre se vuelven de reflejo sobre él.

—¿Sentiremos entonces una dicha duradera cuando conozcamos el verdadero yo?

El sabio inclina la cabeza en señal de asentimiento.

Un oblicuo rayo de sol pasando por la ventana sin vidrios, cae sobre el rostro del Maharishee. La serenidad aparece en aquella frente sin arrugas, la satisfacción alrededor de la firme boca, en sus ojos brillantes hay la paz de una ermita. Su reposado continente no contradice la revelación de

sus palabras.

¿Qué quiere decir el Maharishee con esas sentencias aparentemente simples? El intérprete me ha proporcionado su sentido externo en inglés, pero hay una intención más profunda que no puede darme. Sé que debo descubrirlo por mí mismo. El sabio parece hablar, no como filósofo, no como un pundit que trata de exponer su propia doctrina, sino de lo profundo de su propio corazón. ¿Serán esas palabras índice de su propia y afortunada experiencia?

—¿Qué es exactamente ese yo del que usted habla? ¿Si lo que usted dice es cierto debe existir otro yo. en el hombre?

Sus labios se curvan en un sonrisa durante un momento.

—¿Puede un hombre poseer dos identidades, dos egos? —responde—. Para entender esto es necesario que se analice a sí mismo. Se ha acostumbrado durante mucho tiempo a pensar como lo hacen los demás, nunca se ha enfrentado con su verdadero yo de manera adecuada. No posee una representación correcta de sí mismo; durante mucho tiempo se ha identificado con el cuerpo y el cerebro. En consecuencia, le digo que prosiga esa investigación: *¿quién soy yo?*

Hace una pausa para que me empape en esas ideas. Escucho con la mayor atención sus próximas palabras.

—Usted me pide que le describa ese verdadero yo. ¿Qué puedo decirle? Es aquello de lo que proviene ese sentido de un ego personal en el que debemos desaparecer.

—¿Desaparecer? —repito como un eco—. ¿Cómo puede perderse el sentido de la propia personalidad?

—La primera, la que está al frente de todas, la más primitiva de todas las ideas, en la inteligencia de todo hombre, es la del yo. Sólo después de haber nacido ella pueden originarse otras. Sólo después de haberse producido en la mente el primer pronombre personal, puede aparecer el segundo: *tú*. Si usted pudiera seguir ese hilo del yo hasta su fuente, descubriría que así como es el primero en aparecer, es el último en desaparecer. Ese es un hecho comprobado.

—¿Afirma usted que se puede hacer esa investigación mental en uno mismo?

—¡Ciertamente! Es posible penetrar hacia el interior hasta que la última idea del yo haya desaparecido.

—¿Qué queda entonces? —inquiero—. ¿Perderá el hombre por completo la conciencia o se convertirá en un idiota?

—¡De ninguna manera! Alcanzará la conciencia de la inmortalidad y se convertirá en un auténtico sabio, cuando haya despertado a su yo real, que es la verdadera naturaleza del hombre.

—Pero ciertamente el sentimiento del *yo*, ¿subsiste aún en ese caso? —persisto.

—El sentido del *yo* pertenece a la persona, al cuerpo y al cerebro —replica el Maharishee calmosamente—. Cuando un hombre conoce su verdadero yo por primera vez, desde lo profundo de su ser se eleva algo que se posesiona de él y que se encuentra detrás de la mente: es infinito, divino y eterno. Algunos lo llaman el reino de los cielos, otros el alma, otros nirvana; nosotros los hindúes lo llamamos liberación; usted puede darle el nombre que desee; cuando eso ocurre un hombre no se ha perdido; por el contrario, se ha encontrado a sí mismo.

Cuando las últimas palabras caen de la boca del intérprete, pasan como un rayo por mi cabeza aquellas memorables sentencias de un errante maestro de Galilea que son un enigma para tanta buena gente: *El que halla su alma la perderá; y el que perdiere su alma por mí, la hallará.*²

¡Qué extraña es la semejanza de ambas frases! Sin embargo, el sabio hindú ha llegado a la

misma idea por un camino que no tiene nada de común con el de Cristo, a través de un sendero psicológico que parece ser extremadamente difícil y poco común.

El Maharishee habla de nuevo y sus palabras irrumpen entre mis pensamientos.

—A menos que un hombre emprenda esa investigación del verdadero yo, la duda y la incertidumbre seguirán sus pasos durante toda la vida. Los más grandes reyes y hombres de estado tratan de gobernar a otros, mientras que en lo profundo de sus corazones saben que no pueden gobernarse a sí mismos. Sin embargo, la potencia más grande está al servicio del que ha penetrado en su más íntima profundidad. Hay personas de inteligencia gigantesca que pasan sus vidas reuniendo conocimientos acerca de muchas cosas. Pregúnteles usted si han resuelto el misterio del hombre, si se han conquistado a sí mismos, y dejarán caer la cabeza avergonzados. ¿Qué utilidad tiene conocer todas las cosas si usted no sabe quién es? La gente evita esa investigación del verdadero yo, pero ¿hay algo más digno de emprender?

—Esa es una tarea difícil, casi sobrehumana —comento yo.

El sabio se encoge casi imperceptiblemente de hombros.

—La cuestión de su posibilidad es algo que depende de la experiencia personal. La dificultad es menos real de lo que usted piensa.

—Para nosotros, occidentales activos y prácticos, esa introspección... —digo empezando a hablar y dejando la frase cortada en el aire.

El Maharishee se inclina para encender una varilla perfumada que reemplaza a otra cuyo rojo brillo agoniza.

—La comprensión de la verdad es la misma para los hindúes y los europeos. Admito que el camino hacia ella puede ser más duro para los que están aprisionados por la vida mundana, pero aun entonces se puede y se debe conquistar. Es factible mantener mediante el hábito la corriente inducida por la meditación. Entonces uno puede llevar a cabo su trabajo y efectuar sus actividades dentro de esa misma corriente sin interrupción. Además, así no habrá diferencia entre la meditación y la actividad externa. Si reflexiona en esa cuestión, *¿quién soy yo?*; si empieza a percibir que no es ni su cuerpo, ni su cerebro, ni sus deseos, esa misma actitud investigadora arrancará para usted la respuesta de las profundidades de su propio ser, llegará por sí misma, como una profunda comprensión.

Otra vez reflexiono sobre sus palabras.

—Conozca usted su propio yo —continúa diciendo—, entonces la verdad brillará dentro de su corazón como la luz del sol. Nada perturbará su mente y la inundará la verdadera felicidad, pues ella y el verdadero yo son idénticos. Usted ya no tendrá más dudas cuando alcance esa conciencia de sí mismo.

Vuelve la cabeza y fija la mirada en el otro extremo de la sala. Comprendo entonces que ha llegado al límite impuesto a su conversación. Así termina nuestra última entrevista; me felicito de haberle sacado de su mutismo antes de mi partida.

* * *

Le abandono y me dirijo a un pacífico lugar de la jungla, donde paso la mayor parte del día entre mis notas y libros. Cuando empieza la noche, vuelvo a la sala, pues dentro de una hora o dos

llegará un coche tirado por un pony o una carreta de bueyes para abandonar la ermita.

El incienso al arder convierte el aire en oloroso. Cuando entro, el Maharishee está semirreclinado bajo el punkah, pero pronto se sienta y adopta su postura favorita: las piernas cruzadas, el pie derecho sobre el muslo izquierdo y la pierna izquierda simplemente doblada bajo el muslo derecho. Recuerdo que Brama, el yogi que vive cerca de Madrás, me enseñó una postura parecida que llamó “la posición comfortable”. En realidad es una actitud semibúdica y muy fácil de efectuar. Como tiene por costumbre, el Maharishee apoya la barbilla en una mano que sostiene con la rodilla; después me observa atentamente y en silencio. A su lado, en el suelo, observo la calabaza donde tiene el agua, y su bastón de peregrino de bambú. Es lo único que posee en la tierra fuera de su persona. ¡Qué mudo comentario de nuestro espíritu occidental de adquisición!

Sus ojos, siempre brillantes, adquieren continuamente un aspecto vidrioso e inmóvil; su cuerpo se pone rígido; tiembla ligeramente la cabeza y después permanece inmóvil. Pocos minutos más y es evidente, para mí, que ha vuelto a aquel estado parecido al trance en el que le observé por primera vez. Alguien acerca su cara a la mía y murmura a mi oído:

—El Maharishee ha entrado en un santo trance y es inútil hablarle ahora.

El silencio cae sobre la pequeña reunión. Los minutos pasan lentamente, pero eso sólo ahonda el silencio. No soy religioso pero no puedo resistir un sentimiento creciente de temor mezclado con respeto, que empieza a apoderarse de mi alma, así como una abeja no puede dejar de libar una flor que despliega atractivamente su belleza. Invade la sala un poder sutil, intangible e indefinible, que me afecta profundamente. Sin duda, sin vacilación, siento que el centro de esa misteriosa irradiación no es otro que el Maharishee mismo.

Sus ojos brillan con asombrosa luz. Empiezan a producirse en mí extrañas sensaciones. Aquellas órbitas lustrosas parecen ver los más profundos recesos de mi alma. De manera peculiar, tengo conciencia de todo lo que él puede observar en mi corazón. Su misteriosa vista penetra mis pensamientos, mis emociones, mis deseos, soy impotente frente a ella. Al principio esa mirada desconcertante me molesta, me siento vagamente incómodo. Comprendo que percibe páginas de un pasado que he olvidado. Estoy seguro de que lo sabe todo. Soy incapaz de escapar, además tampoco quiero hacerlo. Algún curioso presentimiento de un beneficio futuro me obliga a soportar esa mirada inmisericorde.

Durante un tiempo sigue sopesando el bajo valor de mi alma, percibiendo mi abigarrado pasado y las confusas emociones que me han conducido de aquí para allá. Pero siento que comprende el deseo de conocer, que devasta mi alma y que me ha obligado a dejar el camino trillado y a buscar hombres como él.

Se produce un cambio imperceptible en la corriente telepática que circula entre nosotros, mientras mis ojos parpadean frecuentemente, aunque los suyos permanecen inmóviles, sin pestañear en absoluto. Siento que une definitivamente su alma con la mía, que seduce mi corazón hasta aquella paz de la que él parece gozar perpetuamente. En esa extraordinaria tranquilidad encuentro un sentido de exaltación y de ligereza. Parece detenerse el tiempo. Se alivia mi corazón de su carga de preocupaciones. Siento que nunca más me afligirán ni la amargura de la rabia ni la melancolía de los deseos insatisfechos. Comprendo profundamente que el instinto abismal, innato en nuestra especie, que ordena al hombre mirar hacia arriba, que le anima a seguir esperando, que le sostiene cuando se obscurece el horizonte de la vida, es algo real, pues la esencia del ser es la bondad. En aquel bello silencio de trance, cuando se detiene el reloj, cuando las pesadumbres y

los errores de la vida pasada parecen cosas triviales, mi mente se sumerge en la del Maharishee y la sabiduría se encuentra ahora en su perihelio. ¿Qué es la mirada de este hombre sino una vara mágica que evoca un mundo oculto de inesperado esplendor ante mis ojos de profano?

Muchas veces me he preguntado por qué estos discípulos han permanecido durante años alrededor del sabio, con pocas oportunidades de conversación, muy pocas comodidades y ninguna actividad externa que los atraiga. Ahora empiezo a entender, no por el razonamiento, sino por una intuición como el rayo, que durante todos estos años han tenido un premio silencioso y profundo.

Hasta ahora todos en la sala han mantenido un silencio de muerte. Finalmente uno se levanta sin hacer ruido y, se va. Le sigue otro más, hasta que se van todos.

¡Estoy solo con el Maharishee! ¡Nunca ha ocurrido eso antes! Sus ojos empiezan a cambiar, se estrechan hasta convertirse en puntos diminutos. El efecto se parece mucho al de la concentración de la lente en una cámara fotográfica. Se produce un tremendo aumento en la intensidad del brillo que se asienta entre los párpados, semicerradas ahora. ¡De repente mi cuerpo parece desaparecer y ambos nos encontramos en el espacio!

Es un momento decisivo. Dudo... y decido romper el sortilegio de aquel encantador. La decisión trae la capacidad de ejecución y una vez más encuentro mi carne de vuelta en la sala.

No se cruza ninguna palabra entre nosotros. Pongo otra vez mis facultades en lo que me rodea, miro el reloj y me levanto silenciosamente. Ha llegado la hora de partir.

Inclino la cabeza en señal de despedida. El sabio acepta en silencio el gesto. Murmuro unas palabras de agradecimiento. Otra vez el Maharishee mueve la cabeza asintiendo.

Me detengo indeciso en el umbral. Allá afuera oigo sonar los cascabeles. Ha llegado la carreta de bueyes. Levanto una vez más las manos con las palmas juntas.

Así nos despedimos.

Capítulo X

ENTRE MAGOS Y SANTOS

El espacio y el tiempo, esos provocativos enemigos del hombre, aceleran otra vez mi pluma. Nuevamente mis pies deben dar gigantescos pasos durante esta jomada por Oriente, mientras mi pluma escribe algunas de las cosas más notables que son dignas de ponerse por escrito.

Ciertamente, el faquir que posee unos pocos trucos, el mago de la calle, tiene para mi, como para cualquier otra persona, un interés natural. El mío es sólo momentáneo, pues puede arrojar muy poca luz sobre los grandes misterios de la vida humana, los únicos que merecen las más profundas reflexiones. Sin embargo, su presencia es una diversión y a veces me aparto de mi camino para preguntar por él.

Voy a describir unos pocos de los que he encontrado durante mis peregrinaciones, señalando con la pluma tipos de hombres sumamente diversos. Recuerdo uno de ellos, aunque sólo se trata de un simple prestidigitador que encontré en Rajahmundry, tranquila ciudad en la parte noreste de la presidencia de Madrás.

Paseando sin rumbo fijo, llego a un lugar donde mis zapatos se hunden en la blanda arena que cubre el sudo. Finalmente alcanzo una estrecha calle que conduce a un bazar. Mientras camino a través del sofocante aire, veo ancianos sentados a lo sastre en los portales abiertos, niños que juegan entre la basura, un chiquillo completamente desnudo que sale corriendo de una casa para desaparecer inmediatamente en cuanto percibe al extranjero.

En el largo y bullicioso bazar, los mercaderes ancianos sentados en sus tiendas se acarician expectantes la barba a mi paso; los vendedores de grano y artículos alimenticios están a la turca delante de sus puestos al aire libre, mientras un ejército de moscas se ocupa en atacar sus mercancías. Al poco tiempo llego a un templo de apariencia algo ostentosa; al aproximarme sale de la obscuridad un pequeño grupo de hombres y mujeres. Los leprosos, los lisiados y los que carecen de todo, se dan cita cerca de los templos y de las estaciones de ferrocarriles en la mayoría de las ciudades de la India para obtener limosnas de los creyentes y de los viajeros. Los devotos se meten silenciosamente en el templo pisando con sus pies desnudos el polvo de las piedras de la escalinata. ¿Entraré yo también y observaré los oficios del sacerdote? Discuto la cuestión conmigo mismo y me decido por la negativa.

Prosigo mi prolongado paseo hasta que observo un joven que marcha delante de mí. Viste una

camisa europea, aunque la usa al revés como es costumbre en la India, y una faja suelta; en su mano derecha lleva unos libros encuadernados en tela. Cuando llego hasta él, vuelve instintivamente la cabeza, nuestras miradas se encuentran y se inicia nuestra amistad.

Las experiencias de mi profesión me han enseñado a respetar las convenciones siempre que sea posible o a prescindir de ellas cuando se encuentran entre uno y el objetivo que se ha propuesto. Me gusta viajar, aunque generalmente de una manera muy poco convencional, por lo que mis peregrinaciones por la India difícilmente podrán ser un modelo para la agencia Cook o para el turista que no sea un bohemio.

Resulta que el joven estudia en una escuela local; tiene aspecto de ser persona de inteligencia general, lo que le hace sumamente atractivo. Además parece preocuparse por la antigua cultura de su patria; cuando le explico mi interés por ese tema, su satisfacción no conoce límites. Descubro también que todavía no se ha contagiado de la histeria política que ataca a la mayoría de los estudiantes jóvenes de las ciudades, pues la India se encuentra en las angustias del amplio torbellino que ha provocado Gandhi en su esfuerzo por perturbar las relaciones entre dominadores blancos y dominadores de color.

Media hora más tarde me guía hasta un espacio abierto, donde se ha reunido una muchedumbre a la expectativa. En su centro se encuentra un hombre que aúlla algo con toda la fuerza de sus pulmones. El joven me explica que su declaración a gritos consiste principalmente en una lista de maravillosos poderes de la yoga, que aquel hombre afirma poseer.

El yogi por derecho propio tiene un cuerpo atlético, la cabeza alargada, hombros fuertes y anchos y un abdomen que empieza a hincharse estirando el pedazo de tela de algodón arrollada alrededor de las caderas y que es parte de su vestimenta. Además lleva un ropaje largo blanco y suelto. Me parece que hay demasiada jactancia, pero cuando pretende efectuar el milagro del árbol del mango, si se le ofrece suficiente remuneración monetaria, me uno a otros arrojando a sus pies unas pocas monedas.

Empieza colocando una espaciosa tinaja llena de tierra rojiza y parda ante él, después de lo cual se sienta a lo sastre en el suelo. Nos muestra una pequeña semilla de mango y la pone en la tierra. Después, de sus alforjas, saca un paño grande y lo extiende sobre la tinaja y sus muslos.

Durante varios minutos nos regala varios conjuros que el yogi canta con una voz monótona, después de lo cual retira el paño. ¡El primer botón de un mango saca su cabeza por encima de la tierra!

Otra vez cubre con el paño el recipiente y las piernas, agarra una flauta roja y emite con ella un sonido melancólico que en mi opinión ha de tomarse por música. Después de algunos minutos, levanta otra vez la tela para mostrarnos la plantita que ha crecido algunos centímetros. Este método de cubrirla y descubrirla, con intervalos de música, se repite hasta que emerge un pequeño mango con una altura de 22 a 25 centímetros, lo que difícilmente puede considerarse árbol. Sin embargo, un pequeño fruto dorado cuelga de la copa.

—Toda esta planta ha salido de la semilla que ustedes me vieron dejar en la tierra —anuncia triunfalmente el yogi.

Mi formación intelectual no me permite aceptar tan fácilmente su afirmación. Algo me dice que todo ello fué un simple truco de prestidigitación.

El joven me ofrece su opinión.

—Sahib, ese hombre es un yogi. Ellos pueden hacer cosas maravillosas.

Pero no estoy satisfecho. Al tratar de comprender el misterio, me inclino a creer que el hombre es un miembro de la fraternidad de Maskelyne y Devant. Pero, ¿cómo asegurarse de ello?

El yogi cierra sus alforjas y continúa sentado sobre los muslos, mientras observa cómo se dispersa lentamente la multitud.

De repente tengo una idea. Cuando, nos quedamos solos, me acerco al yogi, saco un billete de cinco rupias y digo al estudiante:

—Adviértale que le daré este billete si me muestra cómo se hace.

El obediente joven traduce mi ofrecimiento. El hombre parece negarse, pero observo muy bien el brillo del deseo en sus ojos.

—¡Ofrézcale siete rupias!

Todavía el hombre sentado desprecia mis tentativas de hacer negocio.

—Bueno, dígame que lo pase bien.

Empezamos a caminar, aunque yo, con toda intención, me alejo muy lentamente. A los pocos segundos, el yogi nos grita que volvamos.

—Si el sahib da cien rupias, el yogi promete decirlo todo.

—¡No! Siete rupias o que se lo guarde.

—El yogi dice que aceptará las siete rupias. —Y se nos da la explicación.

El hombre abre las alforjas y nos muestra los adminículos con los que efectúa esa desconcertante prueba. Consiste en una semilla de mango y tres retoños de la misma planta, cada uno más grande que el anterior.

Aprieta el menor en una concha de mejillón. La planta se encorva en aquella posición estrecha, cerrándose después la concha y metiéndola en la tierra. Para producir el primer retoño, el hombre tiene sólo que abrirla con los dedos: entonces la planta se yergue otra vez.

Los retoños más grandes se guardan en su faja. Durante los intervalos de espera, de canciones y de música, levanta el paño una o dos veces para ver cómo sigue creciendo la planta sin permitir que nadie eche una mirada por debajo. Con ese pretexto saca hábilmente otro retoño, lo coloca en la tierra y retira el anterior que oculta otra vez en la misma. Así se crea la ilusión del crecimiento de una planta.

Cierto es que me alejo sabiendo algo más que antes, aunque empiezo a preguntarme si mis últimas ilusiones acerca de estos yogis se desprenderán de mí como caen de los árboles en otoño las hojas amarillentas.

Recuerdo entonces la advertencia de Brama, el yogi del río Adyar, según el cual los faquires de las órdenes menores y los pseudo-yogis ofrecen espectáculos en las calles que no son más que trucos teatrales. Me dice que ellos desacreditan el nombre de yogi entre los jóvenes y la gente educada.

Este hombre que hace crecer un mango en menos de media hora no es un verdadero yogi: es un simulador...

Sin embargo existe el faquir que practica la verdadera magia. Encuentro a uno durante una estadía en Berhampur, en mi viaje hacia Puri.

He tomado habitación provisionalmente en esta ciudad de Berhampus —donde las viejas costumbres y los anticuados métodos de la vida hindú se niegan a dejarse desplazar—, en una casa de reposo que posee una galería ancha y cubierta. Una tarde bochornosa busco refugio en su agradable sombra para huir del calor. Desde mi asiento observo cómo la luz del sol juega entre el

lujuriente follaje de algunas plantas tropicales del jardín.

Llegan hasta mí las pisadas casi inaudibles de unos pies desnudos, aproximándose a la puerta de la propiedad un hombre de aspecto algo feroz que lleva una canasta de ramas de bambú. Tiene una melena enmarañada y noto que sus ojos están un poco inyectados en sangre. Se acerca, deposita la canasta sobre el suelo polvoriento y por un momento levanta las manos, ocultando la cara en señal de saludo. Se dirige a mí en una mezcla de su habla nativa y de algunas palabras cuyo origen inglés es fácil de reconocer. Creo que habla telegu, aunque no estoy seguro. Al tratar de hablar mi lengua materna la pronuncia de una manera tan rematadamente mala que soy incapaz de captar el sentido de más de tres o cuatro palabras. Me desquito diciéndole algunas frases en mi propio idioma, pero lo domina de manera completamente insuficiente para entenderme. Por otra parte mis conocimientos del telegu son aún más pobres, de modo que no puedo entenderle. Ambos descubrimos este hecho después de haber emitido sonidos que no son, por otra parte, más que largas cadenas de ruidos. Finalmente intenta inventar una lengua especial de gestos con las manos y la cara, hasta que comprendo que tiene en su canasta algo importante que mostrarme.

Entro en el bungalow y llamo al sirviente que posee algunos conocimientos de inglés, lo suficiente para hacer medianamente inteligible la verbosidad de que hace gala al hablar su idioma natal, Le ordeno que haga lo que pueda por servir de intérprete.

—Él desea mostrar usted magia de faquir, amo.

—¡Excelente! ¡Que lo haga! ¿Cuánto pide?

—Él dice amo puede dar lo que quiera.

—Bueno. ¡Que empiece!

Alternativamente me intriga y me repele la melena sin peinar del faquir y su origen desconocido. Es difícil estimar la expresión, la apariencia de este hombre. Hay algo siniestro alrededor de él, aunque no siento la presencia del mal, sino un aura de fuerzas extrañas y de potencias nada familiares.

No hace ninguna tentativa de subir a la galería; se sienta a lo sastre bajó un banjan cuyas largas y retorcidas ramas forman un dosel bajo que se arrastra sobre su cabeza y se hunde en el suelo. De la Canasta de ramas de bambú saca un escorpión que tiene todo el aspecto de ser venenoso, usando unas pinzas de madera groseramente hechas.

Aquel insecto de aspecto poco agradable trata de huir. Inmediatamente el faquir, con el dedo índice, traza un círculo en el polvo alrededor de él. Después de eso continúa dando vueltas y más vueltas. Cada vez que llega a la raya duda como si se enfrentara con una barrera visible, partiendo en otra dirección. Observo el hecho atentamente en aquella dura y brillante luz tropical.

Después de dos o tres minutos de aquella exhibición peculiar.

Levanto la mano dando a entender mi satisfacción; el faquir mete otra vez el escorpión dentro de la canasta, de la que saca dos alfileres de hierro largos y punta bien aguzada.

Cierra los ojos enrojecidos, que tienen algo de terrible, y parece esperar el momento apropiado para efectuar su próximo acto de magia. Finalmente levanta los párpados y se mete uno de los alfileres en la boca dirigida la punta hacia adentro. Lo obliga a pasar por la mejilla hasta que la mayor parte de él queda fuera de la cara dándole un aspecto extraño. Como si no estuviera todavía satisfecho, repite ese acto, algo horrendo, haciendo pasar el segundo alfiler por la otra mejilla. Me siento poseído por un sentimiento mezcla de repulsión y de admiración.

Cuando cree que ya he visto bastante, retira cada uno de los alfileres y saluda. Bajo hasta

donde se encuentra y examino atentamente su cara. Prescindiendo de unas pocas e insignificantes gotas de sangre y dos minúsculas perforaciones en la piel, es sumamente difícil notar ambas heridas.

El hombre me indica con gestos que me siente otra vez. Me reclino nuevamente en mi asiento de la galería; durante dos o tres minutos parece inmovilizarse como si se preparara para algún acto notable.

Calmosamente, con la tranquilidad de alguien que arranca un botón de un traje, la mano derecha del faquir sube por encima de la nariz, agarra el globo del ojo derecho para separarlo de la cuenca.

Retrocedo asombrado.

Durante un intervalo de unos pocos segundos arranca el órgano de su posición natural, de tal modo que queda colgando a lo largo de la mejilla, sostenido por músculos y venas arrastrados hacia el exterior.

Me invade la náusea ante aquella visión horripilante. Permanezco intranquilo hasta que vuelve el globo ocular a su sitio.

Estoy harto de su magia; le premio con algunas rupias de plata. Sin gran entusiasmo, pido al sirviente que le pregunte si el hombre puede explicarme cómo ejecuta esos horrores anatómicos.

—Promete no decir, amo. Padre enseña sólo hijo. Sólo familia sabe.

Su negativa no me molesta. Después de todo, es un asunto que está más al alcance de la investigación de cirujanos y médicos que de un escritor errante.

El faquir se cubre la cara con las manos en un saludo de despedida, se retira a través de las puertas de la propiedad y pronto desaparece por el polvoriento camino.

* * *

En Puri llega hasta mis oídos el suave murmullo de las olas. Agrada escuchar el sonido de la muelle brisa que sopla desde el golfo de Bengala. Recorro a pie una desierta parte de la costa, donde las amarillentas y blancuzcas arenas se extienden a lo lejos y se ve el horizonte a través del aire cálido que parece echar una cortina delante de los ojos. El mar parece un zafiro líquido.

Mi reloj brilla a la deslumbrante luz del sol, cuando lo saco del bolsillo. Volviendo hacia la ciudad, soy testigo por casualidad de un espectáculo inexplicable, que será siempre un enigma para mí.

Descubro un hombre ostentadamente vestido, al que rodea una abigarrada muchedumbre. Su turbante y sus pantalones de pijama indican que es mahometano. Me llama la atención el hecho de que un musulmán tenga tan vasta audiencia en una ciudad de tan pronunciado sello hindú. El hombre excita mi curiosidad y despierta mi interés. Tiene un pequeño mono domesticado, vestido de modo muy original, con un traje de varios colores. Pone a prueba sus habilidades y obedece siempre sin equivocarse las órdenes de su amo con una inteligencia que es casi humana.

Al observar/no, el hombre dice algo al animal, que atraviesa inmediatamente la muchedumbre a saltos y se me acerca con un grito lastimero. Entonces se quita el sombrero y lo mantiene delante de mí como pidiendo limosna. Le arrojé una pieza de cuatro annas. El mono inclina cortésmente la cabeza, hace una reverencia y vuelve a donde está su amo.

El próximo espectáculo consiste en un notable baile ejecutado por el simio al compás de la música de un viejo acordeón que maneja el musulmán. El animal posee una gracia artística y un sentido exquisito del ritmo, dignos de mejor escenario.

Cuando termina el espectáculo, el hombre dice unas pocas palabras en urdu a su asistente, un joven mahometano, que se me acerca y me invita a entrar en una tienda situada más atrás, pues su amo tiene algo especial que mostrarme.

Mientras el joven se queda afuera para cerrar el paso a la multitud, entro con el hombre de la llamativa vestimenta. Cuando me encuentro en el interior descubro que no es realmente más que un tejido sostenido por cuatro palos verticales y desprovisto por completo de techo. En consecuencia, se puede ver tanto hacia adentro como hacia afuera. Una mesa sencilla de madera liviana ocupa el centro.

El hombre abre un envoltorio de trapo, de donde extrae varios muñecos pequeños, no más de cinco centímetros de alto cada uno. Las cabezas son de cera coloreada y las piernas de paja rígida; constituyen los zapatos botones planos de hierro. Los coloca sobre la mesa de tal modo que cada uno se mantiene recto sobre su calzado metálico:

Se aparta hasta un metro de distancia de la mesa y empieza a dar órdenes en urdu. Al minuto o dos, los muñecos comienzan a moverse sobre la mesa y después a bailar.

Maneja una varilla, casi como un director de orquesta empuña la batuta para indicar el compás, y las figuras de cera coloreada bailan a un ritmo perfectamente de acuerdo con los movimientos de su vara.

Se deslizan por toda la superficie de la mesa, evitando cuidadosamente los bordes. Observo este espectáculo notable a plena luz del día, pues son alrededor de las cuatro de la tarde. Como sospecho la existencia de algún truco, me acerco a la mesa, pasando mis brazos por encima y por debajo de ella, en busca de algún hilo, pero no encuentro nada objetable. ¿Será este hombre un faquir de alguna clase y no un simple prestidigitador?

Entonces, mediante gestos y palabras, me pide que indique alguna parte de la mesa. Así lo hago, y en cada ocasión los muñecos se amontonan allí, bailando todos juntos exactamente en la dirección que señalo.

Finalmente, me muestra una moneda de una rupia y dice algunas palabras; instintivamente comprendo: quiere que yo le entregue una moneda igual. Saco una del bolsillo y la coloco sobre la mesa. Casi inmediatamente empieza a bailar sobre la superficie en dirección al faquir. Cuando llega al borde opuesto de la mesa, cae, rueda por el suelo y se detiene a sus pies repentinamente. El la recoge y se la guarda, haciendo varias corteses reverencias de agradecimiento.

¿Soy testigo de algún notable espectáculo de magia teatral o se trata de verdadera yoga? Mis dudas deben expresarse claramente en mi rostro, pues el faquir hace entrar a su joven asistente. Este último me pregunta si deseo ver algo más de las cosas que puede hacer su amo. Respondo afirmativamente; entonces entrega el viejo acordeón al faquir y me pide que ponga mi anillo sobre la mesa, lo que hago conforme a sus deseos. Es el mismo que Brama, el anacoreta del río Adyar, me regaló al despedirnos. Observo sus garras de oro y su piedra verde, mientras el faquir retrocede unos pasos y empieza a dar órdenes en urdu. A cada palabra el anillo salta en el aire y cae otra vez. El hombre hace un gesto apropiado con la mano derecha al mismo tiempo que da la orden en voz alta; con la izquierda sostiene el acordeón.

Empieza entonces a tocar el instrumento; ante mis asombrados ojos el anillo comienza a bailar

sobre la mesa, al compás de la música. El faquir no se ha acercado, ni siquiera lo ha tocado. No sé qué pensar de este notable espectáculo. ¿Cómo es posible transformar tan misteriosamente un objeto inanimado y convertirlo en algo que responde a órdenes verbales?

Cuando el ayudante me devuelve el anillo, lo examino atentamente, sin poder descubrir marca alguna.

Otra vez el faquir abre su paquete formado por un tejido de algodón. Esta vez saca una barra lisa de hierro parcialmente oxidada. Tiene una longitud de unos seis centímetros y un cuarto y un ancho de un centímetro y cuarto. Está a punto de colocarla sobre la mesa cuando intervengo y pido al ayudante que me permita examinarla. No hacen ninguna objeción, por lo que la estudio atentamente. No está unida a ningún hilo o alambre. La devuelvo y observo la mesa, sobre la que descansa la barra, sin poder encontrar nada sospechoso.

El faquir se frota vigorosamente las palmas durante un minuto. Inclina entonces ligeramente el tronco hacia adelante, manteniendo las manos a unos centímetros por encima de la barra. Le observo atentamente. Empieza a hacer retroceder sus manos, cuyos dedos todavía están dirigidos hacia el pedazo de metal, cuando mis asombrados ojos ven que aquella pieza oxidada lo sigue. Se mueve por sus propios medios sobre la mesa paralelamente al retroceso del faquir.

La distancia entre los dedos y la barra es de unos doce centímetros y medio. Cuando sus manos quedan en el aire sobre el borde de la mesa, el pedazo de metal permanece allí también. Le pido otra vez que me deje examinarla, lo que se me concede de muy buena gana. La recojo inmediatamente, sin encontrar nada digno de nota: es simplemente un trozo de hierro viejo.

El faquir repite el mismo juego con un cuchillo pequeño, de mango de acero.

Le recompenso liberalmente por ese espectáculo poco común y trato de obtener alguna explicación. El faquir condesciende en hacer constar la necesidad de que el objeto sea generalmente de hierro o lo contenga, pues ese metal posee cualidades psíquicas peculiares: actualmente se ha perfeccionado tanto en ese arte que puede producir los mismos fenómenos con objetos de oro.

Busco mentalmente una solución de su secreto. Al instante se me ocurre que un pelo largo y fino con un lazo en un extremo podría agarrar la barra por él y permanecer prácticamente invisible. Entonces recuerdo mi anillo bailarín, que danzaba cuando el faquir tenía las dos manos ocupadas con el acordeón y se encontraba a varios pasos de distancia. Tampoco puede acusarse de complicidad al ayudante, pues se encontraba fuera de la tienda durante los movimientos de los muñecos. Sin embargo, para llevar más adelante mi examen, alabo al hombre por ser un prestidigitador y un juglar tan notable.

Enarca las cejas y niega vehementemente ser eso.

—Entonces, ¿qué es usted? —insisto yo.

—Soy un verdadero faquir —responde orgullosamente por boca de su ayudante—. Practico el arte de... —dice un nombre urdu que no puedo captar.

Le hablo de mi interés por esas cosas.

—Sí, lo observé antes que usted se acercara al grupo —es su desconcertante respuesta—. Por eso lo invité a entrar en la tienda.

—¡Ah, sí!

—Sí, no se imagine usted que guardo dinero por avaricia. Necesito una cierta suma para levantar un mausoleo a mi maestro. He puesto mi empeño en ello y no descansaré hasta que esté

construido.

Le ruego que me cuente algo de su vida. Con evidente disgusto consiente en ello.

—Cuando tenía trece años me ocupaba de cuidar un rebaño de cabras de mi padre. Un día llegó a nuestra aldea un asceta cuya flacura casi daba miedo. Los huesos parecían atravesar su piel. Pidió comida y albergue por una noche, lo que mi padre le concedió de buena gana, pues siempre trató a los santos con respeto y reverencia. Sin embargo, en lugar de quedarse una noche, la estadía duró más de un año. Mi familia empezó a sentir por él mucho cariño, mi padre insistía continuamente en que se quedara para siempre. Era un hombre maravilloso y muy pronto descubrimos sus extraños poderes. Una noche, cuando estábamos comiendo nuestros simples alimentos de arroz y vegetales, me miró varias veces muy atentamente, preguntándome yo por qué lo haría. Al día siguiente fué al lugar donde apacentaba mis cabras y se sentó a mi lado.

—Hijo mío —me dijo—, ¿quieres ser faquir?

No tenía una idea muy clara de esa clase de vida, pero me atraía su libertad y su carácter extraño. Por ello me agradaba mucho llegar a serlo, respondí. Habló con mis padres y les anunció su vuelta para dentro de tres años, llevándome entonces con él. Es muy raro, pero tanto mi padre como mi madre fallecieron durante ese período, por lo que, cuando regresamos, yo era enteramente libre para seguirle. Después vagabundeamos por el país, yendo de aldea en aldea, yo como discípulo, él como maestro. Todas las maravillas que usted ha observado hoy son realmente suyas, pues él me enseñó a hacerlas.

—¿Es posible aprenderlas fácilmente? —pregunto yo.

El faquir se ríe.

—Un hombre puede dominar ere arte sólo después de muchos años de dura práctica.

Algo me induce a creer que su historia es cierta. Es un hombre agradable y parece sincero. Aunque soy escéptico por temperamento, sé dominar mis dudas.

Cuando salgo de la tienda con paso vacilante, no estoy seguro de la realidad de todo ello: tal vez ha sido un extraordinario sueño; una brisa agradable me revive. Oigo cómo se mueve una fila de graciosos cocoteros que arrojan su sombra sobre una propiedad distante. Cuanto más me alejo del lugar, tanto más increíble me parece lo que vi. Me gustaría sospechar la existencia de algún truco de parte del faquir, aunque siento que el carácter de aquel hombre no condice con eso. Pero, ¿cómo se puede explicar el movimiento de materiales sin contacto visible? No entiendo de qué manera alguien puede modificar a su capricho una ley natural. Tal vez nuestro conocimiento de ellas no es tan completo como suponemos.

* * *

Puri es una de las ciudades sagradas de la India. Desde la antigüedad los monasterios y los templos han encontrado un lugar allí. Los peregrinos la invaden durante ciertos años conmemorativos y ayudan a tirar el gigantesco carro de Juggernaut durante su recorrido de más de tres kilómetros. Aprovecho la oportunidad para estudiar los santos que pasan por allí, resultando de ello la modificación de mis primeras impresiones.

Un vagabundo que habla poco pero de manera inteligible el inglés, resulta ser una excelente persona cuando le conozco más a fondo. No llega a los cuarenta y lleva un collar fino de bayas

alrededor del cuello. Me cuenta que anda en peregrinación de ermita en ermita, de monasterio en monasterio. Con lo puesto y mendigando la comida, tiene el propósito de visitar los más importantes lugares sagrados del este y del sur. Le ayudo con una limosna. En recompensa me muestra un pequeño libro impreso en tamil, que a juzgar por su papel amarillento y gastado parece tener un siglo. Contiene varias extrañas xilografías. Lenta y cuidadosamente corta dos de ellas y me las regala.

Mi encuentro con el sadhu literario, como yo le llamo, es más divertido. Ocurre una mañana en que sentado sobre la arena leo las páginas perfumadas en rosa de Omar Khayyám.¹ El *Rubáiyat* es una obra que siempre me ha fascinado, pero desde aquellos días en que un joven escritor persa me inició en su sencillo profundo, encuentro un placer doble en beber el vino de sus cuartetas. Ese gusto que la obra me proporciona, explica, tal vez por mi concentración en la lectura, mi incapacidad para notar la figura que se acerca caminando sobre la arena. Sólo cuando levanto mis ojos de la página impresa veo al inesperado visitante que se ha sentado a lo sastre delante de mí.

Lleva la vestimenta amarilla de los santos y sobre el suelo ha colocado el hartón de peregrino y un envoltorio hecho con un trozo de género. Noto que sobresalen los bordes de algunos libros.

—Disculpe usted, señor —dice aquel hombre en excelente inglés cuando se presenta—. Yo también estudio su literatura —empieza a desatar el envoltorio—. Le ruego que no se ofenda, señor. No pude resistir a la tentación de hablarle.

—¿Ofenderme? De ninguna manera —digo devolviendo su sonrisa.

—¿Es usted turista?

—Difícilmente se me podría incluir en esa categoría.

—Pero no hace mucho tiempo que está usted en la India —persiste él.

Hago con la cabeza una señal de asentimiento.

Deshace el paquete y me muestra tres libros encuadernados en tela, con las tapas y las punteras gastadas, algunos folletos forrados con papel y algunas hojas en blanco para escribir.

—Observe usted, señor, aquí tengo los Ensayos de Lord Macaulay. Un maravilloso estilo literario, un gran intelecto, pero ¡qué materialista!

Me doy cuenta de que he dado con un crítico literario en cierne.

—Este libro es *Historia de dos Ciudades* por Charles Dickens. ¡Qué sentimiento, qué *pathos* lacrimógeno!

Después el santo envuelve rápidamente sus tesoros y se dirige otra vez a mí.

—Si no soy demasiado impertinente, ¿puedo preguntarle el título del libro que usted lee?

—Es una obra de Omar Khayyám.

—¿El señor Khayyám? Nunca lo he oído nombrar. ¿Es uno de sus novelistas?

Me río de su pregunta.

—No... es un poeta.

Se produce un silencio.

—Usted es muy inquisitivo —noto—. ¿Quiere usted una limosna?

—No me acerqué por dinero, señor —dice lentamente—. Lo que deseo realmente, lo que espero es que me regale un libro. Verá usted, me gusta tanto leer.

—Bien, tendrá usted el libro. A mi regresó al bungalow puede usted acompañarme. Buscaré algo de los primeros tiempos Victorianos, de acción lenta, que seguramente será de su agrado.

—Mi más profunda gratitud, señor.

—Espere usted. Antes que le regale el libro quiero que me diga algo. ¿Qué libro es ése, el tercero de su paquete?

—¡Ah, señor! Es un volumen que carece en absoluto de todo interés.

—Es muy posible. Pero quisiera conocer su título.

—Es enteramente indigno de mención, señor.

—¿Quiere todavía el libro que le he prometido?

El hombre se atemoriza un poco.

—Claro que sí. Debo decírselo puesto que usted me obliga. Se llama: “El culto de Mammón y el Materialismo: Un estudio de Occidente por un crítico hindú”.

Pretendo parecer asombrado.

—¡Vaya! ¿Es ésa la clase de literatura que usted estudia?

—Me lo regaló un mercader de la ciudad —dice excusándose de una manera débil en la que se nota el tono de culpabilidad.

—Permítame que le eche una mirada.

Echo un vistazo al índice y leo algunas páginas al azar. Algún babu bengalés lo ha escrito en un estilo declamatorio, habiéndose impreso en Calcuta probablemente a expensas del autor. Basándose en los dos títulos universitarios que siguen a su nombre, pero sin ningún conocimiento directo del tema, el autor describe de manera espeluznante Europa y los Estados Unidos como una especie de infierno novísimo, lleno de sufrimientos y de tinieblas, cuya población se compone de una clase trabajadora torturada y de plutocráticos sibaritas que se entretienen con bajos placeres.

Devuelvo el libro sin comentarios. El santo lo esconde rápidamente y saca a relucir uno de sus folletos.

—Este contiene una corta biografía de un santo hindú, pero está impreso en bengalí —me informa.

—Dígame, ¿coincide usted con el autor del “Culto de Mammóm”? —le pregunto.

—¡Un poco, señor, un poco! Ambiciono ir un día a Occidente; entonces veré por mí mismo.

—¿Qué hará usted allá?

—Daré conferencias para iluminar las almas de los hombres. Me gustaría seguir los pasos de nuestro gran Swami Vivekananda, que pronunció sermones tan sugestivos en sus grandes ciudades. ¡Es lástima que muriera tan joven! ¡Qué pico de oro desapareció con él!

—Pues es usted una clase bastante extraña de santo —observo yo.

Levanta el dedo índice hasta la altura de la nariz y replica con aire de sapiencia:

—El supremo Dramaturgo ha dispuesto el escenario. ¿Qué somos nosotros sino actores que entran, aparecen y desaparecen en el tablado, como dice Shakespeare, el autor inglés de fama universal?

* * *

Me doy cuenta de que estos santos de la India son una mezcolanza sumamente heterogénea. En su mayor parte, son personas buenas e inofensivas, aunque juzgándolas desde el punto de vista de la sabiduría parezcan bastante anémicas. Otros son o fracasados de la vida social o gente que busca una manera fácil de vivir. Uno de estos últimos se me acerca y me pide una limosna. Su

cabello convertido en fieltro, el cuerpo embadurnado y la expresión desvergonzada de su cara le dan una apariencia repulsiva. Decido resistir sus importantes pedidos, aunque no sea más que para observar el resultado. Pero mis negativas sólo aumentan su persistencia. Cuando por último intenta un nuevo plan de ataque y quiere venderme su rosario de cuentas, objeto bastante sucio al que parece conceder una reverente importancia a juzgar por el precio que me pide, le mando a paseo.

Menos comunes son los ascetas locos que muestran en público sus esfuerzos masoquistas. El hombre que mantiene un brazo en alto hasta que las uñas alcanzan una longitud de un metro encuentra su contrapartida en el que descansa durante años en una sola pierna. No es fácil establecer lo que cualquiera de los dos espera ganar con esas inatractivas exhibiciones, fuera de las pocas annas que caerán en el platillo de limosnas colocado a su lado.

Unos pocos parecen practicar abiertamente siniestras brujerías. Son los que se dedican a una especie de vudu de la India, ejerciendo especialmente en las aldeas. Mediante módicos honorarios, herirán a su enemigo, provocarán la muerte de una esposa que ya no goza de los favores de su amo, o despejarán el camino haciendo que su rival adquiera alguna misteriosa enfermedad. Se cuentan cosas terribles y asombrosas de esos hombres que practican la magia negra. Sin embargo también se llaman faquires o yoguis.

Queda un resto culto de santos que se condenan a sí mismos a largos años de una perturbadora investigación, a períodos de penosas abstinencias y al ostracismo, pues han salido en busca de la verdad. La intuición les dice claramente, con razón o sin ella, que alcanzarla es llegar a una felicidad eterna. Podemos discutir el método estereotipado, religioso y de renuncia al mundo, propio de los hindúes, para llevar a cabo esta investigación, pero la necesidad que los impele a ello es menos discutible.

El hombre común de Occidente no tiene tiempo para dedicarse a esos estudios. Posee una buena excusa para aceptar la indiferencia común, pues sabe que si él se equivoca también lo hace todo un continente. Pues esta época escéptica considera la búsqueda de la verdad como una bagatela, mientras que gasta su propia energía en tratar seriamente de alcanzar lo que en nuestros mejores momentos comprendemos que son bagatelas de verdad. Esos pocos empeñados en una apasionada búsqueda del verdadero sentido de la vida probablemente son capaces de formar opiniones más correctas sobre los problemas de la hora fugitiva que los que malgastan sus energías en una docena de cuestiones diversas y nunca dedican un solo instante al descubrimiento de la verdad.

Una vez llegó a las planicies del Punjab un occidental con una misión enteramente distinta de la mía, pero algunas personas con las que se encontró le indujeron a cambiar bruscamente de rumbo y estuvo peligrosamente a punto de olvidar el propósito que le había llevado hasta allí. Alejandro el Grande buscaba un territorio más extenso que el suyo para ponerlo bajo su dominio. Llegó como soldado pero parece que pudo haber terminado como filósofo.

A menudo pienso sobre las ideas que pasaban por el cerebro del macedonio cuando conducía su carro en dirección a su patria, a través de montañas cubiertas de hielo y de áridos desiertos. No es difícil comprender que el rey que cayó bajo el conjuro de los sabios y los yogis que encontró, pues pasó varios días preguntándoles ansiosamente y discutiendo con pasión sus sistemas filosóficos, hubiera necesitado sólo unos pocos años de residencia en aquella tierra para asombrar al Occidente con una política enteramente distinta.

Los santos de hoy cuentan entre sus filas algunos que hacen mucho por mantener vivo lo que hay de idealismo y espiritualidad en su país. Es posible que los indeseables sean la mayoría; si es así, será el inevitable resultado de la actividad destructiva del tiempo, pero no debe impedirnos ver la existencia del resto que lo justifica y que brilla tanto más sobre ese oscuro fondo. Se encuentra una variedad tan asombrosa que no parece aconsejable fijar una etiqueta única, sea de alabanza o de vituperio, sobre toda esa clase de personas. Comprendo la actitud de esos apasionados estudiantes de las ciudades, en cuya opinión el exterminio de esos “santos parásitos” será una gran bendición para la India. Entiendo igualmente la de personas más indulgentes, cuya tesis es que si la sociedad hindú no puede proveer ya a las necesidades de sus santos está condenada.

En otros aspectos, el problema es importante para la India, pues la miseria induce a reconsiderar ciertas situaciones. El santo no cumple ninguna función económica útil en el país. Bandadas de personas ignorantes o iletradas recorren las aldeas y visitan las ferias religiosas de ciertas ciudades. Se convierten en espantajos para los niños y en mendigos inoportunos e impertinentes para los adultos. Son una carga para la sociedad, pues no dan nada a cambio de lo que reciben. Sin embargo, existen hombres realmente nobles que han renunciado a buenas posiciones o entregado sus riquezas para salir en busca de Dios. A cualquier parte que vayan tratan de exaltar a aquellos con quienes entran en contacto. Si el carácter cuenta, sus esfuerzos por elevarse y elevar a los demás ciertamente valen el pedazo de pan o el plato de arroz que reciben.

En conclusión sólo puede decirse que es necesario despojar primero a un hombre de su piel espiritual, sea éste un simple farsante o un santo vagabundo, si se ha de estimar correctamente su verdadero valor.

* * *

El negro manto de la noche desciende sobre los anchos hombros de la tierra, mientras paseo por las callejuelas de la vieja Calcuta llenas de gente.

No puedo apartar mis pensamientos de algo horrible que vi esta mañana. Nuestro tren entra echando humo en la estación de Howrah con una espantosa carga en su miriñaque. Durante muchos kilómetros la línea atraviesa una peligrosa: jungla, donde pululan libremente las panteras reales. Por la noche, nuestra locomotora atropella a una de ellas, la mata instantáneamente, conduciendo su destrozado cuerpo hasta la estación. No es fácil sacar de la estructura de hierro aquella carne desgarrada y destrozada.

Pero en el tren he podido encontrar otro hilo que ha de servirme de guía en mi investigación. Como pasa casi siempre en las líneas principales, en la India está lleno hasta los topes. El compartimiento en el cual he tenido la suerte de encontrar una litera, pues todos los trenes tienen esa comodidad, excepto en la última clase, conduce algunos pasajeros de los más variados tipos. Hablan de sus asuntos en voz alta y tan abiertamente que muy pronto uno está enterado de quiénes son. Se encuentra entre nosotros un venerable hijo del Islam con levita larga y negra de seda, abotonada hasta el cuello. Una gorra redonda, negra, bordada en oro, cubre su cabeza de escaso pelo. Usa pantalones blancos, como de pijama, mientras los zapatos exquisitamente tejidos en rojo y verde dan una artística terminación a su vestimenta. Se encuentra además un mahratti de la India

Occidental, de espesísimas cejas; un marwari de turbante de oro que, como muchos otros individuos de su raza, es prestamista; un corpulento abogado, brahmán del sur. Son todos hombres que poseen medios propios de vida, pues viajan acompañados de criados que salen corriendo de sus coches, vagones de tercera clase, en la mayoría de las estaciones donde nos detenemos, para enterarse del bienestar de sus amos.

El mahometano me echa sólo una mirada, cierra los ojos y cae en un vacío sueño. El mahratti se ocupa en conversar con el marwari. El brahmán acaba de entrar, todavía tiene que acomodarse.

Estoy en uno de esos momentos en los que me gustaría charlar, pero no hay nadie con quien pueda hacerlo. La barrera invisible entre Oriente y Occidente parece separarme de mis compañeros de viaje. En consecuencia, me siento más alentado cuando el mofletado brahmán saca a relucir un libro cuyo título no puedo menos de ver, pues está impreso en grandes letras sobre la cubierta: *Vida de Ramakrishna*. Me prendo a la carnada e inicio una conversación con él. ¿No me ha contado alguien que Ramakrishna fué el último de esos superhombres espirituales? Sobre este punto entro en conversación con mi compañero de viaje, que está ansioso por corresponder. Ascendemos las alturas de la discusión filosófica y descendemos para discutir los más sencillos aspectos de la vida hindú.

Cuando menciona el nombre de Ramakrishna su voz se llena de temerosa reverencia y los ojos le brillan. Es indudable su devoción real por ese hombre, muerto hace tiempo. A las dos horas me entero de que el maestro del brahmán es uno de los dos o tres discípulos del gran Ramakrishna mismo, que sobreviven todavía. Tiene casi ochenta años de edad y no vive en ningún retiro solitario, sino en el corazón mismo del barrio hindú de Calcuta.

Naturalmente, le pido la dirección, que me da de muy buena gana.

—Usted no necesita ninguna otra recomendación que su deseo de verle —dice el abogado.

Así me encuentro ahora en Calcuta buscando la casa del maestro Mahasaya, el anciano discípulo de Ramakrishna.

Atravieso un patio abierto al lado de la calle, desde donde llego a un empinado tramo de escalera que conduce a una casa vieja, grande e irregularmente dispuesta. Subo por una oscura escalera y paso a través de una baja puerta, en el piso superior. Allí me encuentro en una pequeña habitación que da a la azotea de la casa. Adosados a dos de sus muros hay un par de divanes. Excepto la lámpara y un montoncito de libros y publicaciones periódicas, el cuarto está desprovisto de todo. Entra un joven que me ordena esperar a su maestro, pues se encuentra en un piso inferior.

Pasan diez minutos. Oigo el ruido que hace alguien al salir de un cuarto y pisar los peldaños. Inmediatamente se produce una sensación de hormigueo en mi cabeza y creo repentinamente que aquel hombre, allá abajo, concentra sus pensamientos sobre mí. Oigo sus pasos mientras sube hasta el piso superior. Cuando entra finalmente en el cuarto, pues se mueve con extremada lentitud, no necesito que nadie me anuncie su nombre. De las páginas de la Biblia ha salido un venerable patriarca y ha encarnado una figura de los tiempos mosaicos. Este hombre de cabeza calva, larga barba blanca, bigote canoso, de grave continente, ojos grandes y reflexivos, cuyos hombros se inclinan ligeramente bajo el peso de su edad, que es casi de ochenta años, no puede ser otro que el maestro Mahasaya.

Se sienta en un diván y vuelve su cara hacia la mía. En presencia de aquel hombre grave y sobrio, comprendo instantáneamente que no debe aparecer la ironía ligera, ninguna réplica

graciosa o una humorada, ninguna dura expresión cínica o de obscuro escepticismo como las que cubren mi alma de cuando en cuando, a manera de nubes. Su carácter, una completa unión de perfecta fe en Dios y de nobleza en la conducta, está escrito claramente en su rostro para cuantos lo miren.

Se dirige a mí en un inglés perfecto.

—¡Bienvenido a esta casa!

Me pide que me acerque y me sienta en el mismo diván con él. Mantiene mi mano entre las suyas durante algunos momentos. Me parece prudente presentarme y explicar el objeto de mi visita. Cuando he terminado de hablar, aprieta bondadosamente otra vez mi mano y dice:

—Una potencia superior ha inducido a usted a venir a la India y le pone a usted en contacto con los santos de nuestra tierra. Hay un verdadero propósito detrás de todo ello y seguramente el futuro lo revelará. Espere usted con paciencia.

—¿Podría usted contarme algo acerca de Ramakrishna, su maestro?

—¡Ah! Plantea usted ahora una cuestión que es mi tema preferido. Hace casi medio siglo que nos dejó, pero su sagrado recuerdo jamás podrá abandonarme; permanece siempre fresco y fragante en mi corazón. Tenía yo veintisiete años cuando lo encontré, y permanecí en su compañía durante el último lustro de su vida. Cambié completamente; se invirtió por entero mi actitud ante la vida. Tal era la extraña influencia de Ramakrishna, aquel hombre divino. Conjuraba espiritualmente a todos los que le visitaban. Literalmente los encantaba, los fascinaba. Hasta los materialistas que venían a burlarse, enmudecían en su presencia.

—Pero, ¿cómo pueden esas personas sentir reverencia por la espiritualidad, cualidad en la que no creen? —interrumpo yo algo asombrado.

Se encogen las comisuras de los labios de Mahasaya en una semisonrisa.

—Dos personas se ponen en la lengua un poco de pimienta roja. Una no conoce el nombre, tal vez no la ha visto nunca antes. El otro la conoce perfectamente y la reconoce inmediatamente. ¿No tendrá el mismo gusto para los dos? ¿No tendrán ambos una sensación de fuego en la lengua? De la misma manera la ignorancia de la grandeza de Ramakrishna no impedía a los materialistas “gustar” la radiante influencia espiritual que emanaba de él.

—Entonces, ¿fué realmente un superhombre espiritual?

—Sí y aún, en mi opinión, algo más que eso. Ramakrishna era un hombre sencillo, sin educación, analfabeto, tanto que no sabía firmar y muchísimo menos escribir una carta; muy humilde, en apariencia, y mucho más en su modo de vivir, y sin embargo contaba con la fidelidad de algunos de los hombres mejor educados y más cultos de la India de su tiempo. Debían inclinarse ante su tremenda espiritualidad, tan real que podía sentirse. Nos enseñó que el orgullo, la riqueza y los honores mundanos son triviales, son fugaces ilusiones para engañar a los hombres en comparación con aquella espiritualidad. ¡Qué maravillosos días aquellos! Nosotros, los que le rodeábamos, al observar sus trances sentíamos en él algo superior a lo humano, tan evidente era su naturaleza divina. Es extraño además que poseyera el poder de provocar ese mismo estado en sus discípulos por simple contacto. Así podían comprender los profundos misterios de Dios mediante la percepción directa. Pero permítame usted que le diga cómo me afectó personalmente.

“Me educaron de acuerdo con ideas occidentales. Mi cabeza estaba llena de orgullo intelectual. En diferentes épocas fuí profesor de diversos establecimientos educativos de Calcuta, de Literatura Inglesa, Historia y Economía política. Ramakrishna vivía en el templo de

Dakshinervar, que está río arriba a unos pocos kilómetros de Calcuta. Allí le encontré en un día inolvidable de primavera y escuché su simple expresión de ideas espirituales, nacidas de su propia experiencia. Hice una débil tentativa de argumentar con él, pero enmudecí muy pronto en aquella sagrada presencia, cuyo efecto era demasiado profundo para expresarlo en palabras. Le visité una y otra vez, incapaz de permanecer lejos de aquel hombre, pobre y humilde, pero divino, hasta que un día Ramakrishna observó burlonamente:

“A las cuatro de la tarde se dió una dosis de opio a un pavo real. Al día siguiente apareció exactamente a la misma hora. Estaba bajo la influencia de la droga y volvía por ella.”

“Hablando simbólicamente, eso era cierto. Nunca había gozado de una experiencia tan feliz como cuando me encontraba en su presencia. ¿Puede usted admirarse de que volviera una y otra vez? Así me convertí en uno de los que formaban el grupo de sus discípulos íntimos que se distinguían de los visitantes ocasionales. Un día el maestro me dijo:

“Por los signos de tus ojos, de tus cejas y de tu cara, puedo ver que eres un yogi. Haz todo tu trabajo pero manten tu cabeza fija en Dios. Vive con todos, con tu esposa y tus hijos, con tu padre y tu madre, sívelos como si fueran cosa propia. La tortuga nada por las aguas del lago pero su cabeza piensa en el lugar de la costa donde puso sus huevos. Así, pues, haz todo el trabajo del mundo pero pon tu mente en Dios”.

“Después de la desaparición del maestro, cuando la mayoría de los discípulos renunciaron por propia voluntad al mundo, adoptaron la vestimenta amarilla y se prepararon para extender el mensaje de Ramakrishna por toda la India, no dejé mi profesión sino que proseguí mi actividad educativa. Sin embargo, era tan fuerte mi determinación de no pertenecer al mundo aunque vivía en él, que muchas veces me retiraba a altas horas de la noche a la galería abierta que se encuentra delante del Senado para dormir allí, entre los mendigos sin albergue que generalmente se reúnen en aquel lugar para pasar la noche. Eso me hacía sentir, por lo menos temporalmente, que yo era también un hombre sin bienes terrenales.

“Ramakrishna ha desaparecido, pero si usted recorre la India observará algo del trabajo social, filantrópico, higiénico y educativo que se efectúa en todas partes por inspiración de sus primeros discípulos, la mayoría de los cuales ha muerto también, desgraciadamente. Lo que usted no podrá observar tan fácilmente, es el número de corazones y de vidas que cambiaron principalmente por la obra de aquel hombre. Pues su mensaje ha pasado de discípulo en discípulo, habiéndolo extendido cada uno todo lo que pudo. He tenido el privilegio de anotar muchos de sus aforismos en bengalí; el libro que los contiene se encuentra en cada casa de la región donde se habla ese idioma, mientras que las traducciones han alcanzado otras partes de la India. Así ve usted cómo se ha extendido la influencia de Ramakrishna más allá del estrecho círculo de su pequeño grupo de discípulos.”

Mahasaya termina su largo relato y se calla. Al mirarle nuevamente a la cara, me sorprende el color y la forma de su rostro, que no son hindúes. Otra vez me siento llevado como por una ráfaga de viento hacia un pequeño reino del Asia Menor, donde los hijos de Israel encontraron una tregua temporaria de su dura suerte. Me imagino a Mahasaya entre ellos como un profeta venerable que habla a su pueblo. ¡Qué aspecto noble y digno tiene este hombre! Su bondad, su honradez, su virtud, su piedad, su sinceridad son evidentes. Posee el respeto por sí mismo, propio del hombre que ha vivido una larga vida obedeciendo la voz de su conciencia.

—Me pregunto qué diría Ramakrishna a un hombre que no puede vivir sólo de la fe sino que

debe satisfacer la razón y el intelecto —murmuro inquisitivamente.

—Le aconsejaría que rezara. La oración es una fuerza tremenda. El mismo Ramakrishna pedía a Dios en sus oraciones que le enviara personas espiritualmente dispuestas; poco tiempo después empezaron a aparecer los que más tarde se convertirían en sus discípulos o devotos.

—Pero si uno no ha rezado nunca... entonces, ¿qué?

—La oración es el último recurso. Es la última vía de salvación que le queda al hombre. El rezo le ayudará allí donde el intelecto puede fracasar.

—Si alguien se presentara a usted y le dijera que los rezos no le atraen por su temperamento, ¿qué le aconsejaría usted? —persisto yo con tiento.

—Que se reúna frecuentemente con hombres verdaderamente santos, que hayan tenido una auténtica experiencia espiritual. El constante contacto con ellos contribuirá a que emerja su espiritualidad latente. Los hombres elevados desvían nuestras almas y nuestras voluntades hacia objetivos divinos. Ante todo, producen un intenso deseo por la vida espiritual. En consecuencia, la compañía de esas personas es muy importante al principio y a menudo al fin, como el mismo Ramakrishna solía decir.

Así discurrimos de cosas elevadas y santas, de cómo el hombre sólo puede encontrar la paz en el Dios eterno. Durante toda la tarde llegan diferentes visitantes hasta que el modesto cuarto está lleno de hindúes, discípulos del maestro Mahasaya. Acuden también de noche, ascendiendo por las escaleras de aquella casa de cuatro pisos para escuchar ávidamente todas las palabras de su maestro.

Durante un tiempo me uno a ellos. Voy por allí, noche tras noche, no tanto para escuchar las piadosas expresiones de Mahasaya como para calentarme a la luz radiante de su presencia. La atmósfera en torno de él es tierna, bella y amable. Ha encontrado alguna luz interior cuya irradiación parece palpable. A menudo olvido sus palabras, pero no puedo menos de recordar su bondadosa personalidad. Aquello que le atrajo a él una y otra vez hacia Ramakrishna parece inducirme a mí hacia Mahasaya; empiezo a entender cuán potente debe haber sido la influencia del maestro si el discípulo ejerce tal fascinación sobre mí.

La última vez que estuve en su casa olvido el paso del tiempo, mientras estoy felizmente sentado a su lado en el diván. Han pasado varias horas; nuestra conversación no se ha interrumpido durante un momento, pero finalmente se produce una pausa. Entonces el buen maestro me toma de la mano y me conduce hacia afuera, hacia la azotea de su casa, donde, a la vivida luz de la luna, veo un círculo de altas plantas que crecen en macetas. Allí abajo, millares de luces brillan en las casas de Calcuta.

Hay luna llena. Mahasaya señala con el dedo el círculo luminoso de su superficie visible y empieza a rezar en silencio durante breves instantes. Espero pacientemente a su lado hasta que termina. Se vuelve, alza su mano en señal de bendición y toca ligeramente mi cabeza.

Aunque no soy hombre religioso, me inclino humildemente ante este hombre angelical. Después de pocos momentos de ininterrumpido silencio dice suavemente:

—Mi tarea casi ha terminado ya. Este cuerpo ha hecho la mayor parte de lo que Dios se propuso al enviarlo aquí. Acepte usted mi bendición antes de partir.²

Me ha conmovido extrañamente. Rechazo la idea de irme a dormir y ando errante por muchas calles. Cuando por último llego a una gran mezquita y oigo el solemne canto: *¡Alá es grande!*³ que irrumpe en el silencio de la medianoche, comprendo que si alguien puede librarme del

escepticismo intelectual al que me adhiero e inducirme a abrazar una vida de fe sencilla es el maestro Mahasaya.

* * *

—Pues se han desencontrado. Tal vez dispuso el destino que no se encontraran. ¿Quién puede decirlo?

El que habla es el doctor Bandyopadhyaya, cirujano titular de uno de los hospitales de Calcuta. Es uno de los más hábiles de la ciudad; sus manos han efectuado seis mil operaciones; su nombre posee una larga cola de títulos. He tenido un inmenso placer en examinar con él, cuidadosa y críticamente, algunas partes de la yoga del dominio corporal que he recogido. Su educación científica y su experto conocimiento de anatomía han demostrado ser muy útiles para elevar la yoga a un plano puramente racional.

—No conozco casi nada de eso —confiesa—. Lo que usted me dice es nuevo para mí. Nunca he encontrado un verdadero yogi, excepto Narasingha Swami, que llegó a Calcuta hace poco tiempo.

Entonces le pregunto su dirección, recibiendo la descorazonadora respuesta que se cita más arriba.

—Narasingha Swami cayó sobre Calcuta como un rayo, se convirtió en una sensación y se fué después no sé a dónde. Entiendo que llegó repentinamente desde algún retiro del interior, donde vivía antes de aparecer por aquí, y supongo que habrá vuelto a su residencia primitiva.

—Me gustaría saber lo que ocurrió.

—Fué la comidilla de la población por algún tiempo. Un mes o dos antes, en Madhupore, lo descubrió el doctor Neoghy, que es profesor de química de la Universidad de Calcuta. Vió cómo chupaba unas pocas gotas de un ácido venenoso y cómo se metía carbones encendidos en la boca, manteniéndolos allí hasta que se apagaban. Se despertó el interés de nuestro químico y persuadió al yogi a que viniera a Calcuta. La Universidad dispuso una demostración pública, ante una audiencia compuesta exclusivamente de hombres de ciencia y médicos. Fuí uno de los invitados. Las experiencias tuvieron lugar en el auditorio de física. Éramos un grupo de personas con bastante espíritu crítico; por otra parte, como usted sabe, me he preocupado muy poco de cuestiones religiosas, de la yoga y de asuntos parecidos, pues he concentrado mi atención en estudios profesionales.

“El yogi se encontraba de pie en el centro del auditorio; se le entregaron venenos que habían sido sacados de los depósitos del laboratorio. Primero le dimos una botella que contenía ácido sulfúrico. Se echó unas gotas en la mano y luego las lamió. Después le dimos ácido fénico, lo que también absorbió con la lengua. En seguida ensayamos ese veneno mortal, el cianuro de potasio, pero se lo tragó sin la más mínima consecuencia. Los hechos eran asombrosos, hasta increíbles, a pesar de lo cual tuvimos que aceptar lo que percibían nuestros propios ojos. Ingirió una cantidad de cianuro suficiente para matar a un hombre en menos de tres minutos y, sin embargo, seguía allí, sonriendo y al parecer sin la menor molestia.

“Después de eso se rompió una botella de vidrio grueso y se redujo a polvo los pedazos. Narasingha Swami tragó esos trozos desmenuzados que pueden matar lentamente a un hombre.

Tres horas más tarde, después de esa extraña comida, uno de nuestros médicos aplicó una bomba al estómago de Narasingha Swami extrayendo el contenido. Los venenos se encontraban todavía allí. Al día siguiente apareció el vidrio pulverizado en sus deposiciones.

Es imposible poner en duda la escrupulosidad de nuestras experiencias. Se demostró la concentración del ácido sulfúrico mediante su efecto destructivo sobre una moneda de cobre. Entre las personas que se encontraban presentes citaré a Sir C. V. Raman, el famoso hombre de ciencia, ganador del premio Nobel, quien aseguró que aquellos hechos eran un desafío a la ciencia moderna. Cuando preguntamos a Narasingha Swami cómo podía tomarse esas libertades con su cuerpo, nos dijo que en cuanto llegase a su casa entraría en el trance propio de un yogi y que, por una intensa concentración de la mente, contrarrestaría el efecto mortal de los venenos.⁴

—Basándose en sus conocimientos médicos, ¿puede usted explicar esos hechos?

El doctor sacude negativamente la cabeza.

—No, no puedo explicarlos. Me asombran hasta lo indecible. Al volver al hotel rebusco entre mi equipaje hasta que encuentro el libro de notas en el que he consignado mis conversaciones con Brama, el yogi del río Adyar. Hojeo rápidamente las páginas hasta encontrar la siguiente anotación:

“Los venenos, por muy violentos que sean, no pueden afectar al adepto que practica el Gran Ejercicio. Es éste una combinación de posturas y métodos respiratorios, de la voluntad y de concentración mental. Según nuestra tradición, confiere al adepto la posibilidad de tragar cualquier objeto que desee sin experimentar inconvenientes. Es enormemente difícil y debe hacerse regularmente para conservar su eficacia. Un hombre muy anciano me habló una vez, de un yogi que vivía en Benarés y que podía beber grandes cantidades de veneno sin sentir ningún efecto nocivo. Se llamaba Trailingya Swami; era muy conocido en la ciudad, en su época, pero ha muerto hace mucho tiempo. Era un gran adepto que conocía profundamente la yoga del dominio corporal. Durante años se sentó a la orilla del Ganges, casi completamente desnudo, pero nadie podía hablar con él, pues se había impuesto un voto de silencio.”

Hubiera tenido por imposible e increíble esa inmunidad a los venenos cuando Brama me llamó la atención por primera vez sobre ello. Pero ahora mis ideas preconcebidas acerca de los límites de lo posible vacilan. Muchas veces me he preguntado, al observar las cosas extraordinarias y casi incomprensibles, qué se proponen estos yogis, si no poseerán secretos que nosotros los occidentales tratamos inútilmente de descubrir mediante miles de experimentos de laboratorio.

Capítulo XI

EL TAUMATURGO DE BENARÉS

Mis peregrinaciones por la región del golfo de Bengala se apresuran a partir hacia el limbo de las experiencias que no serán nunca puestas por escrito; las acompañarán mis inesperadas entrevistas, cerca de Buddha-Gaya, con tres lamas tibetanos que me invitan a visitarlos en su monasterio de las montañas, pues tengo prisa por visitar Benarés, la ciudad sagrada.

El tren hace un ruido ensordecedor al pasar a través del gran puente de hierro cerca de la ciudad, siendo sin duda el estruendo heraldo de la invasión a una forma anticuada y estática de sociedad por lo moderno. El sagrado Ganges no podrá conservar su santidad por mucho tiempo mientras hombres extraños e infieles sigan enviando a través de sus aguas verdegrises esos resoplantes carros de fuego.

¡He aquí Benarés!

Los peregrinos se empujan mutuamente mientras salgo de la estación y me meto en un coche que me espera. Al recorrer el polvoriento camino advierto la presencia de un nuevo elemento en la atmósfera. Intento ignorar su intensidad, pero no puedo menos de notarlo.

¡Así que ésta es la ciudad más santa de la India! ¡Pues posee un olor enteramente profano! Benarés tiene fama de ser la ciudad más antigua de la India. Su olor confirma ampliamente su reputación. El aire fétido parece insoportable. Empiezo a perder el valor. ¿Diré al cochero que me lleve de vuelta a la estación? ¿No será mejor seguir siendo un redomado infiel y respirar aire puro que adquirir la piedad a tan monstruoso precio? Entonces se me ocurre que el tiempo acostumbrará al viajero hasta a respirar este aire, como lo aclimata a cosas aún peores en esta anticuada tierra. ¡Benarés, tú serás el centro de la cultura hindú, pero aprende de los blancos infieles y mezcla tu santidad con un poco de higiene!

Se me cuenta que ese olor proviene, en parte, de utilizar una mezcla de boñiga de vaca y tierra para pavimentar las calles y, en parte, de que los habitantes, desde hace muchas generaciones, utilizan los fosos que rodean la ciudad como depósito de basura.

Si se ha de creer a los cronistas hindúes, Benares ya existía mil doscientos años antes de Cristo. Así como los ingleses piadosos iban en peregrinación a la sagrada ciudad de Canterbury, durante la Edad Media, desde toda la India acuden los peregrinos a la sagrada ciudad de Benarés. Los hindúes, ricos o pobres, van para obtener sus bendiciones; los enfermos vienen aprovechando

los últimos días de su vida, pues si mueren aquí su alma irá directamente al paraíso.

Al día siguiente recorro a pie la vieja Kashi, nombre que prefieren darle los hindúes, explorando el laberinto de tortuosas callejuelas que la forman. Hay un propósito detrás de mi vagabundeo sin meta, pues en mis bolsillos tengo un pedazo de papel donde se consigna la dirección de un taumaturgo yogi, uno de cuyos discípulos conocí en Bombay.

Atravieso apretadas calles, por las cuales un vehículo sería demasiado ancho para poder pasar. Me abro camino a través de bazares en que pululan individuos de una docena de razas distintas, donde los perros sarnosos y las innumerables moscas contribuyen al bullicio. Ancianas de pelo gris y pechos flácidos; mujeres jóvenes de cuerpos elásticos y miembros suaves y oscuros; peregrinos que no sueltan su rosario y murmuran las mismas palabras sagradas que habrán repetido ya probablemente cincuenta mil veces; flacos ascetas ancianos, cubierto el cuerpo de ceniza: todos esos tipos y muchos otros más se apiñan en las estrechas callejuelas. Entre aquel laberinto de calles, llenas de estruendo, bullicio y detalles pintorescos, encuentro accidentalmente el Templo de Oro, famoso entre los ortodoxos de la India. Ascetas embadurnados de ceniza cuya extraña apariencia resulta repelente a los ojos europeos, se agazapan en la entrada. Los devotos que entran y salen forman un río continuo. Algunos llevan bellas guirnaldas de flores, dando así un alegre colorido a la escena. Los piadosos tocan los pilares de las puertas con la frente al salir del templo; cuando se dan vuelta, retroceden asombrados al ver al infiel blanco. Nuevamente advierto la invisible barrera que existe entre aquellos hombres y yo.

Dos cúpulas de espesas planchas de oro brillan a la palpitante luz del sol. En la torre más cercana pululan chillones papagayos. El Templo de Oro está dedicado al dios Shiva. Me pregunto dónde estará ahora esa divinidad a la cual imprecaban los hindúes, ante cuya imagen rezan y a cuyas representaciones en piedra los he visto ofrecer olorosas flores y arroz cocido.

Sigo mi camino y me encuentro ante las puertas de otro templo, donde observo cómo se adora al dios Krishna. Un fuego alimentado con alcanfor arde ante un ídolo de oro; las campanas del templo tañen insistentes llamados para mantener su atención, y el sonido de la trompeta de caracol se extravía en las alturas sin llegar a sus oídos que no oyen.

¿Quién contará la multitud de imágenes y de ídolos de que rebosan los templos y las casas de Benarés? ¿Quién podrá entender a estos hindúes, de aspecto tan severo, tan infantiles a menudo, y sin embargo a veces tan profundamente filosóficos?

A pie y solo, atravieso oscuras avenidas buscando la casa del taumaturgo. Finalmente salgo de aquel enjambre de callejuelas llegando a caminos más anchos. Una columna sin orden ni concierto de desarrapados chiquillos, flacos jóvenes y unos pocos hombres, pasan a mi lado en fila. Su jefe lleva un cartel de manufactura casera con algo indescifrable escrito en él. Gritan extraños slogans y a veces entonan algunas pocas estrofas de una canción. Me miran con caras hostiles y ojos de odio mientras pasan, por lo que me doy cuenta del carácter de esa abigarrada procesión. Anoche, en un bazar lleno de gente, donde no se encontraba ni se veía ningún policía o algún europeo, alguien detrás de mí, amenaza en voz baja y llena de odio con pegarme un tiro. Me doy vuelta inmediatamente, observando un montón de inocentes caras, pues el joven fanático ha desaparecido por una oscura avenida, doblando la esquina. Adivino su edad por el sonido de su voz. Por ello observo con piedad aquella procesión de gente harapienta que desaparece calle abajo. La política, esa engañosa sirena, que promete todo a todos, ha estrechado entre sus brazos unas cuantas víctimas más.

Llego finalmente a una calle donde las casas son grandes, bien construidas y los jardines espaciosos y bien cuidados. Apresuro el paso hasta que llego a un portal; en uno de los pilares está escrito el nombre “Vishudhananda” sobre una placa de piedra. Entro, pues ésta es la casa que busco, y me acerco a alguien que anda por la galería. Es un hombre joven de aspecto poco inteligente. Le pregunto en hindustani: —¿Dónde está el maestro? —en respuesta a lo cual sacude la cabeza y me da a entender que no se conoce allí a tal persona. Pronuncio el nombre de la persona que busco, recibiendo nuevamente una respuesta negativa. El resultado es desalentador pero estoy resuelto a no dejarme derrotar. Una corazonada me advierte que en opinión de aquel joven ningún europeo puede buscar algo en la casa; de ahí deduce erróneamente que estoy equivocado respecto a la calle. Examino con más detenimiento su cara y decido que es verdaderamente estúpido. Ignoro sus gesticulaciones y me meto en el edificio.

En un cuarto interior me encuentro con un semicírculo de caras obscuras. Un grupo de hindúes bien vestidos, sentados en el suelo, forman una media luna. En el otro extremo del cuarto, un hombre anciano, de barba, está reclinado en un sofá. Su venerable aspecto y el lugar de preferencia que ocupa bastan para informarme que he encontrado el objeto de mi búsqueda. Levanto las manos tocando las palmas en señal de saludo.

—¡Paz, maestro! —digo según el saludo convencional en hindustani.

Entrego la carta de presentación y explico mi calidad de escritor y de viajero; además me dedico al estudio de su filosofía y de su misticismo. El discípulo, a quien debo la presentación, tuvo cuidado de advertirme que su maestro nunca hace exhibición pública de sus maravillosos poderes; aun en privado rara vez los muestra a los extraños. Sin embargo, considerando mi profundo interés por su antigua sabiduría, imploro su indulgencia y le ruego que me considere como un caso excepcional.

Los discípulos se miran desconcertados los unos a los otros, volviendo después las miradas hacia su maestro como si se extrañasen de su respuesta. Calculo que Vishudhananda es un hombre de más de setenta años. Adornan su cara una nariz corta y una barba larga. Me llama poderosamente la atención el gran tamaño de sus ojos con profundos bolsones. El cordón sagrado de los brahmanes cuelga alrededor de su cuello.

El anciano fija su mirada fríamente en mí, como si yo fuera un objeto que ha de observarse con microscopio. Siento que algo extraño y terrible toca mi corazón. Una fuerza sobrenatural parece llenar toda la habitación y me siento algo incómodo.

Finalmente, pronuncia algunas palabras en un idioma que reconozco: es bengalí. Se dirige a un discípulo, que vuelve la cabeza para hablarme de la imposibilidad de una audiencia si no me acompaña el Pundit Kavirj, director del Instituto de Sánscrito, para que actúe de intérprete. El pundit posee un conocimiento perfecto del inglés; por otra parte, la circunstancia de haber sido mucho tiempo discípulo de Vishudhananda lo señala como la persona más indicada para actuar de mediador entre nosotros.

—Vuelva usted con él mañana por la tarde —dice el maestro—. Le esperaré a las cuatro.

Estoy obligado a retirarme. En la calle llamo a un vehículo que pasa y, atravesando tortuosas calles, llego al Instituto de Sánscrito. El director no está. Alguien supone que puede encontrarse en su domicilio, por lo que sigo viajando otra media hora hasta que finalmente le encuentro en una casa antigua y alta, con un piso superior que sobresale y cuyo aspecto recuerda extrañamente los edificios del medioevo italiano.

El pundit está sentado en el suelo, en el piso alto, rodeado por todas partes de pequeñas montañas de libros, folletos y otros adminículos de erudición. Tiene la frente alta característica de los brahmanes, una nariz fina y larga y el color claro. Su rostro es el de una persona superior y erudita. Explico el motivo de mi visita; se produce un leve movimiento de duda de su parte, pero accede a acompañarme al día siguiente. En cuanto he fijado la hora del encuentro, me retiro.

Hago que el coche me conduzca a la ribera del Ganges, donde lo despido. Camino despacio y sin rumbo fijo por la orilla que, en provecho de los peregrinos, posee largas filas de escalones de piedra. Los pies de muchas generaciones los han gastado tanto que ahora son ásperos y desiguales. ¡Qué sucia e irregular es la ribera de Benarés! Los templos se desploman en las aguas; las doradas cúpulas se asientan al lado de lujosos palacios de forma cuadrada que se elevan a diversas alturas; mientras en aquel *pot pourri* de edificios se mezcla lo antiguo con lo nuevo, sin discriminación.

Por todas partes aparecen sacerdotes y peregrinos. Me encuentro con algunos pundits; imparten sus enseñanzas en pequeñas habitaciones, que dan a la calle. Los muros son pobres, blanqueados de cal, los maestros están sentados a lo sastre sobre alfombras; formando un respetuoso círculo se encuentran los discípulos que absorben las doctrinas, llenas de telarañas, de su respectivo credo.

El aspecto de un barbado asceta me induce a hacer algunas preguntas. Durante más de seiscientos kilómetros ha rodado por el suelo, extraño método de hacer una peregrinación a Benarés. Más allá encuentro otro individuo de extraña apariencia. Durante años ha mantenido un brazo en alto. Los tendones y ligamentos de aquel desdichado miembro casi han desaparecido, y la carne que lo cubría se ha encogido hasta convertirse en pergamino. ¿Cómo explicarse ese inútil martirio a menos que el infinito sol tropical haya enloquecido un poco la mente de esta gente? Es posible que la vida a una temperatura de 50 grados a la sombra haya contribuido a desequilibrar los desdichados miembros de una raza que de por sí se inclina ya a la histeria religiosa.

* * *

Al día siguiente, exactamente a las cuatro de la tarde, el pundit Kavirj y yo llegamos a la casa del maestro. Entramos en el cuarto grande y lo saludamos. Están presentes unos seis discípulos.

Vishudhananda me pide que me acerque por lo que me siento en el suelo, a lo sastre, a unos pocos metros de su diván.

—¿Quiere usted ver uno de mis milagros? —es su primera pregunta.

—Si el maestro desea concederme ese favor le quedaré profundamente agradecido.

—Entonces déme su pañuelo. Si es de seda tanto mejor —traduce el pundit—. Se producirá cualquier perfume que usted desee sin nada más que un lente y los rayos del sol.

Afortunadamente llevo un pañuelo de seda que entrego al taumaturgo. Saca a relucir un lente de aumento y explica que desea concentrar los rayos del sol, pero que, debido a la posición actual del astro en su órbita y a la situación abrigada del cuarto, no se puede hacer directamente. Sin embargo, esa dificultad se subsanará fácilmente enviando uno de sus discípulos al patio que captará los rayos solares mediante un espejo de mano, reflejándolos a través de una ventana abierta dentro de la habitación.

—Ahora crearé del aire un perfume para usted —anuncia Vishundhananda—. ¿Cuál prefiere?
—¿Puede usted producir el perfume del jazmín blanco?

Toma mi pañuelo con su mano izquierda y mantiene el lente por encima de él. Durante el breve lapso de dos segundos un brillante rayo de sol revolotea sobre el tejido de seda; aparta el lente y me devuelve el pañuelo. Me lo llevo a la nariz y percibo la deliciosa fragancia de la flor pedida.

Examino el pañuelo sin poder descubrir ningún rastro de humedad, ninguna prueba de que se hayan derramado algunas gotas de perfume líquido sobre él. Estoy profundamente intrigado y observo al anciano con semidesconfianza. Se ofrece a repetir la experiencia.

Esta vez elijo la esencia de rosas. Le observo estrechamente durante el curso del experimento. Con todo el cuidado de que soy capaz, someto a un riguroso escrutinio todo el espacio que le rodea, todo movimiento que hace. Examino sus manos regordetas, su vestimenta inmaculadamente blanca, con ojos críticos, sin poder descubrir nada sospechoso. Repite el procedimiento anterior y produce el perfume pedido, que impregna intensamente la otra punta del pañuelo.

Para el tercer experimento elijo las violetas. Tiene igualmente éxito.

Vishudhananda no demuestra ninguna emoción por sus triunfos. Considera todas esas demostraciones como una especie de asunto cotidiano, como un hecho de importancia secundaria. No se inmuta su grave rostro.

—Ahora elegiré yo el perfume —exclama inesperadamente—. Crearé el de una flor que crece sólo en el Tibet.

Concentra un poco la luz solar sobre la última punta del pañuelo no perfumada y aparece otro olor, el cuarto, que soy incapaz de identificar.

Algo asombrado, me meto el pañuelo en el bolsillo. Estos hechos parecen colindar con lo milagroso. ¿Tendrá ocultos los perfumes en su cuerpo? ¿O en su vestimenta? Debe llevar un depósito, puesto que, hasta expresar mi deseo, no sabía cuál había de elegir yo. Y un traje no podría ocultar la cantidad de perfumes que sería necesaria. Por otra parte, ninguna vez ha metido las manos entre los pliegues de su ropa.

Pido permiso para inspeccionar el cristal, que resulta ser un simple lente de aumento colocado en un arco de metal con un mango del mismo material. No puedo hallar nada sospechoso en ella.

Existe otra precaución adicional que doy por lo que vale: no sólo yo sino media docena de discípulos vigilan a Vishudhananda. El pundit me ha dicho que, sin una sola excepción, son personas de alta posición social, bien educadas y de responsabilidad.

El hipnotismo es una explicación. Es posible verificar muy fácilmente el valor de esa teoría. Cuando vuelva a mi alojamiento, mostraré el pañuelo a otras personas.

Vishudhananda tiene otra clase de taumaturgia más alta que mostrarme, aunque rara vez lo hace. Me dice que necesita una luz solar muy intensa, pero ahora el astro se encuentra en su ocaso y se acerca el crepúsculo. Deberé volver a las doce de la mañana, cualquier día, hacia el fin de semana. Entonces me mostrará su notable hazaña de resucitar a los muertos.

Me despido, vuelvo a mi alojamiento, donde muestro el pañuelo a tres personas. Cada una de ellas percibe todavía un intenso perfume. Por consiguiente, el hecho no puede explicarse por sugestión. Tampoco es más fácil explicarlo suponiendo que es un truco.

* * *

Me encuentro nuevamente en la casa del mago. Me dice que sólo puede resucitar a animales pequeños; generalmente utiliza pájaros.

Se estrangula a un gorrión y se le deja expuesto a nuestras miradas durante casi una hora, para darnos la seguridad de que está realmente muerto. Sus ojos carecen de movimiento, el cuerpo está rígido y tiene aspecto mortal. No puedo descubrir ningún signo de vida en el cuerpo del animalillo.

El mago toma su lente de aumento y concentra un rayo de luz en uno de los ojos del animal. Espero, mientras transcurren algunos minutos, sin que ocurra nada. El anciano está sentado, inclinado el tronco sobre su extraña tarea, una mirada vidriosa y fija en los ojos, reservado, sin demostrar ninguna emoción. De repente abre los labios y su voz inicia un extraño canturreo en un idioma desconocido para mí. Un poco más tarde el cuerpo del pajarillo empieza a temblar. He visto comportarse así a un perro cuyo cuerpo dolorido se sacudía de la misma manera cuando entró en agonía. Se produce entonces un leve aleteo y a los pocos minutos el gorrión se mantiene sobre sus propios pies, saltando por todo el cuarto. Verdaderamente ¡los muertos resucitan!

Durante la próxima fase de esta extraña existencia, el pájaro posee suficiente energía para volar, ocupándose durante algún tiempo en encontrar nuevos puntos de apoyo en la habitación. Me pellizco por parecerme todo tan increíble, esforzándome por asegurarme de la realidad de lo que me rodea, de su carácter tangible y de la ausencia de cualquier alucinación.

Pasa una tensa media hora que empleo en vigilar los aturridos esfuerzos de aquella criatura resucitada. Finalmente, un hecho inesperado es una nueva sorpresa para mí. El pobre gorrión cae a nuestros pies, donde permanece sin moverse. Al examinarlo encontramos que no respira y que está muerto irremediablemente.

—¿No podría usted haber prolongado su vida durante más tiempo? —pregunto al mago.

—Eso es lo más que puedo mostrarle por ahora —dice encogiéndose levemente de hombros. El pundit expresa que se esperan grandes cosas de futuros experimentos. Hay otras que su maestro puede hacer, pero no debo abusar de su indulgencia y convertirlo en un espectáculo callejero. Lo visto debe bastarme. Percibo otra vez el sentido de misterio que posee todo aquel lugar. Los relatos acerca de lo que puede hacer Vishudhananda, además de sus demostraciones, acrecientan ese sentimiento.

Me entero de que, al parecer, puede sacar del aire racimos de uvas y confituras y que si toma entre las manos una flor marchita, pronto recupera su prístina frescura.

* * *

¿Cual es el secreto de esos aparentes milagros? Trato de obtener alguna explicación y se me da una extraordinaria respuesta. Es una de esas explicaciones que realmente no aclaran nada. El verdadero secreto está todavía guardado detrás de la cuadrada frente del taumaturgo de Benarés, que no ha revelado hasta ahora ni siquiera a sus más íntimos discípulos.

Me cuenta que nació en Bengala. A los trece años fué picado por un animal venenoso. Su estado empeoró de tal manera que su madre, creyendo en su próximo fin, lo condujo a las orillas del Ganges para que muriera allí. De acuerdo con el hinduismo, no puede haber una muerte más sagrada, más santa o más feliz que a orillas de ese río. Se le condujo a las sagradas ondas

mientras la afligida familia permanecía en la ribera para las ceremonias fúnebres. Se descendió el cuerpo hasta la corriente. Entonces ocurrió un milagro: descendía el nivel de las aguas alrededor del cuerpo. Cuando se le levantaba, ascendían a su nivel normal. Se le sumergió una y otra vez con el mismo resultado: el líquido elemento descendía por sí mismo. En una palabra, el Ganges se negaba a recibir el cuerpo del muchacho como fúnebre huésped.

Un yogi estaba sentado en la orilla y observó lo que ocurría. Se levantó y predijo que el chico viviría, alcanzaría fama y que su destino era muy afortunado, pues llegaría a ser un yogi famoso. Entonces el hombre frotó las heridas con algunas hierbas y se alejó... Volvió siete días más tarde y dijo a los padres que estaba ahora completamente curado, lo que era cierto. Pero, mientras tanto, algo extraño había ocurrido: cambió por entero su mentalidad y su carácter y en lugar de contentarse con permanecer en casa junto a sus progenitores, deseaba convertirse en un yogi errante. Desde aquel momento importunó constantemente a su madre, hasta que algunos años más tarde se le concedió permiso para abandonar el hogar. Salió a buscar adeptos de la yoga.

Llegó hasta el Tibet, la región situada más allá del Himalaya, esa tierra de misterio, esperando encontrar al maestro asignado por el destino entre los famosos eremitas taumaturgos de la región. Pues es una idea fuertemente enraizada en la mente hindú que el aspirante ha de convertirse en discípulo de quien ha dominado los misterios de la yoga si ha de tener éxito en la misma empresa. El joven bengalés buscó a ese hombre entre los solitarios anacoretas que viven en chozas o en cuevas; algunas veces las tormentas de nieve, aullantes y gélidas, barrían las montañas. Pero volvió a casa descorazonado.

Pasaron los años sin que ocurriera nada de importancia y sin que disminuyera la intensidad de su deseo. Cruzó la frontera una vez más y peregrinó por los plomizos desiertos del sur del Tibet. En una simple habitación, entre aquellas montañas como fortalezas, descubrió al maestro que había buscado tanto tiempo.

Después oigo una de esas increíbles afirmaciones que alguna vez pudieron inducirme a reír sarcásticamente y ahora me asombran. Se me asegura solemnemente que el maestro tibetano no tiene menos de mil doscientos años de edad. Se pronuncia ese aserto con la misma calma con la que un prosaico occidental dirá que tiene cuarenta.

Esta asombrosa leyenda de la longevidad ha aparecido ya en mi camino por lo menos dos veces. Según Brama, el yogi del río Adyar, su maestro del Nepal, tenía más de cuatrocientos años; un santo a quien encontré en la India Occidental me aseguró que existía un yogi en una cueva casi inaccesible en las montañas del Himalaya, tan viejo, más de mil años era la cifra, que sus párpados se caían de senectud. Descarté esas dos afirmaciones por ser demasiado fantásticas, pero ahora debo aguantar la repetición, pues este hombre que está delante de mí da a entender que se encuentra en la huella del elixir de larga vida.

El maestro tibetano inició al joven bengalés en los principios y prácticas de la yoga del dominio corporal. Bajo aquella rigurosa enseñanza, el discípulo desarrolló capacidades corporales y mentales que estaban por encima de lo normal. Se le inició también en un raro arte que llama ciencia solar. Durante doce años, a pesar de la vida dura que había de llevar en aquella región cubierta de nieve, continuó estudiando a los pies de su maestro tibetano de vida inmortal. Cuando terminó su período de aprendizaje se le envió de vuelta a la India. Atravesó los pasos de la montaña, descendió hasta las llanuras y a su tiempo se convirtió en maestro de la yoga. Durante un tiempo permaneció en Puri, en el Golfo de Bengala, donde todavía mantiene un espacioso

bungalow. El grupo de discípulos que se reúne a su alrededor pertenece exclusivamente a las altas clases de la India. Se compone principalmente de ricos comerciantes, latifundistas, funcionarios del gobierno y hasta un rajá. Tengo la impresión, quizás me equivoque, de que no se alienta a la gente humilde.

—¿Cómo llevó usted a cabo esas maravillas que me mostró?

Vishudhananda cruza sus regordetas manos.

—Lo que usted ha visto no es resultado de la práctica de la yoga. Se obtiene mediante el conocimiento de la ciencia solar. En lo esencial, la primera consiste en el desarrollo de la voluntad y de la concentración mental por parte del yogi, pero en la práctica de la ciencia solar no se requieren esas cualidades. Es una colección de secretos, sin que sea necesaria ninguna enseñanza especial para utilizarlos. Pueden estudiarse exactamente; de la misma manera que cualquiera de sus ciencias occidentales.

El pundit Kavrij agrega que ese extraño arte está más estre— chamente emparentado con la electricidad y el magnetismo que con cualquier otra rama de la ciencia.

Estoy tan a oscuras como al principio, por lo que el maestro ofrece más informes.

—Esta ciencia solar que ahora nos llega del Tibet no es nada nuevo. La conocían muy bien los yogis de la India hace muchísimo tiempo. Pero exceptuando unos pocos, casi ha desaparecido enteramente en este país. Hay elementos de energía vital en los rayos solares, y si usted conoce el secreto de separarlos o de seleccionarlos también podría hacer milagros. En la luz del sol hay fuerzas etéreas que poseen propiedades mágicas en cuanto se conoce el secreto de dominarlas.

—¿Enseña usted los secretos de esa ciencia solar a sus discípulos?

—Todavía no, pero me preparo para hacerlo. Se elegirá un cierto número de discípulos a los que se enseñará ese arte. Ahora construimos un gran laboratorio donde se darán clases, se efectuarán demostraciones y se harán experimentos.

—Entonces, ¿qué aprenden sus discípulos ahora?

—Se inician en la yoga.

El pundit me enseña el laboratorio. Tiene una estructura moderna de varios pisos: el aspecto es decididamente europeo. Los muros son de ladrillos rojos; grandes boquetes aparecen en lugar de ventanas. Se espera la llegada de grandes paneles de vidrio, pues las investigaciones que han de efectuarse allí implican la reflexión de los rayos solares a través de cristales rojos, azules, verdes, amarillos y claros.

El pundit me dice que ninguna fábrica de la India puede suministrar paneles de vidrio del tamaño necesario para formar esas gigantescas ventanas, por lo que el edificio no puede terminarse. Me pide que estudie el asunto en Inglaterra, pero insiste en que Vishudhananda exige el cumplimiento de sus condiciones al pie de la letra. Entre ellas se cuenta la seguridad por parte de los fabricantes de que los paneles estén completamente libres de burbujas de aire y que los colores sean absolutamente transparentes. Cada panel debe tener 3.60 metros de alto, 2.40 metros de ancho por 2.5 centímetros de espesor.¹

El edificio de laboratorio está rodeado de espaciosos jardines bordeados de palmeras de ancha copa que impiden las miradas de los curiosos.

Vuelvo a ver al taumaturgo y me siento delante de él. Ha disminuido el número de discípulos: sólo quedan dos o tres. Pundit Kavirij se sienta a lo sastre a mi lado; su cara, que expresa sus años de profundos estudios, está fija devotamente en su maestro.

Vishudhananda me mira durante un instante y después dirige la vista hacia el suelo. La dignidad y la reserva se mezclan en su porte. Su rostro tiene una solemnidad sobrenatural que se refleja en el semblante de sus discípulos. Intento penetrar a través de su máscara sin poder percibir nada. La mente de este hombre es tan impenetrable para mi inteligencia occidental como el *sancta sanctorum* en el Templo de Oro de esta ciudad. Está impregnado de la extraña ciencia mágica del Oriente. Siento claramente, a pesar de haberme mostrado sus milagros, antes de repetir mi pedido, que ha interpuesto entre nosotros una barrera psicológica imposible de atravesar. Me da la bienvenida un tanto fríamente; no se desean aquí ni los investigadores ni los discípulos de Occidente.

De una manera enteramente inesperada deja caer una observación:

—No podría iniciarlo sin obtener previamente permiso de mi maestro tibetano. Es una condición bajo la cual tengo que actuar.

¿Ha leído las ideas que cruzan por mi cerebro? Le contemplo. En su frente ligeramente combada se observa una pequeña arruga. Sea como quiera, no he expresado ningún deseo de convertirme en su discípulo. No tengo ninguna prisa por aceptar las enseñanzas de nadie. Pero estoy seguro de una cosa: ese pedido mío provocaría una negativa.

—Pero, ¿cómo puede usted comunicarse con su maestro, si él se encuentra en el lejano Tibet? —inquiero.

—Nos encontramos en perfecto contacto a través de los planos interiores —replica.

Me doy muy bien cuenta de haber oído la respuesta pero no de haberla entendido. Sin embargo, su inesperada observación ha alejado mis ideas de sus milagros durante algún tiempo. Pienso. Sin quererlo, casi, pregunto:

—Maestro, ¿cómo es posible obtener la iluminación?

Vishudhananda no responde, en cambio me plantea otra cuestión:

—Si no practica la yoga, ¿cómo puede usted encontrarla?

Reflexiono sobre ello por algunos segundos.

—Sin embargo, se me ha dicho que sin un maestro es extremadamente difícil entenderla y muchísimo menos practicarla con éxito. Es casi imposible encontrar verdaderos maestros.

Su rostro permanece indiferente e imperturbable.

—Cuando el que busca está preparado, el maestro aparece siempre.

Expreso mis dudas. Vishudhananda extiende su mano regordeta.

—Un hombre debe prepararse primero; entonces, donde quiera que se halle, encontrará eventualmente un maestro. Y si no aparece en carne y hueso, se presentará a la visión interior del que busca.

—Entonces, ¿cómo se debe empezar?

—Determine una hora del día para sentarse en la simple postura que le mostraré. Eso le ayudará a prepararse. Cuide también de dominar sus pasiones malsanas.

Entonces Vishudhananda me enseña la postura del loto que ya me es familiar. No puedo entender por qué la llama simple con sus piernas dobladas y entrelazadas.

—¡Ningún europeo adulto puede efectuar tales contorsiones! —exclamo.

—La dificultad está sólo en las primeras tentativas. Se hace más fácil si se ensaya todas las mañanas y todas las tardes. Lo importante es fijar una hora para practicar esta postura de la yoga y mantenerla siempre. Al principio un esfuerzo de cinco minutos es suficiente. Después de un mes

puede prolongarlo a diez minutos; después de tres meses a veinte minutos, etcétera. Tenga cuidado de mantener bien recta la espina dorsal. Este ejercicio produce el equilibrio físico y la calma mental. Esto último es necesario para la práctica ulterior de la yoga.

—Según eso, ¿enseña usted la del dominio corporal?

—Sí, no crea usted que la mental es superior a ella. Exactamente como todo ser humano piensa y obra, deben existir ejercicios para ambas partes de nuestra naturaleza. El cuerpo obra sobre el espíritu y éste sobre aquél. En la práctica del desarrollo es imposible separarlos.

Nuevamente percibo una resistencia de parte de este hombre para someterse a mis preguntas. Llena la atmósfera una frialdad mental. Decido retirarme muy pronto, aunque le planteo aún una última cuestión.

—¿Ha descubierto usted la existencia de alguna meta, algún propósito en la vida?

Los discípulos prescinden de su gravedad para sonreír por mi simpleza.

¿No afirman todos los libros sagrados de la India, sin excepción alguna, que Dios mantiene este mundo en sus manos para sus propios propósitos?

El maestro no responde. Vuelve a caer en su mutismo y mira a Kavirj, que me dice:

—Ciertamente, hay un propósito. Debemos alcanzar la perfección espiritual para unirnos con Dios.

Después de esto, durante la hora siguiente reina el silencio en el cuarto. Vishudhananda ojea un libro grueso de gran formato cuya cubierta de papel está impresa en bengalí. Los discípulos miran en el vacío, duermen o meditan. Una agradable influencia mesmérica empieza insensiblemente a apoderarse de mí. Creo que si me quedo el tiempo suficiente me dormiré o caeré en alguna clase de trance, por lo que concentro mis energías, agradezco al maestro y me retiro.

* * *

Después de una comida ligera recorro algunas tortuosas callejuelas de esta abigarrada ciudad que parece atraer por igual a los santos y a los pecadores. Llama a los piadosos de todo el país, pero también a los ímpíos, a los rufianes, a los viciosos, para no citar a los parásitos sacerdotales.

El sonido metálico de las campanas de los templos, a lo largo de la ribera del Ganges, desgrana su llamado a la adoración de la tarde. Por el cielo que se oscurece avanza rápidamente la noche. El crepúsculo agrega otro a sus sonidos propios, pues el muecín llama a la oración a los fieles del profeta.

Me siento a la orilla de este antiguo río, este Ganges objeto de tanta reverencia, y escucho el susurro de las hojas de las palmeras que vibran suavemente en la brisa que sopla por un momento.

Se me acerca un mendigo embadurnado de ceniza. Se detiene y lo observo. Debe ser una especie de santo, pues algo que no es de este mundo brilla en sus ojos. Empiezo a pensar que aún no he podido entender esta India milenaria tan bien como creía. Rebusco las pocas monedas que tengo en el bolsillo, preguntándome al mismo tiempo si podríamos saltar a través del abismo que separa nuestras civilizaciones. Acepta la limosna con una tranquila dignidad y levanta las manos hasta su frente cubierta de ceniza en señal de saludo, y se retira.

Durante mucho tiempo he reflexionado sobre el misterio del taumaturgo que hace trucos con el

éter y da una vida fugaz a pájaros muertos. Su breve y plausible exposición de ciencia solar no me convence. Sólo una persona poco reflexiva afirmaría que la ciencia moderna ha explorado completamente las posibilidades latentes de la luz del sol; sin embargo el asunto tiene ciertas peculiaridades que me inducen a buscar la explicación en otra parte.

Me han hablado de la existencia en el occidente de la India de dos yogis que podían hacer una de las cosas de Vishudhananda: producir del aire diversos perfumes. Desgraciadamente ambos murieron a fines del siglo pasado, pero la fuente de información parece merecer bastante confianza. En ambos casos aparecía en la palma de la mano del yogi una esencia oleosa y fragante, como un exudado de la piel. Algunas veces el olor era tan intenso que impregnaba la habitación.

Ahora bien, si Vishudhananda posee esa misma habilidad, puede transferir el perfume de su mano al pañuelo, mientras aparenta operar con el lente. En una palabra, la concentración de la luz solar es probablemente nada más que un truco para ocultar la transferencia del olor producido mágicamente. Otro argumento que afianza esta hipótesis es que, hasta ahora, el taumaturgo no ha revelado su secreto ni a uno solo de sus discípulos. Mientras tanto se han mantenido sus esperanzas construyendo lentamente costosos edificios. Pero ahora ha debido detenerse por la imposibilidad de conseguir en la India esos grandes paneles de vidrio. Así esperan.

¿Qué procedimiento usó realmente Vishudhananda, si la concentración de los rayos solares es sólo una pantalla? Es posible que la producción de fragantes olores sea otro de los resultados de la práctica de la yoga que pueden desarrollarse por el esfuerzo personal. No lo sé. Sin embargo, aunque no puedo proporcionar una teoría defendible para explicar los hechos del taumaturgo, no necesito aceptar la de la ciencia solar que me ofrece. ¿Por qué he de romperme la cabeza? Mi deber consiste en consignar estos hechos, sin tratar de explicar lo inexplicable. Hay aquí un aspecto de la vida hindú que quedará oculta, pues aunque el mofletado taumaturgo o algún discípulo elegido demuestre ante el mundo este extraño arte y atraiga la asombrada atención de los hombres de ciencia, es improbable que se divulgue el secreto. Por lo menos eso es lo que creo haber deducido de su carácter.

Una voz interior me pregunta: ¿Cómo revivió el pájaro muerto? ¿Qué pensar de esa leyenda de la habilidad de un yogi, que ha llegado a la perfección para extender indefinidamente la duración de la vida? ¿Habrán descubierto estos hombres de Oriente el secreto de la vida ilimitada?

Vuelvo la cabeza para alejarme de aquel invisible inquisidor y cansadamente levanto la mirada hasta el cielo. La inmensidad imponderable de la cúpula estrellada me llena de respeto. En ninguna parte son tan brillantes las estrellas como en el cielo tropical. Sigo contemplando fijamente aquellos centelleantes puntos luminosos— Cuando observo de nuevo a mis semejantes y la masa amorfa de casas, empiezo a sentir profundamente el misterio de este mundo. Las cosas tangibles y los objetos que rodean nuestra vida diaria retroceden rápidamente, perdiéndose en la irrealidad, y la mezcla de figuras fantasmales en movimiento, de embarcaciones que se deslizan lentamente y de unas pocas luces brillantes, convierten la noche y lo que me rodea en una tierra encantada. La antigua doctrina filosófica hindú, según la cual el universo es, en su esencia, sólo una fantasía, abre una brecha en mi cerebro e inicia esa destrucción de mi sentido de lo real. Estoy preparado para las más extrañas experiencias que pueda traerme este planeta que se mueve tan velozmente a través de los abismos del espacio.

Pero alguna criatura de este mundo terrenal irrumpe brutalmente en mis ensueños, entonando en voz alta el monótono ritmo de una canción hindú; así retorno de pronto al *pot pourri* de

inciertos placeres e inesperados sinsabores que los hombres llaman vida.

Capítulo XII

ESCRITO EN LAS ESTRELLAS

Las cúpulas tiemblan a la deslumbrante luz del sol, los bañistas llenan el aire con el ruido de sus abluciones matinales, y el confuso desfile oriental de la costa de Benarés se muestra otra vez a mi ojos de extranjero. Me deslizo río abajo en un pesado junco cuya proa de madera esculpida representa la cabeza de una cobra. Permanezco sentado mientras los tres marineros mueven sus extraños remos.

Mi compañero es un comerciante de Bombay que se encuentra próximo a mí; me cuenta que piensa retirarse de los negocios cuando vuelva a aquella ciudad. Es un hombre extremadamente piadoso, pero no menos práctico. Mientras acumulaba tesoros en el cielo no dejó de amontonarlos en los bancos. Le conozco desde hace una semana y encuentro que es persona amable y cordial.

—Me retiraré exactamente a la edad que Sudhei Babu predijo —dice con grandes deseos de explicar su historia.

Esa extraña observación me induce metafóricamente a enderezar la oreja.

—Sudhei Babu... ¿quién es?

—¿No lo sabe usted? Es el astrólogo más inteligente de Benarés.

—¡Vaya! ¡Un astrólogo! —murmuro algo despectivamente.

He visto esa raza cuyos miembros se sientan a lo sastre en Maidán, el espacio abierto más grande de Bombay, o en sofocantes tenduchos en Calcuta, y en los sitios donde se acumulan los viajeros en cualquier ciudad pequeña que he visitado. La mayoría son personas de aspecto sucio, con largos mechones de pelo sin peinar. Sobre su cara se nota el sello de la superstición y de la ignorancia. Generalmente sus herramientas de trabajo consisten en dos o tres libros grasientos y manoseados y algún almanaque en el idioma local, llenos de signos incomprensibles. Muchas veces me he admirado cínicamente de la intensidad con que desean dirigir a otras personas por el camino de la buena suerte mientras ellos no parecen haber gozado nunca de su sombra.

—Eso me sorprende algo en usted. ¿Es seguro para un hombre de negocios confiar en el centelleo de las estrellas? ¿No cree usted que el sentido común es mejor guía? —agrego con el tono de alguien que da un buen consejo.

El otro sacude levemente la cabeza y sonrío.

—¿Cómo explica usted entonces la profecía de mi retiro? ¿Quién podría suponer que

abandonaría los negocios a una edad tan excepcionalmente temprana, pues no tengo más que 41 años?

—Será una coincidencia.

—Muy bien, voy a contarle algo. Hace algún tiempo encontré un gran astrólogo en Lahore, iniciando por consejo suyo las negociaciones preliminares para un asunto de importancia. En aquella época era mi socio un hombre de más edad que yo; creyó éste que había demasiado riesgo y se negó a colaborar conmigo. Puesto que no quería tomar parte en la transacción, disolvimos la sociedad, llevando yo solo el negocio a buen término. Fué un notable éxito que me produjo una pequeña fortuna. Sin embargo, si el astrólogo de Lahore no me hubiera alentado, yo también hubiera tenido miedo de hacer ese negocio.

—Entonces usted cree que...

Mi compañero termina la frase por mí.

—Nuestras vidas están regidas por él destino, que se muestra en la posición de las estrellas.

Callo mis objeciones a esa afirmación bajo la amenaza de un gesto impaciente.

—Los astrólogos que he visto en la India son un montón de analfabetos y tienen trazas de ser completamente estúpidos. No puedo imaginarme que sean capaces de dar a nadie un consejo beneficioso.

—¡Ah! No se debe confundir un sabio erudito como Sudhei Babu con esos ignorantes que usted ha encontrado. Claro que son charlatanes, pero él es un brahmán inteligente que vive en una gran casa propia. Estudió a fondo la materia durante muchos años y posee numerosos volúmenes muy difíciles de adquirir.

De repente advierto que mi compañero no es ningún idiota. Pertenece a esa clase de hindúes que siente entusiasmo por lo práctico y que no duda en apoderarse de las últimas invenciones occidentales. Me sobrepasa en muchos aspectos. Lleva en el juncó una magnífica cámara para tomar películas cinematográficas, mientras que yo no puedo enorgullecerme nada más que de una Kodak de bolsillo; su sirviente trae un termos y sirve una bebida refrescante, censurando de ese modo la falta del consabido adminículo de todo viajero; de sus conversaciones deduzco que cuando está en Bombay utiliza más frecuentemente el teléfono que yo durante toda mi vida en Europa. Y sin embargo, ¡cree en la astrología! Me intrigan esos elementos incongruentes que forman su personalidad.

—Entendámonos. ¿Usted acepta la teoría según la cual la vida de todo ser humano, todo hecho que ocurre en el mundo está determinado por las estrellas cuyas distancias de nuestro planeta es un reto a nuestra imaginación?

—¡Así es! —responde tranquilamente.

Me encojo de hombros sin saber qué decir.

Adopta el aire del que trata de explicarse.

—¡Mi estimado señor!. ¿Por qué no va usted y hace la prueba por sí mismo? Los occidentales dicen que el movimiento se demuestra andando. Vea lo que Sudhei Babu puede descubrir acerca de usted. No me interesan los charlatanes callejeros, pero creo en la sinceridad, en la capacidad de ese hombre.

—¡Hum! soy algo escéptico acerca de los que se dedican al negocio de predecir. Sin embargo le tomaré su palabra. ¿Me acompañará usted a la casa de ese astrólogo?

—¡Claro que sí! Venga usted mañana al tiffin¹ y después iremos a verlo.

Seguimos deslizándonos frente a anchos palacios, viejos templos y pequeñas ermitas salpicadas de flores amarillas. Observo con indiferencia los anchos escalones de piedra donde se apretujan los peregrinos para bañarse y reflexiono que si bien la ciencia se enorgullece justamente de haber obstaculizado el desarrollo de la superstición, me queda por aprender que una actitud científica puede obstaculizar la investigación. Si mi compañero puede ofrecerme algunas pruebas que demuestren la razón del pronunciado sentimiento de fatalismo que comparte con la mayoría de sus compatriotas, las estudiaré sin prejuicios.

* * *

Al día siguiente mi amable compañero me conduce a una calle estrecha antiquísima a ambos lados de la cual se amontonan las casas con azotea. Nos detenemos ante un edificio ruinoso y viejo construido de piedra. Me conduce a través de un pasaje oscuro y de techo bajo, subiendo después varios escalones que no tienen más anchura que el cuerpo de un hombre. Pasamos por un cuarto estrecho y nos encontramos en la galería de un espacioso patio interno alrededor del cual se ha construido la casa.

Un perro sujeto por una cadena nos ve y nos desafía ladrando furiosamente. Una fila de grandes macetas, cada una de las cuales contiene una planta sin flores, se extiende a lo largo de la galería. Sigo a mi compañero, que se mete en un cuarto oscuro y poco atrayente y casi me caigo al tropezar con algunas baldosas rotas del umbral. Al detenerme observo que se ha esparcido tierra tanto en la galería como en el cuarto. Me pregunto si el astrólogo se distrae de sus estudios estelares dedicándose a la floricultura.

Mi compañero le llama a gritos; los viejos muros devuelven el eco de su voz. Esperamos dos o tres minutos y contribuimos a los esfuerzos del perro siguiendo con nuestros llamados a voz en cuello para adornar el silencio de aquel edificio al parecer desierto. Empiezo a creer que hemos hecho un viaje en balde, cuando el ruido de alguien nos llega desde un piso superior. Pronto oigo unos pasos arrastrados que se acercan al cuarto.

Aparece en el umbral la figura de un hombre flaco, que lleva una vela en una mano y un manajo de tintineantes llaves en la otra. Sigue una breve conversación en la semiobscuridad y el astrólogo abre otra puerta por la que pasamos todos. Corre las pesadas cortinas y abre las persianas que cierran los altos ventanales del balcón.

La cara del astrólogo queda súbitamente iluminada por la luz que pasa a través de los vidrios. Veo un hombre que parece más bien una figura del mundo de los espectros que un ser de carne y hueso. Nunca he visto una persona tan enferma por la pálida sombra del pensamiento. Su aspecto cadavérico, su cuerpo increíblemente flaco y sus movimientos tan lentos que no parecen de este mundo, se combinan para producir un efecto terrorífico. El blanco de los ojos es tan pronunciado que aumenta esa impresión por ofrecer un contraste sumamente intenso con las pupilas negras como el carbón.

Se sienta ante una mesa grande enteramente cubierta de papeles.

Noto que habla un inglés pasable, pero sólo después de algunos argumentos puedo convencerlo de que hable directamente conmigo, sin servirse de un tercero como intérprete.

—Quisiera aclarar que vengo como investigador no como creyente.

Inclina su flaca cabeza.

—Bien, haré un horóscopo y luego me dirá usted si está satisfecho.

—¿A cuánto ascienden sus honorarios?

—No tengo una cifra fija. Algunas personas de buena posición me pagan 60 rupias, otras veinte. Dejaré que usted mismo determine la cantidad.

Me apresuro a hacerle entender que antes de preocuparme por el futuro, deseo poner a prueba su conocimiento del pasado, con lo que está conforme.

Durante algún tiempo se ocupa en cálculos acerca de la fecha de nacimiento. Después de diez minutos, se inclina hacia el suelo, detrás de su silla, sobre un montón desordenado de papeles amarillentos y de hojas de palma cubiertas de extraños caracteres. Finalmente saca un paquetito de fichas oblongas descoloridas por el tiempo. Dibuja un extraño diagrama en una hoja de papel y dice:

—Esta es la posición de los astros en el momento de su nacimiento. Estos textos en sánscrito explican el sentido de cada parte del diagrama. Ahora le diré lo que afirman las estrellas.

Examina el dibujo con minucioso cuidado, señala una de las fichas y habla nuevamente con aquel tono bajo de voz carente de emoción que tan bien se acomoda a su personalidad.

—Usted es escritor y viene de Occidente. ¿No es verdad?

Inclino la cabeza en señal de asentimiento.

Después me habla de mi juventud y descubre, en rápida sucesión, algunos pocos hechos de los primeros años de mi vida. En un sentido amplio, cinco de ellos son correctos, los otros dos completamente equivocados. Así puedo contrastar el valor, o la carencia de la capacidad para profetizar. La honradez de este hombre es evidente. Un 75% de éxito en una prueba inicial es lo suficientemente sorprendente como para demostrar que la astrología hindú merece una investigación, pero las predicciones erróneas indican que no es una ciencia exacta e infalible.

Otra vez Sudhei Babu revuelve sus papeles desparramados y describe mi carácter con bastante justeza. Después detalla las cualidades intelectuales que me han inducido a seguir una profesión. Otra vez levanta su cabeza de intelectual y me pregunta si está en lo cierto. No puedo negarlo.

Baraja sus papeles, estudia silenciosamente el diagrama y empieza a hablar del futuro:

—El mundo se convertirá en su hogar. Usted hará viajes muy largos durante mucho tiempo, pero siempre pluma en ristre, escribiendo. —En este tono discurre acerca de lo que vendrá. Pero no puedo medir la exactitud de sus profecías, por lo que me contento con dejarlas donde están— escritas en las estrellas.²

Al terminar me pregunta otra vez si estoy satisfecho. Su descripción bastante correcta de los últimos cuarenta años de mi vida en este valle de lágrimas, su tentativa casi completamente exitosa de describir mi intelecto, son cosas que hacen callar las críticas que venía preparando.

Me pregunto si este hombre no estará dando palos de ciego, si su *modus operandi* no será más que tantear con inteligencia, pero debo confesar sinceramente que sus pronósticos me impresionaron. Sin embargo, sólo el tiempo podrá decir qué valor tienen.

¿Se derrumbará como un castillo de naipes mi actitud occidental acerca de la obscura cuestión del destino? ¿Qué puedo decir acerca de ello? Me acerco a la ventana, permanezco allí de pie y observo la casa de enfrente mientras juego con las monedas de plata que tengo en mi bolsillo. Finalmente vuelvo a mi asiento e interrogo al astrólogo.

—¿Por qué ha de parecerle imposible que las lejanas estrellas puedan influir sobre la vida de

los hombres? —replica suavemente—. ¿No responden las mareas a la luna distante? ¿No experimenta un cambio cada mes lunar el cuerpo de la mujer? ¿No induce la ausencia del sol a hacer más susceptibles a los hombres a la melancolía?

—Ciertamente. Pero hay mucha distancia de eso a creer en las afirmaciones de la astrología. ¿Por qué habrían de preocuparse Júpiter o Marte si yo naufrago o no?

—Será mejor que usted considere los planetas como símbolos que aparecen en el cielo. No son ellos los que influyen realmente sobre nosotros, sino nuestro propio pasado —replica—. Usted nunca comprenderá cuán razonable es el fundamento de la astrología si no acepta la doctrina de la reencarnación: el hombre vuelve a la tierra y su destino le sigue. Si en una vida escapa a los resultados de una mala acción, será castigado en la próxima; si no recibe el premio que le corresponde por sus buenas acciones, lo obtendrá seguramente la próxima vez. Sin esta doctrina del eterno retorno del alma del hombre a la tierra, la variada fortuna de diversas personas parecería el resultado de la simple casualidad o del ciego azar. ¿Cómo podría permitir eso una justa deidad? No... nosotros creemos que cuando un hombre muere, su carácter, sus deseos, sus pensamientos y su voluntad continúan existiendo hasta que entran otra vez en un cuerpo de carne y hueso y aparecen entre nosotros como un niño recién nacido. Las buenas o las malas acciones de una encarnación anterior serán premiadas o castigadas en ésta o en otra. Así explicamos el destino. Cuando digo que usted naufragará un día y estará en grave peligro de ahogarse, entiendo que ese es el adecuado destino que Dios, en su oculta justicia, le ha asignado por algo malo que usted hizo en una vida anterior. No son los planetas los que provocan el naufragio: es el inevitable resultado de sus acciones anteriores. No puedo haber inventado la astrología; llegó hasta nosotros desde una época muy remota, cuando la revelaron los videntes de los tiempos antiguos para beneficio del hombre.

Mientras escucho estas plausibles afirmaciones, difícilmente se me ocurre algún comentario. Este astrólogo quiere atar el alma y su fortuna a la hoguera en que arde el destino, pero ningún sensato occidental se dejará despojar de su preciado tesoro: el libre albedrío. ¿Qué habitante del dinámico Occidente puede sentir entusiasmo por esta creencia, según la cual es el destino y no el libre albedrío el que dirige sus pasos? Observo asombrado a este magro soñador, este explorador de los remotos signos del zodiaco.

—¿Sabe usted —le digo— que en algunas partes del sur los astrólogos vienen inmediatamente después de los sacerdotes, y que no se puede emprender nada de importancia sin consultarlos? Nosotros los europeos nos reímos de esa posición ideológica, pues no nos fiamos gran cosa de la predicción del futuro. Queremos creer que somos individuos libres y no víctimas impotentes de un destino inexorable.

El astrólogo se encoge de hombros.

—En uno de nuestros viejos libros, la *Hitopadesa*,³ se dice: nadie puede oponerse a la predeterminación de lo que está escrito en la frente de los hombres. —Hace una pausa para que sus palabras penetren en mi cerebro y después continúa:

—¿Qué puede usted hacer? Debemos cosechar los frutos de nuestras acciones.

Pero dudo de sus afirmaciones y expreso mis sentimientos.

El profeta del destino personal se levanta. Comprendo la indirecta y me dispongo a retirarme. Murmura pensativamente:

—Todo está en las manos de Dios. Nada se le escapa. ¿Quién es realmente libre? ¿A dónde

iríamos si Dios no estuviera presente?

En la puerta agrega dubitativamente:

—Si usted desea volver podríamos seguir charlando de estas cosas.

Se lo agradezco y acepto la invitación.

—Muy bien. Le esperaré mañana después de la puesta del sol, alrededor de las seis.

* * *

Al día siguiente vuelvo al atardecer a la casa del astrólogo. No tengo intención de aceptar todo lo que diga, pero tampoco me he propuesto rechazarlo todo. Voy a escuchar, probablemente a aprender, aunque esto último depende de la posibilidad de verificar experimentalmente sus afirmaciones. A esta altura de las cosas estoy bien dispuesto a probar si pueden darse razones bastante buenas en favor de esa conducta. Sin embargo, mi horóscopo, tal como lo interpreta Sudhei Babu, me induce a creer que la astrología hindú no es un disparate supersticioso y que merece muy bien una investigación más profunda. Esa idea representa el límite de mi actitud actual.

Nos sentamos frente a frente, teniendo, por medio su largo escritorio. Una lámpara de petróleo arroja una débil luz sobre la escena. De la misma manera se iluminan millones de otras casas hindúes.

—Este edificio tiene catorce cuartos llenos de manuscritos antiguos, la mayor parte de los cuales están redactados en sánscrito. Así se explica que necesite una casa tan grande, aunque vivo solo. Venga usted a ver mis colecciones —me dice el astrólogo.

Descuelga la lámpara y me conduce a otro cuarto. Alrededor de las paredes se acumulan cajas abiertas. Echo una mirada a su interior y encuentro que están llenas de libros y folletos. Hasta el suelo desaparece bajo un montón de manuscritos redactados en hojas de palma, unidos mediante cuerdas, y libros con tapas descoloridas por el tiempo. Tomo un pequeño paquete, cada hoja está cubierta de signos incomprensibles casi ilegibles. Vamos de cuarto en cuarto, encontrando la misma escena por todas partes. La biblioteca del astrólogo parece encontrarse en un estado de desorden irremediable, a pesar de lo cual me asegura que conoce el lugar de cualquier volumen. Me parece que en esta casa se ha reunido toda la sabiduría del Hindostán. Ciertamente gran parte de los extraños conocimientos de la India se encuentran en las páginas casi indescifrables de aquellos antiguos rollos de manuscritos y en los libros sánscritos.

Volvemos a sentarnos; el astrólogo me dice:

—Casi toda mi fortuna ha sido empleada en la compra de mi biblioteca. Muchos de mis libros son muy raros y me han costado grandes sumas. Por ello, actualmente soy muy pobre.

—¿De qué tratan?

—Algunos se ocupan principalmente de Astrología; otros de los misterios divinos y de la vida humana.

—Entonces es usted además filósofo.

Su boca de labios finos se distiende en una semisonrisa.

—El que no sea un buen filósofo será un pobre astrólogo.

—Si usted me permite decirlo, espero que no se exceda en el estudio de esos libros. La

primera vez que vine de visita me impresionó la palidez de su cara.

—No me sorprende —replica calmosamente—. No he comido en los últimos días.

Expreso mi preocupación.

—No es cuestión de dinero. La mujer que viene todos los días para prepararme la comida está enferma y hace seis días que no aparece.

—¿Por qué no llama a otra?

Sacude enérgicamente la cabeza.

—No. Ninguna mujer de baja casta preparará mi alimento. Preferiría no comer durante un mes a permitir que ocurriera eso. Debo esperar hasta que mejore la salud de la criada. Espero que vuelva mañana o pasado.

Le observo atentamente y veo que lleva el cordón sagrado de la casta brahmánica. La triple cuerda de lino trenzado que rodea su barbilla se coloca alrededor del cuello de todo niño brahmán y ya no le abandona hasta la muerte.

—¿Por qué se preocupa usted de esas supersticiosas restricciones de casta? —insisto—. Ciertamente su salud está por encima de todo eso.

—No es una superstición. Todos irradiamos una influencia magnética que es completamente real, aunque los instrumentos de su ciencia occidental no hayan podido descubrirla todavía. La cocinera pone su influencia en la comida, naturalmente, sin tener conciencia de ello. La persona que ingiere el alimento preparado por una mujer de baja casta absorbe ese influjo maligno.

—¿Qué rara teoría!

—Pero acertada.

Cambio de tema.

—¿Cuánto tiempo hace que se dedica usted a la astrología?

—Hace diez y nueve años. Adopté la profesión después de mi matrimonio.

—¿Ah! Entiendo.

—No, no soy viudo. ¿Se lo explicaré? Cuando tenía catorce años rogaba a Dios que me diera el conocimiento. Así encontré varios libros y diferentes personas que me enseñaron algo. Me fascinaba de tal modo el estudio que me pasaba sentado todo el día y aun parte de la noche. Mis padres arreglaron mi matrimonio. Pocos días después del casamiento mi esposa se enojó conmigo y me echó en cara que se había casado con un libro andante. Al octavo día huyó con el hombre que manejaba nuestro coche.

Sudhei Babu se detiene. No puedo menos de sonreír por la cáustica observación de su mujer, aunque su temprana fuga debe haber producido una verdadera sensación en la India, tan conservadora como es. Pero los caminos de las mujeres son tortuosos y están más allá de la inteligencia del hombre.

—Después de un tiempo me recuperé del choque —continúa diciendo—. La olvidé. Habían desaparecido todas mis emociones, como si se hubieran borrado. Me dediqué con más ahinco al estudio de la astrología y de los misterios divinos. Inicié entonces el estudio de la materia más importante: el libro de Brahma Chinta.

—¿Puede usted decirme de qué se trata?

—El título significa algo así como “Meditación divina” o “La búsqueda de Brahma”, o quizás “Teodicea”. La obra completa contiene varios miles de páginas, pero lo que yo estudio es sólo una parte. Necesité casi veinte años para coleccionar lo que poseo, pues existe únicamente en

fragmentos esparcidos aquí y allá. He conseguido lentamente esas diferentes partes mediante agentes en las diversas regiones de la India. Tiene doce principales divisiones entre sus temas y muchas subdivisiones. Los temas principales son la filosofía, la astrología, la yoga, la vida después de la muerte, y otras sutiles cuestiones.

—¿Conoce usted alguna traducción inglesa?

Sacude negativamente la cabeza.

—Nunca he oído hablar de eso. Son muy pocos los hindúes que conocen la existencia de la obra. Hasta ahora se ha guardado celosamente y se ha mantenido en secreto. Proviene del Tibet, donde se la tiene por sagrada, permitiéndose su estudio sólo a contados estudiantes.

—¿Cuándo fué escrita?

—La compuso hace varios miles de años el sabio Bhrigu; vivió hace tanto tiempo que no puedo indicarle la fecha. Enseña un método de la yoga enteramente distinto de todos los que existen en la India. ¿Se interesa usted por esa cuestión?

—¿Cómo lo sabe usted?

En vez de responderme, Sudhei Babu saca a relucir, sin decir una palabra, el diagrama que construyó alrededor de mi fecha de nacimiento, moviendo el lápiz por entre los extraños signos que representan las configuraciones planetarias y los signos del Zodíaco.

—Su horóscopo me sorprende. Es extraordinario para un europeo y ni siquiera es común en la India. Demuestra que usted poseerá una gran tendencia para estudiar la yoga y que usted gozará del favor de sabios que le ayudarán a profundizar esa materia. Sin embargo, usted no se limitará exclusivamente a eso, sino que aprenderá otros sistemas filosóficos místicos.

Se detiene y me mira directamente a los ojos. Tengo una leve impresión de que va a decir algo que equivale a una revelación de su vida interior.

—Hay dos clases de sabios: unos guardan egoístamente sus conocimientos para sí mismos y otros, después de haber obtenido la luz, la comparten libremente con los que la buscan. Su horóscopo demuestra que usted está a las puertas de la iluminación, por lo que mis palabras no caerán en oídos sordos. ¡Estoy dispuesto a impartirle mis conocimientos!

Me sorprende profundamente este inesperado cambio. Al principio visité a Sudhei Babu para verificar las afirmaciones de la astrología hindú, y ahora inesperadamente se me ofrece como maestro de yoga.

—Si practica los métodos de Brahma Chinta no necesitará usted a nadie que le enseñe — continúa diciendo—. Su propia alma se convertirá en su maestro.

Repentinamente comprendo mi error y me pregunto si habrá leído mis pensamientos.

—¡Usted me toma de sorpresa! —es todo lo que puedo decir.

—He instruido ya a unas cuantas personas en estos conocimientos, pero nunca me considero su maestro... Sólo su hermano o amigo. Por ello no me propongo enseñarle nada en el sentido corriente de la palabra. El espíritu del sabio Bhrigu utilizará simplemente este cuerpo y esta alma mía para comunicarle sus ideas.

—No entiendo cómo puede usted combinar la profesión de astrólogo con la enseñanza de la yoga.

Extiende sus finas manos sobre la mesa.

—La explicación es ésta: vivo en el mundo y le sirvo con mi trabajo que casualmente es la astrología. En segundo lugar, me niego a ser considerado como un maestro, pues en nuestro

Brahma Chinta el único que se reconoce es Dios, único preceptor que aceptamos. Él, como el alma universal, está en nosotros y nos enseña. Considéreme su hermano si usted lo desea, pero no me tenga por un maestro espiritual. Los que tienen uno se inclinan a apoyarse y a depender de él en lugar de su propia alma.

—Sin embargo usted se guía por la astrología —replico velozmente— en lugar de su propia alma.

—Usted se equivoca. Nunca observo mi horóscopo; en realidad lo rompí hace muchos años.

Le expreso mi asombro. El replica:

—He encontrado la luz y ya no necesito que me ayude la astrología, pero los que andan por la obscuridad la necesitan. He puesto toda mi vida en las manos del Señor. Llevo ese hecho hasta su conclusión lógica, abandonando toda preocupación por el futuro o el pasado. Lo que el Señor envía, lo acepto como su voluntad. Estoy entregado en cuerpo y alma, actos y sentimientos, a la voluntad del Todopoderoso.

—Suponga que un asesino le amenaza de muerte, ¿dejará usted librado todo a la voluntad de Dios?

—Cuando aparece algún peligro no hago más que rezar e instantáneamente obtengo Su protección. La oración es necesaria; el miedo no. Rezo con frecuencia y el Señor me ha protegido. A pesar de todo he pasado por grandes tribulaciones. En todas ellas sentí Su ayuda y confié en Él completamente. Usted también dejará algún día de preocuparse por el futuro, que llegará a serle indiferente.

—Habrá de producirse un cambio notable en mí antes de que eso ocurra —observo secamente.

—No obstante, ese cambio se producirá.

—¿Está usted seguro?

—Sí; usted no puede escapar a su destino. Ese renacimiento espiritual es algo que viene de Dios, lo espere uno o no.

—Usted dice extrañas cosas, Sudhei Babu.

La idea de la divinidad es el factor desconocido que aparece en tantas de mis conversaciones en este país. Los hindúes son esencialmente religiosos y para mí resulta un suplicio de Tántalo la manera familiar con que introducen a Dios. ¿Pueden apreciar el punto de vista de un escéptico occidental que ha renunciado a la fe por complejas razones? Comprendo que no conducirá a nada y que no tendrá ningún resultado práctico discutir acerca de la divinidad con el astrólogo. No me gustaría compartir la dieta teológica que colocará probablemente delante de mí, por lo que llevo otra vez la conversación a un terreno menos expuesto a controversias.

—Hablemos de otra cosa, pues Dios y yo nunca nos hemos encontrado.

Me mira fijamente mientras sus ojos blancos y negros tratan de penetrar en mí.

—Su horóscopo no puede mentir; si ello ocurriese, yo me apartaría de un espíritu muy poco preparado para recibir mi enseñanza.

Pero las estrellas se mueven sin error. Lo que usted es incapaz de entender hoy impregnará sus pensamientos durante algún tiempo para volver con intensidad renovada. De todos modos estoy dispuesto a enseñarle el sendero de Brahma Chinta.

—Y yo repito que estoy pronto a aprenderlo.



Tarde tras tarde visito la vieja casa de piedra del astrólogo para oír sus lecciones de Brahma Chinta. La débil luz de la lámpara produce temblorosas formaciones sobre su fino rostro mientras me inicia en los misterios de esta primitiva yoga tibetana.⁴ En ningún momento toma una actitud de superioridad espiritual o de egoísta pedagogía. Es la humildad personificada; generalmente inicia sus instrucciones con la frase siguiente: “En las enseñanzas de Brahma Chinta se dice que...”

—¿Cuál es el objeto supremo, la meta final de esta yoga de Brahma Chinta? —le pregunto una tarde.

—Buscamos el estado del trance sagrado, pues en él el hombre obtiene la perfecta demostración de que es un alma. Entonces su mente queda libre de lo que le rodea, los objetos pierden su realidad y el mundo exterior parece esfumarse. Descubre que el alma es un ser real viviente dentro de sí mismo; su felicidad, su paz y su potencia le abruman. Todo lo que necesita es una sola experiencia de esta clase para tener la demostración de que existe una vida inmortal y divina dentro de él; jamás la olvidará.

La sombra de una duda me induce a preguntar.

—¿Está usted seguro que todo esto no es una especie de autosugestión?

El espíritu de una sonrisa revolotea alrededor de sus labios.

—Cuando una madre da vida a un ser, ¿podría dudar aunque fuera por un momento de lo que ocurre? Y cuando rememora aquella experiencia, ¿podría pensar que sólo fué autosugestión? Al observar el desarrollo de su hijo que crece a su lado año tras año, ¿podría dudar alguna vez, dejar de creer en su existencia? De la misma manera, el dolor del renacimiento espiritual representa un hecho tan formidable de la vida que no puede olvidarse; para cada uno de nosotros lo cambia todo. Cuando se entra en el trance sagrado, dentro del alma se crea una especie de vacío; Dios... o puesto que usted no parece dar ningún significado a esta palabra, el alma, digamos una potencia más alta, entra y la llena. Cuando eso ocurre es imposible dejar de sentirse inundado de una intensa felicidad y de un gran amor por toda la creación. Para cualquiera que lo observe, el cuerpo parecerá no sólo estar en trance, sino aparentemente muerto, pues toda la respiración se detiene cuando se alcanza el punto más profundo.

—¿No es eso peligroso?

—No. Se llega al trance en completa soledad o se permite a un amigo que lo vigile. Entro frecuentemente en el sagrado trance y salgo cuando lo deseo. Generalmente permanezco en él durante dos o tres horas, estableciendo previamente la hora en que ha de terminar. Es una experiencia maravillosa, pues lo que es para usted el universo, lo observo yo dentro de mí mismo. Por eso digo que puede sacar de su propia alma todo lo que necesite aprender. Cuando le haya comunicado por completo las enseñanzas de Brahma Chinta no le hará falta ningún maestro fuera de usted, nadie que le enseñe.

—¿No ha tenido usted ningún maestro?

—Ninguno. Tampoco lo he buscado desde que descubrí los secretos de esta yoga. Sin embargo algunos grandes sabios han venido a mí de cuando en cuando. Esto ocurre mientras estoy en el trance sagrado y adquiero conciencia en el mundo exterior. Han aparecido ante mí en su forma psíquica y colocaron sus manos sobre mi cabeza para bendecirme. Por eso le repito que se

entregue a la guía de su propia alma y los maestros llegarán a usted en el mundo interior sin que los llame.

En los próximos dos minutos se produce un silencio durante el cual pienso. Mi interlocutor parece estar aprisionado en una nube de recuerdos. Entonces este extraño maestro, muy suave y humildemente, dice:

—Una vez durante el trance sagrado vi a Jesús.

—¡Usted me asombra! —exclamo yo.

Pero no se apresura a explicarlo. En cambio vuelve hacia arriba el blanco de los ojos de una manera alarmante. Se produce otro minuto de profundo silencio; me tranquilizo sólo cuando adquiere otra vez apariencia normal.

Al dirigirse a mí nuevamente, una sonrisa algo enigmática aparece en su rostro.

—Tal es la grandeza del trance sagrado que la muerte no puede apoderarse de un hombre que se encuentre en él. Hay algunos yogis del lado tibetano del Himalaya que han practicado hasta la perfección este sendero de Brahma Chinta. Porque les place hacerlo así, se han recluido en las cavernas de las montañas, entrando allí en el trance sagrado más profundo. En ese estado, el pulso se detiene, el corazón ya no late y la sangre no circula por el cuerpo. Cualquiera que los encontrase, los tendría por muertos. No se imagine usted que duermen, pues tienen conciencia como usted o como yo. Han entrado en el mundo interior donde viven vidas más elevadas. Sus almas han sobrepasado los límites impuestos por el cuerpo y descubren todo el universo dentro de sí mismos. Algún día saldrán de su trance y entonces tendrán centenares de años.

De nuevo oigo esta inverosímil leyenda de la vida humana perenne. Al parecer seguirá mis pasos a donde quiera que vaya bajo el sol de Oriente. Pero, ¿lograré alguna vez hallar la pista de uno de esos legendarios inmortales y verlo cara a cara? ¿Descubrirá alguna vez el Occidente y aceptará como una contribución psicológica y científica esta antigua magia, nacida en el inclemente clima del Tibet? ¿Quién sabe?

* * *

Termina mi última lección de las fantásticas doctrinas de la yoga de Brahma Chinta.

Convenzo al sedentario astrólogo de que salga de su casa, pues la abandona muy raramente, y que dé un poco de movimiento a sus miembros. Paseamos por estrechas callejuelas, esforzándonos por evitar los bazares, llenos de gente que nos cierran el paso hacia el río. A pesar de su inveterada suciedad y de su amontonamiento antihigiénico, Benarés presenta una variedad de pintorescos espectáculos para el hombre que pasea por sus calles.

Es de tarde; mi compañero lleva un quitasol abierto para resguardarse de los rayos del sol. A causa de su débil cuerpo y sus movimientos lentos y lánguidos no progresamos gran cosa, por lo que cambio de ruta para acortar nuestro recorrido.

Pasamos por la calle de los Caldereros. El aire resuena al compás de los martillos de barbados obreros; sus productos, vasos de pulido bronce, resplandecen a la luz del sol. Aquí se encuentran también muchísimas figurillas de metal, representaciones de los dioses principales del olimpo hindú.

En otra calle, del lado de la sombra está sentado un anciano que levanta la mirada hasta mí

con débiles ojos y expresión patética. Habiendo perdido el miedo, me pide limosna.

Atravesamos lentamente la calle de los mercaderes de cereales, donde en pequeñas plataformas de madera se exhiben pilas de granos rojos y dorados. Los comerciantes se sientan cruzando las piernas sobre los muslos y los talones, al lado de sus mercancías. Echan unas pocas miradas a la extraña pareja que pasa y vuelven a esperar pacientemente a sus parroquianos.

En las demás calles los olores se mezclan sin discriminación. Al acercarnos al río parecemos meternos en un coto de caza reservado para los que piden limosna. Famélicos mendigos se arrastran por el polvoriento suelo. Se me acerca uno de ellos y me mira con una interrogación en los ojos. Su rostro tiene una inexpresable melancolía. Mi corazón se conmueve.

Más adelante tropezamos con una vieja descarnada cuyo cuerpo es sólo un colgante saco de piel del que sobresalen los huesos. También ella me mira cara a cara. No hay ningún reproche, sólo una embotada resignación. Saco mi bolso. Inmediatamente se convierte otra vez en una criatura animada. Extiende un brazo flaco y acepta las monedas que le ofrezco.

Me estremezco al pensar en mi buena suerte, en que tengo alimentos en abundancia, buenos trajes, una habitación adecuada y otras cosas deseables. Me siento culpable cuando pienso en los ojos embrujados de esos infelices. ¿Con qué derecho gozo de la posesión de tantas rupias, de tantas annas, cuando estos pobres mendigos no tienen más que sus harapos? Supongamos que por un accidente, por alguna burla del destino hubiera nacido en su lugar. Durante un tiempo abrigo esa espantosa idea hasta que el horror me induce a olvidarla.

¿Cuál es el sentido de ese misterio de la suerte que por el simple hecho del nacimiento viste a un hombre con sucios harapos y lo pone en este camino y da a otro vestidos de seda y aquel palacio a orillas del río? En verdad la vida es un oscuro enigma y yo no puedo entenderla.

—Sentémonos aquí —dice el astrólogo cuando llegamos al Ganges. Estamos a la sombra y miramos hacia la corriente, hacia el trozo de anchos escalones de piedra, de serpenteantes terrazas y plataformas salientes. Van y vienen pequeños grupos de peregrinos.

Las graciosas formas de dos esbeltos minaretes se elevan bellamente en el cielo perlado, hasta una altura de casi noventa metros. Señalan la encantadora mezquita de Aurungzeeb, modernismo mahometano en la más hindú de todas las ciudades.

El astrólogo ha notado mi triste preocupación por los mendigos; vuelve su rostro hacia mí y dice:

—La India es un país pobre. —Hay en su voz un tono de disculpa—. Su pueblo se ha hundido en la inercia. Los ingleses tienen algunas bellas cualidades y creo que Dios los ha traído a este país para nuestro beneficio. Antes de que ellos llegaran, la vida era insegura; a menudo se prescindía de la ley y de la justicia. Espero que no salgan de la India; necesitamos su ayuda, que ahora debería ofrecérsenos amistosamente. Sin embargo el destino de ambas naciones debe cumplirse.

—¡Otra vez con su fatalismo!

Ignora mi comentario y se calla. Finalmente dice:

—¿Cómo podrían ambos pueblos evitar el cumplimiento de la voluntad de Dios? Al día sigue siempre la noche, y la noche al día. Así ocurre con la historia de las naciones. La India se ha hundido en la pereza y la inercia, pero cambiará hasta que se llene de deseos y ambiciones, lo que siempre precede al despliegue de energía. Europa arde en actividad práctica, pero disminuirá la intensidad de su materialismo y volverá el rostro hacia ideales más altos. Buscará las cosas

interiores. Lo mismo ocurrirá con los Estados Unidos.

Escucho en silencio.

—Por esa razón las teorías filosóficas y las enseñanzas religiosas de nuestro país irán hacia Occidente como una ola del Océano. —Continúa diciendo grevemente—. Los eruditos han traducido ya algunos de nuestros manuscritos del sánscrito y nuestros libros sagrados a los idiomas occidentales, pero quedan muchos textos ocultos en bibliotecas subterráneas, en regiones apartadas de la India, en el Nepal y en el Tibet. Con el tiempo el Occidente los conocerá también. No tardará mucho antes de que los antiguos sistemas filosóficos hindúes y sus conocimientos ocultos se unan con las ciencias prácticas de Occidente. El secreto de los tiempos pasados debe ceder ante las necesidades de nuestro siglo. Me alegro de que eso ocurra.

Observo las verdes aguas del Ganges. El río está tan extrañamente tranquilo que apenas parece fluir. La superficie brilla trémulamente a la luz de la luna.

Mi compañero me habla de nuevo.

—Debe cumplirse el signo de cada raza, como el de cada individuo. El Señor es omnipotente. Ni los hombres ni las naciones pueden escapar al destino que ellos mismos se han labrado, pero pueden protegerse de grandes peligros y hasta evitar graves daños.

—¿Cómo se obtiene eso?

—Por la oración presentándonos como niños ante el Todopoderoso y recordándole, no con los labios sino con el corazón, especialmente cuando se empieza una cosa. Trate de vivir sus días felices como si fueran una bendición de Dios, y en los infortunados piense que es algo así como una medicina que curará sus enfermedades internas. No tema usted, pues Él es todo misericordia.

—¿Entonces, no cree usted que Dios está muy alejado de este mundo?

—No. Dios es un espíritu que está oculto en la gente y por todo el Universo. Si usted observa algo bello en la Naturaleza, por ejemplo un bonito paisaje, no lo reverencie por sí mismo, recuerde que es bello porque la Divinidad está presente en él. Vea usted lo divino en las cosas y en la gente y no se deje cautivar por las apariencias hasta el punto de olvidar el Espíritu interior que les presta vida.

—Usted mezcla sus doctrinas acerca del destino, la religión y la astrología de una manera peculiar, Sudhei Babu.

Me mira solemnemente.

—¿Cómo? No fueron creadas por mí. Han llegado hasta nosotros desde el más remoto pasado. Los más antiguos profetas conocían el tremendo poder del destino, la adoración de nuestro Creador y la fe en las influencias planetarias. No eran los ignorantes que se imaginan los occidentales. ¿No lo he profetizado? Antes de que termine este siglo el Occidente redescubrirá la realidad de esas fuerzas invisibles que entran en la vida de todos los hombres.

—Será extraordinariamente difícil para el Occidente abandonar la idea de que el hombre posee una voluntad libre para hacer o deshacer su vida.

—Lo que ocurre es por Su voluntad, y lo que parece ser libre albedrío es el resultado de Su poder. El Todopoderoso devuelve a los hombres los buenos o los malos frutos de sus pensamientos y de sus actos en vidas anteriores. Lo mejor es aceptar Su voluntad, y no debemos temer las tribulaciones si se busca en Él la fortaleza para soportarlas.

—Por esos desdichados mendigos que acabamos de encontrar esperemos que usted tenga razón.

—Esa es la única respuesta que puedo dar —responde secamente—. Si usted sigue el sendero que conduce hacia su propia alma, el camino de Brahma Chinta que le he mostrado, esos problemas se aclararán por sí mismos.

Comprendo que ha llegado conmigo hasta los límites de su capacidad de argumentación y que de ahora en adelante debo encontrar mi camino solo.

En uno de mis bolsillos conservo un telegrama terminante que me ordena salir de Benares en el primer tren. En el otro guardo una kodak plegada. Pido al astrólogo que me permita tomarle una fotografía. Se niega muy cortésmente.

Insisto en mi pedido.

—¿Para qué? —arguye—. ¿Será por mi fea cara y mi traje raído?

—¡Por favor! Su fotografía será para mí un recuerdo cuando me encuentre en tierras lejanas.

—El mejor recuerdo —replica bondadosamente— serán las santas ideas y los hechos altruistas.

Muy a disgusto me inclino ante sus objeciones y la cámara desaparece otra vez en mi bolsillo.

Cuando finalmente se levanta para volver a su casa y empiezo a seguirle, descubro cerca de nosotros una figura sentada que se ha refugiado debajo de un parasol grande de bambú huyendo de los rayos abrasadores. Su rostro está inmóvil en un trance meditativo; por el color amarillo de su vestidura comprendo que es santo de una orden superior.

Al proseguir nuestro paseo encontramos una vaca, probable— mente de la variedad sagrada tan abundante en Benarés; duerme en aquella extraña postura familiar a su especie. Está estirada con las piernas dobladas bajo el abdomen, interceptando nuestro camino.

Llegamos al establecimiento de un cambista, donde consigo un vehículo de alquiler y allí nuestros caminos se separan.

* * *

Durante los días siguientes me entrego a una serie de desordenados viajes. Paso las noches en casas de reposo que un gobierno paternal ha colocado a lo largo de los caminos para los funcionarios y otras personas que deban recorrer el interior.

Una de ellas no muestra ninguna cosa amena o digna de mención, aunque descubro que posee una numerosa población de hormigas. Después de dos horas de lenta tortura y de vanos esfuerzos por repeler sus ataques, decido abandonar la cama y pasar el resto de la noche en una silla.

Transcurre lentamente el tiempo hasta que mis ideas huyen de este ambiente y se fijan en la fantástica filosofía del astrólogo de Benarés.

Al mismo tiempo me acuerdo de los desdichados mendigos que arrastraban sus cuerpos hambrientos por el camino. La vida no les permite vivir y no les deja morir. Pasará frente a ellos el rico prestamista Marwari en su carruaje rico y muelle, pero ellos lo aceptan del mismo modo que soportan su miseria: con una total sumisión a la voluntad de Dios. En esta tierra de ardiente cielo hasta el desdichado leproso parece contento con su suerte. ¡Tan intenso es el narcótico del fatalismo de muchos hindúes que llega hasta los huesos!

Comprendo cuán inútil es para un occidental partidario del libre albedrío disentir con un oriental que defiende al todopoderoso destino. Para este último el problema tiene únicamente una

solución: aceptar sin réplica la imposibilidad de encontrar una escapatoria. El destino manda y no hay nada más que decir.

¿Qué occidental con fe en sí mismo escucha con agrado que somos títeres colgados de la cuerda del destino y que bailamos, subimos o bajamos, nos movemos a derecha o izquierda, siguiendo las órdenes de una mano invisible? Recuerdo aquella memorable frase de Napoleón antes de que su ejército atravesara audazmente los Alpes: “¿Imposible? ¡Esa palabra no existe en mi diccionario!”

Pero he estudiado y vuelto a estudiar los fascinantes documentos de toda la vida de Napoleón; la memoria me trae aquellas extrañas líneas que escribió en Santa Elena, cuando su potente cerebro recorría una y otra vez el pasado: “Siempre he sido fatalista. Lo que está escrito en los cielos, está escrito... Mi estrella palideció; sentí que se me escapaban las riendas de las manos sin poder hacer nada”.

No podía resolver el misterio aquel hombre que creía cosas tan paradójicas y contradictorias. Y dudo que alguien lo haya resuelto por completo. Lo más probable es que apenas la mente del hombre comenzó a discernir las cosas se discutiera este problema de uno a otro confin del mundo. Como ocurre generalmente, los muy seguros de sí mismos lo han resuelto a su satisfacción. Los que tienen inclinaciones filosóficas consignan el pro y el contra, pero dudan en decidirse.

No he olvidado la interpretación sorprendentemente correcta de mi horóscopo. A ratos perdidos he pensado sobre ella hasta preguntarme si no se me habrá metido en la cabeza algo de estas fatalistas tonterías orientales. Cuando recuerdo cómo este hombre leyó tan sencillamente mi pasado, cómo revivió fugaces hechos pretéritos, dudo y me siento tentado a recoger materiales para redactar un voluminoso libro sobre este viejo problema del destino y del libre albedrío. Pero sé que es tarea inútil dejar jugar mi pluma con la idea del destino, pues probablemente daré en la misma obscuridad abismal en la que inicié mi tarea. Será necesario incluir el problema de la astrología, y mi labor sobrepasará mi capacidad. Sin embargo son tan agigantados los pasos que da la ciencia moderna que no está muy lejano, el día en que la agencia Cook nos lleve a visitar los distantes planetas. Quizá sea entonces factible saber si ellos tienen alguna influencia en nuestras vidas. Mientras tanto, es posible verificar la capacidad de uno o dos astrólogos, teniendo en cuenta la advertencia de Sudhei acerca de su infalibilidad y del carácter fragmentario de esa parte de la astrología que se ha revelado al mundo.

Y sin embargo, aun suponiendo y admitiendo que el futuro ya existe en alguna manera cuatridimensional, ¿conviene conocer esos secretos del destino personal que una cortina oculta a nuestros ojos?

Con este signo de interrogación las ideas llegan a un callejón sin salida y el sueño se apodera de mí.

Algunos días más tarde, cuando me encuentro en una ciudad a centenares de kilómetros de Benares, me entero de que han ocurrido allí alarmantes motines. Es la desagradable historia de las pendencias entre hindúes y musulmanes que empiezan generalmente por algo trivial, pero que aprovechan los que necesitan un pretexto seudorreligioso para saquear, dañar y asesinar.

Durante varios días la ciudad se encuentra bajo el reinado del terror. Ese lamentable lapso conduce a la común historia de cabezas rotas, cuerpos torturados y asesinatos sin discriminación. Me siento preocupado por la seguridad del astrólogo, pero es imposible ponerse en contacto con él. Los carteros están demasiado asustados para aventurarse a salir a la calle y no se puede

entregar ninguna carta o telegrama particular.

Me veo obligado a esperar hasta que termina el reinado de la canalla en Benares, enviando entonces uno de los primeros telegramas que llegan a la desdichada ciudad. En respuesta recibo una simple carta de agradecimiento en la cual el astrólogo atribuye su seguridad a “la protección del Todopoderoso”. Sobre el reverso escribe diez reglas de la práctica de la yoga de Brahma Chinta.

Capítulo XIII

EL JARDÍN DEL SEÑOR

En mis rápidas caminatas de aquí para allá por el Norte de la India, dos rutas convergen sobre una colonia excepcional y poco conocida, instalada en una ciudad que lleva el poético nombre de Dayalbagh, el jardín del Señor.

Una de esas rutas comienza en Lucknow, donde me sirvo de los buenos oficios de Sunderlal Nigam como guía, filósofo y amigo durante mi estadía en aquella pintoresca ciudad, por la que erramos mientras hablamos de filosofía. Creo que no tiene más de 21 ó 22 años, pero posee una prematura madurez, como muchos de sus compatriotas.

Recorremos los antiguos palacios mongoles y divagamos sobre la suerte que sufrieron los reyes desaparecidos. Otra vez me enamoro de la maravillosa arquitectura hindú-persa cuyas graciosas curvas y delicado colorido revelan el refinado gusto de sus creadores. ¿Cómo podré olvidar esos días felices entré los naranjos de los reales jardines de Lucknow?

Exploramos pintorescos edificios donde otrora las seductoras favoritas de los antiguos reyes de Oudh¹ lucían su belleza olivácea en los balcones de mármol y los baños de oro. Ahora no los habitan reales personajes; encierran sólo recuerdos de pasados tiempos.

Vuelvo una y otra vez a una hermosa mezquita que se encuentra cerca del puente de los Monos, nombre bastante extraño. O exterior de aquella casa de oración es enteramente blanco, brillando a la luz del sol como un palacio encantado. Los minaretes, con su bella forma, parecen elevarse en una perpetua oración al claro cielo. Al echar una mirada hacia el interior, observo una multitud de devotos que se postran sobre el suelo invocando rítmicamente el nombre de Alá. Acentúan el encanto de la escena las pequeñas alfombras de brillantes colores sobre las que se arrodillan. Nadie puede dudar del fervor de esos fieles del Profeta, pues su religión es para ellos una fuerza real.

Entre todas estas excursiones y peregrinaciones, algunos rasgos del carácter de mi joven guía empiezan a impresionarme. Sus sagaces observaciones, su excepcional inteligencia, su actitud práctica frente a la política, están entremezcladas con la profundidad y el misticismo de un estudiante de la yoga. Sólo después de repetidos encuentros y de ardientes discusiones, durante las cuales comprendo que sondea y prueba mis creencias e ideas, revela ser miembro de una fraternidad semisecreta que se llama Radha Soamis.

* * *

Hallo la segunda ruta que me conduce a Dayalbagh por medio de Mallik, otro miembro de la misma hermandad. Me encuentro con él lejos de allí y en diferente época. Para ser hindú, es un bello tipo de hombre de piel clara. Durante siglos su raza ha vivido cerca de salvajes tribus fronterizas que miran con ojos envidiosos lo que poseen sus vecinos. Pero el sabio gobierno británico doma a esos incansables devoradores de fuego sin recurrir a los viejos métodos de las luchas eternas, tomándolos a su servicio y pagándoles.

Mallik es jefe de algunos de los fieros miembros de esos clanes que se han sometido, dedicándose a las tareas más pacíficas y más útiles de construir puentes, abrir caminos a través de las colinas y desiertos y edificar fortines y barracas. Muchos de esos hombres de aspecto tan belicoso llevan todavía sus rifles, tal vez más por un viejo hábito que por necesidad real. Desarrollan su actividad a lo largo de una parte de la frontera del noroeste, abriendo nuevas rutas para el comercio y nuevas defensas para la lucha.

Mallik trabaja duramente y bien cerca de Dera Ismail Khan, ese puesto de avanzada del Imperio Británico. Su carácter reúne en perfecta armonía una tenaz confianza en sí mismo y un profundo sentido de lo práctico con la nobleza de alma y la reflexión intensa. Me impresiona profundamente el cuidadoso equilibrio de sus cualidades.

Después de la obstinada reticencia inicial, de acuerdo con las antiguas tradiciones, cede a desgano ante mi insistencia y admite que tiene un maestro al que visita periódicamente, cuando se lo permiten sus licencias. Se llama Sahabji, es el jefe de Radha Soamis y ha concebido la asombrosa e interesante idea de combinar la disciplina de la yoga con una vida diaria basada en las ideas y en los métodos de Occidente, lo que ya he oído afirmar otra vez.

* * *

Los amables esfuerzos de ambos hombres, Nigam y Mallik, producen finalmente sus frutos. Seré huésped de su Santidad Sahabji Maharaj, el rey sin corona de la ciudad de Radha Soamis: Dayalbagh.

Recorro en automóvil los pocos kilómetros del polvoriento camino que conducen de Agra a la colonia.

Dayalbagh... ¡El jardín del Señor! Si es correcta mi primera impresión, el fundador trata de que la ciudad merezca su bello nombre.

Se me conduce a un edificio que alberga la oficina particular del maestro. La sala de espera está amueblada en un atractivo estilo europeo. Desde mi cómodo sillón puedo apreciar los muros bellamente pintados y la refinada sencillez del mobiliario.

Aquí se procede a occidentalizar a la India con espíritu de venganza. He encontrado yogis en pardos bungalows desprovistos de toda comodidad, en solitarias cavernas de las montañas y en oscuras chozas de techo de paja a las orillas de los ríos, pero nunca hubiera esperado hallar un miembro de esa especie en un ambiente tan moderno. Me pregunto qué clase de persona será el jefe de esta extraordinaria fraternidad.

No tengo mucho tiempo para reflexionar en ello, pues la puerta se abre lentamente y entra el

maestro en persona. Es de mediana estatura. Envuelve su cabeza un immaculado turbante; sus rasgos son refinados aunque no típicamente hindúes; con una tez un poco más clara hubiera podido pasar por un tranquilo norteamericano. Usa lentes grandes y adorna el labio superior un bigote. Lleva una larga chaqueta de cuello alto y muchos botones; así entienden los sastres hindúes el estilo occidental.

Su porte es sencillo y bondadoso. Me da la bienvenida digna y cortésmente.

Cumplidas las presentaciones de rigor, espero hasta que se sienta, aventurándome entonces a felicitarle por la decoración del recinto.

Sus labios entreabiertos en una sonrisa dejan ver una fila de brillantes dientes, mientras dice:

—Dios no sólo es amor, sino también belleza. Cuando el hombre empieza a expresar el Espíritu que existe dentro de él, debe producir cosas más bellas... no sólo en sí mismo sino en lo que le rodea.

Su inglés es muy bueno. La voz es rápida y demuestra confianza.

Se produce un corto período de silencio y después prosigue:

—Pero existe otra decoración invisible en las paredes y los muebles de un recinto. Sin embargo, es muy importante. ¿Sabe usted que esas cosas llevan en sí la influencia de los sentimientos y las ideas de la gente? Cada habitación, cada silla, devuelve la influencia invisible de la persona que la ha usado constantemente. Es probable que usted no la vea; sin embargo está ahí y todos los que se ponen a su alcance quedan afectados inconscientemente... en menor o mayor grado.

—¿Cree usted que existen radiaciones magnéticas o eléctricas alrededor de los objetos que reflejan el carácter de las personas?

—Ciertamente. Las ideas son entes reales en su propio plano; por poco o mucho tiempo se asocian a las cosas que utilizamos continuamente.

—¡Es una teoría interesante!

—¡Más que una teoría es un hecho! El hombre posee un cuerpo más sutil que el físico; en él existen centros funcionales que corresponden a los órganos anatómicos de la actividad sensorial. Mediante ellos puede discernir fuerzas invisibles que al adquirir energía, proporcionan la visión psíquica y espiritual.

Se produce una breve pausa, después de la cual me pide mis impresiones acerca del estado de la India. Critico francamente el descuido de su país en lo que respecta a los métodos modernos de vida, su lentitud en adquirir las comodidades que hacen agradable la existencia, los aparatos que facilitan el trabajo y las invenciones mecánicas que mejoran la corta estadía del hombre en este mundo; su desaprensión por las exigencias de una higiene sensata, por las necesarias obras de saneamiento, y su excesiva devoción por estúpidas costumbres sociales y crueles prácticas que se pretende deducir de fórmulas religiosas. Le digo libremente que las preocupaciones sacerdotales parecen haber metido las energías de la India en un callejón sin salida, con resultados deplorables. Pongo como ejemplo algunas de las cosas irracionales que he visto hacer en nombre de la religión; sirven simplemente para demostrar cómo el hombre puede desperdiciar o emplear malamente la inteligencia, regalo de Dios. Mis francas observaciones obtienen el incondicional asentimiento de los labios de Sahabji Maharaj.

—Usted toca los mismísimos puntos que son parte de mi programa de reforma —hace notar contemplándome pensativamente.

—En una palabra, muchos hindúes parecen esperar que Dios haga en su lugar lo que ellos son perfectamente capaces de hacer por sí mismos.

—Exactamente. Nosotros los hindúes hablamos con mucha fécundia de religión al referirnos a cosas que nada tienen que ver con ella. Lo malo es que durante los primeros cincuenta años, una religión es pura y contiene un valor vital. Después degenera en una mera filosofía: sus adeptos se convierten en charlatanes, no en hombres religiosos. Finalmente cae en su última y más larga fase, en los brazos de sacerdotes hipócritas. Después la hipocresía es aceptada como religión.

Me asombran tan francas confesiones.

—¿Qué utilidad hay en discutir acerca del cielo y del infierno o sobre Dios y otras cuestiones conexas? La humanidad se encuentra en el plano físico y no puede dejar de considerar las cosas que pertenecen a esa situación. Hagamos que nuestras vidas aquí sean bellas y más felices — termina diciendo.

—Esa es la razón de mi visita. Sus discípulos —tienen un excelente aspecto, intentan ser tan prácticos y modernos como cualquier europeo, sin hacer ostentación de sus ideas religiosas, pero llevando una vida limpia y siguiendo la práctica de la yoga con fiel puntualidad.

Sahabji sonrío, agradecido.

—Me alegro de que usted haya observado eso —responde rápidamente—. Al organizar esas actividades en Dayalbagh pretendo demostrar al mundo exactamente lo mismo: un hombre puede ser perfectamente espiritual, sin necesidad de meterse en una cueva y alcanzar las más altas cumbres de la yoga mientras sigue una vocación cualquiera.

—Si sus esfuerzos tienen éxito, el mundo se formará una opinión mucho mejor que la que tiene de las ideas hindúes.

—Tendremos éxito —es su confiada respuesta—. Permítame que le cuente un episodio. Cuando llegué por primera vez aquí para fundar *la colonia, uno de mis deseos principales era que hubiera muchos árboles alrededor del lugar. Pero los que no participaban de nuestro proyecto dudaron, pues este suelo es estéril y arenoso. El río Jumna no está muy lejos, este lugar es uno de sus viejos cauces, en efecto es el primitivo lecho del río. Entre nosotros no había expertos, de modo que tuvimos que aprender mediante repetidos experimentos y constantes fracasos la clase de árbol capaz de crecer en un suelo tan pobre. Murieron casi todos los plantados en el primer año, más de un millar. Sin embargo uno siguió viviendo. Observamos ese hecho y proseguimos nuestros esfuerzos. Ahora crecen en Dayalbagh nueve mil árboles sanos. Se lo refiero porque es característico de la actitud con la que encaramos nuestros problemas. Encontramos aquí un suelo estéril, tan pobre que nadie lo hubiera comprado. ¡Fíjese cómo ha cambiado ahora!

—Entonces, ¿pretende usted construir una especie de Arcadia cerca de Agra?

Se ríe.

Expreso mi deseo de ver la ciudad.

—¡Ciertamente! dispondré eso en seguida. Vea usted primero Dayalbagh y después hablaremos del porque y el para qué. Usted entenderá mejor mis ideas si ve primero cómo se han puesto en práctica.

Toca una campanilla de aspecto muy comercial. Unos pocos minutos más tarde me encuentro en una jira de inspección por las calles semiterminadas entre edificios fabriles de bello aspecto. Mi guía, el capitán Sharma, que perteneció al cuerpo médico del Ejército Hindú, dedica ahora su actividad al esfuerzo constructivo de su maestro. Una observación rápida de su carácter produce

la impresión de otra mezcla exitosa de energía occidental con la sincera espiritualidad.

Una lujosa avenida constituye la entrada a Dayalbagh, que es una pequeña y limpia ciudad. Todas las calles están bordeadas de frondosos árboles, Según mi guía, indican repetidos esfuerzos para conquistar el desierto que no es favorable a la silvicultura.

Una morera que plantó Sahabji Maharaj en 1915, cuando se iniciaron los trabajos de la colonia, existe todavía como índice de su interés por crear un ambiente artístico.

El punto principal de la zona dedicada al trabajo es un grupo de fábricas que se llaman “industrias modelo”. Son edificios sensatamente proyectados, con mucha luz y aire, limpios y espaciosos.

* * *

Mis primeros pasos me conducen a la zapatería. Las activas correas de transmisión ronronean continuamente desde un eje situado en el techo, poniendo en movimiento una larga serie de máquinas. Los morenos operarios trabajan con hábiles manos entre el estruendo y parecen ser tan expertos en su tarea como los que he visto en las grandes fábricas inglesas de Northampton. El jefe del taller me cuenta que ha estudiado en Europa, a donde fué para aprender los métodos del siglo XX de fabricación de artículos de cuero.

Ruidosamente pasan por las diversas etapas de producción fabril las botas, los zapatos, las sandalias, las carteras y los cinturones. Los hombres que manejan las máquinas empezaron como aprendices sin experiencia alguna, y gracias a la dirección del capataz dominaron el oficio.

Algunos de los artículos encuentran un mercado local en el mismo Dayalbagh y en Agra, mientras que el resto se envía a ciudades más distantes, donde se instalaron establecimientos para la venta, basándose la organización en la idea de las cadenas de tiendas.

Paso al próximo edificio, que resulta ser una fábrica de productos textiles; se fabrican telas mercerizadas y sedas en una pequeña variedad de tipos.

En otro edificio encuentro un taller mecánico moderno, una herrería y una fundición, donde un monstruoso martillo mecánico traduce en poderoso ruido la activa inspiración que anima el lugar. Otra sección cercana produce aparatos científicos y de laboratorio, balanzas y pesas de tan buena calidad que han obtenido la aprobación del gobierno de las Provincias Unidas. Observo la delicada operación de cubrir galvánicamente con oro, níquel y bronce.

Los otros departamentos de las “industrias modelo” se ocupan activamente en la fabricación de ventiladores eléctricos, gramófonos, cuchillería y muebles. Uno de los mecánicos ha inventado un tocadiscos automático que funciona mediante monedas y que se fabricará también allí en un futuro próximo.

Me sorprende descubrir una fábrica de estilográficas que, de acuerdo con mis informes, es la primera de su clase que se funda en la India. Fué necesario hacer una larga serie de experimentos antes de poder entregar al mercado la primera. Una cosa resistió a la ingeniosidad de estos adalides de la industria: la soldadura de la punta de iridio en el extremo de la pluma de oro. Esperan descubrir el secreto algún día; mientras tanto, son enviadas a Europa para esa operación.

La *Dayalbagh Press*, que provee a todas las necesidades de la ciudad en cuanto a impresos, tanto comerciales como literarios, posee un taller gráfico completo. Examinó muestras de sus

producciones en tres idiomas: hindustani, urdu e inglés. Se imprime allí también un pequeño semanario, el *Prem Pracharak*, que se envía a los miembros de la fraternidad que residen lejos del lugar.

En todos los edificios encuentro trabajadores que no sólo están satisfechos sino que sienten verdadero entusiasmo. Un sindicato sería una completa anomalía en este lugar. Cada uno hace su trabajo, elevado o humilde, como si fuera un verdadero placer y no una tarea injusta.

La ciudad posee una central eléctrica propia que suministra la energía necesaria para todas las máquinas de los talleres, así como para los ventiladores colocados en los techos de los grandes edificios. Además la iluminación de las viviendas es eléctrica y está a cargo de la comuna, eliminando así la necesidad de costosos contadores.

La sección agrícola comprende una granja pequeña, pero moderna, que se encuentra todavía en la etapa de desarrollo. Un tractor y un arado, ambos a vapor, son parte de su equipo mecánico. Los productos principales son vegetales frescos y forraje para vacunos.

Tal vez la sección más eficientemente organizada es la lechera. En ninguna parte de la India he visto nada igual. Es un establecimiento modelo, digno de una exposición. Cada animal es un ejemplar seleccionado que contrasta favorable y significativamente con los que pueden verse hasta en la misma Agra. En los establos se nota una escrupulosa limpieza y se me advierte que la observación de los métodos científicos ha conducido a un rendimiento de leche más alto que el obtenido por las otras empresas del mismo tipo en la India. Una instalación de pasteurización y refrigeración produce por primera vez para los habitantes de Dayalbagh buena leche libre de gérmenes... Otra máquina importante sirve para producir manteca eléctricamente. Toda esta sección se debe a un hijo de Sahabji Maharaj. Este joven enérgico y eficiente me cuenta que visitó los principales centros de producción lechera de Inglaterra, Holanda, Dinamarca y los Estados Unidos para aprender los métodos más modernos de esa industria.

Resultó ser un difícil problema en los primeros días de la colonia el suministro de agua para la granja así como para el resto de la población. Se cavó un canal de riego y se construyó una instalación, pero el crecimiento de la población obligó a Sahabji Maharaj a buscar otras vías para obtener el precioso líquido. Consiguió que le ayudaran los ingenieros del gobierno, que la encontraron a gran profundidad.

La colonia posee su propio banco, un edificio sólidamente construido con ventanillas protegidas por rejas de hierro que llevan una inscripción: *Radha Soami General and Assurance Bank, Limited*. Posee un capital autorizado de 20 lakhs de rupias y no sólo sirve al comercio privado sino que controla las finanzas del lugar.

El Instituto Radha Soami de Educación se encuentra en el centro de Dayalbagh; es una situación privilegiada, pero también es el más bello edificio de la colonia. Tiene un agradable aspecto, aun para ojos occidentales, con sus sesenta metros de ladrillos rojos. Las ventanas tienen la forma de arcos góticos y están rodeadas de mármol blanco. Al frente tiene cuidados jardines con plantas en flor.

Esta moderna escuela superior alberga varios centenares de estudiantes y su cuerpo docente lo integran un director y 32 maestros: idealistas y entusiastas jóvenes poseídos del deseo de servir tanto a sus discípulos como a su maestro Sahabji Maharaj. Se observa un alto nivel de cultura general. No se da ninguna enseñanza religiosa formal pero no se escatiman esfuerzos por desarrollar la nobleza de carácter. Además Sahabji Maharaj visita el establecimiento de cuando

en cuando y todos los domingos pronuncia un sermón ante una asamblea de profesores y discípulos.

Se alienta a los muchachos a practicar deportes: hockey, fútbol, cricket y tenis son los favoritos. Completan el instituto una biblioteca de varios miles de volúmenes y un pequeño pero curioso museo.

Otro edificio magnífico alberga un colegio para niñas, organizado de acuerdo con ideas similares. Representa un enérgico esfuerzo de Sahabji Maharaj para romper, dentro de su propia esfera de influencia, con el analfabetismo nada envidiable a que estaban reducidas hasta hace muy poco tiempo las mujeres hindúes.

El Instituto Técnico es el menos antiguo de todos los establecimientos educacionales. Allí se enseñan cursos de ingeniería mecánica, eléctrica y automovilística. En la sección de “industrias modelo” se han instalado máquinas y bancos especiales para los alumnos del Instituto, con lo que se aúnan armónicamente la enseñanza teórica y la experiencia práctica en el verdadero ambiente de una fábrica.

Hay varias atractivas hosterías para los centenares de alumnos que asisten a las clases de los tres establecimientos educacionales. Todas son modernas, con aire y luz suficientes.

La parte residencial de la ciudad está bajo la vigilancia del Departamento de Construcciones, que proporciona los planos y edifica las casas. Cada calle posee su armonía arquitectural propia y es evidente que la unidad artística es uno de los ideales de estos urbanistas. Se excluyen los edificios feos o mal contruidos; el futuro dueño de casa es libre de elegir su estilo sólo entre los planos del Departamento. Se han fijado cuatro tipos de residencia a precios fijos y escalonados. El adquirente paga el precio real más un porcentaje reducido.

La colonia mantiene un pequeño y limpio hospital y una casa de maternidad. Se han propuesto llegar a la completa autarquía, por lo que apenas me sorprende cuando el policía uniformado saluda gallardamente con la mano en el casco y me dicen que es un miembro de la fraternidad. Sin embargo, su presencia produce una nota de aguda curiosidad, pues el nivel de moralidad en Dayalbagh debe ser tan alto que el crimen brille, por su ausencia. Efectivamente, el policía está allí para proteger el lugar de indeseables intrusos.

* * *

En cuanto Sahabji Maharaj puede dedicarme un poco de tiempo robado a sus muchas obligaciones, pago mi tributo de admiración por sus éxitos tan dignos de alabanza y le expreso mi asombro por encontrar una ciudad tan progresista en la atrasada India.

—Pero —pregunto— ¿cómo financian esto? Ciertamente deben haber invertido grandes capitales.

—Probablemente usted tendrá una oportunidad luego de ver cómo entra el dinero —responde—. Los mismos miembros de la fraternidad financian la colonia. No tienen ninguna obligación de hacerlo, ni se requieren subvenciones, pero consideran que es un deber religioso dar todo lo que puedan para contribuir al desarrollo de Dayalbagh. Aunque tuvimos que depender de esas contribuciones durante la etapa inicial, mi propósito es hacer la organización autárquica. No descansaré hasta que alcancemos el estado de independencia completa.

—Entonces, ¿cuentan ustedes con ricos patrocinantes?

—De ninguna manera. Los miembros acaudalados de nuestra fraternidad pueden contarse con los dedos de la mano; la gran mayoría tiene ingresos modestos o moderados. Los éxitos obtenidos han exigido el sacrificio de muchos. Gracias a la bondad del Padre Supremo, hasta ahora hemos podido encontrar y gastar muchos lakhs de rupias. El futuro de la colonia está asegurado, pues las entradas aumentarán a medida que crezca nuestra fraternidad; en consecuencia, nunca estaremos sin fondos.

—¿De cuántos miembros se compone?

—Más de 110.000, aunque naturalmente sólo unos pocos miles se han asentado aquí. Nuestra organización tiene casi tres cuartos de siglo, pero su mayor expansión fué alcanzada en los últimos veinte años. Y, fíjese usted, ese progreso ha ocurrido sin ninguna clase de propaganda, pues somos una sociedad semisecreta. Si nos preocupáramos por aparecer a la vista del público y por propagar abiertamente nuestras enseñanzas, podríamos decuplicar el número de miembros. Nuestros hermanos, esparcidos por toda la India, miran hacia Dayalbagh como si fuera su capital y nos visitan tan frecuentemente como pueden. Forman grupos locales que se congregan todos los domingos exactamente a la misma hora que nosotros lo hacemos aquí en Dayalbagh.

Sahabji se detiene para limpiar sus anteojos.

—Basta recordar que cuando empezamos a construir Dayalbagh teníamos pocos más de 5.000 rupias. Nuestra primera parcela de tierra no cubría más de una hectárea; ahora Dayalbagh se extiende por varios miles de hectáreas. ¿No le parece que progresamos?

—¿Cuál deberá ser en su opinión la extensión máxima de Dayalbagh?

—Espero instalar aquí unas diez o doce mil personas y entonces nos detendremos. Una villa de doce mil almas, si está bien organizada, es bastante grande. No deseo copiar una metrópoli monstruosa y superpoblada de Occidente, pues el exceso engendra siempre muchas cualidades indeseables. Quiero construir una ciudad jardín donde la gente pueda vivir y trabajar felizmente, donde pueda tener aire y espacio en abundancia. Faltan algunos años para que termine la expansión de Dayalbagh; será entonces una comunidad modelo. A propósito, al leer por primera vez la “República” de Platón, me sorprendió agradablemente encontrar muchas de las ideas que trato de realizar aquí. Cuando haya terminado el desarrollo de Dayalbagh, quiero que éste sea prototipo para una serie de comunidades similares diseminadas por el país; por lo menos debería haber una! en cada provincia. La ofreceré como solución de muchos problemas.

—¿Quiere usted que la India dedique sus energías al desarrollo industrial?

—Ciertamente. Esa es su más imperiosa necesidad. Pero no quisiera que se perdiera completamente en ello, como ha ocurrido en Occidente —responde riendo—. La India debe construir una civilización industrial para librarse de la pobreza que abrumba a sus masas; pero deberá hacerlo siguiendo un sistema que evite la lucha entre el capital y el trabajo, lo que de otro modo ocurriría indefectiblemente.

—¿Cómo se propone usted conseguir eso?

—Intentando alcanzar el bienestar del individuo por el bienestar general y no a expensas de la comunidad. Trabajamos sobre bases cooperativas, y cada uno considera que el éxito de Dayalbagh es más importante que el propio. Aquí se encuentran muchos precursores que trabajan por salarios muy bajos comparados con los que podrían obtener en otra parte; naturalmente, me refiero a las personas educadas y con preparación técnica; los trabajadores sin conocimientos especiales

aceptan esa situación con agrado y están muy satisfechos. Eso ha dado resultado únicamente aquí, pues estamos inspirados por un propósito espiritual, por una fuerza que se halla detrás de todos nuestros anhelos. Algunos pobres que pueden hacerlo prestan sus servicios gratuitamente. Eso le demostrará los generosos propósitos y el entusiasmo que animan a nuestros hermanos. Pero cuando Dayalbagh se haya desarrollado completamente y se abastezca a sí mismo, espero que esos sacrificios no sean necesarios. De todas maneras, el ideal de progresar más rápidamente por el sendero espiritual es lo que nos ha reunido, es el propósito fundamental de nuestra fraternidad. Si usted se radicara aquí y se incorporara a nosotros, su sueldo debería ser de varios miles de rupias al mes, pero debería contentarse con un tercio de esa cantidad, pues no podemos pagar salarios altos. Después, poco a poco, construiría una casa, se casaría y tendría hijos. Pero si durante su actividad comenzase a pensar sólo en el lado material de su carrera y perdiese de vista el ideal espiritual por el cual se unió a nosotros, entonces usted fracasaría. A pesar de toda la actividad material que se ve por aquí, intentamos mantener nuestra atención fija en el propósito que nos guió al fundar nuestra fraternidad.

—Lo comprendo.

—No somos socialistas en el sentido occidental de la palabra, pero de hecho la comunidad es la propietaria de las industrias, las granjas, las escuelas, la tierra y las casas. Usted puede edificar una casa aquí, pero será propietario sólo mientras la habite. Fuera de eso, cada uno es libre de poseer y acumular la cantidad de dinero que tenga y dondequiera que lo tenga. Naturalmente, esto nos separa completamente de la tiranía del socialismo. Se consideran como depósitos que deben ser administrados con espíritu religioso las propiedades comunales y el dinero que se ofrece voluntariamente. Todo se subordina a nuestro ideal espiritual. Una corporación de 42 miembros, que representa las diversas provincias de la India y que se reúne dos veces al año, revisa las cuentas, considera los presupuestos y vigila la administración. El trabajo corriente y la verificación general están a cargo de un comité ejecutivo de once miembros.

—Decía usted antes que ofrecería Dayalbagh como una solución de numerosos problemas. No veo cómo puede creer que es una solución del problema económico, tal vez el más importante hoy. Sahabji Maharaj sonríe confiadamente.

—Hasta la India podría tener algo útil que aportar en eso —responde—. Permítame que le explique el plan puesto en práctica aquí desde hace poco tiempo para acelerar la velocidad de nuestro crecimiento durante los próximos años. En mi opinión, contiene principios sociales y económicos de enorme importancia. Hemos establecido un fondo hereditario que acepta las inversiones de nuestros miembros capaces de suscribir 1.000 rupias o más. Nuestro comité administrativo paga a cada uno de esos suscriptores un interés del 5 % anual. A su muerte, se seguirá pagando la misma suma a su esposa, a su hijo o a cualquiera que haya nombrado. La segunda persona tiene el mismo derecho a designar el heredero de ese rédito. Pero los pagos cesan al fallecer el tercer beneficiario. Si el primer suscriptor se encontrase en dificultades o pasase por una necesidad urgente, se le devuelve parte o toda su inversión. Así, lakhs de rupias caerán poco a poco en nuestros cofres mediante ese fondo, sin ser excesivamente exigentes con los recursos de nuestros miembros. Cualquiera que sea su contribución, están seguros de percibir una remuneración moderada.²

—Veo que usted trata de abrirse paso entre los males del capitalismo y las fantasías del socialismo. De todas maneras usted merece el éxito y lo más rápidamente posible.

Comprendo claramente que Dayalbagh posee recursos seguros para un futuro próximo que provendrán del fondo hereditario por el aflujo constante de donativos y el aporte de las industrias que ya han empezado a producir beneficios.

—Varios conocidos líderes de la India siguen nuestros experimentos y esperan ver el resultado —dice el jefe de Radha Soamis, cuya cabeza está cubierta por un turbante blanco—. Algunos nos han visitado; hasta críticos no simpatizantes con nosotros han llegado a la colonia. El pueblo hindú es uno de los más débiles y pobres del mundo, y sus jefes le ofrecen panaceas contradictorias. Gandhi estuvo aquí una vez y se empeñó en una larga conversación conmigo. Quería asociarme a su campaña, pero me negué. Nada tenemos que ver aquí con la política. Creemos en la necesidad de concentrar nuestro esfuerzo en los medios prácticos de regeneración. Aunque no me ocupo de los proyectos de Gandhi acerca de nuestra posición respecto a Inglaterra, rechazo sus ideas económicas por ser visionarias y carecer por completo de sentido práctico.

—Quiere que la India arroje todas las máquinas al mar.

Sahabji sacude la cabeza.

—La India no puede volver al pasado; debe seguir adelante y desarrollar lo mejor de la civilización material, si ha de ser más próspera. Mis compatriotas deberán seguir el ejemplo de los Estados Unidos y del Japón. La rueca y el telar manual no pueden soportar el ataque de los métodos racionales de producción.

Mientras Sahabji expone sus ideas, me imagino una alerta cabeza norteamericana encastrada en un moreno cuerpo hindú, tan eficiente y tan comercial su manera, tan lúcida la expresión de sus pensamientos. Mi temperamento racionalista se siente atraído por su sentido común, su equilibrio y su sensatez, cualidades poco frecuentes en este país que es casi un continente.

Observo nuevamente la curiosa paradoja que presenta su carácter. Por un lado es el maestro de más de cien mil personas que practican una forma misteriosa de yoga; por otro, es el primer organizador de las actividades múltiples y materiales que bullen en Dayalbagh. Teniendo en cuenta eso, lo considero un hombre brillante y asombroso. Ni en la India ni en otra parte espero encontrar nadie que pueda comparársele.

Su voz interrumpe mis pensamientos.

—Usted ha visto dos aspectos de nuestra vida en Dayalbagh, pero nuestras actividades son triples, como la naturaleza del hombre: alma, mente y cuerpo. En consecuencia, tenemos los talleres y las granjas para el trabajo físico, las escuelas para el desarrollo de la mente, y finalmente las reuniones para las actividades espirituales. Así nos proponemos un desarrollo armónico y uniforme de cada individuo. Pero insistimos particularmente en el aspecto espiritual y cada miembro de nuestra fraternidad trata de efectuar regularmente sus prácticas de la yoga, donde quiera que se encuentre.

—¿Podría tomar parte en una de sus reuniones?

—Con mucho gusto, usted será bienvenido en todas ellas.

* * *

Las actividades de Dayalbagh empiezan a las seis de la mañana con la primera reunión. La aurora lucha con la obscuridad de la noche hasta hacerla desaparecer. Los dulces gorjeos se

mezclan con el fúnebre graznido de los cuervos; todos los pájaros inician su homenaje matinal al sol. Sigo a mi guía hasta una gigantesca tienda sostenida por postes de madera.

Una gran muchedumbre se amontona a la entrada, donde cada persona se saca los zapatos o las sandalias y se las entrega a los cuidadores. Acato los requisitos de la costumbre y entro en el recinto bajo el toldo.

En el centro se encuentra una plataforma elevada; allí está sentado en una silla su Santidad Sahabji Maharaj. Centenares de fieles se sientan a lo sastre a su alrededor, por lo que el suelo parece alfombrado con seres humanos. Todas las miradas se concentran sobre el maestro y enmudecen las lenguas en un reverente silencio.

Me abro camino hasta un lugar cerca de la plataforma y después me acomodo lo mejor que puedo en aquel espacio estrecho. Muy pronto dos hombres se levantan en la parte posterior de la tienda, rompiendo sus gargantas en un lento canto. Las palabras son hindustanis, y el ritmo sumamente agradable a los oídos. Continúan durante quince minutos, al cabo de los cuales las sagradas y extrañas voces han adormecido a uno hasta alcanzar un estado de paz. Entonces disminuyen de volumen hasta desaparecer completamente.

Miro a mi alrededor. Cada uno de los presentes está inmóvil, tranquilo, sumergido en la meditación o el rezo. Observo la figura modesta de la plataforma, vestida al uso corriente, cuyos labios aún no han pronunciado una palabra. Su rostro es más grave que lo usual, ha desaparecido su manera alerta y activa, su mente parece abstraída en una serena contemplación. Me pregunto qué ideas cruzan y se entrecruzan bajo su turbante blanco. ¡Qué responsabilidad pesa sobre sus hombros, pues todas estas personas le tienen por el sagrado eslabón que los une con una vida más alta!

Aquel absoluto silencio dura otra media hora. Nadie tose ni se mueve. ¿Se habrán retirado con su pensamiento estos contemplativos orientales a algún mundo del que están excluidos los escépticos occidentales? ¿Quién sabe? Pero es un notable prelude a las actividades que muy pronto harán resonar la colonia.

Recobramos nuestros zapatos y sandalias y nos dispersamos.

Paso la mañana conversando con muchos miembros de la fraternidad, tanto residentes como visitantes. Son hombres del Noroeste tocados con turbantes; otros del pueblo tamil con el pelo trenzado; pequeños y activos bengalíes del Este y algunos de las Provincias Centrales con largas barbas. Me impresionan su aire de autorespeto y su carácter práctico, que equilibran sus aspiraciones espirituales. Si sus almas se elevan hasta el empíreo, sus pies pisan firmemente la tierra. Me doy cuenta de que hay aquí un tipo de ciudadano del cual podría sentirse orgullosa cualquier urbe. Me gustan instintivamente y los admiro sin reservas, pues poseen una rara cualidad: el carácter.

Por la tarde tiene lugar una reunión más modesta. Es una cosa breve, sin formalidades, que se organiza para beneficio de los visitantes. Se discuten problemas individuales, se responden preguntas y se tratan cuestiones de interés general. La manera como evacúa cualquier interpelación demuestra que Sahabji Maharaj posee recursos poco comunes. Adopta un tono humorístico y proporciona respuestas rápidas y plenas de confianza sobre los más variados asuntos espirituales y materiales. Toda su actitud representa una conciliación exitosa y bastante rara de completa confianza en sí mismo con una tranquila humildad. Demuestra tener un agradable sentido del humor que aparece muchas veces en sus diversas observaciones.

Por la tarde hay otra reunión. Ha cesado por hoy la actividad en todos los talleres, oficinas y granjas de la colonia y una gran muchedumbre se reúne otra vez bajo la gigantesca tienda. Sahabji Maharaj ocupa nuevamente su silla en la plataforma. Observo una fila de fieles que se aproximan a él y depositan voluntariamente contribuciones para los fondos de la comisión directiva, dos de cuyos miembros las recogen y consignan por escrito.

El acto principal siguiente es un largo discurso del maestro. Miles de fieles escuchan absortos aquella larga peroración en excelente hindustani, pues posee un buen estilo oratorio. Parece hablar desde lo más íntimo de su corazón de una manera pintoresca, preñada de profundos sentimientos. Está tan animado por el fiero vigor y el ardiente entusiasmo que el estímulo que produce en los oyentes es casi palpable.

* * *

Todos los días se cumple el mismo programa, sin variación. La reunión de la tarde es la más larga, pues dura casi dos horas. Dice mucho de la mentalidad de Sahabji Maharaj que pueda mantener ese programa sin dificultad y con su característico dinamismo. Nadie sabe de antemano cuál será el tema de su discurso de la noche. Le pregunto acerca de ello y responde:

—Cuando me siento para hablar todavía desconozco el tema. Aun después de haber empezado, no sé cuál será mi próxima frase o cómo terminaré. Confío sin reservas en el Padre Supremo. Él me dice instantáneamente lo que necesito saber. Acepto interiormente sus órdenes. En realidad estoy en sus manos.

Las palabras del primer discurso que le oigo me persiguen durante varios días. La necesidad de someterse a un maestro acosa mi cerebro hasta que decido abordar a Sahabji. Nos sentamos en un cuidado parque del centro de Dayalbagh e iniciamos una discusión amistosa.

Insiste en su punto de vista y agrega:

—El maestro es absolutamente necesario. No hay autosuficiencia en lo espiritual.

—¿Lo necesitó usted, maestro? —pregunto audazmente.

—¡Sin duda! Pasé catorce años buscando un verdadero maestro, hasta que lo encontré.

—¡Catorce años! ¡Eso es la quinta parte de su vida! ¿Valía la pena?

—Nunca se pierde el tiempo que se emplea en buscar un verdadero maestro, aunque fueran veinte años —replica veloz como el rayo—. Antes de mi conversión era tan escéptico como lo es usted ahora. Me desesperaba tratando de descubrir el maestro que pudiera abrirme camino hacia la luz espiritual. Era joven y estaba ansioso por encontrar la verdad. Pedí a los árboles, a las hierbas, al firmamento que mi iluminaran acerca de la existencia de la verdad. Deshice mi corazón en lágrimas como un niño, baja la cabeza, implorando la luz como una limosna. Por último no pude soportar más la tensión. Un día resolví dejar de comer y morirme de hambre a menos que la divina providencia considerase conveniente iluminarme. Ni siquiera podía trabajar. A la noche siguiente tuve un vivido sueño en el cual se me apareció el maestro. Le pedí su dirección. Su respuesta fué: “¡Allahabad! Más tarde conocerás mi dirección completa.” Al día siguiente hablé con un amigo que vivía en aquella ciudad y le conté mi sueño. Se fué y volvió con una fotografía, pidiéndome que identificara en el grupo, si podía, el rostro visto durante el sueño. En seguida lo señalé. Mi amigo me explicó entonces que pertenecía a una organización secreta de Allahabad y

que la figura señalada por mi era su maestro. Rápidamente me puse en contacto con él y me convertí en su discípulo.

—¡Muy interesante!

—Aun suponiendo que usted efectuara solo los ejercicios de la yoga dependiendo de su propia capacidad, en cuanto se oiga su oración se le conducirá a un maestro. No hay escapatoria. Usted debe tener un guía. El que busca sinceramente con fervor será conducido eventualmente hacia él.

—¿Cómo se lo reconoce? —pregunto.

Cede la tensión del rostro de Sahabji Maharaj y una curiosa expresión revolotea en sus ojos durante un momento.

—El maestro sabe de antemano quién irá hasta él y lo atraerá magnéticamente. Su poder llega al futuro discípulo y el resultado es inevitable.

Se ha formado una pequeña compañía de personas diversas alrededor de nosotros que aumenta rápidamente. Pronto Sahabji Maharaj no tiene un solo oyente, sino veinte o treinta.

—He intentado formarme una idea clara de las doctrinas de su sociedad —le digo—, pero son muy difíciles. Uno de sus discípulos me ha prestado algunos escritos de los primeros maestros de su hermandad, su Santidad Brahm Sankar Misra, y el resultado es que mi cerebro está trabajando horas extra.

Sahabji se ríe.

—Si usted quiere interpretar nuestras enseñanzas, debe efectuar nuestros ejercicios de yoga. Creemos que su práctica diaria es mucho más importante que una comprensión teórica de nuestras doctrinas. Lamento no poder explicarle detalladamente los sistemas de meditación que empleamos, pues sólo se enseñan, bajo voto de mantenerlos secretos, a aquellos que son admitidos en nuestra fraternidad. Pero se basan en la “yoga del sonido” o “la escuela del sonido interior”, como la llamamos nosotros.

—Según los escritos que estoy estudiando, esa es la fuerza que creó el universo.

—Desde el punto de vista material, usted lo entiende correctamente, aunque yo diría que un flujo vibratorio fué la primera actividad del Ser Supremo al iniciarse la creación. El cosmos no es el resultado de fuerzas ciegas. Nuestra fraternidad conoce ese sonido divino: podemos transcribirlo fonéticamente. Creemos que lleva el sello de su origen, el poder que lo creó. En consecuencia, cuando uno de nuestros miembros escucha interiormente, esperando percibirlo, con pleno dominio del cuerpo, de la mente y de la voluntad, gozará de la beatitud y la sabiduría del Ser Supremo.

—¿No es posible imaginarse que la sangre golpeando a través de las arterias produce ese sonido divino? ¿Qué otro podría oírse interiormente?

—¡Ah! No nos referimos a algo material sino espiritual. La fuerza que aparece en forma de sonido en nuestro plano material es sólo un reflejo de aquella otra más sutil que produjo el universo. Así como sus hombres de ciencia han reducido la materia a cargas eléctricas, podemos llevar esa fuerza, que oímos en nuestro plano material como si fuera un sonido, hasta un movimiento rítmico más alto, que escapa a nuestros oídos por existir en un plano espiritual. La vibración audible lleva en sí el influjo de la región de que proviene, por lo que si usted concentra de cierta manera su atención hacia adentro, un día podrá oír las palabras místicas que resonaron en la primera revolución del caos primitivo y que forman el verdadero nombre del Creador. El eco de esas voces se reproduce en la naturaleza espiritual del hombre; captarlas mediante la

práctica de nuestros ejercicios secretos de la yoga y perseguirlas hasta su origen significa literalmente ser conducido al paraíso. Al ejecutar fielmente nuestras prácticas, que se proponen hacerlo capaz de oír ese sonido místico, el hombre se olvida de sí mismo en un éxtasis completo cuando llega finalmente a su oído interior.

—Sus enseñanzas son extrañamente novedosas.

—¡Para Occidente, no para la India! Kabir³ predicaba la yoga del sonido en Benarés en el siglo XV.

—Sinceramente no se qué decir.

—¿Dónde está la dificultad? Usted admite sin objeciones que una clase de sonidos, la música, puede producir en el hombre un éxtasis emotivo. Entonces, ¡cuánto más le afectará la celestial música interior!

—Bien, si se pudiera demostrar que esa melodía existe realmente...

Sahabji se encoge de hombros.

—Podría presentarle varios ejemplos para convencerlo, pero supongo que usted busca algo más. ¿Cómo podría demostrarle la existencia de estados superfísicos por simples razonamientos? Es natural que el cerebro sin preparación no perciba nada más allá del mundo material. Si usted desea la mejor demostración, la experiencia inmediata de esas verdades espirituales, entonces usted debe seguir un curso práctico de yoga hasta el fin. Créame usted, atribuimos al cuerpo humano ciertas funciones, pero es realmente capaz de otras, más altas; las partes internas de nuestros centros cerebrales, después de un entrenamiento adecuado, pueden llegar a un nivel de energía tal que adquieren conciencia de sutiles modos del ser con los que están asociadas y el centro más importante de todos nos hace capaces de obtener la conciencia divina del más alto orden.

—¿Se refiere usted a la estructura nerviosa tal como la conoce la ciencia occidental?

—En parte. Son simplemente los órganos físicos mediante los cuales funcionan los centros más sutiles; la verdadera actividad ocurre en estos últimos. El más importante de estos centros es la glándula pineal, que, como usted sabe, se halla delante del cerebro. Ese es el asiento de la entidad espiritual del hombre. Si se mete una bala por ese punto la muerte es segura e instantánea. En él convergen las corrientes espirituales que fluyen por los nervios auditivos, ópticos, olfatorios y otros.

—Nuestros fisiólogos no saben aún cuáles son las principales funciones de la glándula pineal —comento.

—Con razón, pues es el foco de la entidad espiritual individual que da vitalidad a la mente y al cuerpo del hombre. Cuando la entidad espiritual se aparta de la glándula pineal, los sueños, el sueño profundo o el trance se producen; y cuando abandona la glándula, el cuerpo muere. Como el cuerpo humano es un compendio de todo el universo, puesto que todos los elementos que intervienen en la evolución de la creación están representados en él en pequeña escala, y como está ligado con todas las demás sutiles esferas, es posible que nuestra entidad espiritual alcance la cúspide del mundo del espíritu. Cuando la entidad espiritual sale de la glándula pineal y sigue hacia arriba, su paso a través de la materia gris del cerebro la pone en contacto con la región de la mente universal; al cruzar la materia blanca exalta su conciencia hasta las más elevadas realidades espirituales. Pero para lograr una conciencia espiritual es necesario detener toda la actividad de los sentidos corporales, pues de otra manera no se pueden excluir los estímulos externos. Por lo

tanto, la esencia de nuestra práctica de la yoga es una concentración completa que dirige la atención hacia adentro, alejándola del ambiente en que se encuentre el individuo, hasta que se logra un profundo estado de contemplación interior.

Desvió la mirada, tratando de digerir aquel flujo de ideas sutiles y recónditas, pronunciadas con suave tono de voz. Se ha formado alrededor de nosotros un grupo de personas que siguen con intenso interés nuestra conversación. Me atrae la tranquila seguridad con que el maestro enuncia sus palabras, pero...

—Usted dice que el único camino para verificar esas afirmaciones es practicar sus ejercicios de la yoga del sonido. Sin embargo, los mantiene en secreto —me quejo.

—Todo aquel que es admitido en nuestra fraternidad recibe la instrucción verbal de nuestros métodos.

—¿No puede usted darme primero alguna experiencia personal, alguna demostración de primera mano? Lo que usted dice puede ser perfectamente cierto... en verdad, mi corazón quiere creerlo.

—Primero debe usted ingresar en nuestra fraternidad.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Estoy hecho de tal forma que me es difícil creer antes de recibir las pruebas.

Sahabji extiende las manos en un gesto de impotencia.

—¿Qué puedo hacer yo, entonces? Estoy en las manos del Padre Supremo.

* * *

Día tras día tomo parte en las reuniones tan regularmente como los mismos miembros de la fraternidad; medito en silencio entre ellos y escucho las alocuciones de su maestro; los interrogo libremente y estudio aquellas partes de sus enseñanzas concernientes al universo y al hombre, tal como se me presentan.

Una tarde paseo con un discípulo hasta casi un kilómetro y medio de distancia de Dayalbagh, el linde con la jungla. Nos dirigimos a Jumna y finalmente nos sentamos en la ribera de aquella ancha corriente de agua. Desde una altura abrupta y arenosa observamos el río cuyas aguas se mueven lentamente dando rodeos a través de la plácida llanura que se extiende hasta Agra. De cuando en cuando un gran buitre aletea sobre nuestras cabezas en vuelo hacia su nido.

¡El Jumna! Krishna recorrió victoriosamente sus orillas entre las pastoras, encantándolas con su flauta maravillosa y sus declaraciones de amor. Hoy es probablemente uno de los dioses más adorados del olimpo hindú.

—Hasta hace muy pocos años —murmura mi compañero— éste era el refugio de animales salvajes y de noche rondaban por el mismo lugar en el que está construida la colonia. Ahora lo eluden.

Permanecemos en silencio durante un par de minutos y luego dice:

—Usted es el primer europeo que comparte nuestras reuniones, aunque seguramente no será el último. Apreciamos mucho la comprensión y la simpatía que usted nos demuestra. ¿Por qué no ingresa en nuestra sociedad?

—Porque no tengo fe en la fe. Porque comprendo que es fatalmente fácil creer lo que usted

quiere creer.

Encoge las rodillas y apoya la barbilla en ellas.

—De todos modos usted obtendrá grandes beneficios de sus conversaciones con nuestro maestro; No insisto en su ingreso. No pretendemos convertir a nadie y no se permite la predicación a nuestros miembros.

—¿Cómo se enteró usted de la existencia de la sociedad?

—Sencillamente. Mi padre fué miembro durante muchos años. No vive en Dayalbagh, pero visita la colonia de cuando en cuando. En uno de sus viajes me trajo con él, pero en ninguna oportunidad trató de inducirme a ingresar. Hace dos años empecé a preocuparme por las cosas y a preguntar a varios amigos acerca de sus creencias. También interrogué a mi padre y lo que me respondió me condujo a las enseñanzas de Radha Soami. Se me aceptó como miembro de la fraternidad y el tiempo ha confirmado mi fe. Tuve suerte, ya que otros vienen después de una vida pasada en la duda.

—Si yo pudiera calmar mis dudas tan fácil y rápidamente como usted... —respondo vagamente.

Guardamos de nuevo silencio. Las aguas azul oscuro del Jumna me atraen y caigo en una profunda meditación.

Toda la actividad mental consciente o inconsciente de estos hindúes está impregnada por la fe, por la necesidad de afiliarse a alguna clase de religión o de declarar su conformidad con alguna escritura sagrada. En la India se encuentran representados toda clase de credos, desde el más degradado hasta el más digno.

Una vez di por casualidad con un pequeño templo en las orillas del Ganges. Sus pilares estaban cubiertos de relieves que mostraban a hombres y mujeres durante el acto sexual; los muros estaban cubiertos de escenas eróticas que horrorizarían a un clérigo occidental. En la religión hindú hay un lugar para esto, pues el reconocimiento de la existencia del sexo por parte de la religión quizá sea algo mejor que relegarlo al arroyo, y por otro lado también están representadas las más elevadas y puras concepciones del hombre. ¡Así es la India!

Pero en ninguna parte de la tierra he encontrado un culto tan extraordinario como el de Radha Soami. Es único sin discusión posible. ¿Qué cerebro, excepto el de Sahabji Maharaj, pudo concebir esa combinación paradójal de yoga, la más antigua sabiduría del mundo, con la civilización mecanizada a alta presión de una ciudad moderna de Europa o los Estados Unidos?

¿Es probable que Dayalbagh llegue a ocupar un lugar en la historia de la India fuera de toda proporción con su aparente insignificancia actual? Que la India sea un enigma del que nadie hasta ahora parece haber encontrado la solución no debe inducirnos a negar la posibilidad de una respuesta en los años próximos.

Sahabji se rió de la prédica de Gandhi de la vuelta al medievalismo y en la ciudad de Ahmedabad, donde se encuentra la sede central del movimiento gandhista, todavía resuenan los ecos de aquellas carcajadas. Desde el río Sabarmati se pueden contar medio centenar de altas chimeneas que, desafiantes, vomitan diariamente humo sobre el pequeño amontonamiento de blancos bungalows de madera donde encuentra su inspiración el evangelio de las artes manuales del campesinado.

El violento impacto de los métodos occidentales ha empezado a desintegrar el modo tradicional hindú de vivir. Los primeros europeos que aparecieron en las costas de la India no

traían sólo mercancías, sino también ideas. Cuando Vasco de Gama desembarcó sus barbudos marineros en la tranquila bahía de Calicut,⁴ se inició la etapa de occidentalización que hoy marcha a tan alta velocidad. La India empieza a organizar experimental y tímidamente sus industrias. Europa ha enfrentado sucesivamente el renacimiento del intelecto, la reforma y la revolución industrial, habiendo dejado ya todo eso atrás. La India ha despertado y tiene que enfrentar esas etapas. Esos son ahora sus problemas. ¿Imitará ciegamente a los europeos, creará su propia manera de resolver sus problemas? ¿Se concentrará su atención en el ejemplo de Sahabji Maharaj?

Si hay una cosa de la que estoy seguro es que antes de mucho tiempo la India se convertirá en un crisol sin paralelo en la historia, donde se fundirán los más dispares elementos. En dos o tres décadas a. lo más desaparecerá una sociedad unida durante millares de años por tradiciones gastadas, encerrada en mojígatas convenciones religiosas. Parecerá un milagro pero ocurrirá.

Evidentemente Sahabji Maharaj lo ha visto con claridad. Comprende que estamos en una nueva época; en todas partes se destruye el viejo orden de cosas, tanto en la India como en otros países. ¿Seguirán siendo incompatibles el letargo asiático y el espíritu práctico occidental? Él cree que no. ¿Por qué no habría de adoptar el yogi una vestimenta corriente? Así da la orden de que salga de su reclusión habitual y se introduzca entre las ruidosas muchedumbres de hombres que manejan máquinas. Cree que ya es hora de que el yogi se introduzca en las fábricas, las oficinas y las escuelas para intentar espiritualizarlas, no por la predicación y la propaganda sino induciendo a los otros con el ejemplo. El camino de la actividad diaria puede y debe convertirse en el sendero hacia el cielo. Un modo espiritual de vida como el yoga, que está muy por encima del trabajador corriente, puede llegar a ser considerado por éste como una engañosa forma de estupidez que se cree muy importante.

Si la yoga ha de seguir a la zaga de unos cuantos anacoretas, el mundo moderno no encontrará ninguna utilidad en ella y así desaparecerán los últimos restos de esas moribundas enseñanzas. Si ha de servir sólo para deleite de algunos flacos ermitaños, los que manejamos la pluma o el arado, los que nos movemos entre la grasa y el tizne de las salas de máquinas, los que tenemos que aguantar la batahola del mercado de valores y el regateo de los establecimientos comerciales, desviaremos la mirada y la actitud del moderno Occidente será muy pronto la de la moderna India.

Sahabji Maharaj ha previsto sagazmente esta inevitable evolución y ha hecho un gran esfuerzo con el fin de que la ciencia de la yoga sea utilizada por la vida moderna. Este hombre tenaz dejará ciertamente su huella en la historia de su país. Ve que su tierra ha permanecido demasiado tiempo en un letargo, ve claramente por qué el Occidente, con la palpitación de sus fábricas, de su comercio y de su agricultura modernizada, posee una vida más rica. Comprende además que la India ha recibido de sus antiguos sabios una valiosa herencia: la cultura de la yoga, pero los pocos maestros que la mantienen viva en lugares apartados tienden a desaparecer rápidamente. Cuando mueran, el verdadero secreto habrá desaparecido con ellos. Así ha descendido desde aquellas cumbres del pensamiento donde el aire está rarificado, hasta nosotros, hasta nuestro tiempo, hasta los enérgicos esfuerzos del siglo XX para unir ambas cosas.

¿Será demasiado fantástico su esfuerzo? Por el contrario, es sumamente admirable. Vivimos días en los que se ilumina eléctricamente la tumba de Mahoma en la Meca, en que lujosos automotores desplazan a los camellos en los desiertos marroquies. ¿Qué será de la India? Este vasto país, que despierta de un sueño de centenares de años por el impacto de una cultura

completamente opuesta, debe seguir abriendo sus pesados párpados. Los ingleses han hecho algo más que convertir arenosos desiertos en fértiles campos, construir canales y represas para ayudar a la agricultura y regular las crecientes de los ríos, colocar una barrera impenetrable de soldados sumamente eficientes en la frontera del noroeste para asegurar vidas y bienes, introducir en el país un viento sano de ideas racionales y sensatas.

Del norte tenebroso y del lejano Occidente llegaron los hombres blancos. El destino puso la India a sus pies y el país fué suyo con muy pocos esfuerzos.

¿Por qué?

Tal vez el mundo incubando sobre la sabiduría asiática y la ciencia occidental, produzca algún día una civilización que avergonzará a la antigüedad, se burlará de lo moderno y asombrará a la posteridad.

El curso de mis meditaciones toca a su fin. Levanto la cabeza y dirijo una interrogación a mi compañero. No creo que me haya oído. Continúo observando el otro lado del río, que refleja el último destello rojo de la puesta del sol. Es la hora del crepúsculo. Observo al gran astro que desaparece rápidamente del cielo. La paz es indescriptible, toda la naturaleza, muda ante el bello espectáculo, parece haberse entregado a un descanso momentáneo. Mi corazón se impregna del sosiego reinante. Otra vez echo una mirada a mi compañero, cuya figura está envuelta ahora en el ropaje de la obscuridad rápidamente creciente.

Seguimos sentados en un silencio total durante unos pocos minutos, hasta que el sol se hunde repentinamente en la oscura noche.

Mi compañero se levanta y en silencio me conduce a través de las sombras de vuelta a Dayalbagh. Nuestro paseo termina bajo una cúpula de millares de estelares puntos luminosos.

* * *

Sahabji Maharaj decide abandonar Dayalbagh y dirigirse a un lugar de las Provincias Unidas para gozar de un merecido descanso. Considero que ello señala la hora prefijada de la despedida y me decido a ponerme en viaje en la misma dirección. Iremos juntos hasta Timarni, donde se separarán nuestros caminos.

Alrededor de la una de la mañana nos encontramos en la estación de Agra. Unos veinte discípulos acompañan a su maestro, por lo que nadie puede dejar de ver nuestro grupo, notable por su número. Alguien trae una silla para Sahabji Maharaj; mientras permanece sentado en medio de ellos, paseo por la plataforma semiiluminada.

Durante el día, he pasado revista a mi estadía en Dayalbagh y llegué con pesar a la conclusión de que no había tenido ninguna experiencia interior, ninguna visión del secreto sentido de la vida capaz de sollevantar mi alma. Había esperado que alguna luminosa expansión de la conciencia obtenida por la yoga atravesara mi obscuridad mental por una hora o dos, pudiendo proseguir entonces ese sendero guiado por una visión y no por la fe. Pero no ha ocurrido eso, esa bendición no es para mí. Tal vez no lo merezco, tal vez pida demasiado; no lo sé.

De cuando en cuando observo la figura sentada. Sahabji Maharaj posee una magnífica personalidad que me atrae. Es una curiosa mezcla de vivacidad y espíritu práctico yanqui, de la predilección británica por la conducta correcta y la devoción y el espíritu contemplativo hindú. Es

una clase de persona rara en el mundo moderno. Más de cien mil hombres y mujeres le han confiado la dirección de sus vidas íntimas, a pesar de lo cual está allí sentado modesta y humildemente, maestro sin pretensiones de la fraternidad.

Finalmente nuestro tren ruge al entrar en la estación y un gigantesco faro arroja una espectral iluminación sobre la escena. Sahabji entra en el compartimiento reservado y el resto de la compañía se distribuye por otros vagones. Me echo para gozar de unas pocas horas de sueño y no sé nada más hasta que me despierto a la mañana siguiente con la garganta increíblemente seca.

En todos los puntos en donde se detiene el tren durante las próximas horas aparecen los discípulos de Sahabji que viven en lugares cercanos o hasta muchos kilómetros distantes de la línea, agrupándose bajo la ventana de su vagón. Se les avisó con tiempo de su viaje y aprovechan ansiosamente la oportunidad, pues en la India se dice que hasta el contacto de un minuto con un maestro produce importantes resultados espirituales y materiales.

Pido y obtengo el permiso de Sahabji para permanecer con él en su propio compartimiento las últimas tres horas de viaje. Allí sostenemos una larga conversación acerca de los pueblos occidentales, del futuro de la India y el de su propio culto. Finalmente me dice con su tono agradable y suave:

—Permítame asegurarle que no considero la India como mi patria. Yo soy un cosmopolita y considero a todos los hombres como hermanos.

Me deleita esa asombrosa franqueza. Es igual en todas sus conversaciones. Siempre va rectamente a su objeto, apunta cada sentencia como si fuera una bala a un blanco determinado, y posee el valor de sus convicciones. Es una agradable experiencia conversar con él, ponerse en comunicación con su alma. Siempre sale con alguna frase inesperada, con algún nuevo punto de vista.

El tren se mueve ahora a través de una llanura, en un ángulo tal que un sol intolerable pasa por la ventana y me cae en los ojos. El calor tórrido tuesta la propia carne, los rayos sin piedad abruman el cerebro. Levanto las persianas de madera, esa estructura peculiar que se parece tan curiosamente a una celosía, y hago funcionar el ventilador, obteniendo así un poco de alivio al calor del mediodía. Sahabji Maharaj nota mi malestar y saca algunas naranjas de un saco de viaje. Las coloca sobre la mesita y me pide que las comparta con él.

—Le refrescarán la garganta —observa.

Mientras su cuchillo corta la brillante cáscara, dice reflexivamente:

—Usted tiene razón al ser tan cuidadoso en la elección de su maestro. El escepticismo es una actitud útil antes de tomar una decisión, pero después ha de tener una fe absoluta. No desmaye hasta encontrar su preceptor espiritual, pues es absolutamente esencial.

Antes de que pase mucho tiempo se oye el ruido de los frenos y alguien grita a voz en cuello:

—¡Timarni!

Sahabji Maharaj se levanta para salir del vagón. Algo se despierta en mí antes de que vuelvan sus discípulos y se apoderen de él. Es algo que rompe mi reserva, ignora mi orgullo de occidental, pisotea mis sentimientos antirreligiosos y me induce a hablar a través de mis labios:

—¿Vuestra Santidad quiere darme su bendición?

Se vuelve con una amistosa sonrisa, un destello agradable en los ojos, y cordialmente me golpea el hombro.

—¡Usted la tiene ya!

Vuelvo a mi compartimiento y el tren empieza a alejarse velozmente. Ante la ventana pasan pardos campos con la velocidad del rayo. Pequeños grupos de amodorrados vacunos muerden satisfechos los pobres y escasos pastos. Mis ojos los observan semiinconscientemente; en mi cabeza llevo la imagen de un hombre notable que me gusta mucho y al que admiro profundamente, pues es al mismo tiempo un soñador inspirado, un yogi de serena mente, un práctico hombre de mundo y un caballero.

Capítulo XIV

EN LA SEDE CENTRAL DEL MESÍAS PARSI

El camino desde Agra hasta Nasik es largo, pero no lo citaré más que en este corto párrafo para que la crónica de mis peregrinaciones pueda llegar al fin establecido.

La rueda del tiempo da sus inevitables vueltas y me conduce en sus rayos por la India. Veré otra vez a Meher, el santo parsi y “nuevo mesías” por propia decisión.

No vuelvo con ningún firme deseo. Las frías serpientes de la duda se han arrollado firmemente alrededor de mi cabeza y un fuerte sentimiento interior me advierte la inutilidad de pasar algún tiempo junto a él: aunque Meher Baba es una excelente persona y lleva una vida ascética, desgraciadamente sufre de delirio de grandeza acerca de su propia magnitud. Incidentalmente, me he tomado el trabajo de investigar durante mis viajes las supuestas curaciones milagrosas, las pocas que se le atribuyen. Una es un caso de apendicitis; sé cuenta que la simple fe del paciente en Meher bastó para sanarlo. Pero un estudio más profundo demuestra que el médico a cargo del caso sólo pudo descubrir una fuerte indigestión. En otra supuesta cura se afirmó que un anciano y pulcro caballero había recuperado su salud de la noche a la mañana tras padecer una larga lista de enfermedades; no parece haber tenido sino un tobillo hinchado. En una palabra, sus discípulos han exagerado enormemente los maravillosos poderes curativos de su maestro. Su exuberante fervor es perfectamente comprensible en un país donde las fábulas corren a menudo más velozmente que los hechos.

No espero que el mesías parsi pueda mantener las extraordinarias promesas de maravillosas experiencias espirituales que me hizo, pero como prometí pasar un mes junto a él, creo que no puedo romper sin más ni más mi palabra. Así, pues; contra mis sentimientos y lo que la razón aconseja, tomo el tren para Nasik a fin de que no me acuse de haberle negado la oportunidad de demostrar sus pretendidos poderes.

* * *

Meher ha establecido sus oficinas centrales en algunas casas modernas en las afueras de la

ciudad. Un cortejo de unos cuarenta discípulos se mantiene alrededor del mesías, yendo sin objeto de aquí para allá.

—¿En qué piensa usted? —es una de sus primeras preguntas en cuanto nos encontramos. Me siento cansado y agotado por los viajes, probablemente confunde mi aspecto ojeroso con la palidez de las profundas meditaciones; pero eso no importa. Respondo inmediatamente:

—En la docena más o menos de mesías que he descubierto en la India desde mi llegada.

Meher Baba no parece sorprenderse.

—Sí— responde moviendo sus dedos diestramente sobre el tablero alfabético. También yo me he enterado de su existencia.

—¿Cómo se lo explica usted? —pregunto inocentemente.

Se le contrae la frente en arrugas, pero su boca sonríe con aire de superioridad.

—Si son sinceros, están equivocados. Si no lo son, engañan a otros. Hay santos que progresan por el sendero espiritual y después los domina el orgullo. Ese triste estado se produce generalmente cuando no poseen un maestro adecuado para aconsejarlos y guiarlos. Hay un punto difícilísimo de cruzar que se encuentra a mitad de camino del sendero espiritual; a menudo la persona cuyas devociones la han conducido hasta allí cree tontamente haber alcanzado la más alta cumbre. ¡Le falta muy poco para creerse mesías!

—Es una explicación excelente y muy lógica. Desgraciadamente he oído algo muy similar de otros que aseguran lo mismo. Cada uno de ellos afirma ser perfecto y deja las imperfecciones para sus rivales.

—No se preocupe usted. Todas esas personas me ayudan inconscientemente a llevar a cabo una función. Sé quién soy. Cuando llegue la hora de cumplir mi misión, el mundo lo sabrá también.

No es posible argüir racionalmente en tal atmósfera, por lo que abandono el tema. Meher Baba dice unas cuantas trivialidades y me despide.

He tomado habitaciones en un bungalow a dos o tres minutos de distancia de su sede. Resuelvo echar a un lado sin contemplaciones mis sentimientos y observar sin ideas preconcebidas los sucesos de las próximas cuatro semanas. No habrá en mi mente ninguna hostilidad hacia Meher, ninguna posición escéptica interior sino más bien actitud contemplativa.

Cada día me asocio estrechamente con los discípulos, observo su modo de vida, estudio su psicología y exploro la historia de su relación espiritual con Meher. Hablamos de muchas cosas y responde a numerosas preguntas, pero ni una vez se refiere a las extrañas promesas que me hizo en Ahmednagar. Decido no hacer ninguna tentativa para refrescarle la memoria, por lo que el asunto cae al parecer en el olvido.

Pone a mi disposición un conjunto de diarios secretos que se redactan desde hace varios años por orden de él. Así parece resolverse más fácilmente la constante lluvia de preguntas que dejo caer sobre él y sus discípulos, las cuestiones que planteo en parte por mi instinto periodístico de curiosidad, en parte por el sincero deseo de encontrar un número suficiente de hechos, sea para afianzar definitivamente mi sentimiento de la futilidad de mi visita o para deshacerme enteramente de él. Contienen una historia conexas de los principales sucesos de la vida del mesías y de su grupo de discípulos, así como una crónica de toda enseñanza importante, mensaje o profecía que haya expresado verbalmente. Esos cuadernos constan de casi dos mil páginas de letra menuda, la mayor parte en inglés.

Está claro que han sido compuestos con un espíritu de ciega fe, pero indudablemente arrojan

una valiosa luz sobre el carácter y los poderes de Meher. La misma honradez de esas páginas, a pesar de su devoción, al registrar cosas que podrían parecer triviales a una persona ajena a la compañía, sirve de manera excelente a mis propósitos, pues las considero indicadores psicológicos que muestran la dirección en la que se mueve la mente de Meher. Los dos discípulos que los han compuesto son hombres jóvenes, con una experiencia de la vida muy limitada fuera de su estrecho círculo, pero su misma ingenuidad y la completa confianza que tienen en su maestro los ha inducido a consignar cosas que no le hacen ningún favor.

¿Por qué cuentan que durante un viaje por ferrocarril a Muttra, Meher golpeó a uno de sus más íntimos discípulos en el oído tan fuertemente que el desdichado debió ver a un médico? Según Meher, cuando un mesías parece estar enojado con uno de sus devotos, se reducen intensamente los pecados de este último, merecedores de un condigno castigo. ¿Por qué consignan esa pobre excusa de su maestro, de este predicador de un evangelio de amor divino? Incluyen el cómico episodio del discípulo “perdido” en Arangaon, en busca del cual Meher envió una partida que volvió después de varias horas sin traer la oveja descarriada. Finalmente apareció por su propia cuenta y explicó que, habiendo padecido de insomnio durante varias noches, se había quedado dormido repentinamente en un edificio abandonado, cerca de la sede de Meher. Asegura haber sido admitido al consejo de los dioses y conocer el futuro de la humanidad, pero no sabía que el discípulo estaba en un campo vecino.

Hasta ahora las dudas han llevado una existencia reprimida en mi cerebro. Pero encuentro en esos diarios material suficiente para revivirlas. Meher Baba parece ser una autoridad falible, un hombre sujeto a constantes cambios de ánimo y un egotista que exige una completa sumisión de parte de sus estupefactos discípulos. Finalmente descubro en aquellas páginas que sus profecías rara vez se cumplen. ¡Extraño profeta! En nuestra primera entrevista cerca de Ahmednagar aseguró que ocurriría una guerra mundial, pero se negó a decir cuándo, aunque tuvo mucho cuidado de hacer constar que conocía la fecha. Ahora en esos diarios descubro que ha hecho la misma profecía a sus discípulos íntimos, no sólo una vez, sino varias. En cada una de esas ocasiones ha dado una época diferente de ese calamitoso hecho, pues cuando llega una de ellas, la guerra no se produce. Un año las cosas tienen muy mal aspecto en Asia: coloca el estallido en Oriente; si la situación política es muy confusa en Europa y ha olvidado su fracaso anterior, dice que ha de ocurrir en Occidente, etc. Ahora entiendo su precaución al dudar en cuanto al tiempo que falta para ella según la entrevista de Ahmednagar. Apremio a uno de sus más inteligentes discípulos con esta serie de predicciones frustradas y admite inocentemente que las profecías de su maestro son en general equivocadas.

—Dudo de que esa guerra tenga lugar alguna vez como una conflagración, pero quizás sea una lucha económica —termina diciendo simplemente.

Aunque doy vuelta a la última página de estos asombrosos diarios con una sonrisa en los labios, confieso sinceramente que he leído en ellos frases sublimes que elevan el alma; Meher Baba posee un espíritu religioso. No olvidaré una de sus sentencias, registrada en alguna parte de aquellas páginas: “La habilidad para aconsejar a otros acerca de la virtud no demuestra la santidad ni es un signo de sabiduría”.

* * *

Es mejor mantener un discreto silencio sobre el resto de la temporada que pasé allí. Si estoy viviendo en compañía de un libertador del mundo y de un redentor de la humanidad hay muy pocas cosas que me hagan notar mi buena fortuna. Tal vez provenga esto de interesarme más por los hechos tangibles que por las leyendas místicas. No relataré los actos infantiles, las profecías fallidas, la ciega obediencia a las órdenes irracionales por parte de los discípulos y los consejos mesiánicos que sólo aumentan las dificultades de sus fieles.

Meher Baba parece evitar el contacto conmigo a medida que se acerca el fin de mi estadía, o es posible que me lo parezca así. Cuando lo encuentro siempre está de prisa y a los pocos minutos se despide. Día a día comprendo mi falsa posición; quizás Meher conozca la incomodidad que cada vez siento más.

Espero las maravillosas experiencias que me prometió, aunque supongo que no ocurrirán. ¡Mis temores se han cumplido! No sucede nada extraordinario, ni veo que pase algo fuera de lo común a los otros hombres. No hago ningún esfuerzo por someter a Meher a un estricto interrogatorio, pues comprendo perfectamente la inutilidad de ello. Sin embargo, al transcurrir el mes anuncio mi pronta partida y luego reprocho a Meher Baba el incumplimiento de su promesa. Responde transfiriendo frívolamente la fecha para unos meses más tarde y pasa a otra cosa. Puedo equivocarme, pero me imagino que está afectado por una inseguridad interna, una impaciencia particular debida a que estoy todavía allí; más que percibirla con los ojos, siento esa situación. Sin embargo, no trato de discutir con él, pues comprendo que es inútil provocar un desigual combate entre mis cuestiones directas y claras y su huidizo cerebro oriental.

Aun durante el último momento de mi partida, cuando me despido amigable y cortésmente para siempre, Meher Baba habla como si fuera, sin lugar a dudas, el esperado maestro. Hasta asegura que cuando llegue la hora de ir a Occidente, para predicar allí su palabra, me mandará buscar para que lo acompañe.¹

Tal es el resultado de mi loca tentativa de juzgar a este hombre por su palabra. ¿Qué se puede decir de estos supuestos “maestros divinos” que prometen un éxtasis del espíritu y que en su lugar dan una exasperación del alma?

* * *

¿Es posible dar cualquier explicación aceptable de la extraña vida y la curiosa conducta de Meher Baba? Un análisis superficial de este hombre podría inducir a pensar que es un canalla o un charlatán. Ya se ha hecho esto, aunque no se explican así varios aspectos de su vida; además es un juicio injusto. Prefiero aceptar la opinión del anciano juez Khandalawalla de Bombay, que conoce a Meher desde la niñez. Me dijo que este mesías parsi era simplemente un hombre decente, pero equivocado. Esta explicación es buena hasta cierto punto, pero para mí no es suficiente.

Un corto análisis del carácter de Meher Baba permitirá comprender mejor mi teoría. Ya he dicho que durante nuestra primera entrevista en Ahmednagar me llamó la atención la paz y la mansedumbre de su actitud. Pero durante mi estadía en Nasik, la observación me reveló en diarios incidentes, que era la calma de un carácter sin energía y la mansedumbre de un cuerpo débil. Es realmente un hombre irresoluto que se deja influir por otros o por las circunstancias. Su barbilla puntiaguda es muy elocuente a este respecto. Además, los impulsos repentinos e inexplicables

caracterizan su conducta. Se ve que es un hombre sumamente emocional. Su pasión por lo teatral, su afición infantil pero típicamente oriental por los golpes de efecto, demuestran que gusta de aparecer a una luz dramática. Parece vivir más para una audiencia que para sí mismo. Aunque asegura haber aparecido en el teatro del mundo con un papel serio, no se puede reprochar nada a los que ven sólo una parte de comedia en su manera de obrar.

Mi propia teoría consiste en que aquella mujer mahometana, aquella faquir, Hazrat Babajan, produjo realmente una revolución en el carácter de Meher Baba, tan completa que le precipitó en una condición incomprensible para él y para sus allegados. Mi propia experiencia con aquella notable señora, aunque breve, me convenció de que poseía algún poder extraño, suficiente para hacer salir de sus casillas al racionalista más empedernido. No sé por qué Hazrat Babajan intervino repentinamente en la vida de Meher Baba, haciéndolo salir de su órbita, desviándolo de su vida, colocándolo en una trayectoria cuya meta hemos de descubrir todavía, sea una simple farsa o algo de importancia trascendental. Pero ella era muy capaz de hacer algo que equivalía a quitarle el suelo de debajo de los pies.

El beso que le dió no fué nada en sí mismo, pero adquirió importancia como el vehículo simbólico de su gracia interior psíquica. La condición cerebral particular que resultó de ese beso es significativa en vista de su vida posterior. “Mi alma recibió un gran choque que causó violentas vibraciones durante algún tiempo”, *me* dijo una vez refiriéndose a ese hecho. Es evidente que no estaba preparado para acomodarse a lo que podría equivaler a una iniciación en la yoga. “Cuando éramos amigos, durante la niñez de Baba”, dice su discípulo Abdulah, “nunca vi que se interesara por la religión o la filosofía. Siempre tuvo más inclinación por los deportes, los juegos y las diversiones. Desempeñaba parte muy principal en los debates y actividades de nuestra escuela. Su súbito interés por cuestiones espirituales nos tomó a todos de sorpresa”.

Creo que el joven Meher se desequilibró completamente a consecuencia de aquella experiencia. Eso fué a todas luces evidente cuando cayó en aquel estado de semiidiotez y se comportó como un autómatas humano, pero no es tan claro ahora que ha recobrado su salud. No creo que haya vuelto a ser un hombre normal. En ciertas personas, una dosis excesiva y repentina de religión, de trance yogi, o de éxtasis místico, produce un desequilibrio tan grande como la ingestión excesiva de ciertas drogas. En una palabra, creo que Meher Baba no se ha recuperado todavía del primer arrebato, de la exaltación de sus ideas, y todavía existe una carencia de equilibrio, resultado del tremendo desbarajuste que ocurrió en sus facultades mentales a edad tan temprana. No puedo explicar mediante ninguna otra hipótesis la extraordinaria conducta que presenta de cuando en cuando.

Por un lado, demuestra tener todas las cualidades de un místico: amor, mansedumbre, intuición religiosa, etc.; por otro, aparecen los síntomas de una enfermedad mental: la paranoia. Exagera todo lo que se refiere a él. Los síntomas se encuentran también entre los entusiastas religiosos que experimentan estados de éxtasis repentinos, pero temporales. Salen de ellos con la seguridad de que algo tremendo les ha ocurrido. Sólo les falta un paso para afirmar su grandeza espiritual; empiezan a fundar cultos nuevos o establecen extrañas sociedades de las cuales son jefes. La deificación del propio yo, la creencia de que son nuevos mesías destinados a salvar toda la humanidad, es el paso final que dan sólo unos pocos suficientemente audaces.

Encuentro en la India hombres deseosos de poseer la conciencia exaltada que la yoga promete a sus discípulos pero que no quieren pagar el precio exigido en entrenamiento y disciplina. Por

ello absorben drogas, como el opio y el hashish, obteniendo así una pasable imitación de aquella conciencia trascendental. He observado la conducta de los adictos a esas drogas y he descubierto que todos ellos tienen una cualidad (o un defecto) en común. Exageran enormemente los pequeños o grandes hechos de sus vidas y contarán enormes mentiras creyendo firmemente decir la verdad. Así se desarrolla la paranoia, que consiste en una exageración de la conciencia de sí mismo hasta el engaño completo.

El adicto a las drogas nota que una mujer lo mira con indiferencia. En seguida teje toda una novela cuya protagonista es ella. Su mundo gira enteramente alrededor del propio yo glorificado.

Hace afirmaciones tan fantásticas acerca de sus maravillosos poderes que uno se pregunta si estará enteramente en sus cabales. Sus acciones provienen de impulsos repentinos e inexplicables.

Algunos de los desequilibrados rasgos que distinguen el carácter y la vida de esas desdichadas personas señalan también el temperamento y la carrera de Meher Baba, pero con una limitación: nunca cae en las profundidades del mal en que pueden hundirse ellos, pues su anormalidad no proviene de las drogas sino de una experiencia espiritual y benigna. Para tomar una frase de Nietzsche: el mesías parsi es “humano, demasiado humano”.

Se hace mucho ruido sobre el mensaje con el que romperá su silencio. Uno se pregunta si alguna vez se atreverá a hacerlo, pero no hace falta mucho discernimiento para comprender que si habla alguna vez, su voz caerá en el vacío. Las palabras no pueden obrar milagros. Se realizarán o no sus temerarias previsiones; lo único importante es que el mesías ha demostrado la imposibilidad de confiar en él; no mantiene sus promesas, no se realizan sus profecías y su conducta es egoísta y excéntrica. No demuestra en sí mismo el alto mensaje que se propone impartir... a otros. Necesariamente la predicación de un hombre así tiene que caer en oídos sordos.

¿Qué harán sus ardientes secuaces? ¿Arrojará el tiempo sobre ellos un chorro de agua fría y los desengañará? Es muy improbable. La historia de Meher Baba es un caso típico de la credulidad hindú y proporciona un ejemplo al alcance de la mano de la persistencia de esa falla en el carácter de sus habitantes. La India sufre los defectos de una raza sin instrucción y excesivamente religiosa que carece de esa manera científica de pensar que exige el divorcio de la emotividad y la razón, de la historia y la leyenda, del hecho y la imaginación. Es muy fácil reunir un rebaño de secuaces entusiastas, aspirantes sinceros, personas tontas y poco experimentadas o aquellos que consideran conveniente agregarse, junto con su fortuna, a estrellas de mayor magnitud que ellos mismos.

No dispongo del espacio ni la paciencia para indicarlos uno por uno, pero es un hecho que Meher Baba ha cometido garrafales errores en cada etapa de su vida. También yo los he cometido. Pero él afirma ser un mesías inspirado por Dios, mientras que yo comprendo penosamente mis limitaciones comunes a todos los otros mortales. Deseo hacer notar particularmente la incapacidad de sus secuaces para admitir que Meher Baba puede equivocarse. Siempre suponen ingenuamente un propósito esotérico y misterioso detrás de todo lo que dice o hace. Se contentan con seguir ciegamente, y así deben hacerlo, pues la razón se rebelaría ante las cosas que han de tragar. Mi propia experiencia con él sólo sirvió para confirmar y profundizar ese cinismo que anuló la sensibilidad interior que guió mis pasos a través de este casi continente.

Por todo el Oriente han aparecido varias veces signos de un acontecimiento futuro que resultará ser lo más grande que la historia nos ha dado durante muchos siglos. La profecía de un

advenimiento circula entre los rostros morenos de la India, los rechonchos pobladores del Tibet, las caras de los ojos almendrados de China y las viejas barbas grises de Africa. Para la devota y vivida imaginación oriental ha llegado la hora y nuestros inquietos tiempos son signos de la cercanía del portento. Nada más natural que Meher Baba considere su repentino cambio psicológico como una indicación de su propio destino mesiánico. No hay nada más natural que su amada creencia según la cual un día anunciará su destino a un mundo asombrado. Sin embargo, uno está obligado a condenar sus métodos. Ninguno de los grandes maestros religiosos dignos de ese nombre lo han usado alguna vez; tampoco es probable que alguno de ellos rompa con la etiqueta espiritual de varios millares de años. Tengo una leve sospecha acerca del giro que tomarán los futuros antojos de este espectacular “santo”. Pero el tiempo los revelará, para diversión del mundo, mucho mejor que el autor de este libro.

Al terminar esta larga serie de reflexiones comprendo que no necesito negar la altura o la sublimidad de muchos de los dichos de Meher Baba comunicados por sus ágiles dedos. Pero cuando descienda de su inspiración religiosa, como tendrá que descender, y se rebaje a hablar de su grandeza personal y de su destino, será hora de volver a la realidad. Pues el futuro conductor de la humanidad puede convertirse entonces en su pertubador.²

Capítulo XV

UN EXTRAÑO ENCUENTRO

Por segunda vez recorro el oeste de la India pausadamente y sin meta fija. Cansado ya de viajar en polvorientos vagones de ferrocarril y en carretas de bueyes sin asientos, consigo un coche de turismo, antiguo pero resistente, con un hindú que desempeña el triple papel de compañero, chófer y sirviente.

Atravesamos diferentes paisajes, mientras los kilómetros se suceden velozmente los unos a los otros bajo nuestros neumáticos. En las regiones boscosas, el chofer se detiene al terminar el día, si no se puede alcanzar a tiempo alguna aldea, interrumpiendo la marcha hasta que se levanta el sol. Durante toda la noche mantiene una buena hoguera alimentándola con ramas y matas. Me asegura que las llamas evitarán que se nos acerquen las fieras. Los leopardos y las panteras rondan por la selva, pero un simple fuego les inspira un miedo tal que se mantienen a respetuosa distancia. Los chacales no son así. Entre las colinas escuchamos sus lúgubres aullidos, a veces muy cerca de nosotros. Durante el día, en algunas ocasiones, encontramos buitres que planean dando vueltas en el cielo.

Una tarde, ya muy avanzada la hora, mientras recorremos en el coche un camino cubierto de una espesa capa de polvo, alcanzamos una extraña pareja que está sentada sobre la cuneta. Uno es un santo, ni joven ni viejo, que al parecer contempla su ombligo bajo la débil sombra de algunos arbustos casi sin hojas; el otro es un joven, probablemente su discípulo. El de más edad tiene las manos juntas, los ojos entornados en meditación y permanece completamente inmóvil cuando pasamos frente a él. No conseguimos ni siquiera que nos eche una mirada, aunque el joven devoto observa fija y tontamente nuestro coche. Algo me atrae en el rostro de aquel hombre y me induce a detenerme. Mi compañero hindú vuelve para interrogarlos y le observo nerviosamente cuando se aproxima. Finalmente inicia una larga conversación con el joven.

Cuando vuelve me cuenta, mezclándolo con una multitud de detalles triviales, que aquella pareja es efectivamente maestro y discípulo; el primero se llama Chandi Das, y de acuerdo con los elogios del joven es un yogi de facultades excepcionales. Peregrinan de aldea en aldea, habiendo recorrido una gran distancia, a pie y en tren, desde que salieron de su patria, Bengala, hace unos dos años.

Ofrezco llevarlos en el coche, lo que aceptan inmediatamente, el hombre benignamente, el

joven con impulsiva gratitud. Así, media hora más tarde, el coche deposita un conjunto extrañamente abigarrado en la próxima aldea, donde decidimos pasar la noche.

En el camino no vimos un alma hasta aproximarnos a la villa, donde encontramos un muchacho que cuidaba un rebaño de macilentas vacas. La tarde llega a su fin cuando nos encontramos al lado de la fuente del pueblo y bebemos un líquido refrescante, aunque de color bastante dudoso. Las cuarenta o cincuenta chozas y casas desparramadas que constituyen la única calle de la aldea por su apariencia sucia con sus techos desiguales de paja, sus paredes irregulares de barro y sus montantes de bambú sin desbatar, me desaniman. Algunos habitantes están sentados en el suelo a la sombra, delante de sus poco atractivas residencias. Una mujer triste, de pelo gris, con los flácidos pechos apenas ocultos por el vestido, se acerca a la fuente, llena su recipiente de bronce y emprende la vuelta a su casa.

Mi compañero hindú junta los utensilios para preparar el té y sale en busca de la casa del alcalde del lugar. El yogi y su fiel discípulo se sientan en el polvo y descansan. El primero no sabe nada de inglés, pero el segundo, lo he descubierto ya en el auto, posee algunos conocimientos del lenguaje, aunque difícilmente alcanzarán para mantener una verdadera conversación. Después de algunas tentativas, encuentro que dará mejor resultado esperar hasta que nos reunamos todos a la noche para asegurarme los servicios de mi intérprete hindú.

Mientras tanto, se ha reunido un pequeño grupo de hombres, mujeres y niños a nuestro alrededor. Los habitantes del interior rara vez tropiezan con los europeos. Muchas veces he descubierto que es interesante hablar con algunos de ellos, aunque no sea más que por los puntos de vista ingenuos que revelan. Al principio los niños son tímidos, pero me ganan su confianza distribuyendo unas pocas annas. Observan mi despertador con incrédula admiración y deleite cuando señalo la hora y hago que suene la campanilla.

Una mujer se acerca al yogi, se prosterna delante de él en plena calle, toca sus pies y después lleva sus propios dedos a la frente.

Mi acompañante hindú vuelve con el alcalde y anuncia que el té está preparado. Ha hecho estudios secundarios, pero está completamente satisfecho llevando mis cosas y sirviéndome como chófer e intérprete, pues trata de bucear en mi experiencia occidental y vive en la constante esperanza de que algún día lo llevaré a Europa. Lo trato como a un compañero y con la amabilidad que en mi opinión merecen su excelente inteligencia y su carácter.

Mientras tanto alguien ha atrapado al yogi y se lo ha llevado a una choza para albergarlo. Ciertamente esta gente de las aldeas es más bondadosa que la de las ciudades.

Cuando nos dirigimos a la casa del alcalde observo una mancha rojiza detrás de las distantes colinas mientras el sol de color naranja despide sus últimos destellos. Nos detenemos ante una casa de mejor aspecto que el resto, dentro de la cual aprovecho la oportunidad para dar las gracias al jefe de la aldea.

—El honor de su visita me abruma —replica simplemente.

Descansamos un poco después del té. Las sombras de un corto crepúsculo se extienden a través de los campos y oigo como guardan el ganado en los establos. Más tarde mi acompañante sale a visitar al yogi y consigue prepararme el camino. Me conduce a la puerta de una de las más humildes chozas.

Entro en un recinto cuadrado de techo bajo, cuyo suelo es de tierra apisonada. No se observa mueble alguno, aunque unos pocos cacharros de barro se encuentran alrededor de un primitivo

hogar. Un palo de bambú insertado en el techo es una especie de guardarropa, pues cuelgan de él trajes y trapos. Adorna un rincón un jarro de bronce para el agua. Reflexiono sobre la desnudez de aquel lugar a la pálida luz de una primitiva lámpara. Tales son las comodidades de la casa de uno de los más pobres aldeanos.

El discípulo del yogi me saluda en su inglés chapurreado pero su maestro no aparece. Se lo ha llamado al lecho de una madre enferma para que la bendiga. Espero su regreso.

Finalmente se oye un ruido afuera en la calle y una alta figura aparece en el umbral. Entra gravemente en la habitación. Al verme, me saluda con un ademán y murmura algunas palabras. Mi acompañante susurra la traducción:

—¡Salud, sahib! ¡Que los dioses te protejan!

Se niega a aceptar una manta de algodón que le ofrezco y se sienta en el suelo cruzando las piernas. Nos observamos y aprovecho la oportunidad para estudiarlo más de cerca. El hombre que se encuentra delante de mí tiene probablemente unos cincuenta años de edad, aunque la barba corta y crespa del mentón le da aspecto de más viejo. Su pelo cae hasta el cuello en enmarañadas crenchas; la boca es seria sin que sonría jamás. Pero lo que más me llamó la atención cuando nos encontramos por primera vez y ahora recuerdo vivamente, fué el extraño resplandor de sus ojos negros como el azabache, su brillo lustroso. Esa mirada extraterrena me persigue durante un tiempo como un espectro.

—¿Ha viajado usted mucho? —pregunta quedamente.

Inclino la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Qué piensa usted del maestro Mahasaya?

Me siento profundamente sorprendido. ¿Cómo sabe que he estado en Bengala, su tierra natal y que he visitado a Mahasaya en Calcuta? Durante un momento le observo asombrado pero después respondo:

—Es un hombre que ha ganado mi corazón. ¿Por qué quiere saberlo?

Ignora mi contrapregunta. Se produce un embarazoso silencio. Trato de mantener la conversación diciendo:

—Espero verlo otra vez cuando vaya a Calcuta. ¿Le conoce él? ¿Debo llevarle sus saludos?

El yogi sacude energicamente la cabeza.

—Usted nunca verá otra vez a Mahasaya. Ahora mismo, Yama, el ángel de la muerte, convoca su espíritu.

Se produce otra pausa después de la cual le digo:

—Me intereso por la vida y el pensamiento de los yogis. ¿No quiere usted contarme cómo llegó a serlo y qué sabiduría ha ganado con ello?

Chandi Das no alienta mi tentativa de entrevistarle.

—El pasado no es sino un montón de cenizas —responde—. No me pida que meta el dedo en ellas para sacar pasadas experiencias. No vivo en el pasado sino en el futuro. En las profundidades del espíritu humano esas cosas no son más reales que las sombras. Eso es parte de la sabiduría que he alcanzado.

Esto es desconcertante. Su rígida actitud hierática anula mis planes.

Pero nosotros los que vivimos en el mundo temporal debemos tener en cuenta el pasado y el futuro —objeto yo.

—¿El tiempo? —pregunta—. ¿Está usted seguro de que existe tal cosa?

Temo que nuestra conversación esté adquiriendo un tono fantástico. ¿Poseerá realmente este hombre maravillosos poderes como afirma su discípulo? Digo en voz alta:

—Si el tiempo no existiera, tanto el pasado como el futuro se encontrarían ahora aquí. Pero la experiencia nos dice lo contrario.

—¡Vaya! Lo que usted quiere decir es que su experiencia, la experiencia del mundo, le dice eso.

—Ciertamente, usted no pretende sugerir que tiene una experiencia distinta.

—Hay verdad en lo que usted dice —es su extraña respuesta.

—¿Debo entender que el futuro se le muestra a usted?

—Vivo en lo eterno —replica Chandi Das—. Nunca trato de descubrir los hechos que los años futuros traerán sobre mi cabeza.

—Puede usted hacerlo para otros?

—Si quiero... ¡sí!

Estoy decidido a aclarar la cuestión.

—¿Entonces puede usted anunciar los hechos que han de ocurrir?

—Sólo en parte. Las vidas de los hombres no se desarrollan tan fácilmente que estén preordenadas en todos sus detalles.

—Entonces, ¿revelará usted aquella parte de mi futuro que puede descubrir?

—¿Para qué desea usted saberlo?

Vacilo.

—Dios ha echado un velo sobre lo que vendrá no sin razón para ello.

¿Qué puedo decir? Entonces tengo una inspiración.

—Graves problemas me preocupan. He venido a esta tierra esperando encontrar algo que los ilumine. Tal vez en lo que usted me diga halle una guía para mis pasos, o logre saber si mi búsqueda será infructuosa.

El yogi dirige sus brillantes ojos negros hacia mí. Durante los instantes de silencio que siguen me impresiona otra vez la grave dignidad de este hombre. Parece tan profundamente, tan pontificalmente sabio, sentado allí con las piernas y los pies cruzados, que trasciende el ruín ambiente de esta pobre choza de una aldea perdida en la jungla.

Por primera vez noto la presencia de un lagarto que nos observa desde lo alto de un muro. Sus ojos como cuentas están fijos en nosotros y su boca grotescamente abierta es tan fantástica que casi me inclino a pensar que se está burlando.

Finalmente Chandi Das encuentra su voz:

—No estoy adornado con las pulidas joyas de la erudición, pero si usted sigue mi consejo su viaje no habrá sido en vano. Vuelva al lugar donde inició su viaje por la India y antes de la luna nueva sus deseos habrán quedado satisfechos.

—¿Quiere usted decir que debo volver a Bombay?

—Usted lo ha dicho.

Estoy intrigado. ¿Qué puede tener de interés para mí esa ciudad híbrida, semioriental, semioccidental?

—Nunca he encontrado allí nada útil para mi investigación —protesto yo.

Chandi Das me observa fríamente.

—Ese es su camino. Empréndalo con toda la velocidad con que puedan llevarlo sus pies. No

pierda el tiempo, apresúrese a ir a Bombay mañana mismo.

—¿Es eso todo lo que usted tiene que decirme?

—Hay más pero no me he tomado el trabajo de percibirlo.

Calla nuevamente. Sus ojos pierden su expresión hasta parecer aguas muertas. Un poco después dice:

—Usted saldrá de la India y volverá a las tierras de Occidente antes del próximo equinoccio. Una cruel enfermedad afectará su cuerpo casi inmediatamente después de salir de esta tierra. El espíritu luchará en el cuerpo torturado pero todavía no ha llegado la hora de su liberación. Saldrá a la luz entonces el oculto trabajo del destino, pues lo enviará a usted de vuelta a Aryavarta, por lo que en conjunto nos visitará usted tres veces. Un sabio le espera ahora mismo; volverá por su causa a vivir entre nosotros, pues está usted unido a él por antiquísimos vínculos.¹

Se detiene su voz y un débil temblor pasa por sus párpados. Cuando finalmente me mira, agrega:

—Lo ha oído. No hay nada más que decir.

El resto de nuestra charla carece de conexión y de importancia. Chandi Das se niega a entrar en una discusión más detallada de sí mismo, por lo que me quedo sin saber cómo he de entender sus extrañas palabras, aunque siento que hay algo detrás de ellas.

Se produce un divertido incidente, cuando durante una corta conversación con el discípulo éste me pregunta seriamente:

—¿No se ven esas cosas entre los yogis de Inglaterra?

Trato de reprimir una sonrisa.

—No hay yogis en Gran Bretaña —respondo.

Todos han permanecido tranquilos y silenciosos durante la tarde, pero cuando el yogi da a entender que ha terminado la entrevista, el dueño de la choza, probablemente un pobre agricultor, se acerca y nos pregunta si compartimos su humilde cena. Le digo que traemos con nosotros algún alimento y que iremos a casa del alcalde para preparar la comida de la noche, pues ha prometido además darnos un cuarto para dormir. Pero el aldeano no está dispuesto a escuchar reproches por su olvido de las leyes de la hospitalidad. Hemos comido bien hoy, le advierto yo, y no debe preocuparse. Sin embargo, sigue en sus trece e insiste, por lo que acepto antes de causarle una decepción.

—Si hay un huésped debe ofrecérsele alimento —observa mientras me trae un plato de grano frito.

Miro a través del agujero con barrotes que hace de ventana. La luna, en cuarto, de color ópalo, arroja una luz pálida a través del agujero mientras reflexiono sobre el carácter superior y la bondad que uno encuentra tan a menudo en estos aldeanos sencillos y analfabetos. Ni la educación superior, ni la sagacidad mercantil pueden compensar la degeneración del carácter que tan frecuentemente distingue a la gente de las ciudades.

Después de despedirme de Chandi Das y de su discípulo, el aldeano toma la lámpara barata que cuelga de una estrecha viga y nos acompaña por la calle. Le aseguro que no es necesario, por lo que se toca la frente, sonrío y se detiene en la puerta. Sigo las huellas de mi acompañante; cada uno de nosotros lleva una linterna eléctrica; nos dirigimos al lugar de reposo de la noche. El sueño se disipa, pues se mezclan mis propios pensamientos acerca del misterio yogi bengalí con los gritos imponentes de los chacales y el peculiar aullido de un perro paria.²

* * *

Si no sigo al pie de la letra el consejo de Chandi Das, por lo menos el radiador de mi coche apunta hacia Bombay, volviendo gradualmente a aquella ciudad. Cuando consigo llegar allí e instalarme en un hotel, logro caer en cama.

Encerrado entre cuatro paredes, con la cabeza cansada y el cuerpo enfermo, empiezo a tener por primera vez una visión pesimista de las cosas, a sentirme harto de Asia. He recorrido varios miles de kilómetros a través de este país, a veces en pésimas condiciones. La India que yo busco no se encuentra en los barrios europeos, donde la ganancia, las cenas, el baile, el bridge y el whisky con soda forman la estructura de un atractivo cuadro. La residencia en los barrios indígenas de las ciudades, allí donde era decentemente posible, me ha ayudado en mi investigación, pero no ha mejorado mi salud; mientras que la estadía en los distritos del norte y en las aldeas de la jungla con alimento inadecuado y malas aguas, la vida inquieta y el insomnio tropical han resultado ser peligrosos. Mi cuerpo es ahora una cansada carga arrojada en un lecho de tortura.

Me pregunto cuánto tiempo podré evitar todavía un derrumbamiento. Mis ojos me pesan por carencia de sueño. Durante meses he sido incapaz de exorcizar este espectro del insomnio que me ha perseguido sin tregua por toda esta tierra. La necesidad de proceder cautelosamente entre estas extrañas gentes ha producido tristes estragos en mis nervios. El hecho de tener que guardar equilibrio interior, de ser crítico y al mismo tiempo de conservar intacta mi receptividad mientras me introducía en los círculos poco familiares de la parte oculta de la India, ha significado para mí un esfuerzo continuo. He tenido que aprender a elegir mi camino entre los sabios genuinos y los locos que confunden sus fantasías egotistas con el conocimiento divino, entre verdaderos místicos y simples traficantes de misterios, entre seudosantos y verdaderos estudiosos del sendero de la yoga. He tenido que llevar a cabo y concentrar mis investigaciones en un lapso mínimo, pues no puedo darme el lujo de emplear varios años de mi vida en una sola cuestión.

Si mi estado mental y físico es malo, mi estado espiritual es muy poco mejor. Estoy descorazonado por un sentimiento de fracaso. Ciertamente he encontrado algunos hombres que han alcanzado notables éxitos y que poseen un excelente carácter, así como otros que pueden hacer cosas asombrosas; pero no he llegado a reconocer positivamente, en mi interior, la existencia del superhombre espiritual, objeto de mi investigación, el maestro que atraiga mi temperamento racionalista y al cual pueda adherirme satisfactoriamente. Algunos entusiastas discípulos han tratado inútilmente de meterme en el aprisco de su maestro, pero así como los jóvenes creen que su primera aventura de adolescentes es la medida definitiva del amor, esas buenas gentes se han sentido tan profundamente emocionadas por sus primeras experiencias que no se les ha ocurrido buscar más allá. Además no tengo ningún deseo de convertirme en el depositario de las doctrinas de otro hombre; busco una experiencia viva, de primera mano, personal, una luz espiritual que sea enteramente mía y no de otro.

Pero soy sólo un escriba humilde sin grandes responsabilidades, que recorre el Oriente después de abandonar sus ambiciones. ¿Quién soy yo para tener la suerte de encontrar eso? Así el pesimismo arroja su pesado manto alrededor de mi corazón.

Cuando me encuentro lo suficientemente bien como para arrastrarme, me siento a la mesa del

hotel teniendo por compañero a un capitán del ejército. Me cuenta una larga historia de la enfermedad de su esposa, de su larga convalecencia, de la anulación de varias licencias, etc. Empeora mi mórbido estado. Cuando hemos terminado de comer y nos sentamos en la galería, se pone un largo cigarro en la boca y murmura:

—Un juego la vida... ¿no?

—Sí— bastante —asiento lacónicamente.

Media hora más tarde me encuentro en un taxímetro corriendo a toda velocidad por la avenida Hornby. Nos detenemos frente a la alta fachada con galería de una compañía de navegación. Pago mi pasaje plenamente convencido de que hago lo único que me resta por hacer: abandonar rápidamente la India.

Despreciando las sucias chozas, las polvorientas tiendas, los palacios llenos de adornos y los edificios de oficinas de tan eficiente aspecto que abundan en Bombay, vuelvo a mi cuarto del hotel para proseguir mis meditaciones.

Llega la noche. El mozo del comedor pone delante de mí un delicioso curry, pero la comida me repele. Tomo algunas bebidas y atravieso la ciudad en taxímetro. Desciendo y me dedico a andar despacio y sin objeto por una calle hasta que me encuentro delante de uno de los regalos de Occidente a la India urbana: un gran cine de ostentosa fachada. Me detengo un momento delante de la entrada brillantemente iluminada y observo los anuncios de rutilantes colores.

He gustado siempre del séptimo arte; esta noche parece ofrecerme un bienvenido trago de la copa de Lete. No me creo completamente perdido mientras puedo pagar con una rupia o su equivalente un asiento mullido de terciopelo de un cine en cualquier ciudad del mundo.

Adentro me siento para observar los inevitables fragmentos de la vida de los Estados Unidos convertidos en figuras animadas y que caen como sombras sobre la blanca pantalla. Otra vez aparece la esposa alocada y el marido infiel que se mueven sobre un fondo de departamentos principescos. Trato intensamente de concentrar la atención pero mi aburrimiento aumenta. Con gran sorpresa descubro que he perdido repentinamente mi antiguo entusiasmo por el cine. Es muy extraño pero la exposición literaria de las pasiones humanas, de la tragedia o de la comedia, dejan ya de entristecer mi corazón o de hacerme reír.

A mitad de la película las figuras de la pantalla desaparecen en la pura irrealidad. Mi atención se aparta de ella y mis pensamientos se adhieren de nuevo al estudio que he iniciado. Sin esperarlo, comprendo que me he convertido en un peregrino ateo, un vagabundo que va de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, buscando un lugar donde su alma pueda descansar. ¡Y no lo encuentro! ¡Cuán intensamente he observado los rostros de muchos hombres, esperando encontrar en ellos las exóticas líneas, distinción del superhombre espiritual que ha arrojado la sonda de su pensamiento hasta una profundidad mucho mayor que la gente de mi patria y de mi tiempo! ¡Cómo he observado los oscuros ojos centelleantes de otras personas, esperando encontrar una paz que responda como un eco, dando la misteriosa respuesta que me satisfaga!

Entonces se produce una tensión especial en mi cerebro, el aire a mi alrededor parece estar cargado de potentes vibraciones eléctricas. Me doy cuenta de que se produce dentro de mí algún profundo cambio psicodinámico. Repentinamente, una voz interior se introduce en el campo de mi atención, me obliga a que la escuche asombrado, mientras me dice despectivamente:

—La vida no es más que un espectáculo cinematográfico cuyos episodios se desarrollan desde la cuna hasta la tumba. ¿Dónde están ahora las escenas pasadas? ¿Pudiste retenerlas? ¿Dónde

están las que han de venir? ¿Puedes percibir las? En vez de tratar de encontrar lo Real, lo Durable, lo Eterno, vienes aquí a perder el tiempo, en algo más engañoso que la existencia de todos los días, en una historia completamente imaginaria, una ilusión dentro de la gran ilusión.

En seguida pierdo la última partícula de interés en el desarrollo de aquella cinta de humano amor y de tragedia. Sería una farsa seguir sentado allí. Me levanto y abandono el lugar.

Camino lentamente y sin objeto por la calle bajo la brillante luna que en Oriente parece estar tan cerca de la vida humana. En la esquina se me aproxima un mendigo y le miro cuando murmura su primera palabra, que no puedo entender. Retrocedo horrorizado, pues una enfermedad terrible desfigura su rostro: la piel de la cara cuelga a pedazos dejando ver parcialmente el hueso. Pero una profunda piedad por aquel compañero, por aquella víctima de la vida, reemplaza muy pronto el horror primitivo y arrojo toda la moneda menuda en su mano extendida.

Llego hasta la orilla del mar, a una parte solitaria donde no molesta la abigarrada muchedumbre de distintas razas que se apiña en la avenida de Back Bay todas las noches. Mirando las estrellas, que forman una bella cúpula sobre esta ciudad, comprendo que he llegado a una crisis inevitable.

* * *

Dentro de unos pocos días mi barco se dirigirá a Europa y se deslizará entre las aguas verdeazuladas del Golfo Arábigo. En cuanto me encuentre a bordo me despediré de la filosofía y arrojaré mi investigación oriental en las aguas del olvido. Ya no depositaré en el altar de la búsqueda de supuestos maestros todo lo que puedo ofrecer: tiempo, ideas, energías, dinero.

Pero aquella voz interior, a la que no puedo escapar, persiste en molestarte.

—¡Loco! —me grita despectivamente—. ¡Así que éste será el vacío resultado de años de estudios y aspiraciones! ¡Has de recorrer el mismo camino que los otros hombres, olvidar todo lo que has aprendido, ahogar tus mejores sentimientos en la sensualidad y el duro egoísmo! ¡Cuidado! Para tu aprendizaje en la vida has tenido terribles maestros, las interminables meditaciones han desnudado tu existencia hasta el hueso, la actividad sin reposo te ha castigado con su látigo y la soledad espiritual ha separado tu alma de sus compañeras. ¿Crees que puedes escapar a los resultados de todo? De ninguna manera, pues ello ha puesto cadenas invisibles en tus pies.

Oscilo entre varios estados de ánimo, mientras observo los densos cúmulos estelares que dominan el cielo de Oriente. Intento defenderme contra aquella cruel voz interior, aduciendo mi incapacidad frente a los fracasos.

La voz responde:

—¿Estás *seguro* de que ninguna de las personas que has encontrado en la India es el maestro que buscas?

Ante los ojos de mi espíritu pasa una larga galería de rostros. Caras del norte de genio vivo; otras plácidas, del sur, del este; nerviosas y emotivas; enérgicas y silenciosas de mahrattis del oeste: bondadosas, tontas, sabias, peligrosas, malvadas e inescrutables.

Un rostro único se destaca entre la procesión y ronda persistentemente ante mí, mientras sus ojos fijan su mirada tranquilamente en los míos. Es el calmo semblante de esfinge del Maharishiee,

el sabio que ha pasado su vida en la colina del Fuego Sagrado, en el sur. Nunca lo he olvidado; es más, muchas veces he pensado cariñosamente en él, aunque el recuerdo ha tenido siempre una vida muy corta; pero el carácter abrupto de mi experiencia, el remolino de caras y de hechos, todos los cambios repentinos que se han producido durante mi investigación, se han sobrepuesto arrojando a lo profundo las impresiones de mi breve estadía con él.

Sin embargo, comprendo ahora que ha pasado por mi vida como una estrella que cruza la oscura nada con su luz solitaria para desaparecer después. Respondiendo a mi voz interior, debo admitirlo: es el sabio que más me ha impresionado, tanto en Oriente como en Occidente. ¡Pero parecía tan lejano, tan remoto de la mentalidad europea, tan indiferente a que me convirtiera en su discípulo!

Aquella silenciosa voz me aprisiona ahora con su intensidad.

—¿Cómo puedes estar seguro de su indiferencia? No te quedaste mucho tiempo, te apresuraste a partir.

—Sí —confieso débilmente—. Tenía que cumplir el programa, que me había impuesto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Hay algo que puedes hacer ahora. Vuelve a él.

—Se encuentra en el otro extremo de la India y estoy demasiado enfermo para volver a peregrinar otra vez.

—¿Qué importa eso? Si deseas tener un maestro, has de pagar el precio.

—Dudo de que lo necesite ahora, pues me siento demasiado cansado para desear algo. Además he sacado pasaje y partiré dentro de tres días, es muy tarde para cambiar mi resolución.

La voz se burla de mí.

—¿Muy tarde? ¿Dónde está tu sentido del valor de las cosas? Admites que el Maharishee es el hombre más maravilloso que has encontrado, pero te dispones a huir antes de haber intentado seriamente conocerlo. Vuelve a él.

Sigo hoscamente obstinado. El cerebro afirma, pero la sangre niega.

Nuevamente urge la voz:

—Cambia otra vez de plan. Vuelve al Maharishee.

En seguida algo surge desde lo más profundo de mi ser y exige el inmediato asentimiento a las órdenes de aquella voz inexplicable. Abruma y domina tan enérgicamente las objeciones nacidas de mi razón y las protestas de mi cuerpo debilitado que me convierto en algo como un niño en sus manos. A través de esta urgencia repentina que lo arrolla todo y que exige mi vuelta inmediata al Maharishee, veo, de manera muy vivida, sus ojos irresistibles que me llaman.

Dejo de discutir con esa voz interior, pues ahora sé que estoy atado de pies y manos. Iré ahora mismo a visitarle y si me acepta me pondré en sus manos. Ataré mi carro a su brillante estrella.

Los dados están echados. Algo me ha conquistado aunque no comprendo qué es.

Vuelvo al hotel, me seco el sudor de la frente y tomo una taza de té templado. Mientras lo bebo comprendo que he cambiado. Me doy cuenta de que cae de mis hombros una pesada carga de miserias y de dudas.

Al día siguiente, cuando bajo a desayunar, sonrío por primera vez desde que volví a Bombay. El sikh alto y barbudo que me sirve, resplandeciente en su chaqueta blanca, la faja de oro y los pantalones blancos, me devuelve la sonrisa, mientras permanece de pie con los brazos cruzados detrás de mi silla. Entonces dice:

—Una carta para usted, señor.

Miro el sobre. Le han puesto dos direcciones nuevas, por lo que deduzco que me ha seguido de un lugar a otro. La abro al sentarme.

Para mi satisfacción y sorpresa, encuentro que viene de la ermita, al pie de la colina del Fuego Sagrado. El que la escribe fué en un tiempo importante hombre público y miembro del Consejo Legislativo de Madrás. Se ha retirado de los negocios del mundo a consecuencia de una desgracia familiar y se ha convertido en uno de los discípulos del Maharishee, al que visita ocasionalmente. Le encontré allí e iniciamos una correspondencia irregular.

La carta está llena de estimulantes ideas y afirma que seré bienvenido, si vuelvo a visitar la ermita. Cuando termino de leerla, una frase aparece en mi cerebro aniquilando todas las demás.

“Usted ha tenido la buena suerte de encontrar un verdadero maestro”.

Considero que la carta es un augurio favorable a mi recién nacida decisión de volver a la ermita del Maharishee. Después del desayuno, me dirijo a las oficinas de la compañía de navegación, donde comunico que no saldré en la fecha fijada.

No pasa mucho tiempo sin que diga adiós a Bombay, iniciando el cumplimiento de mi nuevo plan. Recorro centenares de kilómetros a través de la meseta descolorida y llana de Deccan, con amplios trechos donde sólo los bambúes solitarios levantan su frondosa copa variando la escena. El tren no puede atravesar los escasos pastos y árboles aislados de esta estepa hindú tan rápidamente como es mi deseo. Mientras vuela a sacudidas sobre los rieles, siento que me acerco a toda velocidad a un aconteci— miento, a una luz espiritual y a la más misteriosa personalidad que haya encontrado jamás. Pues al observar el paisaje a través de las ventanas provistas de persianas, mis adormecidas esperanzas de encontrar un rishee, un superhombre del espíritu, despiertan una vez más.

Cuando al segundo día hemos recorrido más de mil quinientos kilómetros, y empezamos a entrar en el plácido paisaje del sur, que rompen sólo unas pocas colinas rojas, me siento extrañamente feliz. Y al dejar atrás las tórridas praderas, encuentro agradable el calor húmedo y pegajoso de Madrás, pues significa que ha terminado mi viaje.

Después de abandonar la estación de la South Mahratta Company tengo que cruzar la extensa ciudad para tomar el tren de la South India Railway. Como veo que me quedan unas cuantas horas antes de la salida del tren, aprovecho el tiempo para hacer algunas compras y charlar apresuradamente con el escritor hindú que me presentó a su Santidad Shri Shankara, el jefe espiritual de la India del Sur.

Me saluda calurosamente, y cuando le informo que voy a visitar al Maharishee, exclama:

—¡No me sorprende! ¡Es lo que yo esperaba!

Retrocedo estupefacto y le pregunto:

—¿Por qué dice usted eso?

El sonríe.

—Amigo mío, ¿recuerda usted cómo nos separamos de su Santidad, en Chingleput? ¿No notó usted que me dijo algo al oído en la antecámara, cuando salíamos?

—Sí, ahora que usted lo dice lo recuerdo perfectamente.

La cara flaca y aristocrática del escritor sigue sonriendo.

—Su Santidad me dijo que usted recorrería toda la India, que visitaría muchos yogis y que escucharía a muchos maestros. Pero finalmente tendría usted que volver al Maharishee. “Para su

amigo, él es el único maestro adecuado.”

Esas palabras que escucho la víspera de mi regreso me impresionan profundamente. Revelan la capacidad profética de Shri Shankara; además, en un cierto sentido, confirman mi creencia de que voy por el buen camino.

¡Qué extrañas son las peregrinaciones que me han impuesto las estrellas!

Capítulo XVI

EN UNA ERMITA DE LA JUNGLA

Hay momentos inolvidables que se graban con letras de oro en el calendario de nuestras vidas. Vivo uno de ellos cuando entro en la sala del Maharishee.

Como de costumbre, está sentado sobre la magnífica piel de tigre que cubre el centro del diván. Las varillas perfumadas arden lentamente en una pequeña mesita cerca de él, impregnando la sala con la penetrante fragancia del incienso. Hoy no está alejado de los hombres ni envuelto en alguna meditación espiritual parecida a un trance, como en aquella extraña ocasión en que me encontré con él la primera vez. Sus ojos están claramente abiertos a las cosas de este mundo y me miran plenos de comprensión cuando me inclino en señal de saludo; su boca está extendida en una bondadosa sonrisa de bienvenida.

Sentados a lo sastre, a una distancia respetuosa de su maestro, se encuentran algunos discípulos; por lo demás la larga sala está vacía. Uno de ellos maneja el punkah que revolotea lentamente a través del pesado aire.

En mi corazón sé que vengo como un aspirante a discípulo; mi cerebro no descansará hasta conocer la decisión del Maharishee. Ciertamente, tengo muchas esperanzas de ser aceptado, pues lo que me hizo salir velozmente de Bombay llegó como una orden imperiosa, como un mandato decisivo y autoritario de una región supranormal. En una palabra, prescindo de las explicaciones preliminares y expongo al Maharishee mi pedido concisa y claramente.

Continúa sonriéndome, sin decir nada.

Repito mi pregunta con algún énfasis.

Se produce otra prolongada pausa, pero finalmente me responde, desdeñando acudir a los servicios del intérprete, expresándose directamente en inglés.

—¿Qué es eso de maestros y discípulos? Todas esas diferencias existen desde el punto de vista de los últimos. Para el que ha comprendido el verdadero yo, no hay maestro ni discípulo. Considera por igual a todos.

Me doy cuenta de un rechazo inicial, y aunque insisto en mi pedido de otra manera, el Maharishee se niega a ceder. Finalmente me dice:

—Debe encontrar el maestro dentro de usted mismo, en su propio yo espiritual. Ha de considerar su carne de la misma manera como él la mira: el cuerpo no es el verdadero yo.

En mis pensamientos empieza a hacerse sentir una voz, según la cual el Maharishee no me dará una respuesta directa y afirmativa y que la ansiada solución debe encontrarse de otra manera, sin duda, en la forma sutil y obscura que él indica. Por ello abandono la cuestión y nuestra charla se vuelve hacia el lado externo y material de mi visita.

Paso la tarde haciendo algunos preparativos para una prolongada estadía.

* * *

Las semanas siguientes me absorben en una vida extraña y desacostumbrada. Paso mis días en la sala del Maharishee, donde lentamente voy recogiendo fragmentos inconexos de su sabiduría y las tenues claves de la respuesta que busco; como siempre, todas las noches me tortura el insomnio mientras trato de dormir tirado sobre una manta extendida en el suelo de dura tierra de una choza construida apresuradamente.

Esta humilde habitación está a unos cien metros de la ermita. Sus espesos muros son de terrones, pero el techo está cuidadosamente construido para aguantar las lluvias que traen los monzones. Nos rodea un bosque virgen bastante espeso, pues estamos al borde de la jungla que se extiende a lo lejos, hacia el Oeste. El áspero paisaje revela lo que es la naturaleza en toda su grandeza salvaje y sin cultivo. Alrededor se levantan numerosas e irregulares empalizadas de cactus; los pinchos de estas espinosas plantas parecen groseras agujas. Más allá la selva deja caer una cortina de achaparrados arbustos y de árboles bajos. Hacia el norte se levanta la afinada forma de la montaña, una masa de rocas con manchas metálicas y de tierra parda. Hacia el sur hay una alterca cuyas plácidas aguas me atrajeron a aquel sitio y cuyas orillas están bordeadas de grupos de árboles en los que viven familias de monos grises y pardos.

Cada día es una repetición del anterior. Me levanto temprano y contemplo el amanecer de la jungla que pasa del gris al verde y del verde al oro. Después viene un baño en la alberca nadando rápidamente y haciendo todo el ruido posible para ahuyentar a las serpientes en acecho. Me visto, me afeito y me concedo el único lujo de que puedo gozar en este lugar: tres tazas de té deliciosamente refrescante.

—Amo, el agua para el té está pronta —dice Rajoo, el muchacho que he tomado a mi servicio. Aunque al principio ignoraba totalmente el inglés, ha aprendido eso y mucho más con mis clases ocasionales del idioma. Como criado es un tesoro, pues recorrerá de cabo a cabo la pequeña ciudad en busca de los extraños artículos y alimentos que su amo occidental le encargó, esperando encontrarlos. Aguardará fuera de la sala del Maharishee, en discreto silencio, durante las horas de meditación, por si tuviera que darle alguna orden. Pero, como cocinero es incapaz de comprender los gustos occidentales, que le parecen una cosa extraña y extraviada. Después de algunos penosos experimentos, me encargo yo mismo de la parte más seria de las actividades culinarias, reduciendo mi trabajo por supresión de todas las comidas sólidas, excepto una cada veinticuatro horas. El té tres veces por día se convierte en mi único placer terrenal y en mi principal fuente de energía. Rajoo, de pie al sol, observa maravillado mi predilección por la deliciosa bebida de color oscuro. Su cuerpo brilla en la dura luz amarillenta como el ébano pulido, pues es un verdadero drávida, uno de los primitivos habitantes de la India.

Después del desayuno, me dirijo lenta y perezosamente a la ermita, deteniéndome algunos

minutos ante los hermosos rosales del jardín, que está rodeado por una empalizada de bambú, o descanso bajo las copas colgantes de las palmeras cargadas de cocos. Es una bella experiencia pasear por aquí antes de que haya aumentado la fuerza del sol, viendo y oliendo las diversas flores que lo adornan.

Después entro en la sala, me inclino ante el Maharishee y me siento sosegadamente con las piernas cruzadas. Por un tiempo puedo leer o escribir o entablar conversación con una o dos de las personas presentes o plantear alguna objeción al Maharishee o dedicarme a reflexionar durante una hora sobre puntos que me ha sugerido el sabio, aunque la tarde es generalmente el período destinado a la meditación. Pero cualquier cosa que haga, nunca dejo de notar la misteriosa atmósfera del lugar, la benéfica radiación que continuamente atraviesa mi cerebro. Gozo de una inefable tranquilidad con sólo estar sentado durante algún tiempo cerca del Maharishee. Mediante cuidadosas observaciones y frecuentes análisis, llego muy pronto a la conclusión de que existe una influencia recíproca siempre que nos encontramos el uno cerca del otro. Es algo sumamente sutil, pero de todo punto evidente.

A las once regreso a la choza para almorzar y descansar un rato, vuelvo después a la sala y repito el programa de la mañana. Entre mis meditaciones y charlas intercalo paseos por las cercanías y voy a la ciudad con objeto de seguir explorando el templo.

De cuando en cuando, el Maharishee me visita inesperadamente en la choza después de su comida del mediodía. Aprovecho la oportunidad para importunarle con nuevas preguntas, a las que responde pacientemente con frases tersas y epigramáticas, formuladas en forma tan seca y cauta que rara vez son sentencias completas. Pero una vez, al proponer yo un nuevo problema, no me responde sino que mira hacia afuera, hacia las colinas cubiertas por la jungla que se extiende hasta el horizonte, quedándose inmóvil. Pasan algunos minutos sin que se desvíe su mirada, como si se encontrara distante de aquí. No puedo saber si su atención se concentra en algún ente psíquico invisible lejos de nosotros, o si fija sus pensamientos en alguna preocupación interior. Al principio me pregunto si me habrá oído, pero durante el tenso silencio subsiguiente siento mi incapacidad o la ausencia del deseo de romper ese silencio, percibiendo al mismo tiempo una potente fuerza que sobrepasa mi inteligencia racionalista y me llena de temor al punto de sentirme abrumado.

Asombrado y todo llego a comprender que mis preguntas no son más que una tentativa de establecer un intercambio de ideas cuya extensión no tiene límites; en alguna parte de mí hay una fuente de certeza capaz de proporcionarme todas las aguas necesarias de verdad y por ello vale más dejar de hacer preguntas y comprender las tremendas posibilidades de mi propia naturaleza espiritual. De modo que callo y espero.

Durante casi media hora los ojos del Maharishee continúan observando directamente con una mirada fija e inmóvil. Parece haber olvidado mi presencia, pero comprendo perfectamente el origen de la sublime comprensión que ha recaído repentinamente sobre mí: es sólo una onda de radiación telepática emanada de este hombre misterioso e impenetrable.

Al visitarme otra vez me encuentra poseído por el pesimismo. Me habla de la gloriosa meta que espera al hombre si emprende el camino señalado por él.

—Pero, Maharishee, ese sendero está lleno de dificultades y yo ¡tengo una conciencia tan profunda de mi propia debilidad! —me lamento.

—Ese es el método más seguro para perjudicarse uno mismo —responde impávido—;

sobrecargar la mente con el miedo al fracaso y la idea de sus propias limitaciones.

—Sin embargo, si es cierto que... —insisto.

—No es cierto. El error más grande del hombre consiste en creer que es débil por naturaleza, malo de nacimiento. Todo hombre es divino y fuerte por sí mismo. Lo débil y malvado en él son sus hábitos, sus deseos y sus pensamientos; pero no él mismo.

Sus palabras me hacen el efecto de un tónico vigorizador. Me vivifican y me inspiran. De los labios de otro hombre, de algún alma más débil o menos valiosa, me negaría a darles ese valor e insistiría en refutarlas. Pero un monitor interior me asegura que el sabio habla desde lo profundo de una auténtica e intensa experiencia espiritual y no como un filósofo teorizante montado en los débiles zancos de la especulación.

Otra vez, mientras discutimos la situación espiritual de Occidente, observo con tono mordaz.

—Es fácil para usted alcanzar y mantener la serenidad espiritual en este retiro de la jungla, donde nada lo distrae o lo disturba.

—Cuando se alcanza la meta, cuando usted conozca al conocedor,¹ no habrá diferencia entre la vida en Londres y la soledad de la jungla —responde calmamente.

Una vez critico a los hindúes por su desprecio del progreso material. Con gran sorpresa mía el Maharishee admite francamente que es verdad.

—Es cierto. Somos una raza atrasada. Pero como pueblo necesitamos muy poco. Nuestra sociedad debe realizar ciertas reformas, pero nosotros nos contentamos con muchas menos cosas que ustedes. Por ello nuestro atraso no significa que seamos menos felices.

* * *

¿Cómo ha llegado el Maharishee a poseer sus extraños poderes y su aun más extraña visión general? Poco a poco, de sus propios labios y de los de sus discípulos voy montando, pieza por pieza, una biografía fragmentaria.

Nació en 1879 en una aldea a unos 50 kilómetros de Madura, ciudad del sur de la India que posee uno de los templos más grandes del país. Su padre se dedicaba a una profesión relacionada con la ley. Provenía de una buena familia brahmánica y parece haber sido un hombre caritativo que alimentaba y vestía a muchos pobres. El muchacho fué a Madura a proseguir su educación y allí fué donde adquirió algunos rudimentos de inglés en una escuela mantenida por misioneros de los Estados Unidos.

Al principio el joven Ramana se entusiasmó por los juegos y los deportes. Luchaba, boxeaba y nadaba en ríos peligrosos. No demostraba tener ningún interés especial por cuestiones religiosas o filosóficas. Lo único excepcional en su vida escolar era su tendencia al sonambulismo y a un sueño tan profundo que ni el mayor ruido perturbaba. Sus compañeros de clase descubrieron eso y se aprovecharon de ello para burlarse de él. Durante el día temían la fuerza de sus puños, pero por la noche entraban en su dormitorio, le llevaban al campo de deportes, le daban una paliza y le metían otra vez en la cama. Carecía en absoluto de conciencia de todo ello, por lo que ignoraba completamente tales incidentes al día siguiente.

El psicólogo que haya entendido correctamente la naturaleza del sueño encontrará en la profundidad anormal de la atención del muchacho indicaciones suficientes de su naturaleza

mística.

Un día llegó a Madura un pariente que, en respuesta a las preguntas de Ramana, contó que volvía de una peregrinación al templo de Arunachala. El nombre despertó algunos ecos dormidos en el alma del muchacho, conmoviéndolo con un sentimiento singular de esperanza que no podía entender. Preguntó dónde quedaba el templo y después de esto el recuerdo de aquel relato le persiguió siempre como un fantasma. En su imaginación asumía una trascendental importancia, aunque no podía explicarse por qué Arunachala había de significar para él algo más que la docena de otros grandes templos diseminados por toda la India.

Prosiguió sus estudios en la escuela de los misoneros, sin demostrar ninguna aptitud especial para ellos, aunque su labor escolar indicaba que poseía un nivel bastante alto de inteligencia. Pero cuando llegó a los diez y siete años, el destino, con golpes rápidos y repentinos, le hizo entrar en acción y metió las manos en el tranquilo curso de sus días.

De pronto abandonó la escuela, dejando de lado sus estudios. Ningún aviso previo a sus maestros o a sus parientes ni indicio alguno de lo que iba a hacer. ¿Cuál era la razón de ese cambio poco promisor que anulaba sus perspectivas para progresar en el mundo?

La razón era suficiente para él, aunque pudo haber causado gran perplejidad a otros. Pues la vida que, en último análisis, es maestra de todos los hombres, puso a aquel joven en una trayectoria distinta de la que le habían asignado sus preceptores. El cambio se produjo unas seis semanas antes de que abandonara sus estudios y desapareciera de Madura para siempre.

Estaba sentado una tarde solo en su cuarto, cuando se apoderó de él un repentino e inexplicable miedo a la muerte. Comprendió con intensa claridad que iba a morir, aunque exteriormente gozara de buena salud. Era un fenómeno psicológico, pues no había ninguna razón aparente para que falleciera. Sin embargo esa idea se convirtió en una obsesión e inmediatamente empezó a prepararse para ese futuro tránsito.

Se tendió en el suelo, mantuvo inmóviles sus miembros, cerró los ojos y la boca y finalmente contuvo la respiración. “Bien”, se dijo, “este cuerpo está muerto. Mantendrá su rigidez mientras lo conduzcan al lugar donde será incinerado y la conservará hasta quedar reducido a cenizas. Pero al morir el cuerpo, ¿muero yo? ¿Es yo el cuerpo? Ahora está silencioso y sin movimiento. Pero continúo sintiendo todo el vigor de mi yo, prescindiendo de esta condición”.

Esas son las palabras mediante las cuales el Maharishee des—cribió la macabra experiencia por la que hubo de pasar. Lo ocurrido después es difícil de entender pero fácil de relatar. Pareció caer en un profundo trance durante el cual se unió a la auténtica fuente del “sí mismo”, a la verdadera esencia del ser, conservando intacta la conciencia. Entendió muy claramente la muerte. El verdadero uno era muy real pero estaba tan profundo en la naturaleza humana que hasta entonces lo había desconocido.

El joven Ramana salió de esa experiencia cambiado. Había perdido mucho de su interés por el estudio, los deportes, las amistades, etc.; su principal interés se centraba ahora en la sublime conciencia del verdadero yo que había encontrado de manera tan inesperada. El miedo a la muerte desapareció tan misteriosamente como había llegado. Gozaba de una serenidad interior y un vigor espiritual que no habían de abandonarle nunca. Antes se vengaba muy rápidamente de los otros muchachos cuando se burlaban o lo maltrataban, pero ahora aceptaba con mansedumbre cualquier cosa. Soportaba con indiferencia actos de injusticia y se conducía muy humildemente con los otros. Renunció a las antiguas costumbres y buscó la soledad en cuanto le fué posible, ya que se

dedicó a la meditación y se entregó a la corriente de conciencia divina que lo absorbió por completo y que conducía continuamente su atención hacia adentro.

Estas profundas modificaciones de su carácter no dejaron de llamar la atención de los que le rodeaban. Un día su hermano mayor entró en el cuarto donde todos lo creían dedicado a hacer sus deberes de clase, encontrándolo en profunda meditación, con los ojos cerrados. Había echado a un lado con disgusto sus libros y sus cuadernos. El hermano se sintió tan molesto por su abandono del estudio que se burló acremente:

—¿Qué hace aquí una persona como tú? Si quieres vivir como un yogi, ¿por qué estudias una carrera?

El joven Ramana se sintió profundamente atormentado por esas palabras. Inmediatamente comprendió la verdad que encerraban y en silencio decidió obrar de acuerdo con ellas. Su padre había muerto; por otra parte sabía que su tío y sus hermanos se encargarían de su madre. Ciertamente nada tenía que hacer allí. En lo recóndito de su cerebro brilló el nombre que le había perseguido como un espectro durante casi un año, la palabra cuyas sílabas mismas le fascinaban, el nombre del templo de Arunachala. Iría allí, aunque no podía decir por qué había elegido aquel lugar. Pero una premura arrolladora nació dentro de él y formó su decisión de acuerdo consigo mismo. Fue algo enteramente impremeditado.

—Literalmente, quedé encantado —me dice el Maharishee—. La misma fuerza que le atrajo a usted desde Bombay, me impulsó a venir aquí desde Madura.

Así el joven Ramana, sintiendo aquel influjo en el fondo de su corazón, abandonó amigos, familia, escuela y estudios y emprendió el largo camino que había de conducirlo a Arunachala y a cumbres espirituales aun más altas. Dejó una breve carta de despedida que todavía se conserva en la ermita. Dice en floridas letras tamílicas:

“Buscando a mi Padre y obedeciendo sus órdenes, me voy de aquí. Esto es sólo la iniciación de una virtuosa empresa, por lo que nadie debe preocuparse. Para llevar esto a cabo, no hace falta dinero”.

Con tres rupias en el bolsillo y con absoluta ignorancia del mundo, emprendió el viaje hacia las regiones centrales del sur de la India. Los notables incidentes que caracterizan ese viaje demuestran sin lugar a dudas que algún misterioso poder le protegía y le guiaba. Cuando llegó finalmente a su destino, carecía literalmente de todo y se encontraba entre gente extraña por completo. Pero ardía intensamente en él la emoción de una completa recompensa. Tanto era el desprecio del joven por los bienes terrenales en aquella, época, que se desprendió de su hábito y se dedicó a la meditación, completamente desnudo, en el recinto del templo. Un sacerdote observó la escena y le reconvino por ello, sin resultado. Otros escandalizados sacerdotes aparecieron por allí, y después de vehementes esfuerzos consiguieron modificar algo su actitud. Consintió en ponerse media pieza de género alrededor de las caderas y eso es todo lo que lleva hasta hoy.

Durante seis meses ocupó varios lugares en el recinto del templo sin ir a ninguna parte. Vivía con un poco de arroz, que le traía un sacerdote asombrado por la precoz conducta del muchacho. Pues Ramana pasaba todo el día en trances místicos y espirituales tan profundos que ignoraba por completo al mundo circundante. Cuando algunos groseros jóvenes musulmanes le arrojaron barro y echaron a correr, no se dió cuenta de ello hasta varias horas más tardé. En su corazón no sintió ningún resentimiento contra ellos.

El flujo de peregrinos que acudían al templo hacía muy difícil obtener la soledad que deseaba,

por lo que se trasladó a una tranquila ermita situada en el campo, a alguna distancia de la población. Allí permaneció durante un año y medio. Se contentaba con el alimento que le traían los pocos visitantes de la ermita.

Durante todo ese tiempo no habló con nadie, nunca despegó los labios para pronunciar una palabra desde su llegada al distrito. No lo hacía por voto alguno de silencio, sino porque su monitor interior le ordenaba concentrar sus energías y su atención en la vida espiritual. Cuando alcanzó esa meta, la inhibición ya no era necesaria y empezó a hablar otra vez, aunque el Maharishee sigue siendo un hombre taciturno.

Mantuvo su identidad en el más completo secreto, pero dos años después de haber abandonado el hogar, por una concatenación de circunstancias su madre descubrió su residencia y se dirigió al lugar acompañada por el hijo mayor y llorando le pidió que volviera a su casa. El muchacho se mantuvo inflexible. Cuando fracasaron las lágrimas, la madre empezó a reconvenirle por su indiferencia. Finalmente el joven escribió en un pedazo de papel que un poder más alto maneja el destino de los hombres, y que nada que ella hiciera podría cambiarlo. Terminó aconsejándole que aceptara la situación y dejara de lamentarse. Así la madre debió ceder a su obstinación.

Cuando, a consecuencia de este incidente, la gente empezó a invadir su retiro para ver de cerca al joven yogi, éste abandonó el lugar, ascendió a la colina del Fuego Sagrado, convirtió una amplia caverna en residencia, y allí vivió durante varios años. Hay unas cuantas cuevas en la colina y cada una es el refugio de un santo. Pero la del joven Ramana era notable puesto que contenía la tumba de un gran yogi de otra época.

Los hindúes queman los cadáveres, pero generalmente, cuando se trata de altas cumbres espirituales, no los incineran, pues se cree que la respiración vital o la corriente anímica invisible permanece en su cuerpo durante millares de años, obrando de modo que la carne no llega a corromperse. En ese caso el cadáver se baña y se unge con aceite y se coloca luego en una tumba sentado con las piernas cruzadas, en actitud de meditación. Se tapa la tumba con una pesada losa y se cierran las junturas con cemento. Generalmente el mausoleo se convierte en un lugar de peregrinación. Se da otra razón más en abono de esta costumbre: se cree que sus cuerpos no necesitan purificarse por el fuego, pues ya lo han sido en vida.

Es interesante notar que las cuevas han sido siempre el refugio favorito de yogis y de santos. Los antiguos las consagraron a los dioses; Zoroastro, el fundador del credo parsi, meditaba en una caverna, y también Mahoma tuvo en una de ellas sus experiencias religiosas. Los yogis hindúes tienen muy buenas razones para preferir los albergues subterráneos cuando no pueden conseguir un lugar mejor. Pues en ellos encuentran protección contra las inclemencias del tiempo y los rápidos cambios de temperatura que separan el día de la noche en los trópicos. Hay menos luz y menos ruido que los distraigan de sus meditaciones. La respiración del aire confinado de las cuevas disminuye notablemente el apetito, reduciendo así a un mínimo el cuidado del cuerpo.

Otra razón que pudo haber inducido a Ramana a elegir aquella cueva especial de la colina del Fuego Sagrado es la belleza del panorama. Desde un risco que sobresale del montón de rocas cerca de la cueva, se puede observar a la distancia, como si estuviera extendida sobre la mesa, la población, cuyo centro ocupa el gigantesco templo. Más allá del valle se levanta una larga línea de colinas que limitan un encantador panorama natural.

Sea como quiera, Ramana vivió en aquella obscura cueva dedicado a sus misteriosas

meditaciones y sumergido en profundos trances. No era un yogi en el sentido ortodoxo, pues nunca estudió ningún sistema especial y nunca practicó bajo la dirección de maestro alguno; el sendero interior que seguía era simplemente un camino hacia el conocimiento del yo, trazado por quien él creía ser el monitor divino dentro de sí mismo.

En 1905 la peste apareció en la localidad. Aquel temido visitante llegó probablemente con algún peregrino de los que frecuentan el templo de Arunachala. Atacó tan intensamente la población que casi todos los habitantes abandonaron la localidad y huyeron aterrorizados a ciudades y aldeas más seguras. Tan deshabitado quedó el lugar que los tigres y los leopardos salieron de sus guaridas en la jungla y se pasearon abiertamente por las calles. Pero aunque deben haber vagado por la colina que se encuentra entre la jungla y el pueblo, y seguramente pasarían muchas veces ante la cueva del Maharishee, éste se negó a abandonarla, permaneciendo tan calmo y sereno como siempre.

Por esa época el joven ermitaño había adquirido ya, sin proponérselo, un discípulo único que se sentía profundamente ligado a él y que insistía en permanecer a su lado y ocuparse de sus necesidades. Ha muerto ya, pero de discípulo a discípulo se trasmite una leyenda según la cual todas las noches llegaba un gran tigre a la cueva y lamía las manos de Ramana que, a su vez, acariciaba a la bestia. Se echaba delante de él durante la noche y por la madrugada desaparecía.

En toda la India se cree firmemente que los yogis y los faquires cuyas ermitas se encuentran en la jungla o en las montañas, expuestos por consiguiente a los ataques de los leones, los tigres, las serpientes y otras bestias feroces, se mueven entre ellas a salvo de todo contratiempo o riesgo, si han hecho suficientes progresos en la yoga. Según otra anécdota, estando sentado en la estrecha entrada de su cueva, apareció una serpiente venenosa que silbando hinchó el cuello, pero el ermitaño ni siquiera hizo ademán de moverse. Los dos seres, el hombre y el reptil, se enfrentaron durante algunos minutos, encontrándose sus miradas. Finalmente, la serpiente se retiró sin hacerle daño, aunque estuvo a suficiente distancia para atacar.

Terminó el primer período de la vida austera y solitaria de este extraño joven al establecerse firme y permanentemente en lo más profundo de su propio espíritu. La reclusión no era ya una imperiosa necesidad, pero siguió viviendo en la cueva hasta recibir la visita de un ilustre pundit brahmánico, Canapati Shastri, quien influyó notablemente en el joven ermitaño, cuya vida se tornó más sociable. Poco tiempo antes el pundit se había retirado cerca del templo para estudiar y meditar. Oyó casualmente hablar del joven yogi de las colinas y movido por la curiosidad fué a buscarlo; cuando encontró a Ramana, éste observaba fijamente el sol. Frecuentemente, el ermitaño mantenía la mirada sin desviarla del deslumbrante astro durante varias horas, hasta que desaparecía bajo el horizonte. El europeo, si nunca lo ha experimentado por sí mismo, difícilmente podrá imaginarse la intensidad de la luz solar durante la tarde en la India. Recuerdo que una vez, habiendo iniciado a una hora favorable el ascenso de la empinada colina, me sorprendió a la vuelta el sol del mediodía, sin tener dónde refugiarme. Durante bastante tiempo vacilé y me tambaleé como si estuviera borracho. Teniendo en cuenta esto podrá apreciarse mejor la hazaña del joven Ramana, al soportar esa cruel luz con la cara levantada y los ojos inmóviles.

El pundit había estudiado los libros principales de la sabiduría hindú durante unos doce años y se había sometido a rigurosas penitencias, tratando de obtener algún resultado espiritual tangible, pero todavía le atormentaban las dudas y se sentía perplejo. Propuso una cuestión a Ramana y al cuarto de hora recibió una respuesta que le asombró por su sabiduría. Planteó otras

acerca de sus propios problemas espirituales y filosóficos y se asombró aún más al ver cómo desaparecían complejos problemas que le habían atormentado durante años. Finalmente se postró ante el joven ermitaño y se convirtió en su discípulo. En la ciudad de Vellore, Shastri tenía su propio grupo de discípulos, volvió para reunirse con ellos y les contó su encuentro con un maharishee, pues el joven era indudablemente una persona que había alcanzado las más altas cumbres espirituales, cuyas enseñanzas resultaban tan originales que el pundit no había encontrado nada igual en ninguno de sus libros de estudio. La gente educada empezó, desde entonces, a dar al joven Ramana el título de Maharishee, y el vulgo quiso adorarlo como un ser divino cuando se conoció mejor su existencia y su carácter. Pero él prohibió enérgicamente cualquier adoración manifiesta en su presencia. Entre ellos y en conversaciones particulares conmigo, la mayoría de sus devotos y la gente de la localidad insistieron en considerarlo un dios.

Poco a poco se agregó al Maharishee un pequeño grupo de discípulos. Construyeron un bungalow de madera en un risco inferior de la colina y le convencieron de que viviera con ellos. En diversas oportunidades le visitó su madre, reconciliada finalmente con su vocación. Cuando quedó sola a raíz de la muerte de su hijo mayor y de otros parientes, fué a la ermita y pidió al sabio que la dejara vivir con él, cosa a la que accedió. Pasó a su lado los seis últimos años de su vida y terminó por convertirse en una discípula ferviente de su propio hijo. Retribuía el albergue que se le concedió en la ermita trabajando como cocinera.

Cuando murió la anciana, se enterraron sus cenizas al pie de la colina y algunos de los devotos del Maharishee construyeron en aquel lugar un pequeño santuario, donde arden eternas lámparas votivas en memoria de aquella mujer que dió un gran sabio a la humanidad; en homenaje a su espíritu se depositan en un pequeño altar, como ofrenda, los perfumados jazmines y caléndulas.

El paso del *tiempo* extendió la reputación del Maharishee por la localidad, por lo que los peregrinos del templo se sentían a menudo inclinados a ascender a la colina y visitarlo antes de volver a casa. Hace muy poco tiempo el sabio, cediendo a insistentes ruegos, consintió en honrar con su presencia la nueva y amplia sala, construida al pie de la colina para residencia de él y de sus discípulos.

El Maharishee no ha aceptado nunca nada más que la comida, y se niega constantemente a tocar dinero. Cualquier otra cosa que ha recibido, se la ha impuesto la propia voluntad de los donantes. Durante los primeros años, mientras intentó llevar una vida solitaria, construyó alrededor de él un muro casi impenetrable de silencio; mientras se perfeccionaba en lo espiritual, no desdeñaba abandonar su cueva con un plato en la mano, cuando el hambre atormentaba su cuerpo, y dirigirse a la población para mendigar el alimento. Una anciana viuda se apiadó de él y desde entonces le suministró regularmente comida, insistiendo finalmente en llevársela a su cueva. Así su aventura por la fe, el abandono de su cómoda existencia en una casa de la clase media, se justificaban, pues cualquiera fuese su poder, éste le aseguró la habitación y el alimento. Desde entonces se le han ofrecido muchos donativos, pero generalmente los rechaza.

No hace mucho tiempo una partida de dacoitas se introdujo violentamente una noche en la sala buscando dinero. No pudieron encontrar más que unas pocas rupias en poder del encargado de la compra de alimentos. Los ladrones se enojaron tanto al ver defraudadas sus esperanzas que atacaron al Maharishee con palos, dejando varias marcas en su cuerpo. No sólo el sabio aguantó pacientemente su ataque, sino que les ofreció comida antes de su partida. En su corazón no sentía ningún odio por ellos. La única emoción que despertaban en él era piedad por su ignorancia

espiritual. Los dejó escapar, pero antes de un año cayeron presos mientras cometían otro crimen, recibiendo severas condenas.

Algunos occidentales, tal vez no pocos, creerán que el Maharishee ha desperdiciado su vida. Pero acaso sea bueno para nosotros que existan unos pocos hombres apartados de nuestro mundo de actividad incesante y nos observen desde lejos. El espectador puede ver algo más del juego y, a veces, considerarlo en su verdadera perspectiva. Es posible también que un sabio en la jungla, cuyo vencido yo se encuentra a sus pies, no sea inferior a un tonto mundano, arrastrado de aquí para allá por circunstancias externas.

* * *

Día a día tengo nuevas demostraciones de la grandeza de este hombre. Entre la gente de toda clase, extrañamente diversa, que pasa por la ermita, un paria se tambalea, entra en el hall, poseído por una intensa agonía espiritual y a los pies del Maharishee deja salir a borbotones su tribulación. El sabio no habla, pues su silencio y su reserva son proverbiales; se puede contar fácilmente el número de palabras que usa en un solo día. Pero mira silenciosamente a aquel hombre afligido, cuyos sollozos disminuyen gradualmente, hasta que abandona la sala dos horas después más fuerte y más sereno.

Empiezo a ver que éste es el método del Maharishee para ayudar a otros: una emisión silenciosa, continua y discreta de vibraciones curativas hasta las almas atormentadas; misterioso procedimiento telepático cuya explicación se pedirá algún día a la ciencia.

Llega un culto brahmán educado en una universidad, con su colección de preguntas. Uno nunca puede estar seguro de si el sabio dará una respuesta verbal o no, pues a menudo es bastante elocuente sin abrir los labios. Pero hoy se encuentra con ganas de hablar y con unas pocas de sus tersas frases plenas de un sentido profundo, como ocurre generalmente, abre nuevas perspectivas al visitante.

Se encuentra un numeroso grupo de visitantes y devotos en la sala cuando llega alguien para anunciar que ha muerto un hombre cuya reputación de criminal es conocida en la localidad. Inmediatamente se discute su vida y como es costumbre varias personas se dedican a recordar algunos de sus crímenes y los peores aspectos de su carácter. Cuando ha disminuido el runrún de la charla y parece haber terminado la discusión, el Maharishee abre la boca por primera vez y observa suavemente:

—Sí, pero era muy limpio, pues se bañaba dos o tres veces al día.

Un aldeano y su familia han recorrido centenares de kilómetros para rendir silencioso homenaje al sabio. Es completamente analfabeto, conoce muy pocas cosas fuera de su rutina diaria, sus ritos religiosos y sus supersticiones. Ha oído hablar de la existencia de un dios de forma humana al pie de la colina del Fuego Sagrado. Se sienta silenciosamente en el suelo, después de haberse prosternado tres veces. Cree firmemente que algún bien para el espíritu o para su felicidad terrenal ha de producir esa visita. Su esposa se mueve graciosamente a su lado y se echa al suelo. Lleva un vestido color púrpura que cae suavemente desde la cabeza hasta los tobillos y se recoge alrededor de las caderas. Los acompaña su hija. Es una bella niña con ajorcas alrededor de los tobillos, que golpean secamente al compás de sus pasos al entrar en la sala.

Sigue la encantadora costumbre de llevar una flor detrás de la oreja.

Aquella reducida familia se queda algunas horas sin hablar, mirando con reverencia al Maharishee. Es evidente que su simple presencia basta para darles una seguridad espiritual, una felicidad emotiva y, lo que es más paradójico, una renovada fe en su credo. Pues para el sabio todas las creencias valen por igual; cree que cada una de ellas es una expresión significativa y sincera de una gran experiencia, y honra a Jesús no menos que a Krishna.

A mi izquierda está sentado un hombre de 75 años; ha pasado entre los dientes y la mejilla una mascada de betel, tiene en las manos un libro en sánscrito y sus ojos de pesados párpados observan meditativamente las letras del impreso. Es un brahmán, jefe durante muchos años de una estación de ferrocarril cerca de Madrás. Se jubiló a los sesenta y muy poco tiempo después murió su esposa. Aprovechó la oportunidad para realizar algunos propósitos mucho tiempo diferidos. Durante catorce años recorrió el país en peregrinación visitando santos y yogis, tratando de encontrar uno cuyas enseñanzas y personalidad lo atrajeran suficientemente. Dió vuelta a la India tres veces sin descubrirlo. Al parecer procedía de acuerdo con normas muy individuales. Cuando nos encontramos y comparamos nuestras respectivas experiencias, lamentó su fracaso. Me atrajo su cara tosca y honrada, surcada de profundas arrugas. No era un intelectual, sino un hombre simple y enteramente instintivo. Aunque era mucho más joven que él, creí de mi deber dar a aquel anciano algunos buenos consejos. Su sorprendente repuesta fué que me “convirtiera en su maestro”.

—¡Su maestro no está muy lejos! —dije y le conduje directamente al Maharishee. No necesitó mucho tiempo para coincidir conmigo y convertirse en un devoto entusiasta del sabio.

Otro hombre lleva lentes, está vestido de seda y tiene un aspecto de prosperidad. Es juez y aprovecha una feria judicial para visitar al Maharishee. Es un atento discípulo e intenso admirador del sabio; jamás dejó de visitarlo por lo menos una vez al año. Este caballero culto, refinado y que posee una elevada educación, se sienta democráticamente entre el grupo de tamiles pobres, el torso desnudo y untados de aceite, por lo que sus cuerpos brillan como pulido ébano. La reunión de estos hombres destruye el insufrible y falso orgullo de casta y produce la unidad; así como antiguamente los príncipes y rajás recorrían grandes distancias con el sólo propósito de consultar a los rishees en la selva, lo que implica un reconocimiento interior de que la verdadera sabiduría está en pugna con superficiales diferencias.

Una mujer joven con una criatura alegremente vestida entra y se prosterna con veneración ante el sabio. Se discuten algunos profundos problemas de la vida; ella permanece sentada en silencio, sin atreverse a tomar parte en aquella discusión intelectual; conoce muy poco fuera de lo concerniente a la cocina y a la casa, pues no se tiene la erudición por un adorno de la mujer hindú. Pero sabe apreciar muy bien la innegable grandeza cuando se encuentra en presencia de ella.

Al llegar el crepúsculo, es hora de reunirse todos en la sala para meditar. A menudo el mismo Maharishee indica cuándo debe comenzar, entrando en aquella abstracción parecida al trance, durante la cual cierra sus sentidos al mundo exterior. Lo hace tan silenciosamente que algunas veces ese cambio de estado pasa inadvertido. Durante esas meditaciones en la proximidad del sabio he aprendido a conducir mis pensamientos hacia adentro, hacia puntos cada vez más profundos. Es imposible estar en frecuente contacto con él sin sentirse iluminado en lo íntimo, por decirlo así, inundado mentalmente por un brillante rayo de este astro espiritual. Comprendo una y otra vez que atrae mi alma hacia su propia atmósfera durante esos períodos de pacífico reposo. En

esas ocasiones uno empieza a entender por qué los silencios de este hombre son más significativos que sus palabras. Su actitud tranquila y pacífica es un velo con el cual cubre un dinámico éxito que puede afectar poderosamente a una persona, prescindiendo del lenguaje o del acto que cualquiera podría percibir. A veces siento la intensidad de ese poder en forma tan honda que se produce en mí la certidumbre de obedecer la más extraña orden si de él emanase. Pero el Maharishee es la última persona del mundo para atar con cadenas serviles a sus discípulos y concede a todos la mayor independencia en la conducta. En este sentido, es un alivio ver cómo difiere de la mayoría de los maestros y yogis que he encontrado en la India.

Mis meditaciones siguen la línea indicada por él en ocasión de mi primera visita, durante la cual la vaguedad que parecía rodear a muchas de sus respuestas equivalía para mí al suplicio de Tántalo. He empezado a considerar mi propio yo.

¿Quién soy yo?

¿Soy este cuerpo de carne, hueso y sangre?

¿Seré la mente, las ideas y los sentimientos que me distinguen de otra persona?

Hasta ahora uno ha aceptado naturalmente y sin discusión las respuestas afirmativas a esas preguntas, pero el Maharishee me advierte que no debo considerarlas definitivas. Sin embargo se ha negado a formular alguna enseñanza sistemática. En concreto, su mensaje —consiste en lo siguiente:

“Prosiga usted incansablemente y sin pausa esa investigación: *¿quién soy yo?* Analice toda su personalidad. Intente establecer dónde empieza la idea del yo. Siga sus meditaciones y mantenga siempre su atención dirigida hacia adentro. Un día la rueda del pensamiento girará más despacio y aparecerá misteriosamente una intuición. Sígala, abandone sus dudas, pues ella le conducirá eventualmente a su meta.”

Lucho diariamente con mis pensamientos y lentamente me voy abriendo camino hasta los más profundos recesos de la mente. En la bienhechora proximidad del Maharishee las meditaciones y los diálogos conmigo mismo empiezan a cansarme mucho menos y dar más resultados. Inspiran mis esfuerzos constantemente repetidos una intensa esperanza y la certidumbre de tener un guía. Hay extrañas horas en cuyo transcurso comprendo claramente que el sabio envía gran parte de su poder invisible a mi mente, de donde resulta que penetro un poco más profundamente en aquella tierra fronteriza del ser, envuelta en sombras, que rodea el alma humana.

Al caer la noche es imposible dejar de observar cómo se vacía la sala, cuando discípulos y visitantes pasan al comedor. Como no me agrada su alimento y no quiero ocuparme en menesteres culinarios, permanezco generalmente solo hasta que vuelven. Sin embargo hay un plato de la cocina de la ermita atractivo y sabroso: la cuajada. Como el Maharishee ha descubierto cuánto me gusta, generalmente pide por las noches al cocinero que me la traiga.

Alrededor de una media hora después de su vuelta, los habitantes de la ermita, junto con los visitantes que pasarán la noche allí, se envuelven en sábanas o mantas finas de algodón y se retiran a dormir en el suelo embaldosado de la sala. El sabio duerme en su diván. Antes de taparse con las sábanas, la persona encargada de sus necesidades frota sus piernas con aceite.

Tomo una lámpara de hierro al abandonar la sala y emprendo mi solitario paseo hasta la choza. Numerosísimas luciérnagas vuelan entre las plantas, las flores y los árboles del jardín. Una vez, habiendo llegado tres o cuatro horas más tarde de lo acostumbrado, cerca de la medianoche, observo cómo desaparece la fantástica luz de esos extraños insectos. A menudo son sumamente

abundantes entre los espesos matorrales y los cactus por donde he de pasar más tarde. Es necesario ser muy cuidadoso y no pisar algún escorpión o alguna serpiente en la oscuridad. Algunas veces la meditación se apodera tan profundamente de mí que presto muy poca atención al estrecho sendero, trazado en plena jungla, por el que debo pasar. Así me retiro a mi modesta choza, cierro la pesada puerta, estrictamente ajustada a su marco para no dejar ningún resquicio, y entorno las persianas sobre ventanas sin vidrios para evitar la intromisión de animales indeseables. Mi última mirada se fija en un grupo de palmeras que se encuentra a un lado del espacio libre en que se construyó mi cabaña. La plateada luz lunar se filtra a través de sus frondosas copas entrelazadas.

Capítulo XVII

TABLAS DE VERDADES OLVIDADAS

Una tarde noto la presencia de un nuevo visitante que con mesurados pasos entra en la sala y se sienta cerca del diván del Maharishee. Tiene una piel extremadamente oscura, pero, por lo demás, su cara es refinada en grado sumo. No intenta hablar, pero el Maharishee le saluda inmediatamente con una sonrisa de bienvenida.

La personalidad de aquel hombre hace una profunda impresión en mí. Tiene el aspecto de una imagen de Buda. En su rostro se destaca una extraordinaria tranquilidad. Cuando eventualmente se encuentran nuestras miradas, me observa durante mucho tiempo hasta que yo, inquieto, desvío la vista. En toda la tarde no pronuncia una sola palabra.

Mi próximo encuentro con él ocurre al día siguiente y de una manera totalmente inesperada. Salgo de la sala y vuelvo a mi choza para preparar el té, pues Rajoo, mi sirviente, ha ido a la población a comprar algunas cosas. Abro la pesada puerta y estoy a punto de cruzar el umbral, cuando algo se mueve por el suelo y se detiene a algunos centímetros de mis pies. Su movimiento reptante y furtivo y el débil silbido que me imagino oír me advierten, antes de poder ver con claridad, la presencia de una serpiente en el cuarto. Por el momento estoy paralizado por el terror y por la desesperación de escapar a la muerte, que acecha, a mis plantas, y no atino a hacer nada. Aquella criatura se apodera de mi mirada fascinada... y sin embargo me aterroriza. Mis nervios han llegado al punto máximo de tensión. El horror y el asco surgen desde lo profundo de mi corazón, aunque mis ojos siguen fijos en la bella cabeza de aquella criatura. La sorpresa de aquel encuentro me abrumea. El malévol reptil sigue observándome fríamente, hinchado el nervioso cuello, fijos en mí sus siniestros ojos.

Finalmente recobro el ánimo y retrocedo de un salto, estoy a punto de buscar una rama fuerte para romperle las vértebras, cuando aparece en el claro del bosque donde se encuentra mi choza la figura del visitante de ayer. Su noble rostro, con su aspecto habitual de digna reflexión, me hace recuperar un tanto la calma. Se aproxima a mi choza, comprende con una mirada lo que ocurre y de manera imperturbable se dirige a mi habitación. Le advierto a gritos, pero no me hace caso. Otra vez me siento acobardado. Él, sin armas, extiende ambas manos hacia la serpiente.

Su lengua bífida se mueve dentro de la boca abierta, pero no intenta atacarle. En aquel momento dos hombres atraídos por mi grito corren hacia la choza desde la alberca donde se

lavaban. Antes de que lleguen, el extraño visitante se acerca a la serpiente y ésta inclina la cabeza. Entonces el discípulo le acaricia suavemente la cola.

Los colmillos cesan su siniestro movimiento en la bella pero venenosa cabeza, hasta la llegada de los dos hombres. Entonces el ágil cuerpo de la serpiente empieza a adquirir vida con un movimiento reptante mientras parece recogerse en sí misma; ante nuestros ojos se desliza fuera de la choza buscando el seguro refugio de los matorrales de la jungla.

—Es una cobra joven —dice uno de los recién llegados, un importante comerciante de la localidad que viene a menudo a presentar sus respetos al sabio o a charlar conmigo.

Expreso mi asombro por la valiente actitud de mi primer visitante.

—¡Ah! Ese es el yogi Ramiah —responde el comerciante cuando le pido una explicación—. Es uno de los discípulos del Maharishee que ha hecho más progresos. ¡Es un hombre notable!

No es posible entablar una conversación con el yogi, pues parte de la disciplina especial que se ha impuesto consiste en guardar estricto silencio y además proviene de una región donde se habla telegu. Si el conocimiento del inglés es tan limitado como el mío de su lengua, es decir, casi nulo. Me entero, también, que mantiene una reserva casi completa; por regla general, no se reúne con los otros y vive en un pequeño refugio de piedra construido por él mismo bajo la sombra de grandes rocas, al otro lado de la alberca. Desde hace diez años es discípulo del Maharishee.

Muy pronto, sin embargo, se establece un puente sobre la distancia que nos separa. Me encuentro con él en la alberca adonde ha ido a buscar agua en un recipiente de bronce. El color oscuro de su piel, su aspecto misterioso, pero amable, me atrae otra vez, y como por casualidad tengo mi cámara en el bolsillo, mediante gestos le pido que me permita tomarle una fotografía. No hace ninguna objeción y hasta me sigue a la choza después de haberle fotografiado. Allí nos encontramos con el jubilado jefe de la estación sentado frente a mi puerta esperándome.

Advierto entonces que el viejo casi habla tanto telegu como inglés y desea actuar como intérprete entre nosotros mediante notas escritas a lápiz en lugar del lenguaje hablado. El yogi no es muy comunicativo y evidentemente le disgustan las entrevistas periodísticas, a pesar de lo cual consigo poner en claro algunos hechos acerca de él.

Ramiah todavía no ha alcanzado los cuarenta. Posee algunas tierras en la región de Nellore y aunque no ha renunciado formalmente al mundo, deja que su familia se encargue de la administración de sus propiedades para poder dedicarse más intensamente a la yoga. Tiene en Nellore un grupo propio de discípulos, pero los abandona una vez al año para visitar al Maharishee, permaneciendo con él cada vez dos o tres meses.

En sus años juveniles viajó extensamente, por la India del sur buscando con vehemencia un maestro. Ha estudiado con diferentes preceptores y ha desarrollado algunas excepcionales facultades y poderes. Son naturales en él los ejercicios respiratorios y la meditación. Parece haber sobrepasado a sus maestros, pues tenía experiencias que no sabían explicarle satisfactoriamente. En consecuencia, visitó al Maharishee, quien le dió rápidamente la explicación deseada y le ayudó a seguir avanzando por el camino emprendido.

El yogi Ramiah, a quien acompaña un sirviente dedicado exclusivamente a él, me cuenta que permanecerá allí dos meses y expresa su satisfacción por encontrar un occidental interesado en la antigua sabiduría de Oriente. Le muestro una revista ilustrada inglesa y hace un curioso comentario sobre una de las fotografías que contiene.

—Cuando los sabios de Occidente dejen de construir máquinas capaces de desarrollar

velocidades mayores que las actuales y empiecen a considerar su propio yo, su raza encontrará una fe— licidad más real. ¿Puede usted asegurar que sus connacionales se hallan más satisfechos cuando descubren algo para viajar más rápidamente?

Antes de que se vaya le pregunto acerca del incidente con la cobra. Garrapatea una respuesta sonriendo:

—¿De qué habría de tener miedo? Me aproximé a ella sin odio y con amor por todos los seres.

Me imagino que hay algo más detrás de la respuesta un poco sentimental del yogi, pero le dejo volver a su solitario refugio del otro lado de la alberca sin hacer más comentarios.

Durante las semanas que siguen a mi primer encuentro con Ramiah llego a conocerlo un poco mejor. Nos reunimos las más de las veces frente a mi choza o al lado de la alberca, frente a su propio refugio. Hallo que en parte su visión general se adapta a mi propio temperamento; sus grandes ojos negros reflejan simpatía y calma sumas. Se inicia una extraña y silenciosa amistad cuya culminación tiene lugar un día, cuando me da su bendición tocándome la cabeza y apretando mis manos entre las suyas. Fuera de algunas escasas notas escritas a lápiz en telegu que el anciano ex jefe de estación traduce para mí, no cambiamos ni una palabra durante el tiempo que nos hemos tratado. Sin embargo, siento que algo eternamente indestructible se establece entre nosotros. De cuando en cuando, hago con él cortos paseos por la jungla y una o dos veces ascendemos trabajosamente por la ladera de la colina entre grandes cantos rodados, pero a cualquier parte que vayamos mantiene siempre su figura severa y digna, cuyo noble porte no puedo menos de admirar.

Sin embargo, no pasa mucho tiempo antes de obtener otra notable revelación de su extraordinario poder. Una carta ha encontrado el camino hasta la ermita, trayendo malísimas noticias. Saco en limpio que muy pronto mis fondos llegarán a muy bajo nivel. ¡Deberé abreviar mi estadía en la India! Naturalmente, puedo aprovechar la hospitalidad de la ermita, el Maharishee y sus discípulos me la ofrecerán sin duda, pero esa posición sería sumamente contraria a mi carácter. En todo caso, la decisión está tomada, pues aparte de las consideraciones anteriores, hay ciertos deberes ineludibles que sólo podré cumplir reanudando mis actividades en Occidente.

Esas noticias constituyen una excelente prueba de las enseñanzas espirituales y mentales recibidas aquí, pero salgo bastante mal parado, tan pobre es la madera de que estoy hecho. Me siento profundamente conmovido. Soy incapaz de efectuar mi contacto usual de alma a alma con el Maharishee en la sala, por lo que le dejo repentinamente después de una corta visita. Durante el resto del día, doy vueltas desconsolado, como un silencioso rebelde contra el aplastante poder del destino capaz de deshacer de un solo golpe todos los proyectos de un hombre.

Vuelvo a la choza y arrojé sobre la manta un cuerpo cansado y una mente más cansada todavía. Debo haber caído en una profunda ensoñación, pues un poco más tarde me sobresalto al oír un suave golpe en la puerta. Digo al visitante que entre: se abre muy lentamente la puerta y para sorpresa mía entra Ramiah.

Me levanto rápidamente y cuando él se sienta a lo sastre, hago lo mismo frente a él. Me observa con atención, con una interrogante mirada en los ojos. Estoy solo con un hombre cuyo idioma materno desconozco y que no sabe una palabra del mío. Sin embargo un extraño sentimiento me impele a hablarle en inglés, lengua completamente extraña para él, con la fantástica esperanza de hacerle comprender mis ideas, aunque no pueda entender mis palabras. En unas pocas frases entrecortadas, le explico las dificultades, surgidas repentinamente de la nada, y

completo mi discurso con gestos de derrota y expresiones de disgusto.

Ramiah escucha en silencio, cuando termino inclina la cabeza gravemente indicándome así su simpatía. Un poco más tarde se levanta y con signos y gestos me indica que le acompañe. Nuestro camino pasa por la umbrosa jungla, pero muy pronto nos encontramos en un polvoriento claro, donde estamos completamente expuestos a la plena luz del sol del mediodía. Sigo tras de él durante media hora, atravesando otra vez un trecho de jungla compuesto de arbustos y llegando finalmente a un gran estanque, a través de una ruta que parece ser familiar a Ramiah. Nuestros pies se hundieron profundamente en sus blandas y arenosas orillas cuando nos acercamos a un charco cubierto de lotos de colores.

El yogi elige la sombra de un árbol achaparrado, sentándose debajo de él. Me tiro en la arena y me siento a lo sastre a su lado. La copa de la palmera se extiende sobre nosotros como una verde sombrilla. Estamos al parecer enteramente solos en un tranquilo rincón de nuestro planeta, pues un paisaje desnudo y desértico se extiende hasta algunos kilómetros más allá, donde empiezan a aparecer otra vez las colinas semicubiertas por la densa jungla.

Ramiah cruza las piernas y coloca los pies por debajo del cuerpo, postura que acostumbra a adoptar para la meditación y con el dedo me indica que me acerque un poco más. Entonces su plácido rostro se vuelve hacia adelante, mientras su mirada se fija más allá de las aguas, hundiéndose rápidamente en una profunda meditación.

Los minutos, que parecen tan largos, desaparecen arrastrándose, pero Ramiah sigue inmóvil, su rostro es tan sereno como la superficie del charco al lado del cual estamos sentados: su cuerpo encaja dentro de aquel paisaje como un árbol al que no mueve la más leve brisa. Pasa una media hora y sigue sentado bajo la palmera, extraño y mudo, envuelto en un silencio introspectivo. Su rostro parece estar transfigurado ahora por una paz más profunda que lo usual; no sé si sus ojos inmóviles están fijados en el vacío o en las colinas distantes.

No paso mucho tiempo sin adquirir una aguda susceptibilidad al silencio de nuestro solitario ambiente y a la extraordinaria calma de mi compañero. Poco a poco, con una suavidad insidiosa y persistente, la paz entra a oleadas en lo profundo de mi alma. El estado de ánimo antes alcanzado me invade ahora más fácilmente. Con sus métodos propios y misteriosos, el yogi me ayuda, no puedo dudar de ello. Casi ni un movimiento respiratorio perturba su inmóvil cuerpo, tan sumido está en la contemplación. ¿Cuál es el secreto de esa condición sublime? ¿Cuál es la fuente de la benéfica radiación que emana?

Disminuye el calor al avanzar la tarde, empezando a enfriarse la arena calcinada. Un rayo de oro vivo del sol que está en Occidente cae sobre la cara del yogi, convirtiendo su cuerpo inmóvil en un ídolo provisto de un halo. Me separo de él mentalmente para poder volver a gozar la creciente paz que desciende en oleadas sobre mi ser. Los cambios de fortuna, los golpes de la suerte adquieren ahora proporciones adecuadas, mientras empiezo a vivir en mis propias profundidades divinas. Con mediana claridad comprendo que un hombre considerará serenamente sus tribulaciones si puede colocarse en el punto de vista de su yo interior, pues es vano adherirse a las transitorias comodidades y a las esperanzas mundanas cuando una divina protección de invariable seguridad espera que él acceda. *La razón por la cual el divino Galileo dijo a sus discípulos que no se preocuparan por el mañana es porque un poder más alto lo había hecho por ellos.* Comprendo además que en cuanto un hombre acepta esa invitación a colocar su confianza en el elemento profético dentro de sí mismo, puede pasar por las vicisitudes de la vida

humana en este mundo sin miedo y sin dudas. Y siento que en alguna parte muy cerca de mí está el valor fundamental de la vida, en cuya calma atmósfera no existen las preocupaciones. Así desaparece la carga que pesaba tan fuertemente sobre mi alma con ese cambio de ambiente espiritual.

Durante esta bella experiencia me ocupo muy poco del tiempo. No sé cómo podría explicarse satisfactoriamente el misterio de la certidumbre de la existencia de lo divino dentro del ser y su independencia del sentido del tiempo. El crepúsculo cae sobre aquella vivida escena. En algún lugar del cerebro, en los oscuros recesos de la memoria, me doy cuenta de que la noche aparece con la sorprendente rapidez de las regiones tropicales, pero no me preocupo por ello. Me basta que este hombre maravilloso, sentado a mi lado, quiera seguir aquí y me conduzca interiormente hasta el bien supremo: la serenidad.

Cuando por último me toca levemente el brazo para que nos vayamos, la obscuridad es completa. Juntos emprendemos el camino durante la noche, a través de aquella región solitaria y desolada, hacia el hogar, sin luz y sin sendero, guiados exclusivamente por el extraordinario sentido de orientación del yogi Ramiah. En cualquier otro momento, este lugar me hubiera llenado de un miedo desagradable, pues la experiencia anterior en la jungla durante la noche me proporcionó algunos penosos recuerdos; sentía que un mundo de invisibles formas vivientes se encontraba muy cerca, moviéndose los animales de aquí para allá. Durante un momento pasa como un rayo por mi memoria la imagen de Jackie, el perro que a menudo me acompaña en mis paseos por el distrito y comparte mis comidas en la choza, con sus dos cicatrices alrededor del cuello originadas por los mordiscos de un cheetah y de su desdichado hermano cazado por el mismo carnívoro, y al que nunca volvimos a ver. Quizá yo también vea los ojos llameantes color verde jade de un cheetah hambriento en acecho, o quizá pise inadvertidamente en la obscuridad una cobra arrollada en el suelo, o tal vez toque un escorpión real, esa pequeña y blanca alimaña mortífera, con mis pies protegidos apenas por sandalias. Pero casi inmediatamente después me avergüenzo al observar la impavidez del yogi y en seguida me cobijo bajo el aura protectora con que parece envolverme.

El extraño coro de la naturaleza que se inicia con el crepúsculo hindú encuentra ahora su rival en el que empieza cuando está algo avanzada la noche. Un chacal aulla incesantemente a distancia; una vez oigo el eco ominoso del gruñido de una fiera salvaje; cuando nos acercamos a la alberca percibo el ruido que hacen las ranas, los lagartos y los murciélagos...

Por la mañana abro los ojos a un luminoso universo y mi corazón a su soleado mensaje.

* * *

Mi pluma quisiera seguir descubriendo algo de la vida de este lugar, poner por escrito mis numerosas conversaciones con el Maharishee, pero ya es hora de terminar esta crónica.

Lo observo atentamente y poco a poco llego a ver en él al hijo de un remoto pasado, cuando el descubrimiento de la verdad espiritual no valía menos que hoy una mina de oro. Con creciente intensidad empiezo a comprender que en este tranquilo y casi desconocido rincón del sur de la península he encontrado uno de los últimos superhombres espirituales de la India. La serena figura de este sabio de la antigüedad me acerca a las personalidades legendarias de los antiguos rishees

de este país. Se comprende que permanezca oculta la faceta más importante de este hombre. Se me escapa la parte profunda de su alma, cuya carga de rica sabiduría se presiente. A veces todavía permanece curiosamente lejano, otras veces la bondadosa bendición de su gracia interior me liga a él con cadenas de acero. Aprendo a someterme al enigma de su personalidad y a aceptarlo tal como lo encuentro. Pero si humanamente hablando está bien aislado contra los contactos del exterior, quienquiera sea el descubridor del necesario hilo de Ariadna puede recorrer el sendero interno que conduce al contacto espiritual con él. Aprecio muchísimo su simplicidad y su modestia, aunque existe a su alrededor una atmósfera de auténtica grandeza, perceptible casi, pues no pretende poseer poderes ocultos y conocimientos hierofánticos para impresionar a sus compatriotas, tan propensos a lo misterioso, y carece completamente de cualquier pretensión, resistiendo enérgicamente toda tentativa que trate de canonizarlo en vida.

Me parece que la existencia de hombres como el Maharishee asegura la continuidad a través de la historia de un mensaje divino que llega de regiones inaccesibles a la mayoría de nosotros. Además, según mi entender, debe aceptarse esto: ese sabio viene a revelarnos algo, no a discutir con nosotros. En todo caso, sus enseñanzas me atraen poderosamente por su actitud personal y la práctica de sus métodos que, cuando se han entendido, pueden considerarse científicos. No introduce ningún poder sobrenatural y no exige ninguna ciega fe religiosa. La sublime espiritualidad de la atmósfera del Maharishee, la autoinvestigación racional de su filosofía, encuentran un débil eco en el templo de Arunachala. Raramente aparece en sus labios la voz "Dios". Evita las obscuras y debatidas aguas de la magia donde han terminado por naufragar muchos viajes plenos de promesas. Simplemente, expone un camino de autoanálisis que puede practicarse, prescindiendo de cualquier teoría o creencia antigua o moderna del que lo practica, camino que conduce finalmente al hombre a comprenderse verdaderamente a sí mismo.

Prosigo este método de autodespojo esforzándome por llegar al ser puro total. Muchas veces me doy cuenta de que la mente del Maharishee imparte algo a la mía aunque no se crucen palabras entre nosotros. La sombra del inminente viaje pende sobre mis esfuerzos, a pesar de lo cual prolongo mi estadía hasta que el empeoramiento de mi salud introduce un nuevo elemento en la cuestión y acelera la irrevocable decisión de partir. Aquella profunda urgencia interior que me condujo hasta aquí ha producido la voluntad necesaria para superar las quejas de un cuerpo enfermo y cansado, de un cerebro agotado, y para aguantar la residencia en esta atmósfera cálida en la que no sopla una brisa. Pero a la larga no se puede derrotar a la naturaleza y antes de que transcurra algún tiempo un grave quebranto amenaza seriamente mi salud. En lo espiritual, mi vida se acerca a su más elevada cumbre, pero, ¡extraña paradoja!, en lo físico se desliza hacia el punto más bajo a que pueda haber llegado hasta ahora. Durante unas pocas horas, antes de producirse la experiencia culminante de mis entrevistas con el Maharishee, empiezo a tener violentos temblores y a sudar anormalmente, todo lo cual anuncia una fiebre.

Vuelvo velozmente de una exploración de los santuarios por lo general vedados del gran templo y entro en la sala cuando ha transcurrido más de la mitad de la meditación de la tarde. Me tiro silenciosamente al suelo e inmediatamente adopta la postura acostumbrada para la meditación. En unos pocos segundos me repongo y llevo todos mis errantes pensamientos a un fuerte centro. Al cerrar los ojos se produce una intensa interiorización de la conciencia.

La figura del Maharishee sentado en su diván flota ante los ojos de mi espíritu. Siguiendo las instrucciones recibidas tantas veces, trato de atravesar la imagen mental, pasando a aquello que

carece de forma, su ser real, su naturaleza interior, su alma. Con gran sorpresa de mi parte, el esfuerzo tiene un éxito casi instantáneo y la imagen desaparece otra vez, dejándome solamente el sentido, percibido intensamente, de su presencia íntima.

En los últimos tiempos se ha iniciado la desaparición de las cuestiones mentales que caracterizaron la mayor parte de mis primeras meditaciones. He interrogado repetidamente mi conciencia, pasando revista a las sensaciones físicas, emocionales y mentales, pero las abandoné eventualmente, descontento en mi búsqueda del yo. Apliqué entonces la atención de la conciencia a su propio centro, tratando de darme cuenta de su lugar de origen. Llega entonces el momento supremo. En aquella concentración de paz, retirada la mente en sí misma, el mundo familiar de cada uno empieza a desaparecer en la vaguedad de sombras. Por un tiempo, uno está rodeado al parecer por la pura nada, habiendo llegado a una especie de muro mental sin puertas. La atención ha de mantenerse fija tan intensamente como sea posible. Pero, ¿qué difícil es abandonar la descansada satisfacción de nuestra vida superficial y dirigir la mente hacia dentro, concentrándola sobre un punto del tamaño de un alfiler!

Esta noche llego como un relámpago hasta allí, combatiendo apenas una escaramuza con la continua secuencia de ideas que generalmente anuncian su llegada. Alguna fuerza nueva y poderosa entra en acción dinámica dentro de mi mundo interior y me conduce hacia dentro con velocidad irresistible. Ha pasado la primera batalla importante, casi sin un golpe, y a su alta tensión sucede un sentimiento placentero, feliz y tranquilizador.

En la próxima etapa me encuentro separado del intelecto, teniendo conciencia de su actividad, aunque una voz interior me advierte que es sólo un instrumento. Observo esas ideas con una prescindencia sobrenatural. El poder de pensar, que hasta ahora fué una cuestión de simple y vulgar orgullo, se convierte en una cosa de la que debo escapar, pues percibo con asombrosa claridad que he sido su inconsciente esclavo. Sigue el repentino deseo de colocarse fuera del intelecto y ser simplemente. Me interesa buscar en un lugar más profundo que el pensamiento. Quiero saber lo que sentiría si me librara de la constante esclavitud del cerebro, pero deseo hacer eso en estado de vigilia, con toda mi atención despierta.

Es bastante extraño poder ser capaz de echarse a un lado y observar el trabajo del propio cerebro como si fuera de otro, ver cómo se producen y mueren las ideas, pero es aún más extraño comprender instintivamente que se está a punto de penetrar en los más recónditos recesos del alma del hombre. Me siento como un nuevo Colón a punto de desembarcar en una tierra desconocida, no registrada en los mapas. Un sentimiento de expectativa perfectamente dominado y subyugado me procura una tranquila e intensa emoción.

Pero, ¿cómo podrá divorciarse el hombre de la antiquísima tiranía del pensamiento? Recuerdo que el Maharishee nunca sugirió que intentara detener forzosamente la actividad pensante. “Descubra el origen del pensamiento”, es su repetido consejo, “vigile la manifestación del verdadero yo, pues entonces sus ideas morirán por sí mismas”. Siento haberme remontado al origen de las ideas, abandono entonces la actitud poderosamente positiva que ha conducido mi atención hasta este punto y me entrego a una pasividad completa, manteniendo, sin embargo, una actitud resuelta de vigilancia como la de una serpiente sobre su presa.

Esta equilibrada condición reina hasta que descubro cuán correcto es el consejo del sabio. Las ondas del pensamiento empiezan a disminuir naturalmente. El funcionamiento del sentido lógico-racional desciende hasta el punto cero. Se apodera de mí la más extraña sensación que jamás haya

experimentado. El tiempo parece vacilar vertiginosamente, mientras las antenas de mi intuición, rápidamente desarrolladas, empiezan a extenderse hacia lo desconocido. Ya no oigo, siento o recuerdo las percepciones de mis sentidos corporales. Sé que en cualquier momento estaré fuera de las cosas, en el mismo borde del secreto del mundo...

Finalmente eso ocurre. Las ideas se apagan como una vela cuya luz se extingue de un soplo. El intelecto se retira a su verdadero lugar, es decir, la conciencia funciona sin que la molesten los pensamientos. Comprendo lo que he sospechado durante mucho tiempo, y la confiada afirmación del Maharishee: el alma se origina en una fuente trascendental. El cerebro se encuentra en un estado de suspensión completa, como ocurre en el sueño profundo, sin la pérdida de la conciencia. Permanezco perfectamente calmo y me doy completa cuenta de quién soy y de mi actuación. Pero mi percepción sobrepasa los estrechos límites de la personalidad única: se ha convertido en algo que de sublime manera lo abraza todo. El yo todavía existe pero ha cambiado, trocándose en algo radiante, inmediatamente superior a la personalidad carente de importancia que era yo; algún ser más profundo, más divino, adquiere conciencia y se convierte en mí. Llega con él un notable y nuevo sentido de libertad absoluta, pues el pensamiento es como una lanzadera que va de acá para allá, y liberarse de sus tiránicos movimientos equivale a escapar de una prisión y salir al aire libre.

Me encuentro fuera del límite de la conciencia del mundo. Desaparece el planeta cuya hospitalidad he gozado hasta ahora. Me encuentro en el centro de un océano de deslumbradora luz. Siento, no se puede llamar pensar a, eso, que ella es la materia original de la que se crearon los mundos, el estado primitivo de la materia. Se extiende a lo lejos hacia el indescriptible espacio infinito y posee una increíble vitalidad.

Como un rayo, percibo el sentido de este misterioso drama universal que tiene por escenario el espacio, volviendo después al punto primitivo de mi ser. Yo, el nuevo, descanso en el seno de una santa bendición. He bebido la copa platónica de Lete, y han desaparecido completamente las amargas memorias del ayer y las ansiosas preocupaciones del mañana. He alcanzado una libertad divina y una felicidad casi indescriptible. Mis brazos encierran toda la creación con intensa simpatía, pues entiendo de la manera más profunda posible que comprender no sólo significa perdonarlo todo, sino amarlo todo. Mi corazón se remodela en puro arrobamiento.

¿Cómo consignaré estas experiencias, demasiado delicadas para ser tocadas por mi pluma, por las que paso inmediatamente después? Pero las verdades estelares que se me enseñan, pueden ponerse por escrito en el lenguaje terrenal y el esfuerzo no será inútil. Por ello intento expresarlas groseramente para traer algunos recuerdos del mundo maravilloso y arcaico, por nadie hollado, que existe detrás del alma humana.

* * *

El hombre desciende de grandes antepasados, lo amamantó un ser más grande que su madre mortal. En sus momentos de mayor sabiduría así lo entenderá.

Una vez, en los lejanos días de su propio pasado, el hombre juró excelsa fidelidad y siguió a los dioses tocados con el turbante de la divina grandeza. Si hoy, obedeciendo imperiosas órdenes, se entrega al mundo, hay algunos que no han olvidado sus juramentos y se los

recordarán en el debido momento.

Hay en el hombre Algo que pertenece a aquella raza inmortal. Descuida casi por completo su verdadero yo, pero su negligencia nunca podrá afectar o alterar su brillante grandeza. Puede olvidarlo y echarse a dormir sobre sus sentidos, pero cuando extienda su mano y lo toque, recordará quién es y recuperará su alma.

El hombre no se da su verdadero valor por haber perdido el sentido de lo divino. En consecuencia, corre tras las opiniones de otros, pudiendo encontrar, sin embargo, la certidumbre completa en el centro espiritual autónomo de su propio ser. La esfinge no extiende su vista sobre ningún paisaje terrenal. Su mirada firme está siempre dirigida hacia adentro y el secreto de su inescrutable sonrisa es el conocimiento de sí misma.

El que mira dentro de sí y descubre sólo el descontento, la fragilidad, la obscuridad y el miedo no necesita arquear los labios con una burlona duda. Que mire más larga y más profundamente, hasta obtener conciencia de débiles signos y tenues indicaciones que aparecen cuando calla el corazón. Obsérvelas bien el hombre, pues vivirán y se convertirán en altos pensamientos; cruzarán el umbral de su alma como ángeles errantes, precursores de una voz que vendrá más tarde, la palabra de un ser oculto recóndito y misterioso, habitante de su centro, su propio y antiguo yo.

La naturaleza divina se revela siempre nuevamente en cada vida humana, pero si un hombre procede con indiferencia, es como semilla que cae en suelo pedregoso. Nadie está excluido de esta conciencia divina, el hombre se excluye a sí mismo. Se investiga formal y pretensiosamente el misterio y el significado de la vida, mientras que todo pájaro sostenido en las ramas de un árbol, toda criatura asida de la mano de su amada madre, ha resuelto el enigma y lleva la solución en su cara. Aquella vida que te hizo nacer, ¡oh, Hombre!, es más noble y más grande que tus más altos pensamientos; cree en su benéfica intención hacia ti y obedece sus sutiles órdenes reveladas a tu corazón, como murmullos en intuiciones semisentidas.

Si el hombre cree que puede vivir tan libremente como se lo aconsejan sus inconsiderados deseos y evitar la carga de un arreglo eventual de cuentas, ata su vida a un vacío sueño. Quien peca contra su prójimo o contra sí mismo, pronuncia con ello su propia sentencia. Podrá ocultar sus pecados de la vista de otros, pero no podrá esconderlos de los ojos de los dioses que todo lo observan y recuerdan. La justicia gobierna todavía al mundo con inexorable balanza, aunque sus actos sean a menudo invisibles y aunque no ocurran siempre en pétreos palacios de justicia. El que escapa al pago de las penas legales de la tierra, no podrá evitar nunca los castigos que imponen los dioses. La Némesis, sin piedad y sin remordimientos, mantiene a ese hombre en peligro todas sus horas.

Los que han bebido las amargas aguas del infortunio, los que han vivido a través de sombríos años en medio de lágrimas, estarán algo más dispuestos a escuchar la verdad proclamada por la vida siempre silenciosamente. Si no pueden percibir nada más, comprenderán, por lo menos, la trágica transitoriedad de las sonrisas de la fortuna. Los que se niegan a dejarse engañar por sus horas más felices, no sufrirán tanto en las desdichadas. No hay vida que no se componga de la urdimbre del placer y la trama del sufrimiento. En consecuencia, ningún hombre puede permitirse el orgullo y los aires pontificales. El que así lo haga, vive peligrosamente. Pues la humildad es la vestimenta adecuada para llevar en presencia de los dioses invisibles, que pueden quitar en unos pocos días lo adquirido en el

transcurso de muchos años. El destino de todas las cosas se mueve en ciclos y sólo el observador sin reflexión puede dejar de notarlo. Hasta en el universo puede verse que a un perihelio sucede un afelio. Así en la vida y en la suerte del hombre, a la marea creciente de la prosperidad, seguirá la bajante de las privaciones; la salud puede ser un visitante veleidoso y a menudo el amor llega para irse otra vez. Pero cuando muere la noche de la prolongada agonía, brilla la aurora de una sabiduría nuevamente encontrada. La última lección de estas cosas es que el eterno refugio del hombre, por muy poco que se note o se busque, debe volver a su primitivo ser: su consuelo; de lo contrario, la desesperanza y el sufrimiento conspirarán periódicamente para inducirle a volver a él. Ningún hombre es tan feliz que los dioses le permitan eludir esos dos grandes tutores de nuestra especie.

Un hombre se sentirá seguro, protegido, confiado, cuando descubra que le envuelven las radiantes alas de la sublimidad. Mientras persista en cerrar los ojos a la luz, sus mejores invenciones se convertirán en sus peores impedimentos, y todo lo que le aproxime a la estructura material de las cosas se convertirá en otro nudo que habrá de desatar más tarde. Pues está inseparablemente unido a su antiguo pasado, se encuentra siempre en la presencia de su divinidad interior, de la que no puede desprenderse. Por ello no debe ignorar ese hecho, sino entregarse, con sus preocupaciones terrenales y sus secretas cargas, al bello cuidado de su mejor yo, que no le abandonará. Que lo haga si desea vivir con magnánima paz y morir con imperturbable dignidad.

El que ha visto una vez su propio yo, nunca odiará a otro. No hay pecado más grande que el odio, ninguna desgracia peor que el legado de tierras manchadas de sangre, su inevitable consecuencia, y ninguna cosa es tan cierta como que caerá de rechazo sobre aquellos de quienes emana. Aunque nadie puede esperar que pasará sin ser visto, los mismos dioses permanecen invisibles, testigos silenciosos de los espantosos actos de los hombres. Un mundo gimiente yace en la desgracia alrededor de ellos, a pesar de que una paz sublime está al alcance de todos los abrumados, los probados por la desgracia, los desgarrados por la duda, que tropiezan y andan a tientas por los oscurecidos caminos de la vida, a pesar de que hay una intensa luz delante de ellos sobre el suelo que recorren. El odio desaparecerá del mundo cuando el hombre aprenda a ver el rostro de su prójimo, no simplemente a la luz usual del día, sino a la luz que transfigura sus posibilidades divinas; cuando pueda mirarlo con la reverencia que merece la faz de un ser en cuyo corazón habita un elemento emparentado con aquel Poder llamado Dios.

Todo lo verdaderamente grande en la Naturaleza y bello hasta la inspiración en las artes, habla al hombre de él mismo. Allí donde el sacerdote ha desertado a su grey, el artista iluminado retoma su mensaje olvidado y le ofrece del alma indicios. Quienquiera que pueda recordar raros momentos, en los que la belleza le hizo habitar entre lo eterno, deberá, en cuanto le canse el mundo, convertir la memoria en acicate y buscar el santuario interior. Hacia allí deberá dirigirse en busca de un poco de paz, de una inyección de energía y de un rayo de luz, confiado en que al llegar a sentir su verdadero yo obtendrá una ayuda infinita y una compensación perfecta. Los eruditos podrán enterrarse como topos entre la creciente pila de libros modernos y antiguos manuscritos que cubren las paredes de la casa de la ilustración, pero no podrán aprender ningún secreto más profundo que éste, ninguna verdad más alta que ésta: el yo del hombre es divino. Pueden desvanecerse con el paso de los años las ansias

esperanzas, pero la de la vida inmortal, la del amor perfecto y la de la segura felicidad se cumplirán finalmente, pues son vislumbres proféticas de un destino ineluctable.

El mundo busca en los antiguos profetas sus más bellas ideas y se humilla ante esas eras cubiertas por el polvo de los siglos para poseer las más nobles éticas. Pero cuando un hombre comprende la augusta revelación de su naturaleza estelar se siente abrumado. Todo lo que es valioso en ideas y sentimientos, cae ahora a sus pies sin que lo busque. Dentro de la quietud claustral de su alma se elevan visiones no menos sagradas que las de los profetas hebreos y árabes que recordaron a su raza el origen divino. A esa misma luz de aurora, Buda entendió el Nirvana y dió noticias de él a los hombres. Tal es este amor: despierta al entender esto, abrazándolo todo; él condujo a María Magdalena a llorar por su vida inútil a los pies de Jesús.

El polvo no puede asentarse sobre la augusta grandeza de estas antiguas verdades, aunque han existido en el tiempo desde los primeros días de nuestra especie. Ningún pueblo ha dejado de recibir insinuaciones de esta vida más profunda abierta al hombre. Quien esté dispuesto a aceptarlas, debe entender su sentido no sólo con la inteligencia, hasta que relampagueen como estrellas entre asteroides, sino que debe apropiárselas con su corazón, para que, desde un cierto momento, le induzcan a acciones divinas.

* * *

Vuelvo a esta esfera del mundo impelido por una fuerza a la que no puedo resistir. Por lentas etapas adquiero conciencia de lo que me rodea. Descubro que estoy sentado todavía en la sala del Maharishee, al parecer completamente desierta. Mis ojos distinguen el reloj; por la hora, los discípulos y visitantes deben estar cenando. Me doy cuenta de que hay alguien a mi lado. Es el jefe de estación jubilado, con sus 75 años, sentado a lo sastre y fija en mí su bondadosa mirada.

—Usted ha estado en trance casi dos horas —me dice. Su rostro surcado por las arrugas de la edad, donde antiguas preocupaciones han dejado su rastro en forma de líneas, rompe en una sonrisa como si se regocijara por mi felicidad.

Trato de responder pero con gran sorpresa mía descubro que he perdido el habla. Pasa casi un cuarto de hora antes de que la recobre. Mientras tanto el anciano agrega:

—El Maharishee lo observó atentamente todo el tiempo: creo que sus pensamientos le guiaron.

Cuando el sabio vuelve a la sala, los que le siguen ocupan sus respectivos lugares, para el corto intervalo que precede al cese nocturno de las actividades. Se echa en el diván y cruza las piernas, coloca el codo en su muslo derecho, manteniendo el mentón con el brazo levantado y con dos dedos en la mejilla. Nuestras miradas se encuentran a través del espacio que nos separa; continúa observándome fijamente.

Cuando alguien baja las mechas de las lámparas, siguiendo la costumbre, me llama poderosamente la atención otra vez el extraño brillo de las calmas pupilas del Maharishee, que a través de la semiobscuridad parecen estrellas dobles. Recuerdo que nunca he encontrado en hombre alguno ojos tan nobles como los de este último descendiente de los rishees hindúes. En tanto que la mirada humana puede reflejar el poder divino, la del Maharishee posee esa cualidad.

El humo intensamente perfumado del incienso asciende en suaves volutas, mientras observo

esos ojos que nunca parpadean. Durante aquellos cuarenta minutos que pasan tan extrañamente no digo nada y él no me dice nada tampoco. ¿De qué sirven las palabras? Ahora nos entendemos mejor sin ellas, pues en aquel profundo silencio nuestras almas tienden a una bella armonía; por esa telegrafía óptica, recibo un mensaje claro y sin palabras. Ahora que he captado una visión fugaz, pero maravillosa y memorable, del punto de vista del Maharishee, mi propia vida interior ha empezado a entremezclarse con la suya.

* * *

Durante los dos días siguientes luchó contra la fiebre que se aproxima y consigo dominarla.

Por la tarde el anciano se acerca a mi choza.

—Su estadía entre nosotros se acerca a su fin, hermano mío —dice con un tono de lamento—. Pero, ¿volverá usted algún día?

—¡Seguramente! —respondo deseando que así sea.

Cuando se va me dirijo a la puerta y observo la colina del Fuego Sagrado, Arunachala, la roja montaña sagrada, como prefieren llamarla los campesinos. Se ha convertido en el pintoresco telón de fondo de toda mi existencia; me basta levantar los ojos de cualquier cosa que esté haciendo, cuando como, paseo, hablo o medito, para que aparezca siempre delante de mí su extraña cabeza chata vista a través del hueco de una ventana. Hay algo en este lugar del que es imposible huir, pero el extraño embrujo que ha echado sobre mí es aún más difícil de evitar. Empiezo a preguntarme si este pico extraño y solitario me habrá encantado. Según una tradición local, es enteramente hueco y en su interior viven varios y grandes espíritus, invisibles para miradas mortales, pero desprecio esa leyenda por infantil. Sin embargo, esta solitaria colina me tiene estrechamente aprisionado a pesar de haber visto muchas otras infinitamente más atractivas. Este rudo pedazo de naturaleza, con sus piedras de arcilla roja diseminadas en confusa masa y que resplandecen como un fuego vivo a la luz del sol, posee una fuerte personalidad, emana una poderosa influencia.

Al caer la tarde me despido de todos excepto del Maharishee. Me siento muy contento, pues he ganado la batalla por la certidumbre espiritual, sin sacrificar mi racionalismo por una fe ciega. Sin embargo, cuando el Maharishee sale al patio conmigo un poco más tarde, mi satisfacción me abandona de repente. Este hombre me ha conquistado de extraña manera y afecta profundamente mis sentimientos tener que abandonarlo. Me he atado a su propia alma con invisibles cadenas, más duras que el acero, aunque sólo ha intentado devolver un hombre a su propio yo y no esclavizarlo. Me ha conducido a la benigna presencia de mi yo espiritual y me ha ayudado, a mí, el pesado occidental, a traducir un término sin sentido en una experiencia viviente y santificadora.

Prolongo mi partida, incapaz de expresar las profundas emociones que me embargan. El cielo de color índigo está tachonado de estrellas que se amontonan sobre nuestras cabezas en grupos de millares. La luna que asciende, es un disco creciente de plateada luz. A nuestra izquierda, las luciérnagas hacen aparecer radiante la huerta y por encima de las plantas bajas las frondosas copas de las altas palmeras destacan su negra silueta sobre el telón de fondo del cielo.

Ha terminado mi aventura de autometamorfosis, pero sé que las vueltas del eje del tiempo me conducirán otra vez aquí. Elevo las manos y junto las palmas de acuerdo con el saludo

acostumbrado, murmurando después un breve adiós. El sabio sonrío y me mira fijamente sin decir una palabra.

Echo una última mirada en dirección al Maharishee, observando por vez postrera a la débil luz de la linterna su alta figura cuya piel tiene el color de cobre y cuyos ojos son tan brillantes; hago otro gesto de despedida, a lo cual responde con un ligero movimiento de su mano derecha y nos separamos.

Subo al carro de bueyes que me espera, el conductor sacude su látigo, los obedientes animales dan vuelta en el patio tomando el rústico sendero y después trotan vivamente, conduciéndome hacia la noche tropical perfumada por los jazmines.

GLOSARIO

Muchas de las voces extranjeras utilizadas en este libro han adquirido ya derechos de ciudadanía en inglés, otras se encuentran en la mayoría de los diccionarios de esa lengua. Por ello faltan en el original muchas explicaciones. El traductor, comprendiendo esta dificultad, ha redactado este glosario. De lo dicho anteriormente se deduce que si hay algún mérito, siempre muy pequeño en estos trabajos de simple recopilación, es suyo. Y si el lector más avisado encuentra alguna omisión, atribuyaselo al traductor que lo ha redactado y no al autor.

Para su uso conviene tener en cuenta que: a) las grafías son las del original, habiéndose prescindido de cualquier tentativa de indicar la pronunciación. Sin embargo, cuando se trata de voces sánscritas, las vocales se pronuncian como en español, salvo la longitud; la *sh* se pronuncia como en inglés; b) se ha indicado la etimología cuando ha sido posible, simplificando siempre las variaciones fonéticas y semánticas, el paso de un idioma a otro a través de varios, etc.; c) se han construido los plurales como en español o en inglés, agregando *s* o *es*, sin tener en cuenta su formación peculiar en ese idioma; d) la imposibilidad de utilizar signos diacríticos ha inducido a dar grafías que no son siempre rigurosamente correctas; e) la indicación de la pertenencia de una voz a un determinado idioma no excluye su uso en otros del Hindostán; f) las acepciones dadas pretenden explicar, no la voz en sí, sino el sentido que tiene en este libro.

ANNA. Décima sexta parte (1/16) de una rupia.

ARYAVARTA. Voz sánscrita, de *Arya* por ario, y *varta*, mansión, dominio. Nombre sánscrito de la India. En época remota, ario parece haber sido la designación de una secta religiosa. Pasó después a significar noble O de buena familia y más tarde fué el nombre de un conjunto de pueblos. En una inscripción del siglo VI antes de nuestra era, se llama *ario* a Darío Histaspes. Irán parece ser voz emparentada con ella.

BABA. Voz industani-urdu, de una raíz turca que significa padre. Es tratamiento de respeto que se aplica a personas notables por su edad o ciencia y se pospone al nombre.

BABU. Voz hindustani, emparentada con *baba*. Es también fórmula de cortesía que se emplea con personas notables por su ciencia.

BANJAN. Arbol propio de la India (*Ficus Indica o Bengalensis*) estrechamente emparentado con la higuera común de Europa y con el peepul.

El nombre viene de una voz sánscrita, *vanij*, mercader, por reunirse a su sombra los comerciantes.

BENGALES. Idioma que se habla en el delta del Ganges y al norte y al este de esa región por unos cuarenta millones de personas. Es uno de los tantos derivados del sánscrito. Dícese también bengalí.

BRAHMAN. Voz sánscrita que significa originalmente elogio, adoración. Miembro de la más alta casta sacerdotal de la India. La grafía brahmín que se encuentra a veces es errónea.

CURRY. Voz angloindia, del tamil *kari*, salsa. Es un plato de arroz solo o de arroz con carne, aderezado con cúrcuma. A veces se designa con este nombre una salsa de esta última planta que se utiliza en cualquier plato.

CHEETAH. Carnívoro (*Acimomix venaticus*) del sur de la India, de pelaje amarillo o leonado claro, con manchas negras, cerca de 90 centímetros de alzada; longitud 1,25 metros, sin contar la cola. Se le llama también guepardo y onza, aunque estos nombres deben reservarse para la variedad africana.

GURU. Voz sánscrita, adjetivo grave, digno. Hoy se usa para designar al maestro espiritual hindú o jefe de una secta.

HASHISH. Escríbese también *haxis*, *hachich*, etc. Voz árabe que significa hierba seca. Nombre que se da al extracto de las hojas de una variedad del cáñamo (*Cannabis indica*) especialmente preparadas para comerlas o fumarlas. Produce una intoxicación análoga a la de la marihuana o mariguana que proviene de otra planta de la misma familia.

HINDUSTAN. India. De *Hindus* y *Stan*, en árabe, país o tierra. Por otra parte *Hindus* proviene del sánscrito *sindhu*, río, habiéndose aplicado primero esa denominación al país de Sindh y por extensión a toda la India.

HINDUSTANI. Nombre de un idioma de la India. Los hindúes lo llaman *urdu*. o *urdu zaharí*, aunque para algunos autores las diferencias son tales que obligan a considerarlos como distintos. Es dialecto del Hindi, uno de los varios idiomas arios, es decir, indoeuropeos, que se hablan en el norte. Es una *lingua franca* que se entiende en casi todo el país. Contiene numerosas voces árabes, persas y turcas, pues es el idioma de los conquistadores mahometanos.

HOWDAH. Voz urdu y persa, del árabe *jaudá*. Litera que se coloca sobre el lomo de un elefante o camello para el transporte de personas.

JAGGERNAUT. Según algunos, voz sánscrita que significa señor del mundo, en lo cual disienten varios autores. Es epíteto que se aplica a Vishnú y Krishna. Es además el nombre de uno de los más grandes templos de la India, construido alrededor del año 1100 de nuestra era, en la ciudad de Puri. En determinada época del año, se saca a pasear una imagen del dios en un carro. La creencia, común en Europa y América, según la cual los devotos se arrojan para que el vehículo los deshaga, es muy exagerada y no ocurre desde hace ya muchísimo tiempo.

JINN. Voz árabe. En la demonología mahometana, *jinn* es plural, designándose con esa voz una clase de seres de jerarquía menor que los ángeles; se cree que tienen el poder de aparecer en forma humana o animal, influyendo mágicamente sobre nosotros. El singular es *jenni*. En inglés, de donde la voz ha pasado al español, *jinn* es singular y el plural es *jinns*. En esta traducción se ha seguido ese uso.

LAKH. Voz hindustani, del sánscrito *laksha*, que significa lo mismo: 100.000 o cantidad equivalente.

MAHA. Prefijo sánscrito, emparentado con el alemán *maechtig*, el español *magno*, y el inglés

mighty, etc. Ante un adjetivo o adjetivo sustantivado equivalente al superlativo en español.

MAHARAJ. Voz hindi e hindustani, del sánscrito *maha*, y *raj* (sólo en compuestos) soberano, jefe. Podría traducirse por el jefe supremo.

MAHARAJA (H). Voz sánscrita de *maha*, grande, poderoso y *raja(h)*, emparentado con el alemán *Reich* y el latín *rex*. Título que se da a algunos príncipes hindúes.

MAHARISHEE. Del sánscrito *Maha* y de *rishee*. Significa el gran vidente, el que posee una excepcional visión en lo espiritual.

MAHASAYA. Del sánscrito *maha* y de *saya*, receptáculo, espacio abierto y por extensión, persona excepcionalmente acogedora, abierta.

MAHATMA. Voz del sánscrito *maha* y *atma*, que podría traducirse: “poseído por un gran espíritu”, de *atman*, alma. Hoy la voz se aplica casi exclusivamente para hablar de Gandhi.

MAHRATTA. Del sánscrito *maha* y *rashtam*, imperio, emparentado con el alemán *Reich*. Dícese de una raza guerrera del sur y la parte sudoccidental de la India.

MAHRATTI. Perteneciente al pueblo máhratta. Dícese particularmente del idioma de ese pueblo, indoeuropeo con intensa influencia drávida, mezcla que se observa tanto en el idioma como en la raza.

MANCO. Arbol (*Mangifera indica*) de las anacardiáceas. Se cultiva mucho en la India y países tropicales. Produce una drupa carnosa comestible.

NEEM. Arbol de Asia y el sur de Europa (*Media Azadirachta* o *Azadirachta indica*). Abunda particularmente en la India, Ceilán y Java. Se le llama también margosa y, en algunas regiones de América, paraíso.

PARSI. Voz que en hindustani tiene dos significados. Por una parte, el mismo que en español, es decir, adorador del fuego. Por otra, equivale a persona nacida en Persia o que desciende de gente de esa nacionalidad.

PEEPUL. Arbol de la India (*Ficus religiosa*) estrechamente emparentado con la higuera europea. En la India se la llama también *pipar*, *raiga*, *rangi*, etc. Según una leyenda, Vishnú nació bajo uno de estos árboles.

PUNDIT. Voz sánscrita. Dícese de la persona versada en sánscrito, en la filología, la religión y la jurisprudencia de la India. Es título que conceden las universidades hindúes y equivale entonces al español licenciado. En inglés, tórnase generalmente a mala parte para designar al recopilador sin ideas propias, al exégeta sin imaginación.

PUNKAH. Voz hindustani, de una raíz sánscrita que significa abanico. Pieza plana de bambú colocada verticalmente respecto al techo y que se muere mediante una cuerda para producir una corriente de aire.

RAJA (H). Voz sánscrita, emparentada con el alemán *Reich*, el latín *rex*, etc. Equivale a príncipe.

RISHEE. Voz sánscrita, de origen incierto. Dícese del poeta o sabio inspirado, del vidente en lo espiritual.

SADGURU. Del prefijo sánscrito *sad*, perfecto, y de *guru*; Maestro perfecto.

SADHU. Voz sánscrita que significa el perfecto, el que ha llegado a la perfección.

SAHIB. Voz urdu de una raíz árabe que significa amigo. Es título de respeto que el hindú usa frente al europeo o al blanco en general.

SHAH. De una antigua voz persa, emparentada con el sánscrito *ksatra*, dominio. Nombre de los reyes de Persia. La grafía *chah* o *cha* que se encuentra comúnmente es errónea.

SHIVA. Así debe escribirse en lugar de la grafía corriente en español y absolutamente incorrecta: Siva.

SHRI. Voz sánscrita que significa la más alta cualidad de Dios. Es título de honor que puede anteponerse al nombre de todo aquello dedicado a la divinidad: un libro, un instituto de erudición, un maestro.

SIKH. Miembro de una comunidad militar del Punjab, donde se estableció en el siglo xvi, al principio como secta religiosa.

SWAMI. Voz hindustani del sánscrito *swamin* y ésta de *swa*, el “yo eterno”. Dícese del que conoce su verdadero yo, el maestro.

TAMIL. Nombre que se dan a sí mismos y al idioma que hablan algunos pueblos del sur de la India. Ni racial ni lingüísticamente pertenecen al grupo ario o indoeuropeo. La voz parece provenir del tamil *tennoli*, lengua del norte, en oposición a telegu. Pasó al sánscrito formando *drámila*, *drámida* o *drvida*, voces de las que proviene nuestro drávida.

TELEGU. Idioma del grupo drávida del sur de la India, estrechamente emparentado con el tamil, descendiente como éste de una fuente común no indoeuropea. Quizás signifique lengua del sur.

TIFFIN. Voz angloindia quizás del inglés *siping*, de *to sip*, beber. Té con bizcochos y hora acostumbrada para tomarlo.

TODDY. Voz hindustani, del sánscrito *tala*, palmera. Jugo de varias palmeras, especialmente el fermentado y por extensión el whisky u otra bebida alcohólica con agua caliente y azúcar.

URDU. (Voz turca, campamento) o *urdu zaban* (lengua del campamento). Nombre del hindustani entre los hindúes. Véase hindustani.

VUDU. Voz inglesa del francés que se habla en Haití, *vaudou*, hechicero negro, probablemente de una voz dialectal francesa: *vaudois*, valdense. Dícese de ciertas prácticas, supersticiones y ritos secretos de los negros del Caribe y del sur de los Estados Unidos. Hoy, en inglés, la voz significa magia negra.

YAMA. Voz sánscrita, en la mitología postvédica, rey y juez de los muertos. Es el Plutón del olimpo hindú.

YOGA. Voz sánscrita, pronúnciese aproximadamente *yog*. A través de una larga cadena de etimologías indoeuropeas, está emparentada con el castellano yugo. La voz es masculina en sánscrito, pero esa transcripción que no coincide con la verdadera manera de pronunciarla, ha inducido a considerar que es femenina. En esta traducción se ha seguido esa costumbre. Significa unión.

ZEN. Voz japonesa, de una raíz sánscrita que significa meditación. Secta budista, según la cual el estado de iluminación obtenido por Buda no puede conseguirse por medios externos (erudición, ritos, etc.). La consideración de la naturaleza esencial del yo es el único camino.

Notas

DONDE ME INCLINO ANTE EL LECTOR

¹ En inglés *holy man*, literalmente escrito. El autor se ha limitado a poner en su idioma materno la voz que corrientemente usan los hindúes, sin entrar a disentir si es adecuada o no en cada caso particular, de acuerdo con las ideas occidentales. Lo mismo ocurrió con *Sadhu*, el espiritualmente perfecto. El traductor ha seguido esta misma línea de conducta. (*N. del T.*)[<<](#)

² Se usa aquí esta voz en el sentido moral y teológico filosófico. En ninguna parte de este libro significa hombre de ciencia o erudito. (*N. del T.*)[<<](#)

³ Son tres los filólogos que establecieron los fundamentos científicos de la investigación de la cultura hindú y de la filología indoeuropea: Eugenio Burnouf, francés (1801-1852);• Enrique Colebrooke, inglés (1765-1837) y Max Müller, alemán 1823-1900). (*N. del T.*)<<

PRELUDIO DE UNA EXPLORACIÓN<<

¹ Desgraciadamente ha abandonado ya la *terra firme* y con él ha desaparecido también su establecimiento. <<

² Es una cuerda fina de tres fibras de nueve hilos cada una. Se coloca a los ocho o nueve años y es, por una parte, celebración de la próxima entrada en la pubertad, y por otra señal de ingreso en la casta, pues sin esta ceremonia y signo no le considera que un individuo pertenezca a ella. (*N. del T.*)<<

UN MAGO EGIPCIO<<

¹ Conservé aquel pedazo de papel durante varios meses, sin que se borrara lo escrito. Se lo mostré a dos o tres personas que identificaron fácilmente las respuestas agregadas. En consecuencia, es evidente que la experiencia no fué una alucinación.<<

ENCUENTRO UN MESÍAS<<

¹ Emperador mogol de la India que nació en 1619 y murió en 1707. Se levantó en armas contra su padre, mató a sus hermanos, que por ser de más edad cerraban su paso al trono, gobernó por la astucia y la maldad, pero su reinado fué en general benéfico para sus súbditos. (*N. del T.*)[<<](#)

² En inglés *sepoy*, *sipahi*, de voces análogas que pertenecen al hindú y al persa, de *sipah*, en este último idioma, ejército. El francés *spahi* tiene el mismo origen. Nativo de la India, al servicio de una potencia europea, particularmente Inglaterra, en calidad de soldado. La rebelión de los cipayos se inició por el uso de la manteca de cerdo para engrasar las armas, pues tanto musulmanes como hindúes consideran que ese animal es impuro. La lucha se caracterizó por la crueldad que demostraron los indígenas, no quedando a la zaga los ingleses al reprimirla. (N. del T.)<<

³ Véase también el capítulo XIV.[<<](#)

⁴ De ahí que se le llame parsi. <<

⁵ Guerrero y hábil político que llevó al pueblo maharatta a gran esplendor. Nació alrededor de 1627 y murió en 1680. (*N. del T.*)[≤≤](#)

⁶ En inglés *cantonment*, zona de los cuarteles y residencias de altos militares en las ciudades hindúes. (*N. del T.*)[↵↵](#)

⁷ La visité otra vez, algunos meses más tarde, confirmándome en mi impresión de su próximo deceso. Efectivamente, falleció poco después.<<

EL ANACORETA DEL RIO ADYAR<<

¹ El lector no deberá tratar de interpretar las teorías de la yoga de acuerdo con la anatomía y la fisiología que ha aprendido en la escuela o en la Facultad de Medicina. (*N. del T.*)[<<](#)

² Por lo que valga, declaro que atraído por la belleza de la posición búdica, después de ocho meses de dolorosos y esporádicos esfuerzos, conseguí realizarla, desapareciendo entonces la dificultad.<<

³ Conviene advertir a los interesados en practicar estas posturas de la yoga los graves riesgos a que se exponen. Un médico a quien se las describí, me dijo que una torcedura del tobillo o una ruptura de tendones eran accidentes muy probables.<<

LA YOGA QUE CONQUISTA LA MUERTE<<

¹ Verifiqué más tarde esa afirmación, encontrando que el hecho ocurrió en Lahore en 1837. Se enterró al faquir en presencia del rey Ranjeet Singh, Sir Claude Wade, el doctor Honigberger y otras personas. Una guardia de soldados sikh permaneció noche y día ante ella para evitar cualquier fraude. Cuarenta días más tarde se desenterró vivo al faquir. Los detalles pueden encontrarse en los archivos de Calcuta.[<<](#)

² La batalla de Panipat ocurrió en 1526. Baber, descendiente de Tamerlán, derrotó al rey de Agra; los ingleses obtuvieron permiso para establecerse en Madrás en 1611. Francis Thomas Day, agente de la Compañía de las Indias Orientales, estableció el fuerte de San Jorge y fundó la ciudad. La batalla de Plassy tuvo lugar el 23 de junio de 1757; en ella Clive derrotó al nabab de Bengala, (*N. del T.*)[<<](#)

³ Es posible que Brama se refiera a la cavidad que se encuentra en el punto donde se reúnen los cuatro lóbulos cerebrales que comunican entre sí. pero no estoy seguro. <<

⁴ Toda esa conversación con sus asombrosas afirmaciones y secas seguridades parece ahora *un* fantástico sueño. Mi tentativa de ponerla por escrito es una tarea que más de una vez me ha hecho pensar en suprimirla enteramente, como muchas otras que me he visto obligado a omitir. No dudo de que muchos europeos, con un sentido de su propia superioridad, se encogerán de hombros despectivamente ante esas supersticiones asiáticas. Por imposición de opiniones distintas a la mía dejo que se publique.<<

CON EL JEFE ESPIRITUAL DE LA INDIA DEL SUR<<

¹ En inglés: *King Emperor*, título del monarca inglés que era rey de Inglaterra y emperador de la India. (N. del T.)[≤≤](#)

² Nació en Deccan en 788 de nuestra era y murió entre 818 y 820. (*N. del T.*)<<
LA COLINA DEL FUEGO SAGRADO<<

¹ Los occidentales podemos creer que esas divinidades son fantásticas personificaciones de ideas religiosas, pero los hindúes no dudan de su verdadera existencia como seres reales.<<

² Evangelio según San Mateo, cap. X, versículo 39. (*N. del T.*)[<<](#)
ENTRE MAGOS Y SANTOS[<<](#)

¹ Astrónomo y poeta persa, nació entre 1038 y 1048 y murió entre 1123 y 1124. (*N. del T.*)[<<](#)

² Antes de que pasase mucho tiempo me enteré de su muerte. <<

³ Palabras con las que el muecín inicia el llamado a la oración. (*N. del T.*)[≤≤](#)

⁴ Narasingha Swami volvió a aparecer en Calcuta algún tiempo después, dirigiéndose más tarde a Rangoon, Birmania, Allí hizo demostraciones análogas, pero debido a la insistencia de un grupo inesperado de visitantes, abandonó su práctica usual del trance de la yoga al llegar a casa. El resultado fué que murió con trágica rapidez.<<

EL TAUMATURGO DE BENARÉS<<

¹ Escribí a los más importantes fabricantes de vidrio en planchas de Inglaterra, pero se negaron a aceptar el pedido, pues las condiciones técnicas impuestas por Vishudhananda eran imposibles de cumplir. Aseguraron que sobrepasa la ingeniosidad técnica de cualquier fabricante inventar un procedimiento que asegure la ausencia absoluta de burbujas de aire en las planchas; es imposible colorear el vidrio sin disminuir su transparencia a los rayos solares; el vidrio en planchas, si ha de ser bueno, no puede tener un espesor mayor de seis milímetros y sería necesario fabricarlos en pedazos para evitar que se rompieran durante el largo viaje hasta Benarés.<<

ESCRITO EN LAS ESTRELLAS<<

¹ Té ligero de la tarde. [≪≪](#)

² Se confirma ahora ampliamente una de sus predicciones que rechacé entonces al instante, tomándola muy escépticamente por creerla imposible y ridícula. Otra no se ha producido en la lecha que él indicó. Las demás esperan todavía la confirmación del tiempo. <<

³ Colección de fábulas e historias con fines morales. Es un extracto, redactado antes del siglo xiv, de la *Panchatantra*, de la cual proviene el *libro de Calila y Dimna*, fuente de tantas de nuestras fábulas e historias del Medioevo europeo. (N. del T.)[≤≤](#)

⁴ No me preocupo por redactar los detalles de este sistema, ni los lectores occidentales obtendrían ningún beneficio de ello. Esencialmente consiste en una serie de meditaciones que pretenden crear lo que el maestro designa con el nombre de “la mente vacía”. Deben estudiarse seis senderos diversos de estas prácticas y hay diez etapas a alcanzar en el sendero principal. No es necesario ni correcto para el europeo medio empezar la práctica de un método que es sólo posible en los retiros de la jungla o en los monasterios de la montaña y que podría resultar peligrosa. La locura acecha a los aficionados occidentales que se arriesgan en tales prácticas.<<

EL JARDÍN DEL SEÑOR<<

¹ Reino de la India que algunos escritores identifican con la antigua Kosala, cuna de una de las más primitivas civilizaciones hindúes. La conquistaron los musulmanes en 1195. En 1856 fué incorporada al dominio inglés, formando la provincia de Agra y Oudh. (*N. del T.*)[≤](#)

² Los economistas europeos conocen desde hace mucho tiempo un proyecto muy parecido propuesto por el profesor Rignano, Este sociólogo italiano pretendía modificar las leyes de la herencia de tal manera que causara una oposición mínima y un sacrificio pequeño. <<

³ Fué un innovador en lo religioso. Según sus discípulos, nació en 1398 y murió en 1518; aunque generalmente se acepta la fecha de muerte, se supone que nació realmente en 1440. Sus ideas se acercan mucho a las coránicas y cristianas, pero son un sincretismo de muy dispares elementos. (*N. del T.*)[≤≤](#)

⁴ Ciudad de la India cerca de Madrás, que visitó Vasco da Gama en 1498. Actualmente carece de importancia comercial (*N. del T.*)<<

EN LA SEDE CENTRAL DEL MESÍAS PARSI<<

¹ Visitó el Occidente a su debido tiempo, pero en lo que a mí respecta, sus predicciones resultaron completamente falsas.<<

² Después Meher Baba apareció en Occidente; se ha iniciado ya la formación de un culto occidental alrededor de él. Todavía sigue prometiendo cosas maravillosas que ocurrirán cuando interrumpa su silencio. Ha estado varias veces en Inglaterra, ha conquistado adeptos en Francia, España y Turquía y ha visitado dos veces Persia. Hizo un recorrido teatral por los Estados Unidos, con un abigarrado séquito de hombres y mujeres. Cuando estuvo en Hollywood, se lo recibió como a un rey. Mary Pickford dió en su honor una fiesta en su casa. Tallulah Bankhead sé interesó por él y fué presentado a varios miles de importantes personalidades en el hotel más grande de Hollywood. Compró en los Estados Unidos un gran terreno para establecer sus oficinas. Mientras tanto mantiene su silencio, saltando impulsivamente de un país a otro para breves visitas. Finalmente le ilumina la luz de la notoriedad.<<

UN EXTRAÑO ENCUENTRO<<

¹ El tiempo ha confirmado la primera parte de esta predicción. [≤≤](#)

² Can vagabundo, mezcla indefinible de todas las razas, que merodea por los arrabales de las ciudades y aldeas hindúes. Presta útiles servicios pues se alimenta de residuos e inmundicias. (*N. del T.*)<<

EN UNA ERMITA DE LA JUNGLA<<

¹ En inglés *knower*. Centro consciente en lo absoluto de cada individuo. Tiene el recuerdo de las anteriores reencarnaciones y una premonición de las futuras. (*N. del T.*)[≤≤](#)